BIBLIOTECA DE ECONOMÍA

CAPITALISMO, SOCIALISMO Y DEMOCRACIA II

J.A. Schumpeter

folio

BIBLIOTECA DE
ECONOMÍA

CAPITALISMO SOCIALISMO Y DEMOCRACIA II

J.A. Schumpeter

folio

La presente obra fue publicada originalmente en inglés por la Casa Editorial Harper & Brothers, de Nueva York y Londres, con el título CAPITALISM, SOCIALISM AND DEMOCRACY

Muntaner, 371-373, 08021 Barcelona

I.S.B.N.: 84-413-0514-5

Depósito Legal: B. 33159-96

Impreso y encuadernado por:
Printer Industria Gráfica, S.A.
Sant Vicenç dels Horts (Barcelona)

Printed in Spain

BIBLIOTECA DE
ECONOMIA

CAPITALISMO, SOCIALISMO Y DEMOCRACIA
(Tomo II)

Joseph A. Schumpeter

folio

PARTE CUARTA

SOCIALISMO Y DEMOCRACIA

20

EL PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

I. La dictadura del proletariado

No hay nada tan engañoso como lo evidente. Los acontecimientos de los últimos veinte o veinticinco años nos han enseñado a ver el problema que hay oculto tras al título de esta parte. Hasta 1916, aproximadamente, la relación entre el socialismo y la democracia habría parecido evidente por completo a la mayoría de la gente y, más que a nadie, a los exponentes acreditados de la ortodoxia socialista. Difícilmente se le habría ocurrido a nadie discutir la pretensión de los socialistas a figurar como miembros del club democrático. Los socialistas mismos, por supuesto —a excepción de unos pocos grupos sindicalistas—, incluso pretendían ser los únicos demócratas verdaderos, los vendedores exclusivos de la mercancía auténtica, que no debía ser nunca confundida con la falsificación burguesa.

No sólo era natural en ellos tratar de realzar los valores de su socialismo mediante los valores de su democracia, sino que invocaban también una teoría que demostraba a su satisfacción que las dos cosas estaban indiscutiblemente ligadas. Según esta teoría, el dominio privado de los medios de producción constituye la base, tanto de la capacidad de la clase capitalista para explotar al obrero como de su capacidad para imponer los dictados de su interés de clase en la dirección de los negocios políticos de la comunidad; el poder político de la clase capitalista aparece así simplemente como un aspecto particular de su poder económico. Las consecuencias son, de una parte, que no puede haber democracia en tanto que exista ese poder económico —es decir, que la mera democracia política es, por necesidad, una ficción—, y, de otra parte, que la eliminación de ese poder marcará, al mismo tiempo que el fin de la "explotación del hombre por el hombre", el comienzo del "gobierno del pueblo".

Este argumento es, por supuesto, esencialmente marxista. Precisamente porque se deduce lógicamente —en realidad, tautológicamente— de las definiciones de los términos del esquema de Marx, tendrá que compartir la suerte de este último y, en particular, la de la teoría

de la "explotación del hombre por el hombre".[1] A continuación se ofrece un análisis, en mi opinión más realista, de la relación entre los grupos socialistas y el credo democrático. Pero también necesitamos una teoría más realista de la relación que existe entre el socialismo y la democracia mismos, es decir, de la relación que puede existir, independientemente de los deseos de las consignas, entre el orden socialista, tal como lo hemos definido, y el *modus operandi* del gobierno democrático. Para resolver este problema necesitamos, en plimer lugar, investigar la esencia de la democracia. Hay otro punto, sin embargo, que exige una inmediata aclaración.

Una vez implantado el socialismo podría ser el verdadero ideal de una democracia. Pero los socialistas no son muy escrupulosos en cuanto al modo como que ha de implantarse. Las palabras Revolución y Dictadura nos saltan a la vista en los textos sagrados y muchos socialistas modernos han atestiguado más explícitamente el hecho de que no tienen nada que objetar al procedimiento de forzar las puertas del paraíso socialista mediante la violencia y el terror, el cual debe utilizarse en ayuda de los medios de conversión más democráticos. La misma posición de Marx acerca de esta cuestión es, sin duda, susceptible de una interpretación que puede hacerlo aparecer limpio de culpa a los ojos de los demócratas. En la parte I se puso de manifiesto cómo pueden ser reconciliadas sus opiniones sobre la revolución y la evolución. La revolución no significa necesariamente un intento de una minoría de imponer su voluntad a un pueblo rehacio; puede significar, simplemente, la supresión de los obstáculos que oponen a la voluntad del pueblo las instituciones gastadas que dominan los grupos interesados en su conservación. La dictadura del proletariado permite una interpretación similar. En apoyo de esta tesis puedo señalar de nuevo el texto de los pasajes pertinentes del *Manifiesto Comunista* en que Marx habla de arrancar las cosas a la burguesía "gradualmente" y de la desaparición de las distinciones de clase "en el curso de la evolución", frases que, a pesar del hincapié que hacen sobre la "violencia", parecen apuntar hacia un procedimiento que podría entrar dentro del significado de la democracia tal como se entiende de ordinario.[2]

Pero los fundamentos para esta interpretación, que casi reducen la famosa revolución social y la no menos famosa dictadura a florituras de agitación intentadas con el fin de inflamar la imaginación

[1] El hecho de que el poder individual y el colectivo no puedan ser definidos en términos puramente económicos —como los define la teoría de las clases sociales de Marx— es, sin embargo, una razón todavía más fundamental por la que este argumento resulta inaceptable.

[2] En el cap. XXV volveré a la cuestión de cómo se presentaba personalmente para Marx el problema de la democracia.

del auditorio, no son plenamente concluyentes. Muchos socialistas que fueron discípulos de Marx y otros muchos que se declaraban discípulos suyos eran de una opinión diferente. Sometiéndome a la autoridad de los verdaderos escribas y fariseos, que deben conocer la Ley mejor que yo, y a una impresión basada en la lectura de los volúmenes de *Die Neue Zeit,* tengo que admitir la posibilidad de que, si hubiera tenido que elegir, Marx habría puesto el socialismo por encima de la observancia de un procedimiento democrático.

En este caso Marx habría declarado, sin duda, como han declarado después de él, que no se desviaba, en realidad, de la verdadera senda democrática, porque, para dar vida a la verdadera democracia, es necesario disipar los miasmas emponzoñados del capitalismo que la asfixian. Ahora bien: para el creyente de la democracia la importancia de observar un procedimiento democrático aumenta, evidentemente, en proporción a la importancia del problema que se debate. De aquí que su observancia nunca necesita ser más celosamente vigilada ni más cuidadosamente salvaguardada por todas las garantías de que se disponga que en el caso de una reconstrucción fundamental de la sociedad. Quien quiera que esté dispuesto a relajar estas exigencias y a aceptar francamente un procedimiento no democrático, o bien un método para conseguir decisiones formalmente democráticas por medios no democráticos, demuestra con ello, de un modo concluyente, que valora otras cosas más alto que la democracia. El demócrata integral considerará toda reconstrucción así realizada como viciada en sus raíces, por mucho que pueda aprobarla en otros terrenos. Tratar de forzar al pueblo a aceptar algo que se cree bueno y brillante, pero que el pueblo no lo quiere —aun cuando pueda esperarse que le guste cuando experimente sus resultados—, es indicio inequívoco de fe antidemocrática. Es propio de los casuistas decidir si puede hacerse o no una excepción a este principio para los actos no democráticos que se perpetran con el único fin de realizar la verdadera democracia, siempre que no existan otros medios para conseguir este fin. Pues bien: aun cuando se admita esta excepción, no es aplicable al caso del socialismo, que, como hemos visto, es probable que llegue a ser realizable por vía democrática, precisamente a partir del momento en que puede esperarse que la experiencia tenga éxito.

Sin embargo, es evidente, en todo caso, que todo argumento en favor de una eliminación de la democracia durante el período de transición proporciona un pretexto excelente para evadir toda responsabilidad por ello. Tales ordenaciones provisionales pueden, muy bien, durar un siglo o más, y un grupo gobernante instalado en el poder mediante una revolución victoriosa cuenta con medios para prolongar-

las indefinidamente o para adoptar las formas de la democracia vaciadas de su contenido.

II. La experiencia de los partidos socialistas

Tan pronto como observamos las experiencias de los partidos socialistas surgen inevitablemente dudas acerca de la validez de su pretensión de haber sido indefectiblemente los campeones del credo democrático.

En primer lugar, existe una gran comunidad socialista que está gobernada por un partido en minoría y no ofrece ninguna oportunidad para ningún otro. Y los representantes de ese partido, reunidos en su décimoctavo congreso, escucharon informes y aprobaron, unánimemente, resoluciones sin nada que se parezca a lo que pudiéramos llamar una discusión. Terminaron votando la resolución según se afirma oficialmente, de que "el pueblo ruso(?), con devoción incondicional hacia el partido de Lenin-Stalin y hacia su gran dirigente, acepta el programa de las grandes obras proyectadas en el documento más sublime de nuestra época, el informe del camarada Stalin, para realizarlas sin vacilación", y que "nuestro Partido Bolchevique, bajo la dirección del genio del gran Stalin, entra en una nueva fase de desarrollo".[3] Ésto, y las elecciones con candidatura única completado con los ensayos demostrativos y los métodos de la G. P. U., puede constituir, indudablemente, "la democracia más perfecta del mundo", si se asigna a esta expresión un sentido apropiado; pero no es exactamente lo que entenderían por ella la mayoría de los americanos.

No obstante, esta comunidad es una comunidad socialista, al menos en su esencia y en sus principios, y lo mismo fueron las creaciones efímeras de este tipo que tuvieron su escenario en Baviera, y, especialmente, en Hungría. Ahora bien: es indudable que hay grupos socialistas que se mantienen hasta hoy consecuentes con lo que en los Estados Unidos se entiende por ideales democráticos; entre ellos se incluyen, por ejemplo, la mayoría de los socialistas ingleses, los partidos socialistas de Bélgica, Holanda y los países escandinavos, el partido americano dirigido por Mr. Norman Thomas y los grupos alemanes en el exilio. Desde su punto de vista, así como desde el punto de vista del observador, es tentador negar que el sistema ruso constituya un socialismo "verdadero" y sostener que, desde el punto de vista democrático, al menos, es una aberración. ¿Pero qué significa socialismo "verdadero", a no ser "el socialismo" que preferimos? ¿Qué significan, por tanto, tales afirmaciones, aparte del reconocimiento del hecho de que hay formas de socialismo que no cuentan con la adhesión de todos los socialistas, entre las cuales hay que incluir las formas no democráticas? Como ya hemos visto, es, en realidad, innegable que un régimen socialista puede no ser democrático por la razón puramente lógica de que la característica definidora del socialismo no implica nada acerca del procedimiento político. Siendo esto así, la única cuestión es si el socialismo *puede* o no ser democrático y en qué sentido.

En segundo lugar, los grupos socialistas que han defendido firmemente la fe democrática no han tenido nunca ni ocasión ni motivo para profesar ninguna otra. Han vivido en medios en los que habrían causado indignación los discursos y las prácticas no democráticas y que, de hecho, siempre se han vuelto contra los sindicalistas. En algunos casos tenían toda la razón al defender los principios democráticos que les amparaban a ellos y a su actividad. En otros casos la mayoría de los socialistas se daban por satisfechos con los resultados, políticos y de otra índole, que prometían producir los progresos realizados en la dirección democrática. Es fácil imaginarse lo que habría sucedido a los partidos socialistas de Inglaterra o de Suecia, por ejemplo, si hubiesen mostrado síntomas graves de tendencias antidemocráticas. Al mismo tiempo sentían que su poder crecía constantemente y que los puestos de responsabilidad iban alcanzándolos lentamente por sí mismos. Cada vez que esto tenía lugar lo aceptaban con satisfacción. Así, al profesar su adhesión a la democracia, seguían simplemente la línea de conducta que se imponía. El hecho de que su política no agradase a Lenin no prueba que éste se hubiera comportado de un modo diferente si hubiese estado en su misma situación. En Alemania, donde el partido se desenvolvía aún mejor, pero donde hasta 1918 el acceso a la responsabilidad parecía estar cerrado, los socialistas, al enfrentarse con un Estado fuerte y hostil y al tener que confiar para su protección en las simpatías burguesas y en el poder de los sindicatos, que, en el mejor de los casos, eran semisocialistas, estaban aún menos libres de desviarse del credo democrático, puesto que al hacerlo así solamente habrían hecho el juego a sus enemigos.[4] El llamarse a sí mismos *socialdemócratas* era para ellos una medida de prudencia elemental.

Pero, en tercer lugar, los casos en que esta convicción democrática ha sido puesta a prueba con un resultado favorable son pocos y no muy convincentes.[5] En cierto sentido es verdad que en 1918 el Par-

[3] Yo no conozco el ruso. Los pasajes de más arriba han sido traducidos fielmente del periódico alemán que solía publicarse en Moscú y están expuestos a posibles objeciones contra su traducción respecto del texto ruso, aunque ese periódico no estaba, desde luego, en situación de publicar nada que no estuviese plenamente aprobado por las autoridades soviéticas.

[4] Estas situaciones serán discutidas más detalladamente en la parte V.

[5] Vamos a limitarnos a las actitudes de los partidos socialistas en la polí-

tido Socialdemócrata de Alemania tuvo una oportunidad de elección que decidió en favor de la democracia y (si esto es una prueba de fe democrática) reprimió a los comunistas con despiadada energía. Pero el partido se escindió a causa de esta represión. Perdió gran parte de su ala izquierda y los disidentes que se separaron tenían más derecho al título de socialistas que los que se quedaron. Además, muchos de los que se quedaron, aunque se sometían a la disciplina del partido, la desaprobaban. Y muchos de los que la aprobaban lo hacían meramente por la razón de que, a partir del verano de 1919, al menos no podían ya tomarse en consideración las oportunidades de que sobreviniese una orientación más radical (es decir, en este caso, antidemocrática), y porque, en particular, una política izquierdista en Berlín, aun cuando no hubiese sufrido inmediatamente una derrota aplastante, habría significado un serio peligro de secesión en Renania y los países del sur del Main. Finalmente, a la mayoría de los socialistas, o, en todo caso, a sus elementos sindicalistas, la democracia daba todas las satisfacciones que realmente deseaban, incluyendo los cargos públicos. No vacilaron en compartir el botín con el partido del Centro (católico). Pero el trato fue satisfactorio para ambos. Los socialistas pronto se convirtieron realmente en demócratas vociferantes. Sin embargo, estas profesiones coincidieron con los progresos de una oposición asociada a un credo antidemocrático que iba dirigida contra ellos.

No voy a condenar a los socialdemócratas alemanes por el sentido de responsabilidad que mostraron ni aun por la complacencia con que se sentaron en los confortables sillones ministeriales. Lo segundo es una debilidad humana general y su sentido de responsabilidad cuenta enteramente en su haber, como tratаré de demostrar en la última parte de este libro. Pero se necesita cierto optimismo para citarlos como testigos de la fiel adhesión de los socialistas al procedimiento democrático. Ahora bien: yo soy incapaz de encontrar ningún caso de prueba mejor, a no ser que convengamos en aceptar los casos ruso y húngaro, caracterizados ambos por la combinación crucial de la posibilidad de la conquista del poder con la imposibilidad de hacerlo por medios democráticos. Nuestra dificultad está bien ilustrada por el caso austríaco, cuya importancia sobrepasa, con mucho, a la importancia del país por la calidad excepcional del grupo dirigente (neo-marxista). Los socialistas austríacos se adhirieron a la democracia en 1918 y 1919, cuando todavía no era para ellos una cuestión de autodefensa, como pronto llegó a serlo. Pero durante los pocos meses en que les pareció tener a su alcance la monopolización del poder la posición

tica nacional. El trato que daban éstos y los sindicatos a los obreros no socialistas o no sindicados es, por supuesto, menos convincente.

de muchos de ellos no fue inequívoca. En aquel tiempo calificaba Fritz Adler al principio de la mayoría de fetichismo de los "azares de la aritmética" *(Zufall der Arithmetik)*, y muchos de sus amigos se encogían de hombros ante las reglas de procedimiento democrático. A pesar de todo, esos hombres eran miembros regulares del partido y no comunistas. Cuando se implantó el bolchevismo en Hungría la cuestión del rumbo a elegir se hizo candente. Nadie puede haber seguido la discusión de esa época sin darse cuenta de que el sentimiento del partido no estaba mal expresado por la fórmula: "No nos agrada especialmente la perspectiva de tener que ir hacia la izquierda (adoptar los métodos soviéticos). Pero si hemos de hacer este viraje, entonces iremos todos juntos." [6] Esta apreciación de la situación general del país y del peligro del partido era eminentemente razonable. Y también lo fue la conclusión. En ninguna de ellas era manifiesta una ardiente lealtad hacia los principios democráticos. Ciertamente, la conversión les llegó con el tiempo. Pero no les llegó por arrepentimiento, sino a consecuencia de la contrarrevolución húngara.

Ruego a los lectores que no piensen que estoy acusando a los socialistas de insinceridad o que deseo suscitar contra ellos el desprecio por malos demócratas o por intrigantes sin principios y por oportunistas. Yo creo plenamente, a pesar del maquiavelismo infantil a que se entregan algunos de sus profetas, que en el fondo de su corazón la mayoría de ellos han sido tan sinceros en sus profesiones de fe como cualesquiera otros hombres. Además, no creo en la insinceridad en la lucha social, pues los hombres siempre llegan a creer lo que quieren creer y lo que incesantemente profesan. En cuanto a la democracia, los partidos socialistas no son presumiblemente más oportunistas que cualesquiera otros; simplemente propugnan la democracia si sirve a sus ideales e intereses y en la medida en que los sirven, pero no en otro caso. A fin de que los lectores no se asusten y estimen que sólo los políticos profesionales más encallecidos pueden hacer suya una opinión tan inmoral, vamos a hacer a continuación un experimento mental que nos servirá al mismo tiempo de punto de partida para nuestra investigación de la naturaleza de la democracia.

[6] Expresada con sencillez esta declaración de uno de los dirigentes más destacados quería decir que ellos tenían plena conciencia del riesgo que implicaba poner en escena el bolchevismo en un país dependiente por completo de las potencias capitalistas para su alimentación y con las tropas francesas e italianas prácticamente a la puerta; pero que, si la presión de Rusia a través de Hungría hubiera llegado a ser demasiado grande, no hubieran escindido el partido, sino que habrían tratado de conducir toda la grey al campo bolchevique.

III. Un experimento mental

Supongamos que una comunidad organizada de una manera que satisfaga al criterio de democracia del lector decide perseguir a los disidentes religiosos. El ejemplo no es fantástico. Comunidades que la mayoría de nosotros reconoceríamos fácilmente como democracias han quemado herejes en el poste —la República de Ginebra lo hizo en la época de Calvino— o los ha perseguido de una manera que repugna a nuestros patrones morales —el Massachusetts colonial puede servir de ejemplo—. Los casos de este tipo no dejan de ser relevantes si tienen lugar en Estados democráticos. Pues sería ingenuo creer que el proceso democrático deja de funcionar por completo en una autocracia o que un autócrata no desea nunca actuar de acuerdo con la voluntad del pueblo o ceder ante ella. Siempre que esto suceda podemos concluir que se habría adoptado una acción semejante, aun cuando la forma política hubiese sido democrática. Por ejemplo, las primeras persecuciones de los cristianos, al menos, eran ciertamente aprobadas por la opinión romana, y es de presumir que no hubieran sido menos rigurosas si Roma hubiera sido una democracia pura.[7]

La persecución de los hechiceros proporciona otro ejemplo. Partía de la misma alma de las masas y era todo menos una invención diabólica de sacerdotes y príncipes, quienes, por el contrario, la suprimían tan pronto como se sentían capaces para ello. La Iglesia Católica castigaba, en verdad, la brujería. Pero si comparamos las medidas efectivas que adoptaba contra los brujos con aquellas que adoptaba contra los herejes, en las que Roma estaba interesada económicamente, sacamos inmediatamente la impresión de que, en la cuestión de la brujería, la Santa Sede cedió ante la opinión pública más bien que la instigó. Los jesuitas combatieron la persecución de la brujería, al principio sin éxito. Hacia el final del siglo XVII y en el siglo XVIII —es decir, cuando estaba plenamente establecido en el Continente el absolutismo monárquico—, prevalecieron por fin las prohibiciones gubernamentales. Sin embargo, la curiosa circunspección con que un gobernante tan

[7] Un ejemplo explicará la clase de prueba que puede invocarse en favor de esta afirmación. Suetonio, en su biografía de Nerón *(De vita Caesarum,* liber VI), relata primeramente los actos del reinado de Nerón que el mismo Suetonio consideraba en parte incensurables y en parte incluso dignos de elogio *(partim nulla reprehensione, partim etiam non mediocri laude digna),* y después de sus fechorías *(probra ac scelera).* Ahora bien: la persecución de los cristianos por Nerón la incluía no bajo el segundo epígrafe, sino bajo el primero, en medio de una lista de medidas administrativas más bien meritorias *(afflicti suppliciis Christiani, genus hominum superstitionis novae ac maleficae).* No hay razón para suponer que Suetonio expresase otra cosa que la opinión (y, consiguientemente, la voluntad) del pueblo. No está muy descaminada, en efecto, la sospecha de que el móvil de Nerón al perseguir a los cristianos fue agradar al pueblo.

fuerte como la emperatriz María Teresa emprendió la prohibición de la práctica, muestra claramente que ella sabía que estaba luchando contra la voluntad de su pueblo.

Finalmente, para elegir un ejemplo que tenga alguna relación con las proyecciones modernas, el antisemitismo ha sido una de las actitudes populares más profundamente enraizadas en la mayoría de las naciones en que había un número considerable de judíos en relación con su población total. En los tiempos modernos esta actitud ha remitido, en parte, bajo la influencia racionalizadora de la evolución capitalista, pero ha quedado bastante para asegurar un éxito popular a cualquier político que pudiera apelar a ella. La mayoría de los movimientos anticapitalistas de nuestro tiempo, aparte del socialismo propiamente dicho, han aprendido, en efecto, la lección. En la Edad Media, sin embargo, no es demasiado decir que los judíos debieron su supervivencia a la protección de la Iglesia y de los príncipes, que los ampararon frente a la oposición popular y que terminaron por emanciparlos.[8]

Vamos ahora a nuestro experimento. Trasladémonos a un país hipotético que practica de una manera democrática la persecución de los cristianos, la quema de los brujos y la matanza de judíos. Nosotros no aprobaríamos, ciertamente, estas prácticas por el hecho de haber sido decididas conforme a las reglas del procedimiento democrático. Pero la cuestión crucial es ésta: ¿aprobaríamos la constitución democrática misma que dio lugar a tales resultados con preferencia a una constitución no democrática que los evitase? Si no la aprobamos, nos comportamos exactamente igual que los socialistas fervientes, para quienes el capitalismo es peor que la quema de brujos, y quienes están dispuestos, por lo tanto, a aceptar métodos no democráticos al objeto de suprimirlo. En tanto sea esto así ellos y nosotros estamos bajo la misma bandera. Hay ideales e intereses supremos que el demócrata más ardiente pondrá por encima de la democracia, y, si declara una adhesión incondicional a tal régimen, lo único que quiere significar con ello es que se siente convencido de que la democracia garantizará tales ideales e intereses: libertad de conciencia y de manifestación del pensamiento, justicia, gobierno decente, etc.

La razón por la que esto es así no hay que buscarla muy lejos. La democracia es un *método* político, es decir, un cierto tipo de concierto institucional para llegar a las decisiones políticas —legislativas y ad-

[8] La actitud protectora de los papas puede comprobarse en la bula *Etsi Judoeis* (1120), cuya repetida confirmación por los sucesores de Calixto II prueba tanto la continuidad de esa política como la resistencia con que tropezaba. La actitud protectora de los príncipes se comprenderá más fácilmente si se señala que las expulsiones o las matanzas de judíos significaban la pérdida de ingresos que les eran muy necesarios.

ministrativas—, y por ello no puede constituir un fin en sí misma, independientemente de las decisiones a que dé lugar en condiciones históricas dadas. Y éste debe ser el punto de partida para todo intento de definirla.

Cualquiera que sea el rasgo distintivo del método democrático, los ejemplos históricos que acabamos de examinar nos suministran ciertas enseñanzas acerca del mismo que tienen la suficiente importancia para justificar una recapitulación más explícita.

En primer lugar, estos ejemplos bastan para hacer fracasar todo intento de oponerse a la afirmación que acabamos de formular, a saber: que, siendo la democracia un método político, no puede ser un fin en sí misma, ni más ni menos que cualquier otro método. Podría objetarse que, desde el punto de vista lógico, un método puede ser considerado en cuanto tal como un ideal absoluto o como un valor supremo. Puede serlo. Es concebible, indudablemente, que pueda mantenerse que, por criminal y estúpido que sea lo que el procedimiento democrático trata de realizar en un sistema histórico dado, debe prevalecer la voluntad del pueblo o, en todo caso, que no debe irse contra ella, a no ser por los medios sancionados por los principios democráticos. Pero en tales casos parece más natural hablar de la chusma en lugar del pueblo y combatir su criminalidad o estupidez por todos los medios de que se disponga.

En segundo lugar, si convenimos en que la adhesión incondicional a la democracia únicamente puede deberse a la adhesión incondicional a ciertos intereses o ideales a los que se espera que habrá de servir la democracia, nuestros ejemplos también excluyen la objeción de que, aunque la democracia no sea un ideal absoluto por derecho propio, es, sin embargo, un sustitutivo del mismo, en virtud del hecho de que servirá necesariamente, en todo tiempo y en todo lugar, a ciertos intereses o ideales por los que estamos dispuestos incondicionalmente a luchar y a morir. Es evidente que esto no puede ser cierto.[9] La democracia, ni más ni menos que en cualquier otro método político, no produce siempre los mismos resultados ni fomenta los mismos intereses o ideales. La adhesión racional a ella presupone así no sólo un esquema de valores hiperracionales, sino también ciertas situaciones de la sociedad en las que puede esperarse que la democracia se oriente hacia fines que nos complazcan. Las afirmaciones acerca del funcionamiento de la democracia carecen de sentido sin una referencia a tiempos, lugares y situaciones dados,[10] y lo mismo ocurre, por supuesto, a los argumentos antidemocráticos.

Esto es evidente, en definitiva, y no debe sorprender a nadie ni menos aún asombrar. Pues no tiene nada que ver con el fervor o dignidad de la convicción democrática en una situación dada. Darse cuenta de la validez relativa de las convicciones propias y, no obstante, defenderlas resueltamente, es lo que distingue a un hombre civilizado de un bárbaro.

[9] En particular no es cierto que la democracia salvaguarde siempre la libertad de conciencia mejor que la autocracia. Tomemos por testigo al más famoso de todos los procesos. Desde el punto de vista de los judíos Pilatos era, ciertamente, el representante de la autocracia. No obstante, él trató de defender la libertad. Y a lo que se sometió fue a una democracia.

IV. En busca de una definición

Tenemos un punto de partida desde el cual proceder a nuestra investigación. Pero aún no tenemos a la vista una definición que nos pueda auxiliar en nuestro intento de analizar las relaciones entre la democracia y el socialismo. Unas cuantas dificultades preliminares obstruyen todavía la perspectiva.

No nos ayudaría mucho buscar en Aristóteles, quien usaba esta expresión para designar una de las desviaciones de su ideal de una comunidad bien ordenada. Pero puede arrojar alguna luz sobre nuestras dificultades, recordando el significado que hemos atribuido a la expresión "método político". Método político es el método que utiliza una nación para llegar a las decisiones. Deberíamos poder caracterizar tal método indicando por quién y cómo se toman estas decisiones. Si equiparamos "tomar decisiones" a "gobernar" podemos definir entonces la democracia como "el gobierno del pueblo". ¿Por qué no es esto suficientemente preciso?

No lo es porque abarca tantos significados como combinaciones hay entre todas las posibles definiciones del concepto "pueblo" *(demos*, el *populus* romano) y todas las definiciones posibles del concepto "gobernar" *(kratein)*, y porque estas definiciones no son independientes de nuestra teoría de la democracia. Respecto del primer concepto, el *populus*, en el sentido constitucional; puede excluir por completo a los esclavos y parcialmente a otros habitantes; la ley puede reconocer un número indefinido de *status* entre la esclavitud y la ciudadanía plena o incluso privilegiada. E independientemente de la discriminación legal se han considerado como el "pueblo" a distintos grupos en las distintas épocas.[11]

[10] Véase Cap. XXIII.

[11] Véase, por ejemplo, la definición dada por Voltaire en sus *Lettres sur la Nation Anglaise* (ed. *Lauson* de *Lettres philosophiques*, vol. I, p. 103): *"...le peuple, la plus nombreuse, la plus vertueuse même et, par conséquent, la plus respectable partie des hommes, composée de ceux qui étudient les loix et les sciences, des négocians, des artisans; en un mot, de tout qui n'était point*

Por supuesto, podemos decir que una sociedad democrática es una sociedad que no hace tales diferencias, al menos en las cuestiones relativas a los negocios públicos, como, por ejemplo, la del derecho al voto. Pero, en primer lugar, ha habido naciones que han practicado discriminaciones de esta especie y, no obstante, mostraban la mayoría de las características que se asignan usualmente a la democracia. En segundo lugar, nunca puede faltar por completo la discriminación. Por ejemplo, en ningún país, por democrático que sea, se extiende el derecho al voto a los individuos que no hayan llegado a una edad específica. Si buscamos, no obstante, la razón de esta restricción, encontramos que se aplica también a un número indefinido de habitantes que han sobrepasado el límite de edad. Si no se permite votar a las personas que están por debajo del límite de edad no podemos llamar no democrática a una nación que excluye también, por las mismas o análogas razones, a otras personas. Observemos que no es relevante que nosotros los observadores admitamos o no la validez de esas razones o de las reglas prácticas por las que se excluye del voto a partes de la población. Tampoco debe objetarse que, mientras que esta discriminación es legítima cuando las exclusiones están basadas en la incapacidad personal (por ejemplo, no haber llegado a la "edad de la discreción"), resulta arbitraria cuando se trata de exclusiones en bloque de grupos basadas en motivos que no tengan nada que ver con la capacidad para hacer uso inteligente del derecho al voto. Pues la capacidad es una cuestión de opinión y de grado. Su existencia debe ser establecida por algún sistema de reglas. Puede sostenerse, *sin absurdo o insinceridad,* que la capacidad para el ejercicio del sufragio puede medirse por la propia aptitud para subvenir a sus propias necesidades. En una comunidad de fuerte convicción religiosa o en una comunidad antifeminista puede sostenerse —también sin absurdo ni insinceridad— que la disidencia o el sexo descalifican para el ejercicio del sufragio. Una nación con convicciones racistas puede asociar la capacidad electoral a consideraciones raciales.[12] Y así sucesivamente. El punto decisivo, repetimos, no es lo que *nosotros* pensemos acerca de alguna o de todas estas posibles incapacidades. El punto esencial consiste en el hecho de que, dadas unas opiniones adecuadas sobre estas cuestiones y otras semejantes, las descalificaciones basadas en la situación económica, la religión y el sexo entran dentro de la misma categoría que las descalificaciones que todos nosotros consideramos compatibles con la democracia. Podemos desaprobarlas, desde luego. Pero si las desaprobamos, en buena lógica, debemos desaprobar también las teorías acerca de la importancia de la propiedad, la religión, el sexo, la raza, etc., más bien que llamar no democráticas a tales sociedades. El fervor religioso, por ejemplo, es, ciertamente, campatible con la democracia, tal como hemos definido esta última. Ahora bien: hay un tipo de actitud religiosa para el cual un hereje es considerado peor que un demente. No se sigue de ahí que el hereje deba ser excluido de la participación en las decisiones políticas lo mismo que el lunático.[13] ¿No debemos dejar a cada *populus* el cuidado de definirse a sí mismo?

tyran..." Hoy día decir "pueblo" es lo mismo que decir "masas", pero el concepto de Voltaire se aproxima más a la identificación del pueblo para el que fue escrita la Constitución de los Estados Unidos.

[12] Así, los Estados Unidos excluyen a los orientales y Alemania excluye a los judíos de la ciudadanía; en la parte sur de los Estados Unidos los negros están también privados, a menudo, del voto.

Esta ineludible conclusión se esquiva usualmente introduciendo supuestos adicionales en la teoría del proceso democrático, algunos de los cuales serán discutidos en los dos capítulos siguientes. Entre tanto, haremos notar simplemente que despeja gran parte de la nebulosidad que oscurece nuestro camino. Entre otras cosas revela el hecho de que la relación entre la democracia y la libertad tiene que ser considerablemente más compleja de lo que solemos creer.

Dificultades todavía más graves surgen respecto del segundo elemento que entra en el concepto de democracia, el *kratein.* La naturaleza y el *modus operandi* de todo "gobierno" son siempre difíciles de explicar. Los poderes legales no garantizan nunca la posibilidad de su ejercicio, pero no por ello son menos puntos de apoyo, así como trabas importantes; el prestigio tradicional cuenta siempre para algo, pero nunca para todo; el éxito personal y la importancia personal, en parte independiente del éxito, producen acciones y reacciones de los elementos tanto legales como tradicionales del sistema institucional. Ningún monarca o dictador ni grupo de oligarcas es nunca absoluto. Gobiernan no sólo con sujeción a los datos de la situación nacional, sino también con sujeción a la necesidad de obrar con el concurso de algunas personas, de estar en buenas relaciones con otras, de neutralizar también a otras y de subyugar al resto. Y esto puede hacerse de una variedad de maneras casi infinita, cada una de las cuales determinará lo que realmente significa una ordenación formal dada, bien para la nación en que tiene lugar bien para el observador científico; hablar de monarquía como si fuese algo definido equivale a diletantismo. Pero si es el pueblo el que tiene que realizar el *kratein,* cualquiera que sea la definición que se dé del mismo, surge todavía otro problema. ¿Cómo es posible al "pueblo" gobernar técnicamente?

[13] Para los bolcheviques todo no bolchevique está dentro de la misma categoría. De ahí que el gobierno del partido bolchevique no sería para nosotros razón suficiente *per se* para calificar de no democrática a la República Soviética. Tenemos derecho a llamarla así únicamente si el partido bolchevique mismo está dirigido de una manera no democrática, como es manifiesto que lo está.

Hay una categoría de casos en los que no surge este problema; al menos no surge en una forma aguda. En comunidades pequeñas y primitivas con una estructura social simple,[14] en las que hay poco en que estar en desacuerdo, es concebible que todos los individuos que constituyen el pueblo, tal como lo define la constitución, participen efectivamente en todas las obligaciones de la legislación y la administración. Aun en tales casos puede todavía haber ciertas dificultades y el psicólogo del comportamiento colectivo tendría aún algo que decir acerca del caudillaje, de la propaganda y otras fuentes de desviación del ideal popular de una democracia. No obstante, tendría evidente sentido hablar de la voluntad o de la acción de la comunidad o del pueblo como tal —de gobierno por el pueblo—, especialmente si el pueblo llega a las decisiones políticas por medio de debates llevados a cabo con la presencia física de todos los ciudadanos, como se hacía, por ejemplo, en la *polis* griega o en el concejo municipal de Nueva Inglaterra. Este caso, que a veces se denomina de "democracia directa", ha servido, de hecho, como punto de partida para muchos teóricos de la política.

En todos los demás casos surge nuestro problema, pero podemos despacharlo con relativa facilidad siempre que estemos dispuestos a renunciar al gobierno por el pueblo y a sustituirlo por el gobierno con la aprobación del pueblo. Pueden invocarse muchos argumentos en apoyo de esta sugestión. Muchas de las afirmaciones que hacemos usualmente acerca de la democracia resultarán ciertas para todos los gobiernos que cuentan con la adhesión general de una gran mayoría de su pueblo, o, mejor aún, de una gran mayoría de cada clase de su pueblo. Esto es aplicable, en particular, a las virtudes que se reconocen usualmente al método democrático: la dignidad humana, la satisfacción que procede del sentimiento de que las cuestiones políticas se conforman, en gran medida, a las ideas propias de cómo deben ser, la coordinación de la política con la opinión pública, la actitud de confianza de los ciudadanos en el gobierno y su cooperación con el mismo, la confianza de éste en el respeto y el apoyo del hombre de la calle; todo esto y mucho más, que a muchos de nosotros nos parecerá la misma esencia de la democracia, está satisfactoriamente abarcado por la idea del gobierno con la aprobación del pueblo. Y como es obvio que, a excepción del caso de la "democracia directa", el pueblo como tal no puede nunca gobernar o regir realmente, la defensa de esta definición parece ser completa.

[14] La exigüidad del número y la concentración local de la población son esenciales. El primitivismo de la civilización y la simplicidad de la estructura social son menos importantes, pero facilitan grandemente el funcionamiento de la democracia.

A pesar de todo, no podemos aceptarla. Abundan ejemplos —tal vez sean la mayoría de los casos históricos— de autocracias, tanto *dei gratia* como dictatoriales, de diversas monarquías de tipo no autocrático, de oligarquías aristocráticas que disponen normalmente de la adhesión incondicional, a menudo ferviente, de una mayoría abrumadora de todas las clases de su pueblo, y que, considerando sus condiciones ambientales, han llegado perfectamente a realizar los resultados que la mayoría de nosotros creemos que debe asegurar el método democrático. Es importante esto y reconocer el gran elemento de democracia —en este sentido— que entra en estos casos. Un antídoto tal para el culto a las meras formas, incluso a las meras fraseologías, sería, por tanto, altamente deseable. Pero esto no altera en nada el hecho de que, al aceptar estas soluciones de la democracia, perderíamos el fenómeno mismo que deseamos identificar; las democracias estarían comprendidas en una categoría de ordenación política mucho más amplia que contendría organismos de carácter claramente no democrático.

Nuestro fracaso nos enseña, sin embargo, una cosa. Más allá de la democracia "directa" hay una infinita riqueza de formas posibles en las que el "pueblo" puede tomar parte en los negocios del gobierno o influir o intervenir a los que efectivamente gobiernan. Ninguna de estas formas, especialmente ninguna de las que son practicables, tiene título notorio o exclusivo para ser denominada "gobierno por el pueblo", si se han de tomar estas palabras en su sentido natural. Si alguna de ellas ha de merecer tal denominación solamente podrá ser en virtud de un convenio arbitrario para determinar el sentido que hay que atribuir a la expresión "gobernar". Tal convenio es siempre posible, por supuesto; el pueblo no gobierna nunca de hecho, pero puede convenirse en que gobierna por definición.

Las "teorías" jurídicas de la democracia que se desarrollaron en los siglos XVII y XVIII se proponían, precisamente, ofrecer definiciones que pusiesen en conexión ciertas formas de gobierno efectivas o ideales con la ideología del "gobierno por el pueblo". No es defícil comprender por qué se impuso esta ideología. En esa época, al menos en las naciones de la Europa occidental, el manto de la autoridad por Dios caía rápidamente de los hombros de la realeza[15] —el proceso se inició mucho antes, por supuesto—, y, como principio, tanto ético como explicativo, se ofreció la "voluntad del pueblo" o el "poder soberano del pueblo", como el sustantivo más aceptable para una mentalidad que, aunque estaba preparada para renunciar a ese *charisma* particular

[15] El *Patriarcha* de Sir Robert Filmer (publicado en 1680) puede considerarse como la última exposición importante de la teoría del derecho divino en la filosofía política inglesa.

de la autoridad suprema, no estaba dispuesta a pasarse sin ningún carisma.

Planteado así el problema, la mentalidad jurídica ha escudriñado la buhardilla de sus accesorios en busca de instrumentos mediante los cuales reconciliar ese postulado supremo con las formas políticas existentes. Lo que la buhardilla suministró fueron, esencialmente, contratos ficticios de sujeción a un príncipe,[16] en virtud de los cuales se suponía que el pueblo soberano le había enajenado su libertad o su poder, o los contratos no menos ficticios mediante los cuales había delegado ese poder o parte del mismo en los representantes elegidos. Por mucho que hayan servido estas construcciones para ciertos fines prácticos, para nosotros carecen totalmente de valor. No son defendibles siquiera desde un punto de vista jurídico.

Pues, para que tengan pleno sentido las expresiones delegación y representación, es preciso referirlas no a los ciudadanos individuales —lo que equivaldría a la teoría de la infeudación medieval—, sino al pueblo en su conjunto. El pueblo, como tal, debía concebirse entonces que delegaba su poder a un parlamento, por ejemplo, que había de representarlo. Pero únicamente una persona (física o moral) puede jurídicamente delegar o ser representada. Así, las Colonias o Estados Americanos que enviaron delegaciones a los congresos continentales que se reunieron a partir de 1774 en Filadelfia —los llamados "congresos revolucionarios"— estaban, en realidad, representados por aquellos delegados.

Pero el pueblo como tal no tiene personalidad jurídica; decir que delega poderes a su parlamento o que está representado por él es decir algo completamente vacío de significación jurídica.[17] ¿Qué es entonces un parlamento? La respuesta no hay que buscarla muy lejos: es un órgano del Estado, exactamente igual que el gobierno o un tribunal de justicia. Si un parlamento representa al pueblo en algún grado debe ser en otro sentido, que todavía tenemos que descubrir.

Sin embargo, estas "teorías" acerca de la soberanía del pueblo y de la delegación y representación reflejan algo más que un postulado ideológico y unos cuantos fragmentos de técnica jurídica. Llenan una sociología o filosofía social del organismo político que, en parte,

[16] Estos contratos eran *fictiones juris et de jure*. Pero no carecían de analogía con el acto real consistente en el sometimiento voluntario y contractual de un hombre libre a un señor feudal medieval, practicado de una manera extensiva entre los siglos XI y XII. El hombre libre aceptaba la jurisdicción del señor feudal y ciertas obligaciones económicas. Renunciaba a su *status* de hombre completamente libre. A cambio de ello recibía la protección del señor y otras ventajas.

[17] De un modo semejante carece de sentido jurídico hacer la acusación pública como un caso de "el pueblo contra tal y tal". La persona jurídica acusadora es el Estado.

bajo la influencia del resurgimiento de las especulaciones griegas sobre esta cuestión, y, en parte, bajo la influencia de los acontecimientos de la época,[18] tomó forma y alcanzó su apogeo hacia el final del siglo XVIII y trató, efectivamente, de resolver el problema. Aunque estas expresiones generales nunca son adecuadas ni correctas en sentido estricto me arriesgaría a calificar esta filosofía —a la manera usual— de fundamentalmente racionalista, hedonista e individualista; la felicidad —definida en términos hedonistas— de los individuos dotados de una clara percepción —o susceptibles de recibir una educación que les confiera una clara percepción—, tanto de este fin como de los medios apropiados para alcanzarlos, se concebían como el sentido de la vida y el gran principio de acción, tanto en la esfera privada como en la esfera política. Podemos muy bien designar a esta sociología o filosofía social, producto del capitalismo temprano, mediante la expresión introducida por John Stuart Mill, esto es, como Utilitarismo. Con arreglo a ella el comportamiento que se adecuaba a este principio no era meramente el único racional y justificable, sino también, *ipso facto*, el único comportamiento "natural". Esta afirmación constituye el puente entre las teorías, tan distintas en otros aspectos, del *contrato social* de Bentham y de Rousseau, nombres que pueden servirnos de faros en el seno de las tinieblas que aquí hemos de renunciar a desvanecer.

Si esta desesperada brevedad no impide a los lectores seguir mi argumentación debe resultarles el alcance de esta filosofía en cuanto al tema de democracia. Ha proporcionado, evidentemente, entre otras cosas, una teoría sobre la naturaleza del Estado y sobre los fines para los que el Estado existe. Además, en virtud del realce que da al individuo racional y hedonista y a su autonomía ética, parece estar en situación de enseñar los únicos métodos políticos adecuados para la dirección de ese Estado y para la consecución de esos fines, esto es, la mayor felicidad el mayor número y otros semejantes. Finalmente, ha proporcionado lo que parecía un fundamento racional para la fe en la "voluntad del pueblo" *(volonté générale)* y en la máxima que compendia todo lo que significa la democracia para el grupo de escri-

[18] Esta influencia es especialmente clara en Inglaterra y sobre todo en el caso de John Locke. Como filósofo político, no hacía más que escribir, bajo el manto de una argumentación general, contra Jacobo II y en favor de sus amigos Whig, que habían asumido la responsabilidad de la "gloriosa" revolución. Esto explica el éxito de una línea de razonamiento que, sin esta connotación, habría sido desestimado. El fin del gobierno es el bien del pueblo y este bien consiste en la protección de la propiedad privada, que constituye la razón por la que los hombres "entran en sociedad". Para este fin se reúnen y celebran un Contrato Original de sumisión a una autoridad común. Este contrato se rompe, la propiedad y la libertad peligran y la resistencia se justifica cuando, para decirlo abiertamente, los aristócratas Whig y los mercaderes de Londres no están de acuerdo con el gobierno.

tores que ha llegado a conocerse por "radical filosófico",[19] a saber: educa al pueblo y déjalo votar libremente.

Casi inmediatamente surgió una crítica adversa a esta construcción como parte de la reacción general contra el racionalismo del siglo XVIII que se produjo tras las guerras de la Revolución y las napoleónicas. Sea lo que fuere lo que piense acerca de los méritos o deméritos del movimiento llamado usualmente Romanticismo, ha contribuido, ciertamente, a un conocimiento más profundo de la sociedad precapitalista y de la evolución histórica, en general, y ha revelado así algunos de los errores fundamentales del utilitarismo y de la teoría política a que sirvió de base el utilitarismo. Más tarde el análisis histórico, sociológico, biológico, psicológico y económico ha resultado demoledor para ambos, y hoy día es difícil encontrar nngún estudioso de los procesos sociales que tenga una buena palabra para uno y otra. Pero por extraño que pueda parecer, durante todo el tiempo que esta teoría estaba saltando en pedazos, la acción política siguió inspirándose con ella. Cuanto más se demostraba que era insostenible más por completo dominaba la fraseología oficial y la retórica de los políticos. He aquí por qué tenemos que volver, en el capítulo próximo, a una discusión de lo que puede denominarse la "teoría clásica de la Democracia".

Pero ninguna institución ni práctica ni creencia se levanta o cae con la teoría que le sirve de punto de apoyo en un momento dado. La democracia no es una excepción. En realidad, es posible construir una teoría del proceso democrático que tenga en cuenta todas las realidades del obrar colectivo y de la mentalidad pública. Esta teoría será presentada en el capítulo XXII, y entonces podremos decir la suerte que puede predecirse a la democracia en un orden de cosas socialista.

---

[19] Para una orientación general, véase especialmente Kent: *The Philosophical Radical;* Graham Walas: *The Life of Francis Place;* Leslie Stephen: *The English Utilitarians.*

21

LA TEORIA CLASICA DE LA DEMOCRACIA

I. El bien común y la voluntad del pueblo

La filosofía de la democracia del siglo XVIII puede ser compendiada en la siguiente definición: el método democrático es aquel sistema institucional de gestación de las decisiones políticas que realiza el bien común, dejando al pueblo decidir por sí mismo las cuestiones en litigio mediante la elección de los individuos que han de congregarse para llevar a cabo su voluntad. Vamos a desarrollar lo que esto implica.

Se sostiene, pues, que existe un bien común, faro orientador de la política, que siempre es fácil de definir y que puede hacerse percibir a toda persona normal por medio de la argumentación racional. No hay, por tanto, excusa para no verlo ni hay, en realidad, ninguna explicación para la existencia de gente que no lo vea, a no ser por ignorancia —que puede ser eliminada—, estupidez o interés antisocial. Además, este bien común implica respuestas definidas a todas las cuestiones, de forma que todo hecho social y toda medida adoptada o por adoptar puede clasificarse inequívocamente como "bueno" (o "buena") o "malo" (o "mala"). Como todo el mundo tiene, por tanto, que estar de acuerdo, al menos en principio, hay también una voluntad común del pueblo (voluntad de todos los individuos con uso de razón) que se corresponde exactamente con el bien común o el interés común o el bienestar común. Lo único que puede ocasionar un desacuerdo, aparte de la estupidez y de los intereses siniestros, y explicar la existencia de una oposición es una diferencia de opinión en cuanto a la rapidez con que hay que llegar a la meta, la cual es común a casi todos. Así, cada miembro de la comunidad, consciente de esa meta, sabiendo lo que quiere y discerniendo lo que es bueno y lo que es malo, toma parte, activa y responsablemente, en el fomento del bien y en la lucha contra el mal, y todos los miembros juntos fiscalizan los negocios públicos.

Es cierto que la dirección de algunos de estos negocios requiere aptitudes y técnicas especiales y han de ser, por tanto, confiados a especialistas que las posean. Sin embargo, esto no afecta al principio,

porque estos especialistas actúan simplemente para llevar a efecto la voluntad del pueblo, exactamente igual que un médico actúa para llevar a efecto la voluntad del paciente, que es curarse. También es cierto que en una comunidad de cualquier magnitud, especialmente si acusa el fenómeno de la división del trabajo, sería sumamente inconveniente para todo ciudadano individual tener que ponerse en contacto con todos los demás ciudadanos con ocasión de cada cuestión pendiente, a fin de contribuir con su parte en el mando o gobierno. Será más conveniente reservar tan sólo las decisiones más importantes para que se pronuncien sobre ellas los ciudadanos individuales —mediante el referéndum, por ejemplo— y dejar las demás a cargo de una comisión nombrada por ellos, esto es, a una asamblea o parlamento y cuyos miembros se elegirían por sufragio popular. Esta comisión o cuerpo de delegados no representará, como hemos visto, al pueblo en un sentido jurídico, sino que lo representará en un sentido menos técnico: interpretará, reflejará o representará la voluntad del electorado. Siendo numerosa esta comisión puede desmembrarse, también por razones de conveniencia, en comisiones menores para las distintas secciones de los negocios públicos. Finalmente, entre estas comisiones menores habrá una para asuntos generales, principalmente para tratar de los asuntos corrientes de administración, llamada gabinete o gobierno y dirigida posiblemente por un secretario general o cabeza de turco, esto es, por un primer ministro, como así se llama.[1]

Tan pronto como aceptemos todas las hipótesis formuladas por esta teoría de la política —o que estén implícitas en la misma—, la democracia adquiere, en realidad, una significación inequívoca y no plantea ningún problema, a excepción del de cómo implantarla. Además, tenemos que sobreponernos a unos cuantos escrúpulos lógicos para poder añadir que, en este caso, el sistema democrático no sólo sería el mejor de todos los concebidos, sino que poca gente se preocuparía de tomar en consideración ningún otro. No es menos cierto, sin embargo, que estas hipótesis son otras tantas afirmaciones de hecho, cada una de las cuales tendría que ser probada, si hemos de llegar a esa conclusión. Y es mucho más fácil refutarlas.

En primer lugar, no hay tal bien común, unívocamente determinado, en el que todo el mundo pueda estar de acuerdo o pueda hacérsele estar de acuerdo en virtud de una argumentación racional. Esto no se debe primordialmente al hecho de que algunos puedan querer cosas distintas del bien común, sino al hecho mucho más fundamental de que, para los distintos individuos y grupos, el bien común

[1] La teoría oficial de las funciones de un ministro de gabinete sostiene, en efecto, que es nombrado para cuidar de que en su departamento se cumpla la voluntad del pueblo.

ha de significar necesariamente cosas diferentes. Este hecho, oculto a los utilitaristas, a causa de la estrechez de su visión del mundo de las valoraciones humanas, introducirá hendiduras en cuestiones de principio que no podrán reconciliarse mediante una argumentación racional, porque los valores últimos —nuestras concepciones de lo que deben ser la vida y la sociedad— están más allá de la categoría de la mera lógica. En algunos casos puede tenderse un puente sobre ellos, pero en otros casos no. Los americanos que dicen "queremos que nuestro país se arme hasta los dientes para luchar en todo el globo por lo que consideramos justo" y los americanos que dicen "queremos que nuestro país resuelva sus propios problemas, que es la única manera como puede servir a la Humanidad", están enfrentados por diferencias irreductibles de valores últimos que un compromiso sólo podría mutilar y degradar.

En segundo lugar, aun cuando resultase aceptable para todos un bien común suficientemente definido —como, por ejemplo, el máximo de satisfacción económica de los utilitaristas—,[2] esto no implicaría respuestas igualmente definidas para los problemas singulares. Las opiniones acerca de estos problemas podrían diferir hasta una extensión de importancia suficiente para producir la mayoría de los efectos de una discrepancia "fundamental" acerca de los mismos fines. Los problemas que se plantean a propósito de la evaluación de la satisfacción de las necesidades presentes frente a las futuras, incluso en el caso de la elección del socialismo frente al capitalismo, quedarían sin resolver después de la conversión de cada ciudadano singular, por ejemplo, al utilitarismo. La "salud" puede ser deseada por todos y, sin embargo, la gente puede discrepar en cuanto a la vacunación y la vasectomía. Y así sucesivamente.

Los padres utilitaristas de la teoría democrática no vieron toda la importancia de esto simplemente porque ninguno de ellos consideró seriamente una modificación sustancial del cuadro económico ni de los hábitos de una sociedad burguesa. Veían poco más allá del mundo de un herrero del siglo XVIII.

En tercer lugar, sin embargo, como consecuencia de las dos proposiciones anteriores, el concepto particular de la voluntad del pueblo, o de la *volonté générale*, adoptado por los utilitaristas, se desvanece en aire. Pues ese concepto presupone la existencia de un bien común claramente determinado y discernible por todos. En contrapo-

[2] El propio significado de "la mayor felicidad" es susceptible de una seria duda. Pero, aun cuando esta duda pudiera desvanecerse y pudiera asignarse un significado definido a la suma total de satisfacción de necesidades económicas de un grupo de personas, este máximo sería todavía relativo respecto de situaciones y valoraciones dadas que tal vez sea imposible alterar o hacerles objeto de un compromiso por medios democráticos.

sición a los románticos, los utilitaristas no tenían noción de esa entidad semimística dotada de una voluntad propia, esto es, de ese "espíritu del pueblo" que tanto apreciaba la escuela histórica de la jurisprudencia. Derivaban ingenuamente su voluntad del pueblo de las voluntades de los individuos. Y a menos que haya un centro, el bien común, hacia el cual graviten *todas* las voluntades individuales, a largo plazo al menos, no obtendremos ese tipo especial de *volonté générale* "natural". El centro de gravedad utilitarista unifica, de una parte, las voluntades individuales, tiende a fundirlas, por medio de la discusión racional, en la voluntad del pueblo, y, de otra parte, confiere a la última la dignidad ética exclusiva pretendida por el credo democrático clásico. *Este credo no consiste simplemente en un culto a la voluntad del pueblo como tal,* sino que descansa sobre ciertos supuestos acerca del objeto "natural" de esta voluntad, objeto que es sancionado por la razón utilitaria. Tanto la existencia como la dignidad de esta especie de *volonté générale* desaparecen tan pronto como nos falta la idea del bien común. Y ambos pilares de la teoría clásica se desmoronan en polvo inevitablemente.

II. LA VOLUNTAD DEL PUEBLO Y LA VOLICIÓN INDIVIDUAL

Por muy concluyentes que sean los argumentos anteriores contra esta concepción particular de la voluntad del pueblo no deben impedirnos tratar de construir otra concepción más realista. No es mi intención poner en tela de juicio ni la realidad ni la importancia de los hechos sociopsicológicos en los que pensamos cuando hablamos de la voluntad de una nación. Su análisis es, ciertamente, el requisito previo para abrirse paso en el estudio de los problemas de la democracia. Sería preferible, sin embargo, no conservar esta expresión, porque tiende a oscurecer el hecho de que, tan pronto como hayamos separado la voluntad del pueblo de su connotación utilitarista, construimos no meramente una teoría diferente de la misma entidad, sino una teoría de algo completamente distinto. Tenemos toda la razón para estar en guardia contra los peligros que se ocultan en la senda de esos defensores de la democracia que, al mismo tiempo que reconocen en medida creciente los hechos del proceso democrático, bajo la presión de las pruebas que se van acumulando, tratan de ungir los resultados a que da lugar ese proceso con aceite sacado de las tinajas del siglo XVIII.

Pero aunque todavía pueda decirse que surge una especie de voluntad común o de opinión pública de la maraña infinitamente compleja de las situaciones, voliciones, influencias, acciones y reacciones individuales y colectivas que entran en el "proceso democrático", el resultado carecería no sólo de unidad racional, sino también de sanción racional. La falta de unidad racional significa que, aunque desde el punto de vista del análisis el proceso democrático no es simplemente caótico —para el analista no es caótico nada que pueda traerse dentro del alcance de principios explicativos—, sin embargo, a no ser de una manera fortuita, los resultados no tendrían sentido por sí mismos al modo que lo tendría, por ejemplo, la realización de cualquier fin o ideal. La falta de sanción racional significa que, puesto que *esta* voluntad no se acomoda ya a ningún "bien", será ahora necesario, a fin de reclamar una dignidad ética para el resultado, replegarse en una confianza ilimitada en las formas democráticas de gobierno en cuanto tales, confianza que, en principio, tendría que ser independiente de la deseabilidad de los resultados. Como ya hemos visto no es fácil colocarse en este punto de vista. Pero aun cuando nos pongamos en él el abandono del bien común utilitarista nos deja entre las manos una buena cantidad de dificultades.

En particular, subsiste todavía la necesidad práctica de atribuir a la voluntad del *individuo* una independencia y calidad racional que son completamente irreales. Si pretendemos sostener que la voluntad de los ciudadanos constituye *per se* un factor político que estamos obligados a respetar, primero es preciso que exista esta voluntad. Es decir, tiene que ser algo más que un haz indeterminado de vagos impulsos que se mueven en torno a tópicos dados y a impresiones erróneas. Todo el mundo tendría que saber de un modo preciso lo que quiere defender. Esta precisión de las voliciones tendría que estar fundada en la capacidad para observar e interpretar correctamente los hechos que son directamente accesibles a cada uno para pasar por el tamiz de la crítica la información sobre los hechos que no lo son. Finalmente, de estas voliciones definidas y de estos hechos indagados tendría que derivarse una conclusión clara *y rápida* respecto a los problemas especiales, conforme a las reglas de la deducción lógica, y esto con un grado tan alto de eficiencia general que pudiera sostenerse sin notorio absurdo que la opinión de un ciudadano sería aproximadamente tan buena como la de cualquier otro.[3] Y todo esto ten-

[3] Esto explica el carácter fuertemente igualitario tanto de la teoría clásica de la democracia como de las creencias democráticas populares. Más adelante se indicará cómo puede adquirir la igualdad el *status* de un postulado ético. Pero, sea cual fuere el sentido que se atribuya a esta expresión, no puede aplicarse en ningún caso a los hombres tal como son. En reconocimiento de esta imposibilidad se ha reformulado con frecuencia el postulado mismo dándole el sentido de "igualdad de oportunidad". Pero, prescindiendo incluso de las dificultades inherentes a la palabra "oportunidad", esta reformulación no nos sirve de mucho, porque es una igualdad efectiva (y no potencial") de racionalidad del

dría que realizarlo el ciudadano medio por sí mismo e independientemente de la presión de los grupos y de la propaganda,[4] pues las voliciones y las conclusiones que se imponen al electorado no pueden tenerse como datos últimos del proceso democrático. La cuestión de si estas condiciones se cumplen o no en la medida necesaria para hacer funcionar a la democracia no debe ser contestada por una afirmación precipitada ni por una negativa igualmente precipitada. Solamente puede ser contestada mediante una apreciación laboriosa de todo un laberinto de pruebas contradictorias.

Sin embargo, antes de ponernos a ello quiero asegurarme de que el lector aprecia plenamente otro punto que ya he señalado. Repetiré, por tanto, que aun cuando las opiniones y deseos de los ciudadanos individuales fuesen datos perfectamente definidos e independientes a elaborar por el proceso democrático, y aun cuando todo el mundo actuase respecto de ellos con racionalidad y rapidez ideales, no se seguiría necesariamente que las decisiones políticas producidas por ese proceso, partiendo de la materia prima de esas voliciones individuales, representase algo que, en un sentido convincente, pudiera ser denominado voluntad del pueblo. Es, pues, no sólo concebible, sino muy probable que las decisiones políticas a que se llegue mediante ese proceso no concuerden con "lo que el pueblo quiere realmente", sobre todo cuando las voluntades están muy divididas. Tampoco puede negarse que se obtendrá, si no exactamente lo que el pueblo quiere, sí, al menos, un "compromiso honrado". Esto puede ser así. Las probabilidades de que esto suceda son mucho mayores cuando los problemas planteados son de índole cuantitativa o permiten una gradación, como cuando se plantea la cuestión de cuánto debe gastarse en ayuda

comportamiento político la que se requiere si cada voto de un hombre ha de tener el mismo peso en la decisión de las controversias.

Debe observarse de pasada que la fraseología democrática ha servido para nutrir la asociación entre las desigualdades de toda especie y la "injusticia", que es un elemento tan importante en el complejo psíquico del fracasado y en el arsenal del político que la utiliza. Uno de los síntomas más curiosos de este fenómeno se ha manifestado en la institución ateniense del ostracismo o más bien el uso que a veces se hacía de ella. El ostracismo consistía en la proscripción de un individuo por voto popular, pero no necesariamente por alguna razón especial; a veces servía como método de eliminación de un ciudadano prominente molesto que daba la impresión de "contar por más de uno".

[4] Esta expresión se usa aquí en su sentido originario y no en el sentido que en la actualidad está adquiriendo rápidamente y que sugiere la siguiente definición: Propaganda es toda manifestación que emana de una fuente que no nos gusta. Supongo que la palabra se deriva del título de la comisión de cardenales que tiene a su cargo las cuestiones relativas a la difusión de la fe católica, esto es, la *congregatio de propaganda fide*. Por tanto, no lleva consigo ningún significado depredatorio y, en especial, no implica una distorsión de los hechos. Puede hacerse propaganda, por ejemplo, de un modo científico. Significa simplemente la presentación de hechos y argumentos con el propósito de influir en las acciones u opiniones de los hombres en una dirección determinada.

a los parados, ya que todo el mundo propugna algún gasto para este fin. Pero cuando los problemas que se plantean son cualitativos, tales como los de si se ha de perseguir o no a los herejes o entrar o no en una guerra, el resultado obtenido puede disgustar —si bien por razones diferentes— igualmente a todo el pueblo, mientras que la decisión impuesta por un organismo no democrático podría resultar mucho más aceptable para el mismo.

Esto se ilustrará mediante un ejemplo. Yo admito que el gobierno de Napoleón, cuando era Primer Cónsul, puede clasificarse de dictadura militar. Una de las necesidades políticas que más presionaban por el momento era un concierto religioso que aclarase el caos dejado por la revolución y el directorio y llevase la paz a millones de corazones. Esto lo consiguió Napoleón mediante una serie de golpes maestros que culminaron en el concordato con el Papa (1801) y los "Artículos orgánicos" (1802), que, reconciliando lo irreconciliable, dieron justamente la debida cantidad de libertad al culto religioso al mismo tiempo que mantenían con vigor la autoridad del Estado. También reorganizó y refinanció la Iglesia Católica francesa, resolvió la delicada cuestión del clero "constitucional" y puso en marcha la nueva ordenación de la manera más favorable con un mínimo de fricción. Si ha habido alguna vez una medida política que responda eficazmente a un deseo específico de un pueblo esta ordenación proporciona uno de los mejores ejemplos de la Historia. Esto tiene que resultar notorio para todo el que contemple la estructura clasista de la Francia de aquella época, y se confirmará plenamente por el hecho de que esta política eclesiástica contribuyó grandemente a la popularidad casi universal de que gozó el régimen consular, pero es difícil ver cómo podría haber sido obtenido este resultado de una manera democrática. El sentimiento antieclesiástico no había muerto y no estaba en modo alguno confinado a los jacobinos vencidos. Las personas de esta convicción, o sus dirigentes, no podían de ningún modo haber concertado un compromiso de esa extensión.[5] En el otro extremo de la escala se extendía rápidamente una fuerte ola de furioso sentimiento católico. Los que compartían este sentimiento, o los dirigentes que dependían de su buena voluntad, no podrían haberse detenido en el límite napoleónico; en especial, no podrían haber tratado tan firmemente con la Santa Sede, para la cual no habría habido, además, ninguna razón para ceder en vista del sesgo que tomaban las cosas. Y la voluntad de los campesinos, que ante todo querían sus sacerdotes, sus iglesias y sus procesiones, habría sido inhibida por el miedo muy

[5] Los cuerpos legislativos, aunque estaban acobardados, dejaron, en efecto, de apoyar a Napoleón en esta política. Y algunos de sus paladines más fieles se opusieron a ella.

natural de que la solución revolucionaria del problema de la tierra podría peligrar una vez que el clero —especialmente los obispos— estuviesen de nuevo en su silla. El resultado más probable de cualquier intento de resolver la cuestión democráticamente habría sido una situación de estancamiento o de lucha interminable que engendraría una creciente irritación. Pero Napoleón pudo resolverla razonablemente, precisamente porque todos estos grupos, que no habrían podido abandonar sus puntos de vista por su propio acuerdo, podían y querían al mismo tiempo aceptar la ordenación, si esta ordenación les era impuesta.

Este no es, por supuesto, un ejemplo aislado.[6] Si los resultados, que se muestran a largo plazo satisfactorios para el pueblo, en general, constituyen una prueba de gobierno *para* el pueblo, el gobierno *por* el pueblo, tal como lo concebía la teoría clásica de la democracia, dejaría a menudo de satisfacerla.

III. La naturaleza humana en la política

Falta por contestar nuestra cuestión acerca de la certidumbre e independencia de las voliciones de los votantes, de su capacidad de observación e interpretación de los hechos y de su aptitud para deducir de una manera clara y rápida las consecuencias racionales de ambas cosas. Este tema pertenece a un capítulo de psicología social que podría titularse "La naturaleza humana en la política".[7]

Durante la segunda mitad del siglo pasado la idea de la personalidad humana como una unidad homogénea y la idea de una voluntad como el móvil principal de la acción, se han ido desvaneciendo

[6] De la actuación de Napoleón podrían citarse, en efecto, otros ejemplos. Fue un autócrata que, siempre que no resultaban afectados sus intereses dinásticos ni su política exterior, procuraba hacer simplemente lo que él creía que el pueblo quería o necesitaba. Esto es lo que quería decir el consejo que dio a Eugène de Beauharnais relativo a su administración de Italia del Norte.

[7] Este es el título de un libro sincero y encantador de uno de los radicales ingleses más amables que jamás han existido: Graham Wallas. A pesar de todo lo que se ha escrito desde entonces sobre la materia, y especialmente a pesar de todos los estudios detallados del caso que hacen ahora posible verla mucho más claramente, este libro puede aún recomendarse como la mejor introducción a la psicología política. No obstante, después de haber llevado con admirable honestidad su ataque contra la aceptación sin crítica de la teoría clásica, el autor no saca de ello la conclusión obvia. Esto es tanto más notable cuanto que Wallas insiste con razón en la necesidad de una actitud mental científica y no deja de censurar a Lord Bryce por haberse declarado, en su libro sobre la commonwealth americana, "rabiosamente" decidido a ver algo de cielo azul en medio de las nubes de los hechos desilusionadores "¿Y tendríamos que decir, exclama Graham Wallas, de un metereólogo que antes de haber abierto su ventana insistiera en que ha visto un poco de cielo azul?" No obstante, en la parte constructiva de este libro adopta aproximadamente el mismo punto de vista.

cada vez más, incluso antes de los tiempos de Théodule Ribot y de Sigmund Freud. En particular, estas ideas han ido desestimándose progresivamente en el campo de las ciencias sociales, donde cada vez recibe más atención la importancia de los elementos extrarracionales o irracionales de nuestra conducta, como atestigua el *Traité de Sociologie,* de Pareto. De las muchas pruebas que se han acumulado contra la hipótesis de la racionalidad únicamente voy a mencionar dos de ellas.

Una, a pesar del trabajo posterior, mucho más cuidadoso, puede seguirse asociando al nombre de Gustave Le Bon, el fundador o al menos el primer exponente efectivo de la psicología de las multitudes *(Psychologie des foules)*.[8] Al poner de manifiesto, si bien exagerándolas, las realidades del comportamiento humano bajo la influencia de la aglomeración —especialmente, la súbita desaparición, en un estado de excitación, de los frenos morales y de los modos civilizados de pensar y de sentir; la súbita erupción de impulsos primitivos, de infantilismos y tendencias criminales—, nos enfrentó con hechos siniestros que todo el mundo conocía, pero que nadie quería ver, y con ello dio un serio golpe a la concepción de la naturaleza humana, en la que se basaba la teoría clásica de la democracia y la creencia popular democrática acerca de las revoluciones. Sin duda hay mucho que decir sobre la estrechez de la base fáctica de las conclusiones de Le Bon, que, por ejemplo, no se acomoda nada bien al comportamiento normal de una multitud inglesa o angloamericana. Los críticos, especialmente aquellos que no simpatizaban con esta rama de la psicología social, no dejaron de sacar partido de sus puntos vulnerables. Pero, de otra parte, no hay que olvidar que los fenómenos de psicología de las multitudes no están confinados en modo alguno a las turbas que bullen en las calles estrechas de una ciudad latina. Todo parlamento, toda comisión, todo consejo de guerra compuesto de una docena de generales sexagenarios, muestra, aunque sea en una forma atenuada, alguno de los rasgos que aparecen tan claramente en el caso de la chusma, especialmente un sentido de responsabilidad reducido, un nivel inferior de energía intelectual y una sensibilidad mayor para las influencias extralógicas. Además, esos fenómenos no quedan limitados a una multitud, en el sentido de una aglomeración física de mucha gente. Los lectores de periódicos, los radioescuchas, los miembros de un partido, aun cuando no estén reunidos físicamente, tienen una enorme facilidad para transformarse en una multitud

[8] La palabra alemana *Massenpsychologie* sugiere una advertencia: la psicología de las multitudes no debe ser confundida con la psicología de las masas. La primera no contiene necesariamente ninguna connotación clasista y no tiene de por sí nada que ver con un estudio de los modos de pensar y de sentir de la clase obrera, por ejemplo.

psicológica y para llegar a esta situación de frenesí en la que un intento de argumentación racional no hace más que avivar los espíritus animales.

La otra fuente de prueba desilusionadora que voy a mencionar es mucho más humilde: de ella no mana sangre; tan sólo mana dislate. Los economistas, al aprender a observar los hechos de un modo más preciso, han comenzado a descubrir que los consumidores, aun en los actos más corrientes de la vida diaria, no viven plenamente de acuerdo con la idea que solían mantener acerca de ellos los libros de texto de economía. De una parte, sus necesidades no son apenas definidas y sus acciones a propósito de estas necesidades no son apenas racionales ni apresuradas. De otra parte, son tan sensibles a la influencia de la propaganda y de otros métodos de persuasión que a menudo parece que son los productores los que les dictan su voluntad en vez de ser mandados por ellos. La técnica de la propaganda de éxito es particularmente instructiva. Es cierto que casi siempre hay alguna apelación a la razón. Pero una simple afirmación, repetida con frecuencia, tiene más peso que un argumento racional, y otro tanto ocurre con el ataque directo a lo subconsciente, que toma la forma de intentos de evocar y cristalizar asociaciones agradables de una naturaleza plenamente extrarracional y, con mucha frecuencia, sexual.

La conclusión, aunque obvia, debe ser deducida con cuidado. En el curso ordinario de las decisiones que se repiten a menudo el individuo está sometido a la influencia saludable y racionalizadora de sus experimentos favorables y desfavorables. Está también bajo la influencia de móviles e intereses simples y nada problemáticos, que tan sólo ocasionalmente sufren perturbación por excitaciones. Históricamente el deseo de los consumidores en cuanto al calzado puede haber sido configurado, al menos en parte, por la acción de un productor que les ofrecía zapatos atractivos y hacía propaganda de ellos; sin embargo, es en todo tiempo una necesidad auténtica, cuya precisión se extiende más allá de "los zapatos en general", y cuya experimentación prolongada ha eliminado muchas de las irracionalidades que pueden haberla rodeado originariamente.[9] Además, bajo el estímulo de esos móviles simples, los consumidores aprenden a obrar en ciertas cosas (casas, automóviles) conforme al consejo de expertos imparciales, y ellos mismos se hacen expertos en otras. Es, sencillamente, incierto que las amas de casa sean engañadas fácilmente en cuestiones de artículos alimenticios, artículos domésticos *conocidos* y de vestido. Y, como todo vendedor sabe por propio escarmiento, la mayoría de ellas insisten en el artículo exacto que quieren, sin apartarse de su idea.

[9] En el pasaje de más arriba irracionalidad significa incapacidad para obrar racionalmente con relación a un deseo dado. No se refiere a la racionalidad que tenga el deseo mismo, en opinión del observador. Es importante tener esto en cuenta, porque los consumidores la exageran a veces, confundiendo las dos cosas. Así, el atuendo de una obrera de fábrica puede parecer a un profesor un indicio de comportamiento irracional, para el que no hay otra explicación que los artificios publicitarios. En realidad, tal vez sea lo único a que se aspira. Si esto es así, el gasto que realiza para ello puede ser de una racionalidad ideal en el sentido expresado más arriba.

Esto aparece de un modo aun más manifiesto si se observa del lado de los productores. Es indudable que un fabricante puede ser indolente, un mal juzgador de las oportunidades comerciales o incompetente por otra causa; pero hay un mecanismo eficaz que le hará reformarse o le eliminará. El taylorismo se basa, en realidad, en el hecho de que el hombre puede ejecutar operaciones manuales durante miles de años y, no obstante, seguirlas realizando de un modo ineficiente. Pero ni la intención de obrar lo más racionalmente posible ni una presión constante hacia una mayor racionalidad pueden ponerse en duda, cualquiera que sea el nivel de actividad industrial o mercantil que contemplemos.[10]

Y así acontece con la mayoría de las decisiones de la vida diaria que caen dentro del pequeño campo que abarca la mente del ciudadano individual con un pleno sentido de su realidad. *Grosso modo,* comprende las cosas que conciernen directamente a él, a su familia, a sus negocios, a sus aficiones, a sus amigos y enemigos, a su municipio o barrio, a su clase, iglesia, sindicato o a cualquier otro grupo social del que sea un miembro activo, esto es, las cosas que están bajo su observación personal, las cosas que le son familiares independientemente de lo que le diga su periódico, las cosas en las que puede influir directamente o puede dirigir y por las que desarrolla la especie de responsabilidad engendrada por toda la relación directa entre la línea de conducta seguida y sus efectos favorables o desfavorables.

Repetimos una vez más: la precisión y la racionalidad en el pensamiento y la acción [11] no están garantizados por su familiaridad con los hombres y las cosas ni por ese sentido de la realidad y de la

[10] Este nivel varía, por supuesto, no sólo con relación a las épocas y lugares, sino también dentro de una época y de un lugar dados, según los distintos sectores industriales y las clases. No hay nada parecido a una pauta universal de racionalidad.

[11] Racionalidad del pensamiento y racionalidad de la acción son dos cosas diferentes. La racionalidad del pensamiento no garantiza siempre la racionalidad de la acción. Y la última puede existir sin ninguna deliberación consciente e independientemente de toda capacidad para formular correctamente las razones que justifican los propios actos. El observador, especialmente el observador que emplea los métodos de encuestas y cuestionarios, pierde de vista a menudo esta distinción y por ello adquiere una idea exagerada de la importancia de la irracionalidad en el comportamiento. Esta es otra causa de las exageraciones que tan a menudo encontramos.

responsabilidad. Para esto serían necesarias otras condiciones que a menudo dejan de cumplirse. Por ejemplo, generación tras generación puede padecer por un comportamiento irracional en materia de higiene y, no obstante, dejar de relacionar sus sufrimientos con sus hábitos nocivos. En tanto que esta relación no se establezca, las consecuencias objetivas, por muy regulares que sean, no producirán, por supuesto, una experiencia subjetiva. Así ha resultado increíblemente difícil para la Humanidad llegar al conocimiento de la relación existente entre el contagio y las epidemias: los hechos la señalaban con una claridad que a nosotros nos parece inequívoca; sin embargo, al final del siglo XVIII los médicos no hacían casi nada para evitar que las personas atacadas de enfermedades infecciosas, tales como sarampión o viruelas, estuviesen en contacto con las demás. Y es de suponer que las cosas tienen que ser todavía peores cuando no sólo haya incapacidad, sino también repugnancia a reconocer las relaciones causales, o haya intereses que luchen en contra de que se reconozcan.

No obstante, y a pesar de todas las limitaciones que se imponen, hay para todos, dentro de un horizonte mucho más amplio, un campo más reducido —que difiere ampliamente en extensión, según los distintos grupos o individuos, y está limitado por una zona ancha más bien que por una línea sutil—, que se distingue por su sentido de la realidad o familiaridad o responsabilidad. Y este campo alberga voliciones individuales relativamente definidas. Estas pueden parecernos a veces ininteligentes, estrechas y egoístas, y puede no resultar claro para todos por qué, cuando se trata de llegar a las decisiones políticas, hemos de prestar culto a sus altares, y todavía menos por qué hemos de sentirnos obligados a contar como una unidad a cada uno de ellos y a ninguno como más de una unidad. Si, no obstante, decidimos rendir culto a la voluntad del pueblo, no encontraremos, al menos, el altar vacío.[12]

Ahora bien: esta relativa precisión de las voliciones y esta racionalidad del comportamiento no desaparecen súbitamente al apartarnos,

[12] Hay que observar que, al hablar de voliciones definidas y auténticas, no quiero significar que las exalta a últimos datos para todas las especies de análisis sociales. Son, por supuesto, producto del proceso social y del medio social. Lo único que quiero decir es que pueden servir como datos para la especie de análisis de fines especiales que el economista tiene en la imaginación cuando hace derivar los precios de los gustos o necesidades considerados como "datos" en un instante concreto y que no necesitan seguir siendo analizados cada vez. De un modo semejante podemos hablar para nuestros fines de voliciones auténticas y definidas que, en todo momento, se dan con independencia de los intentos de fabricarlas, si bien reconocemos que estas mismas voliciones auténticas son resultado de las influencias ambientales del pasado, incluyendo las influencias propagandísticas. Esta distinción entre voliciones auténticas y fabricadas (véase más abajo) es una distinción difícil y no puede aplicarse a todos los casos y para todos los fines. Para nuestro propósito, sin embargo, basta con señalar que está evidentemente fundada en el sentido común.

en la casa y los negocios, de las inquietudes de la vida diaria que nos educan y nos disciplinan. En el reino de los negocios públicos hay sectores que están más al alcance que otros de la mente del ciudadano. Esto es aplicable, en primer lugar, a los asuntos locales. Pero incluso ahí encontramos una capacidad limitada para discernir los hechos, una disposición limitada para actuar de acuerdo con ellos, un sentido limitado de responsabilidad. Todos nosotros conocemos al hombre —a menudo muy buen modelo— que dice que la administración local no es cosa suya y se encoge de hombros indiferente ante prácticas que antes de padecerlas en su propia oficina preferiría morir. Los ciudadanos de espíritu elevado y disposiciones exhortatorias que predican la responsabilidad de los electores o contribuyentes individuales descubren invariablemente el hecho de que este elector o contribuyente no se siente responsable por lo que hacen los políticos locales. Con todo, el patriotismo local puede ser un factor muy importante para el "funcionamiento de la democracia", especialmente en las comunidades no demasiado grandes para impedir el contacto personal. En muchos aspectos los problemas de una ciudad son también afines a los de un *concern* industrial. El hombre que comprende estos últimos comprende también los primeros hasta un cierto grado.

El fabricante, el tendero o el obrero no necesitan salir de su mundo para tener una opinión defendible racionalmente (que puede ser, por supuesto, acertada o errónea) sobre la limpieza de las calles o el emplazamiento de los mercados.

En segundo lugar, hay muchas controversias nacionales que atañen a los individuos y los grupos tan directa e inequívocamente como para dar origen en ellos a voliciones perfectamente auténticas y definidas. El ejemplo más importante lo constituyen aquellas medidas que llevan consigo una ventaja pecuniaria y personal para los electores individuales y para los grupos de electores, tales como los pagos directos, los aranceles aduaneros de protección, la política de protección de la plata, etc. Una experiencia que se remonta a la antigüedad muestra que los electores reaccionan casi siempre de una manera rápida y racional ante toda oportunidad de esta naturaleza. Pero la teoría clásica de la democracia tiene, evidentemente, poco que ganar de muestras de racionalidad de esta índole. Los electores demuestran con ellas ser jueces malos e incluso corrompidos de tales cuestiones[13] y a menudo

[13] La razón por la que los partidarios de Bentham pasaron por alto esto tan por completo es que no consideraron las posibilidades de la corrupción de la masa en el capitalismo moderno. Al cometer en su teoría política el mismo error que cometieron en su teoría económica no han encontrado ningún inconveniente en postular que "las gentes" eran el mejor juez de sus propios intereses individuales y que éstos tenían que coincidir necesariamente con los intereses de todo el pueblo tomado en su conjunto. Por supuesto, esto se hacía más fácil para ellos, porque filosofaban efectivamente, aunque no intencionadamente,

demuestran ser malos jueces de sus propios intereses a largo plazo, pues es tan sólo la promesa a corto plazo lo que toman en consideración políticamente y la racionalidad a corto plazo la única que prevalece efectivamente.

Sin embargo, cuando nos alejamos de las preocupaciones de la familia y de la oficina y nos internamos en las regiones de los negocios nacionales e internacionales, que carecen de un nexo directo e inequívoco con aquellas preocupaciones privadas, la volición individual, el conocimiento de los hechos y el método de inferencia dejan pronto de desempeñar el papel que les atribuye la teoría clásica. Lo que más me sorprende de todo, y lo que me parece que es la medula de todas las dificultades, es el hecho de que se haya perdido tan por completo el sentido de la realidad.[14] Normalmente, las grandes cuestiones políticas comparten su lugar, en la economía espiritual del ciudadano típico, con aquellos intereses de las horas de asueto que no han alcanzado el rango de aficiones y con los temas de conversación irresponsable. Estas cosas parecen aquí fuera de lugar; no son nada parecido a una propuesta de negocios; los peligros pueden no materializarse en absoluto y, si se materializasen, no se mostrarían demasiado graves; el ciudadano tiene, en el fondo, la impresión de moverse en un mundo ficticio.

Este sentido limitado de la realidad explica no sólo un sentido limitado de la responsabilidad, sino también la falta de voliciones efectivas. Cada uno tiene, por supuesto, frases propias y deseos e ilusiones y quejas propias; especialmente tiene cada uno sus preferencias y sus aversiones. Pero ordinariamente esto no corresponde a lo que llamamos una voluntad, esto es, la contrapartida psíquica de una acción responsable y consciente de su finalidad. En efecto: para el ciudadano particular que medita sobre los asuntos nacionales no hay lugar para una voluntad tal ni para ninguna labor que pueda desarrollar. Es miembro de una comisión incapaz de funcionar, de la comisión constituida por toda la nación, y por ello es por lo que invierte menos esfuerzo disciplinado en dominar un problema político que en una partida de *bridge*.[15]

en términos de intereses burgueses que tenían más que ganar de un Estado sobrio que de cualesquiera sobornos directos.

[14] El "sentido punzante de la realidad" de William James. La importancia de este punto ha sido especialmente subrayada por Graham Wallas.

[15] Nos ayudará a aclararnos este punto preguntarnos por qué nos mostramos con una inteligencia y claridad de pensamiento tan superiores en una mesa de *bridge*, a, por ejemplo, en una discusión política entre no políticos. En la mesa de *bridge* tenemos una tarea definida; tenemos reglas que nos disciplinan; el éxito y el fracaso están claramente definidos y nos impide un comportamiento irresponsable el hecho de que cada error que cometamos no sólo se nos manifestará inmediatamente, sino que también nos será inmediatamente imputado. Estas condiciones, al dejar de cumplirse en el comportamiento político del ciudadano corriente, muestran por qué en la política le falta toda circunspección y el juicio que puede desarrollar en su profesión.

El debilitamiento del sentido de la responsabilidad y la falta de voliciones efectivas explican a su vez esta ignorancia del ciudadano corriente y la falta de juicio en cuestiones de política nacional y extranjera, que son más sorprendentes, si esto puede sorprender, en el caso de personas instruidas y de personas que actúan con éxito en situaciones de la vida ajenas a la política que en el caso de personas poco instruidas y de condición humilde. Estos privilegiados disponen de una información abundante y fácilmente accesible. Pero esta ventaja no parece servirles de nada y tampoco debemos maravillarnos por ello. Sólo necesitamos comparar la actitud de un abogado en su informe y la actitud del mismo abogado frente a las exposiciones de la situación política que presenta su periódico para ver cómo se desenvuelve. En el primer caso, el abogado está capacitado para apreciar la relevancia jurídica de los hechos por los años de trabajo consciente de su finalidad que ha realizado bajo el estímulo definido del interés por su competencia profesional; bajo un estímulo no menos poderoso concentra sus conocimientos, su intelecto y su voluntad en el contenido del informe. En el segundo caso, no se ha tomado la molestia de capacitarse; no se preocupa de digerir la información ni de aplicarle los cánones de la crítica que tan bien sabe manejar, y se impacienta ante una argumentación larga o complicada. Todo esto viene a poner de manifiesto que, sin la iniciativa que desarrolla la responsabilidad directa, persistirá la ignorancia política, aun cuando el público disponga de la información más abundante y completa. Persiste, a pesar de los meritorios esfuerzos que se hacen para ir más allá de la presentación de conferencias, clases y grupos de discusión. Los resultados no son nulos, pero son escasos. No puede hacerse remontar la escala al público.

Así, pues, el ciudadano normal desciende a un nivel inferior de prestación mental tan pronto como penetra en el campo de la política. Argumenta y analiza de una manera que él mismo calificaría de infantil si estuviese dentro de la esfera de sus intereses efectivos. Se hace de nuevo primitivo. Su pensamiento se hace asociativo y efectivo.[16] Y esto lleva consigo dos consecuencias ulteriores deplorables.

En primer lugar, aun cuando no hubiese grupos políticos que tratasen de influir sobre el ciudadano corriente, éste tendería, en la cuestión política, a someterse a prejuicios e impulsos extrarracionales o irracionales. La debilidad del proceso racional que él aplica a la política y la falta de dominio lógico efectivo de los resultados a que llega bastarían por sí para explicar esto. Además, por la simple con-

[16] Véase cap. XII.

sideración de que "no es nadie en esto" relajará sus exigencias morales habituales y cederá a impulsos oscuros que las condiciones de la vida privada le ayudarán a reprimir. Pero en cuanto al buen criterio o racionalidad de sus inferencias y conclusiones éste puede ser tan malo como abandonarse a una explosión de generosa indignación. Ello le haría aún más difícil ver las cosas en sus debidas proporciones e incluso ver más de un aspecto de una cosa al mismo tiempo. De ahí el que, si sale una vez de su vaguedad habitual y muestra la voluntad definida que postula la teoría clásica de la democracia, es muy probable que resulte más ininteligente e irresponsable de lo que es habitualmente. En ciertas coyunturas puede esto resultar fatal a su país.[17]

En segundo lugar, sin embargo, cuanto más débil sea el elemento lógico en la formación de la opinión pública, y más completa la falta de crítica racional de la influencia racionalizadora de la experiencia y la responsabilidad personales, mayores son las oportunidades para los grupos que persigan fines interesados. Estos grupos pueden estar integrados por políticos profesionales, o por defensores de un interés económico, o por idealistas de una u otra especie, o por personas interesadas simplemente en poner en escena y dirigir las representaciones políticas. La sociología de tales grupos es irrelevante para el presente argumento. El único punto que interesa aquí es que, siendo como es la naturaleza humana en la política, son capaces de configurar la voluntad del pueblo e incluso de crearla dentro de unos límites muy amplios. La voluntad que observamos al analizar los procesos políticos no es ni con mucho una voluntad auténtica, sino una voluntad fabricada. Y con frecuencia este artefacto es lo único que corresponde a la *volonté générale* de la teoría clásica. En tanto que esto es así la voluntad del pueblo es el producto y no la fuerza propulsora del proceso político.

Los procedimientos para fabricar los problemas que apasionan a la opinión y a la voluntad popular acerca de estos problemas son similares exactamente a los que se emplean en la propaganda comercial. En ellos encontramos los mismos esfuerzos por llegar a un contacto con lo subconsciente. Encontramos la misma técnica de crear asociaciones favorables y desfavorables, que son más eficaces cuanto menos racionales sean. Encontramos las mismas evasivas y reticencias y el

[17] La importancia de tales explosiones de cólera no puede ponerse en duda. Pero es posible poner en duda su autenticidad. El análisis mostrará en muchos ejemplos que están excitados por la acción de algún grupo y no surgen espontáneamente del pueblo. En este caso entran en una clase de fenómenos de la que vamos a tratar seguidamente. Personalmente, creo que existen ejemplos auténticos. Pero no puedo estar seguro de que un analista más a fondo no revelase algún esfuerzo psicotécnico en el fondo de ellos.

mismo ardid para crear un convencimiento a fuerza de afirmaciones reiteradas, que tienen éxito precisamente en la medida en que evitan la argumentación racional, que amenazarían despertar las facultades críticas del pueblo. Y así sucesivamente. Sólo que todas estas trabas tienen infinitamente más alcance en la esfera de los negocios públicos que en la esfera de la vida privada y profesional. El retrato de la muchacha más bella que haya existido jamás resultará a la larga ineficaz para mantener las ventas de un cigarrillo malo. En el caso de las decisiones políticas no hay ninguna salvaguardia tan eficaz. Muchas decisiones de importancia funesta son de tal índole que hace imposible al público hacer experimentos con ellas en sus ratos de ocio y a un costo moderado. Aun cuando esto fuese posible no es fácil, sin embargo, llegar por regla general a un juicio, como en el caso del cigarillo, porque los efectos son menos fáciles de interpretar.

Pero tales artificios vician también, en una extensión completamente desconocida en el campo de la propaganda comercial, aquellas formas de la propaganda política que declaran dirigirse a la razón. Para el observador la apelación antirracional o, en todo caso, extrarracional al subconsciente, y la indefensión de la víctima frente a la misma, destacan con más claridad cuando dicha apelación está encubierta tras los hechos y argumentos. Ya hemos visto más arriba por qué es tan difícil difundir entre el público una información imparcial acerca de los problemas políticos y las inferencias lógicamente correctas de la misma y por qué esa información y argumentos sobre cuestiones políticas tan sólo "se toman en consideración" cuando concuerdan con las ideas preconcebidas del ciudadano. Por regla general, sin embargo, estas ideas no son bastante definidas para determinar conclusiones especiales. Como ellas mismas pueden ser fabricadas, una argumentación política eficaz implica casi inevitablemente el intento de moldear las premisas volitivas existentes en una forma especial y no simplemente el intento de complementarlas o de ayudar al ciudadano a formar su opinión.

Así, pues, lo más probable es que la información y los argumentos que se presentan como pruebas irrefutables estén al servicio de una intención política. Como lo primero que el hombre hace por su ideal o por su interés es mentir, es de esperar, y de hecho así lo encontramos, que en materia política la información eficaz esté casi siempre adulterada o seleccionada,[18] y que el razonamiento eficaz consista principalmente en tratar de exaltar ciertas afirmaciones a la dignidad de axiomas y borrar otras de la lista, con lo que se viene a parar a la psicotecnia mencionada más arriba. El lector que me crea indebida-

[18] Una información seleccionada, aunque sea exacta de por sí, equivale a un intento de mentir diciendo la verdad.

mente pesimista no tiene más que preguntarse si ha oído o no alguna vez —o ha dicho él mismo— que este o aquel hecho embarazoso no debe ser referido en público o que una cierta línea de razonamiento, aunque válida, es indeseable. Si los hombres que, con arreglo a la pauta habitual son perfectamente honorables o incluso de espíritu elevado, se avienen con las implicaciones de estos subterfugios, ¿no muestran con ello lo que piensan acerca de los méritos e incluso de la existencia de la voluntad del pueblo?

Hay, por supuesto, límites para todo esto.[19] Y hay mucho de verdad en el dicho de Jefferson de que el pueblo es en definitiva más inteligente de lo que puede serlo un individuo singular, o en el de Lincoln acerca de la imposibilidad de "tener engañado siempre a todo el pueblo". Pero ambos dichos subrayan el aspecto a largo plazo del problema de una manera muy significativa. No hay duda que puede argumentarse que, dando tiempo a la *psiche* colectiva, desarrollará opiniones que nos sorprenderán a menudo por su carácter sumamente razonable e incluso por su perspicacia. Sin embargo, la historia consiste en una sucesión de situaciones a corto plazo que pueden alterar para siempre el curso de los acontecimientos. Si a corto plazo puede "engañarse" a todo el mundo y conducirlo paulatinamente a algo que realmente no quiere, y si éste no es un caso excepcional que podamos permitirnos pasar por alto, entonces ninguna cantidad de sentido común retrospectivo alterará el hecho de que, en realidad, el pueblo no plantea ni decide las controversias, sino que estas cuestiones, que determinan su destino, se plantean y deciden normalmente para el pueblo. El amante de la democracia, más que nadie, tiene toda la razón al aceptar este hecho y defender así a su credo contra los calumniadores que lo acusan de estar basado en una engañifa.

IV. Razones de la supervivencia de la teoría clásica

¿Pero cómo es posible que una teoría tan patentemente contraria a los hechos haya sobrevivido hasta nuestros días y continúe ocupando su lugar en el corazón del pueblo y en el lenguaje oficial de los gobiernos? Los hechos que la contradicen son conocidos de todos; todo el mundo los reconoce con una franqueza completa y a menudo cínica. Su base teórica, el racionalismo utilitarista, está muerta; nadie la acepta como teoría correcta del cuerpo político. Sin embargo, esta pregunta no es difícil de responder.

[19] Es posible que estos límites se mostrasen con más claridad si las controversias se decidiesen más a menudo por referéndum. Es de presumir que los políticos sepan por qué son casi invariablemente hostiles a esta institución.

En primer lugar, aunque la teoría clásica de la acción colectiva no puede ser apoyada por los resultados de un análisis empírico, está apoyada fuertemente por aquella asociación con la fe religiosa, sobre la cual he llamado ya la atención. Esto puede no ser obvio a primera vista. Los maestros del utilitarismo eran todo, menos religiosos, en el sentido habitual de la expresión. Ellos se creían, efectivamente, antirreligiosos, y así eran considerados casi universalmente. Estaban orgullosos de su actitud, que ellos creían que era precisamente no metafísica, y no tenían ninguna simpatía por las instituciones religiosas y los movimientos religiosos de su tiempo. Pero no tenemos más que dirigir otra mirada al cuadro que trazaron del proceso social para descubrir que contenía rasgos esenciales de la fe de la cristiandad protestante, y que, en realidad, su doctrina derivaba de esa fe. A los intelectuales que habían abandonado su religión el credo utilitarista les proporcionaba un sustitutivo de aquélla. Para muchos de los que habían conservado su fe religiosa la teoría clásica se convirtió en el complemento de la misma.[20]

Transpuesta así en las categorías de la religión, esta teoría —y, por consiguiente, la especie de convicción democrática que se basa en ella— cambia su misma naturaleza. Ya no hay necesidad de detenerse ante escrúpulos lógicos acerca del "bien común" y de los "valores últimos". Todo esto nos es dado por el plan del Creador, cuyo propósito define y sanciona todo. Lo que antes parecía indefinido o inmotivado es de repente perfectamente definido y convincente. La voz del pueblo, por ejemplo, es ahora la voz de Dios. O tomemos la igualdad. Su significado preciso permanece dudoso y apenas hay justificación racional para exaltarla como postulado en tanto que nos movemos en la esfera del análisis empírico. Pero la Cristiandad alberga un fuerte elemento igualitario. El Redentor murió por todos; Él no hizo diferencias entre los individuos de los distintos *status* sociales. Al obrar así atestiguó el valor intrínseco del alma individual, un valor que no admite gradaciones. ¿No es esto una sanción —y, a mi parecer, la única sanción posible [21]— de la fórmula "cada uno cuenta como uno;

[20] Obsérvese la analogía con la fe socialista, que es también un sustitutivo de la fe cristiana para unos y un complemento de ella para otros.

[21] Podría objetarse que, por difícil que sea asignar un significado *general* a la palabra Igualdad, tal significado puede derivarse del contexto en la mayoría de los casos, si no en todos ellos. Por ejemplo, podría inferirse que las circunstancias en que se dirigió la alocución de Gettysburg, que, con la "afirmación de que todos los hombres son creados libres e iguales", quería dar a entender simplemente la igualdad del *status* jurídico frente a la especie de desigualdad que va implicada en el reconocimiento de la esclavitud. Este significado sería bastante definido. Pero si preguntamos por qué esa afirmación debe obligarnos moral y políticamente y si rehusamos contestar "porque todo hombre es por naturaleza exactamente igual que todo otro hombre", entonces sólo

nadie cuenta como más de uno", una sanción que vierte un significado supraterreno en los artículos del credo democrático para los que no es fácil encontrar ninguna otra? Esta interpretación no abarca, por supuesto, todo el terreno. Sin embargo, hasta donde llega parece explicar muchas cosas que de otro modo quedarían sin explicar y, en realidad, sin sentido. Especialmente, explica la actitud del creyente frente a la crítica; nuevamente, lo mismo que en el caso del socialismo, la disidencia fundamental es considerada no sólo meramente como un error, sino como un pecado; es causa no meramente de un contraargumento lógico, sino también de la indignación moral.

Podemos plantear nuestro problema de un modo diferente, y decir que la democracia, cuando está impulsada de esta suerte, deja de ser un simple método que puede ser discutido racionalmente como una máquina de vapor o un desinfectante. En realidad, se convierte en algo que, desde otro punto de vista, he afirmado que era incapaz de convertirse, a saber: en un ideal y más bien en parte de un orden ideal de cosas. La misma palabra puede convertirse en una bandera, en un símbolo de todo lo que es más querido para un hombre, de todo lo que ama de su nación, exista o no un nexo racional entre ambas cosas. De una parte, la cuestión de saber hasta qué punto los hechos de la política están concordes con las distintas proposiciones contenidas en el credo democrático, deviene entonces para el demócrata tan irrelevante como es para el creyente católico la cuestión de cómo se concilia la conducta de Alejandro VI con la aureola sobrenatural que rodea al papado. De otra suerte, el demócrata de este tipo, no obstante aceptar postulados que entrañan importantes implicaciones acerca de la igualdad y la fraternidad, estará también en situaciones de aceptar con toda sinceridad casi todas las desviaciones de dichos principios a que puede dar lugar su propio comportamiento o su propia posición. Esto no es tampoco lógico. La mera distancia que los separa de la realidad no constituye ningún argumento contra un precepto ético o una esperanza mística.

En segundo lugar, debe tenerse en cuenta el hecho de que las formas y frases de la democracia clásica están asociadas para muchas naciones a acontecimientos y evoluciones de su historia que son entusiásticamente aprobados por grandes mayorías. Una oposición a un régimen establecido es probable que utilice estas formas y frases, cualesquiera que sean su significado y sus raíces sociales.[22] Si esta oposición triunfa y si sus desenvolvimientos subsiguientes se muestran satisfactorios estas formas enraizarán en la ideología nacional.

Los Estados Unidos constituyen el ejemplo más notable de esta asociación de ideas. Su propia existencia como Estado soberano está asociada a una lucha contra una Inglaterra monárquica y aristocrática. A excepción de una minoría de realistas, en la época de la administración de Grenville, los americanos habían dejado, probablemente, de considerar al monarca inglés como *su* Rey y a la aristocracia inglesa como *su* aristocracia. En la Guerra de Independencia combatieron contra los que de hecho y según su sentimiento se habían convertido en un monarca extranjero y una aristocracia extranjera, que intervenían en su política y en sus intereses económicos. A partir ya de un estadio anterior de las turbulencias presentaron su contienda, que era realmente nacional, como una contienda del "pueblo" contra sus "dominadores", fundándose en los "derechos inalienables" del hombre" y a la luz de los principios generales de la democracia clásica. El texto de la Declaración de Independencia y el de la Constitución adoptaron estos principios. Siguió un desarrollo prodigioso que absorbió y satisfizo a la mayoría del pueblo, que creyó comprobar con ello el buen fundamento de la teoría embalsamada en los documentos sagrados de la nación.

Las oposiciones rara vez consiguen la victoria cuando los grupos dominantes están en la cumbre de su poder y de su éxito. En la primera mitad del siglo XIX se levantaron oposiciones que profesaban el credo clásico de la democracia y terminaron por prevalecer contra gobiernos, algunos de los cuales —especialmente en Italia— estaban notoriamente en un estado de decadencia y estaban en boca de la gente por su proverbial incompetencia, brutalidad y corrupción. Esto redundó naturalmente, aunque no lógicamente del todo, en beneficio del credo democrático, que se mostraba, además, superior cuando se le comparaba con las supersticiones oscurantistas propugnadas por aquellos gobiernos. En estas circunstancias la revolución democrática significó el advenimiento de la libertad y la decencia y el credo democrático un evangelio de la razón y del progreso. Naturalmente, esta ventaja estaba destinada a perderse y el abismo entre la teoría y la práctica de la democracia estaba destinado a ser descubierto. Pero el encanto de la aurora tarda en palidecer.

En tercer lugar, no hay que olvidar que hay síntomas sociales en los que la teoría clásica se adapta efectivamente a los hechos con un grado suficiente de aproximación. Como ya se ha señalado, éste es el caso de muchas sociedades pequeñas y primitivas que, en realidad, han

podemos recurrir a la sanción divina que proporciona la fe cristiana. Esta solución va implicada posiblemente en la palabra "creados".

[22] Podría parecer que debería hacerse una excepción con las oposiciones que surgen dentro de los regímenes francamente autocráticos. Pero incluso la mayoría de éstos han surgido históricamente de una manera democrática y han basado su dominación en la aprobación del pueblo. César no fue matado por los plebeyos. Pero los oligarcas aristócratas que lo mataron empleaban también frases democráticas.

servido como prototipo para los autores de esa teoría. Puede ser también el caso de sociedades que no son primitivas, siempre que no estén demasiado diferenciadas y no alberguen problemas graves. Suiza es el mejor ejemplo. Hay tan poco por qué disputar en un mundo de campesinos que, a excepción de los hoteles y los bancos, no contiene ninguna gran industria capitalista, y cuyos problemas políticos son tan simples y tan estables que es de esperar que los comprenda y esté de acuerdo en cuanto a ellos una abrumadora mayoría. Pero si podemos concluir que en tales casos la teoría clásica se aproxima a la realidad, tenemos que añadir inmediatamente que esto es así no porque describa un mecanismo eficaz de decisión política, sino tan sólo porque no hay grandes decisiones que tomar. Finalmente, puede invocarse nuevamente el caso de los Estados Unidos a fin de mostrar que la teoría clásica parece a veces concordar con los hechos, incluso en una sociedad grande y altamente diferenciada y en la que hay grandes problemas que resolver, siempre que circunstancias favorables neutralicen la ponzoña de estos problemas. Hasta la entrada de este país en la Primera Guerra Mundial la opinión pública se ocupaba principalmente de los negocios de explotación de las posibilidades económicas de su propio medio. Mientras estos negocios no fueron seriamente interferidos por la política nada de ella importaba seriamente al ciudadano medio, que contemplaba con bondadoso desprecio las piruetas de los políticos. Podían irritarse algunos sectores por las tarifas aduaneras, por la política de la plata, por el mal gobierno local o por una disputa ocasional con Inglaterra. La gran mayoría del pueblo no se interesaba por la política, a excepción de un caso de desacuerdo grave que condujo a un desastre nacional: la Guerra de Secesión.

Y en cuarto lugar, aprecian los políticos, por supuesto, una fraseología que les permite adular a las masas y les ofrece una excelente oportunidad no sólo para evadir la responsabilidad, sino también para confundir a sus adversarios en nombre del pueblo.

22

OTRA TEORIA DE LA DEMOCRACIA

I. La competencia por el caudillaje político

Yo creo que la mayoría de los estudiosos de la política se han decidido ya a aceptar la crítica que se hace en el capítulo precedente a la teoría clásica de la democracia. Creo también que casi todos ellos están de acuerdo, o lo estarán antes de mucho, en aceptar otra teoría que está mucho más próxima a la realidad y, al mismo tiempo, salva del naufragio mucho de lo que los defensores del método democrático entienden realmente por esta expresión. Lo mismo que la teoría clásica, se definirá con gran concisión.

Se recordará que nuestras principales dificultades acerca de la teoría clásica se centraban en la afirmación de que "el pueblo" tiene una opinión definida y racional sobre toda cuestión singular y que lleva a efecto esta opinión —en una democracia— eligiendo "representantes" que cuidarán de que esa opinión sea puesta en práctica. Así, pues, la elección de los representantes se considera como el fin que se subordina al fin primario del sistema democrático, que consiste en investir al electorado del poder de decidir las controversias políticas. Supongamos que invertimos el orden de estos dos elementos y ponemos en segundo lugar la decisión de las controversias por el electorado, y, en primer lugar, la elección de los hombres que han de efectuar la decisión. Para expresarlo de otra manera ahora adoptamos el criterio de que el papel del pueblo es crear un gobierno o algún otro organismo intermediario, el cual crearía, a su vez, un ejecutivo[1] nacional o gobierno. Entonces lo definiremos así: método democrático es aquel sistema institucional, para llegar a las decisiones políticas, en el que los individuos adquieren el poder de decidir por medio de una lucha de competencia por el voto del pueblo.

La defensa y explicación de esta idea va a demostrarnos en seguida que constituye un gran progreso respecto a la teoría del proceso

[1] La palabra equívoca "ejecutivo" señala, en realidad, una dirección falsa. Pero deja de desorientarnos si la utilizamos en el sentido en que hablamos de los "órganos ejecutivos" de una compañía, los cuales hacen también bastante más que "ejecutar" la voluntad de los accionistas.

democrático, tanto en la verosimilitud de sus supuestos como en la solidez de sus proposiciones.

En primer lugar, esta concepción nos proporciona un criterio razonablemente eficiente, mediante el cual poder distinguir de los demás a los gobiernos democráticos. Ya hemos visto que la teoría clásica tropieza con dificultades en esta esfera, porque tanto la voluntad como el bien del pueblo pueden ser servidos y lo han sido en muchos ejemplos históricos tan bien o mejor por gobiernos que no pueden calificarse de democráticos, con arreglo a cualquier uso aceptado en este término. Ahora estamos en una posición en cierto modo mejor, porque hemos decidido lanzar como piedra de toque un *modus procedendi,* cuya existencia o cuya ausencia es fácil de comprobar en la mayoría de los casos.[2]

Por ejemplo, una monarquía parlamentaria como la inglesa cumple los requisitos del sistema democrático, porque el monarca está prácticamente obligado a nombrar para el Gabinete a las mismas personas que habría elegido el parlamento. Una monarquía "constitucional" no está calificada para llamarse democrática porque los electorados y los parlamentos, aunque tengan todos los demás derechos que tienen los electorados y los parlamentos en las monarquías parlamentarias, carecen del poder de imponer sus deseos en cuanto a la composición de la comisión gobernante; los ministros del gabinete son en este caso servidores del monarca, tanto en esencia como en el nombre, y en principio pueden ser destituidos y nombrados por él. Tal sistema puede satisfacer al pueblo. El electorado puede confirmar este hecho votando contra toda propuesta de reforma. El monarca puede ser tan popular como para sentirse capaz de derrotar a todo competidor para la magistratura suprema. Pero como no existe ningún mecanismo para hacer efectiva esta competencia, el caso de la monarquía constitucional no entra dentro de nuestra definición de régimen democrático.

En segundo lugar, la teoría incorporada en esta definición deja todo el espacio que deseemos para un reconocimiento apropiado del hecho vital del caudillaje. La teoría clásica no hacía esto, sino que, como hemos visto, atribuía al electorado un grado completamente irreal de iniciativa que prácticamente llegaba a ignorar el caudillaje. Pero las colectividades actúan casi exclusivamente mediante la aceptación del caudillaje; éste es el mecanismo esencial de toda acción colectiva que sea algo más que un simple reflejo. Las proposiciones acerca del funcionamiento y de los resultados del método democrático que tienen en cuenta este factor son por necesidad infinitamente más realistas que las proposiciones que lo ignoran. No se limitarán a la ejecución de una *volonté générale,* sino que sobrepasarán ésta para mostrar cómo

[2] Véase, sin embargo, el punto cuatro de más adelante.

se forma o cómo se sustituye o cómo se adultera. Lo que hemos llamado voluntad fabricada no queda ya fuera de la teoría, aberración por cuya desaparición oramos piadosamente; tiene cabida, como debe ser, en la misma planta baja de nuestra construcción.

En tercer lugar, sin embargo, en tanto que haya auténticas voliciones de grupo —por ejemplo, la voluntad de las parados de recibir un subsidio por paro o la voluntad de socorrerlos expresada por otros grupos—, nuestra teoría no las pasa por alto. Por el contrario, podemos insertarlas ahora exactamente en el papel que desempeñan en realidad. Tales voliciones no se afirman directamente, por regla general. Aun cuando sean vigorosas y definidas, permanecen latentes, con frecuencia por espacio de décadas, hasta que son llamadas a la vida por algún *leader* político que las convierte entonces en factores políticos. Esto lo hace (o lo hacen por él sus agentes) organizando estas voliciones, estimulándolas y, por último, incluyendo puntos apropiados de las mismas en su programa para la competencia electoral. La interacción entre los intereses parciales y la opinión pública y la manera como dan lugar a la pauta que llamamos situación política aparecen, desde este punto de vista, a una luz nueva y mucho más clara.

En cuarto lugar, nuestra teoría no es, por supuesto, más precisa que el concepto de competencia por el caudillaje. Este concepto presenta dificultades similares a las que son inherentes al concepto de competencia en la esfera económica, con el cual puede ser comparado de un modo provechoso. En la vida económica la competencia no falta nunca por completo, pero difícilmente es alguna vez perfecta.[3] De un modo semejante en la vida política hay siempre algo de competencia, aunque tal vez sea tan sólo potencial, por la adhesión del pueblo. Para simplificar la cuestión no hemos retenido, como especie de competencia que sirva para definir la democracia, más que el caso de la libre competencia por el libre voto. La justificación de esto es que la democracia parece implicar la aplicación de un método reconocido a la conducta de la lucha de la competencia y que el método electoral es prácticamente el único de que disponen para este fin las comunidades de cualquier magnitud. Pero aunque esta restricción excluye muchos procedimientos para alcanzar el caudillaje que deben ser excluidos,[4] tales como la competencia mediante la insurrección

[3] En la parte II tuvimos ejemplos de los problemas que plantea la imperfección de la competencia.

[4] También excluye métodos que no deberían ser excluidos, por ejemplo, la adquisición del caudillaje político por la aceptación tácita del pueblo o por una elección *cuasi per inspirationem.* Esta difiere de la elección por votación tan sólo en su tecnicismo. Pero la primera no carece por completo de importancia ni siquiera en la política moderna; el predominio ejercido por un jefe de partido

militar, no excluye ciertos casos que son sorprendentemente análogos a los fenómenos económicos a los que ponemos la etiqueta de competencia "desleal" o "fraudulenta" o de restricción de la competencia. Y no podemos excluirlos, porque, si lo hiciéramos, nos quedaríamos reducidos a una democracia ideal completamente ajena a la realidad.[5] Entre este caso ideal, que no existe, y los casos en que toda competencia con el *leader* establecido en el poder es impedida por la fuerza, hay una serie continua de variaciones, dentro de la cual se pasa del método de gobierno democrático hasta el autocrático por pasos imperceptibles. Pero si lo que queremos no es filosofar, sino comprender, tenemos que reconocer que las democracias son como deben ser. El valor de nuestro criterio no se perjudica seriamente por la diversidad de especies de democracia.

En quinto lugar, nuestra teoría parece aclarar la relación que existe entre la democracia y la libertad individual. Si entendemos por esta última la existencia de una esfera de autonomía individual cuyos límites son variables históricamente —*ninguna* sociedad tolera la libertad absoluta, ni siquiera de conciencia ni de manifestación del pensamiento, *ninguna* sociedad reduce a cero esa esfera—, la cuestión se convierte claramente en una cuestión de grado. Ya hemos visto que el método democrático no garantiza necesariamente una mayor cantidad de libertad individual de la que permitiría otro método político en circunstancias semejantes. Puede muy bien ser lo contrario. Pero no por ello deja de existir una relación en las dos. Si, en principio al menos, todo el mundo es libre de entrar en competencia por el caudillaje político,[6] presentándose al electorado, esta facultad se traducirá en la mayoría de los casos, aunque no en todos, en una considerable cantidad de libertad de discusión *para todos,* y especialmente, en los casos normales, en una cantidad considerable de libertad de prensa. Esta relación entre la democracia y la libertad no es absolutamente rígida y puede ser alterada. Pero, desde el punto de vista del intelectual, es muy importante. Al mismo tiempo esto es todo lo que hay que decir sobre esta relación.

En sexto lugar, debe observarse que, al hacer de la función de crear un gobierno (directamente o por medio de un organismo intermedio) la función primaria del electorado, era mi intención incluir en esta frase también la función de disolverlo. Lo uno significa simplemente la aceptación de un *leader* o de un grupo de *leaders;* lo otro significa simplemente rechazar esta aceptación. Con esto se toma en consideración un elemento que el lector puede haber echado de menos. Puede haber pensado que el electorado no sólo instala al gobierno en el poder, sino que también lo fiscaliza. Pero como los electorados no fiscalizan normalmente a sus *leaders* políticos de ninguna manera, a no ser negándose a reelegirlos o negándose a reelegir las mayorías parlamentarias que los apoyan, es conveniente reducir nuestras ideas acerca de esta fiscalización a los medios indicados en nuestra definición. En ocasiones tienen lugar subversiones espontáneas que derriban directamente a un gobierno o a un ministro individual o bien los fuerzan a seguir una determinada línea de conducta. Pero estos casos no solamente son excepcionales, sino que, como veremos, son contrarios al espíritu del método democrático.

dentro de su partido no se basa a menudo más que en la aceptación tácita de su caudillaje. Hablando en términos relativos, sin embargo, éstos son detalles que, en mi opinión, pueden ser pasados por alto en un bosquejo como éste.

[5] Lo mismo que en el terreno económico en los principios jurídicos y morales de la comunidad hay implícitas *algunas* restricciones.

[6] Libre se emplea aquí en el sentido de que todo el mundo tiene libertad para poner una nueva fábrica de tejidos.

En séptimo lugar, nuestra teoría arroja una luz muy necesaria sobre una antigua controversia; quien acepte la teoría clásica de la democracia y crea, en consecuencia, que el método democrático ha de garantizar que se decidan las cuestiones y se configure la política de acuerdo con la voluntad del pueblo, tiene que encontrarse con el hecho de que, aun cuando esa voluntad fuese innegablemente real y definida, la decisión por simples mayorías la tergiversaría en muchos casos más bien que le daría efectividad. Evidentemente, la voluntad de la mayoría es la voluntad de la mayoría y no lo voluntad "del pueblo". La segunda constituye un mosaico que la primera no "representa" en absoluto. Equiparar ambas por definición no es resolver el problema. Sin embargo, se han hecho intentos de soluciones verdaderas por parte de los autores de los diversos planes para una "representación proporcional".

Estos planes han encontrado una crítica adversa basada en razones prácticas. Es obvio, en efecto, no sólo que la representación proporcional ofrecerá oportunidades de afirmarse a todas las clases de idiosincrasia, sino también que puede impedir a la democracia crear gobiernos eficientes y resultar así un peligro en épocas de tensión.[7] Pero antes de llegar a la conclusión de que la democracia se hace incapaz de funcionar si se lleva a efecto su principio de una manera consecuente, es justo que nos preguntemos si este principio implica realmente la representación proporcional. En realidad, no lo implica. Si la aceptación del caudillaje es la verdadera función del voto del electorado, la defensa de la representación proporcional se derrumba, porque sus premisas no son ya válidas. El principio de la democra-

[7] La argumentación en contra de la representación proporcional ha sido muy bien expuesta por el profesor F. A. Hermens en "The Trojan Horse of Democracy", *Social Research,* noviembre 1938.

cia significa entonces simplemente que las riendas del gobierno deben ser entregadas a los individuos o equipos que disponen de un apoyo electoral más poderoso que los demás que entran en la competencia. Y esto, a su vez, parece asegurar la permanencia del sistema de mayorías dentro de la lógica del método democrático, si bien podríamos condenarlo basándonos en razones ajenas a esta lógica.

II. La aplicación del principio

Habiendo esbozado nuestra teoría en la sección precedente vamos ahora a contrastarla con algunos de los rasgos más importantes de la estructura y del funcionamiento del mecanismo político de los países democráticos.

1. En una democracia, como ya he dicho, la función primaria del voto del electorado es crear un gobierno. Esta función puede ser desempeñada mediante la elección de un equipo completo de funcionarios para todos los cargos. Sin embargo, esta práctica caracteriza fundamentalmente la formación del gobierno local, y, por consiguiente, vamos a dejarla a un lado.[8] Considerando únicamente el gobierno nacional podemos decir que crear un gobierno significa prácticamente decidir quién debe ser el hombre que lo acaudille.[9] Podemos llamarle como antes "Primer Ministro".

Solamente hay una democracia en la que el voto del electorado realiza esto directamente, a saber: los Estados Unidos.[10] En todos los demás casos el sufragio del electorado no crea directamente un gobierno, sino un órgano intermedio, que en lo sucesivo llamaremos parlamento,[11] al cual transmite la función de crear gobierno. Pudiera parecer fácil explicar la adopción o más bien la evolución de este sistema tanto por razones históricas como por razones de conveniencia, e igualmente las distintas formas que ha adoptado en los diferentes sistemas sociales. Pero la delegación parlamentaria no es una construcción lógica; es un producto natural cuyos sutiles matices y resultados escapan por completo a las teorías oficiales y mucho más a las legales.

¿Cómo crea un gobierno un parlamento? El método más sencillo es elegirlo o, de una manera más realista, elegir al primer ministro y después votar la lista de ministros que esté presente. Este método rara vez se usa.[12] Pero pone de manifiesto la naturaleza del procedimiento mejor que todos los demás. Además, los otros métodos pueden reducirse todos al mismo, porque el hombre que llega a primer ministro es, en todos los casos normales, el único a quien elegiría el parlamento. La manera como efectivamente es designado para el cargo —por un monarca, como en Inglaterra; por un Presidente, como en Francia, o por un organismo o comisión especial, como en el Estado Libre de Prusia en el período de Weimar— es simplemente una cuestión de forma.

---

[8] Hacemos esto únicamente por motivos de simplicidad. El fenómeno se adapta perfectamente a nuestro esquema.

[9] Esto es verdad tan sólo aproximadamente. El voto de los electores lleva, efectivamente, al poder a un grupo en que todos los casos normales reconoce un *leader* individual; pero, por lo general, hay *leaders* de segundo y tercer rango que gozan de influencia política personal y a quienes el *leader* no tiene más remedio que confiar cargos apropiados. De este hecho nos ocuparemos dentro de poco.

Otro punto es necesario tener presente. Aunque hay razón para esperar que un hombre que se eleva a una posición de mando supremo será, por lo general, un hombre dotado de energía personal considerable, quienquiera que sea —más adelante volveremos sobre esto—, no se sigue de aquí que siempre será éste el caso. Por tanto, la expresión *leader* o "dirigente" no implica que los individuos así designados estén necesariamente dotados de cualidades de caudillaje o que siempre impriman directivas personales. Hay situaciones políticas favorables para la elevación de hombres faltos de cualidades de caudillaje (y de otras cualidades) y desfavorables para el establecimiento de posiciones individuales fuertes. Por tanto, un partido o una combinación de partidos pueden ser ocasionalmente acéfalos. Pero todo el mundo reconoce que ésta es una situación patológica y una de las causas típicas de derrota.

[10] En mi opinión podemos pasar por alto el colegio electoral. Al llamar Primer Ministro al Presidente de los Estados Unidos, quiero subrayar la semejanza fundamental de su posición con la de los primeros ministros de otras democracias. Pero no quiero desestimar las diferencias que existen entre uno y otro, aunque algunas de ellas son más formales que reales. La menos importante consiste en que el Presidente desempeña también aquellas funciones principalmente de ceremonia propias de los presidentes franceses, por ejemplo. Mucho más importante es que no puede disolver el Congreso; pero tampoco podría hacerlo el Primer Ministro francés. Por otra parte, su posición es más fuerte que la del Primer Ministro inglés, en virtud del hecho de que su caudillaje es independiente de contar con una mayoría en el Congreso, al menos legalmente, pues de hecho resulta derrotado si no tiene mayoría. Puede también nombrar y destituir los miembros del gabinete (casi) a voluntad. Estos apenas pueden llamarse ministros en el sentido inglés de la palabra, y, en realidad, no son otra cosa que "secretarios" en la acepción corriente de esta palabra. Podríamos decir, por tanto, que en cierto sentido el Presidente no es solamente el Primer Ministro, sino el único ministro, a no ser que encontremos una analogía entre las funciones de un ministro del Gabinete inglés y las funciones de los jefes de las fuerzas administrativas en el Congreso.

No hay dificultad para interpretar y explicar éstas y muchas otras peculiaridades de los Estados Unidos o de cualquier otro país que emplee el método democrático. Pero a fin de ahorrar espacio tendremos en consideración principalmente el modelo inglés y consideraremos todos los demás casos como "desviaciones" más o menos importantes, basándonos en la teoría de que, hasta aquí, la lógica del gobierno democrático se ha logrado con mayor plenitud en la práctica inglesa, si bien no en sus formas legales.

[11] Se recordará que he definido el parlamento como un órgano del Estado. Aunque lo he definido simplemente por razones de lógica formal, esta definición se adapta especialmente bien a mi concepción del método democrático. El mandato parlamentario es, por tanto, una magistratura.

[12] Se adoptó, por ejemplo, en Austria después del derrumbamiento de 1918.

La práctica inglesa clásica es ésta: después de unas elecciones generales el partido triunfante dispone normalmente de una mayoría de asientos en el parlamento y de esta forma está en situación de lanzar un voto de desconfianza contra todos, menos contra su *leader*, que de esta manera negativa es designado "por el Parlamento" para ejercer el caudillaje nacional. Recibe su comisión del monarca —en un "besamanos"— y presenta al mismo su lista de ministros, de la cual forma parte la lista de ministros del gabinete. En ésta incluye, en primer lugar, algunos veteranos del partido, que reciben lo que pudiera llamarse un cargo honorífico; en segundo lugar, los dirigentes de segunda fila, los hombres con quienes cuenta para la polémica habitual en el parlamento, y que deben su encumbramiento, en parte, a su valor político positivo y, en parte, a su valor como elementos de perturbación potenciales; en tercer lugar, los hombres que se están elevando, a quienes invita al círculo mágico del cargo a fin de "extraer los cerebros de la ganga" y, a veces, en cuarto lugar, unos pocos hombres a los que considera especialmente calificados para desempeñar ciertos puestos.[13] Pero, repito, en todos los casos normales esta práctica tiende a producir el mismo resultado que daría la elección del Primer Ministro por el parlamento. El lector verá también que allí donde, como en Inglaterra, el Primer Ministro tiene el poder efectivo de disolver el parlamento ("dirigirse al país"), el resultado se aproximará en cierta medida al que debería esperarse de una elección directa del gabinete por el electorado en tanto que éste le apoye.[14] Esto puede ilustrarse con un ejemplo famoso.

2. En 1879, cuando el gobierno de Beaconsfield (Disraeli), después de casi seis años de próspero ejercicio del poder, que culminó en el éxito espectacular del Congreso de Berlín,[15] se creía destinado, con arreglo a todos los precedentes habituales, a un éxito en las elecciones, Gladstone conmovió súbitamente al país mediante una serie de arengas de insuperable vigor (campaña Midlothian), en las que manejó las atrocidades turcas con tal éxito que le colocaron, *a él personalmente*, en la cresta de una ola de entusiasmo popular. El partido oficial de Gladstone no tuvo nada que ver con esto. Varios de sus dirigentes incluso lo desaprobaron. Gladstone había abandonado años antes el caudillaje del partido y ahora conquistó el país sin ninguna ayuda. Pero cuando el partido liberal había ganado bajo este ímpetu una victoria aplastante resultó evidente para todo el mundo que Gladstone tenía que ser aceptado de nuevo como *leader* del partido, y no sólo eso, sino que tenía que llegar a ser *leader* del partido en virtud de su caudillaje nacional y que no había espacio sencillamente para ningún otro. Llegó al poder con una aureola de gloria.

Ahora bien: este ejemplo nos enseña mucho acerca del funcionamiento del método democrático. Ante todo, hay que darse cuenta de que es único en su cualidad dramática, pero sólo en este aspecto. Es el ejemplar excepcional de una especie normal. El caso de los dos Pitt, de Peel, de Palmerston, de Disraeli, de Cambell Bannermann y otros difieren de éste tan sólo en grado.

En primer lugar, en cuanto al caudillaje político del Primer Ministro,[16] nuestro ejemplo muestra que está compuesto de tres elemen-

[13] Lamentar, como hacen algunos, lo poco que cuenta la capacidad para un cargo en estos sistemas es apartarse del punto que ha de tener en cuenta una descripción; es esencial al gobierno democrático que los valores políticos sean los que cuenten primordialmente, mientras que la idoneidad para los cargos cuenta tan sólo incidentalmente. Véase más adelante cap. XXIII.

[14] Si, como sucede en Francia (en la III República), el primer ministro no tiene tal poder, las *coteries* parlamentarias adquieren tanta independencia que se debilita o destruye este paralelismo entre la aceptación de un hombre por el parlamento y la aceptación del mismo hombre por el electorado. En tal situación el deporte de la política parlamentaria degenera en confusión. Desde nuestro punto de vista esto es un defecto de construcción cometido al delinear el plan de la máquina constitucional. Raymond Poincaré era de la misma opinión.

Tales situaciones se dan también, por supuesto, en Inglaterra. Pues el poder de disolución del Primer Ministro —en términos estrictos el poder de "aconsejar" al monarca la disolución de la Cámara de los Comunes— es inoperante, bien en el caso de que el círculo dirigente de su partido se ponga frente al mismo o bien si no hay probabilidad de que las elecciones vigoricen su dominio sobre el Parlamento. Es decir, el Primer Ministro, puede ser más fuerte (aunque también posiblemente más débil) en el Parlamento que en el país. Tal estado de cosas tiende a desarrollarse con cierta regularidad después que un gobierno ha estado en el poder por espacio de algunos años. Pero, en el sistema inglés, esta desviación de la norma no puede durar mucho tiempo.

[15] No quiero decir con ello que la solución temporal de las cuestiones planteadas por la guerra ruso-turca y la adquisición, perfectamente inútil, de la isla de Chipre constituyera por sí misma tales obras maestras del arte político. Pero sí quiero decir que, desde el punto de vista de la política interior, estos resultados fueron precisamente la especie de éxito ostentoso que adularía normalmente la vanidad del ciudadano medio y mejoraría grandemente las perspectivas del gobierno en una atmósfera de patriotismo "jingo" (agresivo). En efecto, la opinión general era que Disraeli habría ganado la elección si hubiera disuelto el parlamento inmediatamente después de volver de Berlín.

[16] Es característica de la manera inglesa de hacer las cosas que el reconocimiento oficial de la existencia del cargo de Primer Ministro fuese aplazado hasta 1907, en cuya fecha se le concedió figurar en el orden de preferencia oficial en la corte. Pero el cargo es tan antiguo como el gobierno democrático. Sin embargo, como el gobierno democrático no fue nunca introducido mediante un Acta especial, sino que se desarrolló lentamente como parte de un amplio proceso social, no es fácil indicar ni siquiera aproximadamente su fecha o incluso su período de nacimiento. Hay un largo lapso de tiempo que presenta casos en embrión. Es tentador ver el comienzo de la institución a partir del reinado de Guillermo III, cuya posición, mucho más débil que la de sus predecesores autóctonos, parece dar una apariencia de verosimilitud a tal hipótesis. Sin embargo, la objeción a esto no es que Inglaterra no era entonces una "democracia" —el lector recordará que no definimos la democracia por la extensión de las franquicias—, sino que, de una parte, el caso en embrión de Danby había ocurrido bajo Carlos II, y que, de otra parte, Guillermo III no se reconcilió nunca con esta ordenación y logró conservar en sus manos ciertos poderes. No tenemos que confundir los primeros ministros con meros consejeros, por mucho poder que tengan sobre sus soberanos y por muy firme-

tos distintos que no deben ser confundidos, y que en cada caso se mezclan en distintas proporciones, cuya dosificación determina el carácter del gobierno de cada Primer Ministro singular. Según este ejemplo, el Primer Ministro llega al cargo como jefe de su partido *en el parlamento.* Sin embargo, tan pronto como se instala en el poder se convierte, en un cierto sentido, en el *leader del parlamento,* directamente de la Cámara de que es miembro e indirectamente también de la otra. Esto es algo más que un eufemismo oficial, más también que el reconocimiento del poder parlamentario inherente al cargo de Primer Ministro sobre su propio partido. Adquiere igualmente influencia sobre los demás partidos, así como sobre sus miembros individuales, o bien excita su antipatía, y estas acciones y reacciones son susceptibles de modificar grandemente sus probabilidades de éxito. En el caso límite, cuyo mejor ejemplo es el de Sir Robert Peel, puede ejercer coacción sobre su propio partido apoyándose en otro. Finalmente, aunque en todos los casos normales será también la cabeza de su partido *en el país,* el ejemplar bien desarrollado de la especie Primer Ministro tendrá una situación en el país distinta de la que adquiere automáticamente por la jefatura de la organización de partido. Dirigirá la opinión del partido de una manera creadora —dándole forma— y al final se elevará hacia un caudillaje formativo de la opinión pública, más allá de los límites del partido, hacia el caudillaje nacional, que puede llegar a ser independiente en cierto grado de opinión más estrecha de su partido. No es necesario decir lo personal que es una realización tal y la importancia tan grande

mente atrincherados que puedan estar en el mismo centro del organismo generador del poder público, como era el caso, por ejemplo, de hombres como Richelieu, Mazarino o Straford; Godolphin y Harley, bajo la Reina Ana, fueron claramente casos de transición. El primer hombre que fue reconocido universalmente como Primer ministro en su época y por los historiadores políticos fue Sir Robert Walpole. Pero tanto a él como al Duque de Newcastle (o su hermano Henry Pelham o ambos conjuntamente), y de hecho a todos los hombres que ejercieron el caudillaje hasta Lord Shelburne (incluyendo a Pitt, el viejo, que aun como Secretario del Exterior estuvo muy cerca de cumplir *in substance* nuestros requisitos) faltó una u otra de las características. El primer ejemplar plenamente desarrollado fue Pitt, el joven.

Es interesante observar que lo que su propio tiempo reconoció en el caso de Sir Robert Walpole (y más tarde en el de Lord Carteret, Conde de Granville) no fue que había un órgano esencial para el gobierno democrático que se estaba abriendo camino a través de los tejidos atrofiados. Por el contrario, la opinión pública no veía en él más que la organización de un tumor maligno, cuyo crecimiento era una amenaza para el bienestar nacional y para la democracia; "ministro único" o "primer ministro" era entonces una expresión de oprobio lanzada a Walpole por sus enemigos. Este hecho es significativo. No sólo indica la resistencia con que usualmente tropiezan las instituciones nuevas. Indica también que esta institución no se consideraba compatible con la teoría clásica de la democracia, que no tenía, en efecto, lugar para el caudillaje político, en nuestro sentido, y, por tanto, tampoco tenía lugar para las realidades de la posición de un Primer Ministro.

que tiene un apoyo tal fuera del partido y del parlamento. Pone una fusta en manos del *leader,* cuyo chasquido puede traer a la obediencia a los partidos reacios y conspiradores, aunque su correa lacerará duramente a la mano que la emplee desafortunadamente.

Esto sugiere una importante limitación a nuestra afirmación de que, en un sistema parlamentario, la función de crear el gobierno incumbe al parlamento. El parlamento decide normalmente quién ha de ser Primer Ministro, pero al hacerlo así no es completamente libre. Decide por aceptación más bien que por iniciativa. Exceptuando los casos patológicos, como el de la *chambre* francesa, los deseos de los diputados no son, por regla general, los datos finales del proceso del que surge el gobierno. Los diputados no sólo están maniatados por sus obligaciones con el partido. Son también manejados por el hombre a quien ellos "eligen", manejados incluso en el acto de la elección misma, exactamente igual que son manejados por él una vez que le han "elegido". Todo caballo es libre, por supuesto, de cocear las bridas y no siempre obedece al freno. Pero la sublevación o la resistencia pasiva contra la dirección del *leader* sólo pone al descubierto la relación normal. Y esta relación normal pertenece a la esencia del método democrático. La victoria personal de Gladstone en 1880 constituye la réplica a la teoría oficial de que el parlamento crea y depone al gobierno.[17]

3. Consideremos ahora lo relativo al carácter y al papel del gabinete.[18] Es algo curiosamente bifronte, un producto conjunto del

[17] El mismo Gladstone apoyó firmemente esta teoría. En 1874, cuando fue derrotado en las elecciones, propugnaba todavía presentarse ante el Parlamento, porque, según él, competía al Parlamento confirmar la resolución de destitución pronunciada por el cuerpo electoral. Pero esto no significa nada, por supuesto. Del mismo modo, profesaba con fervor un respeto ilimitado a la corona. Uno tras otro de sus biógrafos se han maravillado de esta actitud cortesana del gran *leader* demócrata. Pero la Reina Victoria mostró, seguramente, mejor discernimiento que aquellos biógrafos, a juzgar por la fuerte aversión que mostró a Gladstone a partir de 1879 y que los biógrafos atribuyen simplemente a la funesta influencia de Disraeli. ¿Es realmente necesario señalar que esas profesiones de respeto pueden significar dos cosas diferentes? El hombre que trata a su mujer con rebuscada cortesía no es, por regla general, el hombre que acepta la camaradería entre los sexos en términos de igualdad. De hecho la actitud cortesana es precisamente un método para evitar tal camaradería.

[18] Todavía más borrosa que la evolución del cargo de Primer Ministro está la del gabinete, a causa de la continuidad histórica, que disimula los cambios operados en la naturaleza de una institución. Hasta la fecha, el gabinete inglés constituye legalmente la sección ejecutiva del *Privy Council,* que era, por supuesto, un instrumento de gobierno en tiempos claramente predemocráticos. Pero por debajo de esta superficie se ha desarrollado un órgano completamente diferente. Tan pronto como percibamos la existencia de este órgano encontraremos la tarea de señalar la fecha de su nacimiento en cierto modo más fácil que en el caso del Primer Ministro. Aunque, en la época de Carlos II existieron gabinetes en embrión (el Ministerio "de Intriga" fue uno y el Comité de los Cuatro que se formó en conexión con el experimento del Temple fue

parlamento y del Primer Ministro. Este designa sus miembros mediante un nombramiento, como hemos visto, y el primero acepta su elección, pero también influye sobre ella. Considerado desde el punto de vista del partido, es una asamblea de *subleaders* que refleja más o menos su propia estructura. Desde el punto de vista del Primer Ministro es una asamblea no sólo de camaradas de armas, sino de hombres de partido que tienen que tener en consideración sus propios intereses y perspectivas, un parlamento en miniatura. Para llevar a cabo la combinación y para que funcione es necesario que los ministros del gabinete en perspectiva estén dispuestos —no necesariamente por un amor entusiasta— a servir bajo Mr. X y que Mr. X establezca su programa a fin de que sus colegas en el gabinete no se sientan tentados con demasiada frecuencia a "reconsiderar su posición", como dice la fraseología oficial, o a hacer una huelga de asistencia. Así, pues, el gabinete —y lo mismo puede aplicarse a todo el ministerio, que en Inglaterra comprende también funcionarios políticos que no forman parte del gabinete— tiene en el proceso democrático una función distinta de la del Primer Ministro, de la del partido, de la del parlamento y de la del electorado. Esta función o caudillaje va asociada a los negocios corrientes (en modo alguno subordinada a ellos) que despachan los miembros individuales del gabinete en los distintos departamentos para los que son designados a fin de manejar las palancas del mando de la máquina burocrática. Y sobre todo tiene una relación remota, si es que la tiene, con la de "vigilar que la voluntad del pueblo se cumple en cada uno de estos departamentos". Precisamente en los ejemplos mejores se encuentra el pueblo con resultados en los que nunca pensó y que no habría aprobado si se le hubieran sometido antes de su promulgación.

4. Volvamos a la cuestión del parlamento. Ya he definido la que me parece ser su función primaria, con las reservas consiguientes. Pero pudiera objetarse que mi definición no toma en consideración el resto de sus funciones. El parlamento hace, evidentemente bastantes otras cosas, además de establecer y derribar gobiernos. Legisla e incluso administra. Pues aunque todo acto del parlamento, a excepción de las resoluciones y declaraciones políticas, es "ley" en sentido formal, hay muchas leyes que deben ser consideradas como medidas administrativas. El presupuesto constituye el ejemplo más importante. Su elaboración es una función administrativa. No obstante, en los Estados Unidos es elaborado por el Congreso. Pero aun cuando fuese elaborado por el ministro de Hacienda con la aprobación del gabinete, como en Inglaterra, el parlamento tiene que votarlo y en virtud de este voto se convierte en una ley. ¿No refuta esto nuestra teoría?

otro), la *Whig "junto"* bajo Guillermo III es un buen candidato para el primer lugar. Desde el reinado de la Reina Ana en adelante sólo hay cuestiones de poca importancia en las que pueda haber un desacuerdo acerca de su existencia o funcionamiento.

Cuando dos ejércitos operan uno contra otro, sus movimientos respectivos se centran siempre en objetivos particulares que están determinados por sus situaciones estratégicas o tácticas. Pueden luchar por una extensión particular de terreno o por una colina particular. Pero el interés que presenta conquistar aquella extensión de terreno o aquella colina tiene que derivarse del fin estratégico o táctico que consiste en batir al enemigo. Sería, evidentemente, absurdo intentar derivarlo de cualesquiera propiedades extramilitares que pudiera tener ese terreno o esa colina. De un modo semejante el fin primero y principal de cada partido político es prevalecer sobre los demás a fin de conseguir el poder o de permanecer en él. Lo mismo que la conquista del trozo de terreno o de la colina la decisión de las controversias políticas es, desde el punto de vista del político, no el fin, sino solamente la materia prima de la actividad parlamentaria. Como los políticos disparan palabras en vez de balas, y como estas palabras se dirigen inevitablemente hacia los problemas puestos a debate, la finalidad real de la actividad parlamentaria puede no resultar siempre tan clara como la de la actividad militar. Pero lo esencial de ambos juegos es la victoria sobre el adversario.[19]

Fundamentalmente, pues, la producción corriente de decisiones parlamentarias sobre cuestiones nacionales constituye precisamente el método por el que el parlamento mantiene o se niega a mantener a un gobierno en el poder o por el que el parlamento acepta o rechaza el caudillaje del Primer Ministro.[20] Con las excepciones que pronto se

[19] A veces los políticos surgen de entre las nieblas fraseológicas. Para citar un ejemplo al que no pueda oponerse ninguna objeción por motivo de frivolidad, citaremos la frase de un político de la talla de Sir Robert Peel, quien caracterizó la naturaleza de su oficio cuando dijo, después de su victoria parlamentaria sobre el gobierno Whig en el debate sobre la política de este último en Jamaica: "Jamaica era un buen caballo para arrancar." El lector debería meditar sobre esto.

[20] Esto es aplicable por supuesto, a la práctica parlamentaria francesa anterior a Vichy y a la práctica italiana anterior al fascismo, exactamente igual que a la práctica inglesa. Sin embargo, puede caber la duda en el caso de los Estados Unidos, donde la derrota de la Administración en una cuestión importante no lleva consigo la dimisión del Presidente. Pero esto se debe simplemente al hecho de que la Constitución, que está inspirada en una teoría política diferente, no permite que la práctica parlamentaria se desarrolle con arreglo a su lógica. Pero, de hecho, esta lógica no deja de afirmarse por completo. Las derrotas en cuestiones de importancia, aunque no pueden desplazar al Presidente, debilitarán tanto su prestigio como para desalojarlo de su posición de caudillaje. Por el momento esto crea una situación anormal. Pero ya gane o pierda la elección presidencial siguiente el conflicto se resuelve entonces de una manera que no difiere fundamentalmente de la manera como trata una cuestión semejante un Primer Ministro inglés cuando disuelve el Parlamento.

mencionarán *cada* voto es un voto de confianza o de desconfianza, y los votos que se llaman así técnicamente no hacen más que poner de relieve *in abstracto* el elemento esencial que es común a todos. De esto podemos convencernos observando que la iniciativa para traer las cuestiones a la decisión parlamentaria pertenece, por regla general, al gobierno, o, en caso contrario, al gabinete presunto de la oposición, pero no a los miembros particulares del Parlamento.

Es el Primer Ministro quien elige, de entre el torrente ininterrumpido de problemas corrientes, aquéllos que va a convertir en problemas parlamentarios, es decir, aquéllos sobre los cuales se propone su gobierno presentar proyectos de ley, o, si no se siente seguro en este terreno, al menos proyectos de resolución. Por supuesto, todo gobierno recibe de su predecesor un legado de cuestiones pendientes que tal vez sea incapaz de esquivar; otras cuestiones se acogen como cuestión de rutina política; sólo en el caso de un éxito especialmente brillante está un Primer Ministro en situación de imponer medidas sobre una cuestión política creada totalmente por él mismo. En todo caso, sin embargo, la elección o la dirección del gobierno, ya sea o no libre, es el factor que domina la actividad parlamentaria. Si se presenta una proposición de ley por la oposición ello quiere decir que ofrece batalla; tal proceder constituye un ataque que el gobierno tiene que desarticular apropiándose la cuestión controvertida o bien haciendo rechazar la proposición. Si un grupo del partido gubernamental presenta una proposición de ley importante que no figura en la lista del gobierno esto significa una insurrección, y es desde este punto de vista, y no desde el de los méritos extratácticos del caso, desde el que será considerado por los ministros. Esto es aplicable incluso al planteamiento de un debate. A no ser que sea sugerido o sancionado por el gobierno esto es síntoma de que al gobierno se le va el poder de las manos. Finalmente, la adopción de una medida mediante un convenio entre los partidos significa una batalla no decidida o una batalla evitada por razones estratégicas.[21]

[21] En relación con esto puede mencionarse otro ejemplo muy significativo de la técnica inglesa. Un proyecto de ley importante no prospera, por lo general, o no prosperaba si la mayoría que lo apoyaba se reduce, en segunda lectura, a una cifra muy baja. Esta práctica equivale, en primer lugar, a admitir una limitación importante al principio mayoritario, tal como se aplica efectivamente en las democracias bien dirigidas; no sería correcto decir que en una democracia la minoría está siempre obligada a rendirse. Pero hay un segundo punto. Si bien la minoría no siempre está obligada a someterse a la mayoría en la controversia especial que se debate prácticamente está siempre obligada a someterse a ella —hay excepciones a esto— en la cuestión de si el gabinete ha de permanecer o no en el poder. Un voto tal, en segunda lectura, sobre una medida importante del gobierno puede decirse que constituye una combinación de un voto de confianza con un voto para dar carpetazo a un proyecto de ley. Si lo único importante fuese el contenido del proyecto apenas tendría sentido votar en favor del mismo si no ha de ser convertido en ley. Pero si el parlamento está interesado primordialmente en mantener al gabinete en su puesto entonces estas tácticas se hacen inmediatamente comprensibles.

5. Las excepciones a este principio del caudillaje del gobierno en las asambleas "representativas" sirven sólo para poner de manifiesto su carácter realista. Estas excepciones son de dos clases.

En primer lugar, ningún caudillaje es absoluto. El caudillaje político ejercido con arreglo al método democrático es menos absoluto aún que los demás a causa de ese elemento de competencia que es esencial a la democracia. Como teóricamente todo prosélito tiene el derecho de desplazar a su *leader*, y como casi siempre hay algunos que tienen una oportunidad real de hacerlo, el miembro particular del partido y el ministro —si siente que podría conseguir un puesto más elevado—, colocado dentro o fuera del círculo encantado, adoptan una línea de conducta intermedia entre una adhesión incondicional a la pauta del *leader* y el establecimiento incondicional de una pauta propia, sopesando los rasgos y las oportunidades con una meticulosidad que a veces es realmente admirable.[22] El *leader* responde a su vez adoptando una línea de conducta intermedia entre insistir en el mantenimiento de la disciplina y permitir la oposición. Suaviza la presión con concesiones más o menos juiciosas, los enojos con cumplimientos, los castigos con recompensas. Este juego da como resultado, según la fuerza relativa de los individuos y según sus posiciones, una cantidad de libertad muy variable, pero en la mayoría de los casos considerable. En especial los grupos que son bastante fuertes para hacer sentir su descontento, pero no bastante fuertes para beneficiarse incluyendo sus personajes y sus programas en el concierto del gobierno, podrán salirse con la suya en cuestiones de poca importancia, o, en todo caso, en cuestiones que el Primer Ministro se sienta inducido a considerar como de poca importancia o de importancia parcial. De esta manera grupos de prosélitos o incluso miembros individuales pueden en ocasiones tener la oportunidad de conseguir la aprobación de proposiciones de ley propias, y mayor tolerancia aún se dispensará, por supuesto, a la mera crítica o al dejar de votar mecánicamente por cada propuesta del gobierno. Pero sólo necesitamos considerar estas concesiones con un espíritu práctico para percibir, por los límites impuestos al uso de esta libertad, que no constituye el principio del funcionamiento de un parlamento, sino una desviación del mismo.

[22] Uno de los ejemplos más instructivos con los que puede ilustrarse esta táctica lo constituye la línea de conducta adoptada por Joseph Chamberlain en el octavo decenio del siglo pasado con relación a la cuestión irlandesa. Al final desbarató a Gladstone, pero inició la campaña como adicto oficialmente a él. Y el caso es excepcional sólo por la fuerza y la brillantez de este hombre. Como todo capitán político sabe, tan sólo las mediocridades pueden ser tenidas en cuenta por su lealtad. He ahí por qué algunos de los capitanes más grandes, como Disraeli, por ejemplo, se rodeaban de hombres de segunda fila.

En segundo lugar, hay casos en los que el organismo político deja de hacerse cargo de ciertos problemas, bien porque los altos mandos de las fuerzas del gobierno y de la oposición no aprecien su valor político o porque dicho valor sea, en realidad, dudoso.[23] Tales problemas pueden entonces ser acogidos por los secesionistas que prefieren aspirar al poder como independientes a servir en las filas de uno de los partidos existentes. Esta es, por supuesto, una política perfectamente normal. Pero hay otra posibilidad. Un hombre puede tomar con tanta resolución una cuestión particular que puede entrar en la arena política simplemente para tratar de resolverla a su manera y sin albergar ningún deseo de iniciar una carrera política normal. Sin embargo, esto es tan inusitado que es difícil encontrar ejemplos de este proceder que tengan importancia de primer rango. Tal vez fue uno el de Richard Cobden. Es cierto que los ejemplos de importancia secundaria son más frecuentes, especialmente los ejemplos del tipo de cruzados. Pero nadie sostendrá que son otra cosa que desviaciones de la práctica normal.

Podemos resumir como sigue. Al observar las sociedades humanas, por regla general, no encontramos difícil especificar, al menos de la manera tosca del mero sentido común, los diversos fines por los que luchan las sociedades que aquí estudiamos. Puede decirse que estos fines proporcionan la razón de ser o el significado de las actividades individuales correspondientes. Pero de aquí no se sigue que el valor social de un tipo de actividad sea necesariamente el móvil determinante de esta actividad y, por lo tanto, la explicación de la misma. Si no es así una teoría que se contenta con un análisis del fin o necesidad social a que hay que servir no puede aceptarse como una explicación adecuada de las actividades a que sirve. Por ejemplo, la razón por la que existe un fenómeno como la actividad económica es, por supuesto, que las personas necesitan comer, vestirse, etcétera. Proveer los medios para satisfacer esas necesidades es el fin o sentido social de la producción. No obstante, todos estamos de acuerdo en que esta tesis constituiría un punto de partida de lo más irreal para una teoría de la actividad económica en una sociedad mercantil y en que procederíamos con mucho más acierto si partiésemos de tesis relativas al lucro. De un modo semejante el sentido o función social de la actividad parlamentaria es, indudablemente, hacer leyes y, en parte, adoptar medidas administrativas. Pero para comprender

[23] Una cuestión que no se ha acometido nunca constituye el ejemplo típico de los problemas de la primera clase. Las razones típicas por las que gobierno y un gabinete potencial de la oposición pueden convenir tácitamente en dejar en paz un problema, a pesar de tener conciencia de su alcance, son las dificultades técnicas para su tratamiento y el temor de que causará dificultades locales.

cómo la política democrática sirve a este fin social tenemos que partir de la lucha de la competencia por el poder y las magistraturas y darnos cuenta de que la función social se cumple, por decirlo así, subsidiariamente en el mismo sentido en que la producción es subsidiaria a la obtención de un lucro.

6. Finalmente, por lo que se refiere al papel del electorado, solamente hay que mencionar un punto adicional. Ya hemos visto que los deseos de los miembros de un parlamento no son los datos finales del proceso creador del gobierno. Con relación al electorado puede hacerse una afirmación similar. Su decisión —glorificada ideológicamente en la expresión "llamada del pueblo"— no fluye de su iniciativa, sino que es configurada, y su configuración es una parte esencial del proceso democrático. Los electores no deciden problemas pendientes. Pero tampoco eligen a los miembros del parlamento, con plena libertad, entre la población elegible. En todos los casos normales la iniciativa radica en el candidato que hace una oferta para obtener el cargo de miembro del parlamento y el caudillaje local que puede llevar consigo. Los electores se limitan a aceptar su oferta con preferencia a las demás o a rechazarla. Incluso la mayoría de los casos excepcionales en que un hombre es elegido *auténticamente* por los electores entran en la misma categoría por una de estas dos razones: es natural que un hombre no necesite hacer ningún ofrecimiento para obtener el caudillaje si ya lo ha adquirido o bien puede suceder que un *leader* local, que puede dominar o influir en el voto, pero que no puede o no quiere competir por sí mismo en la elección, designe a otro, que puede parecer entonces haber sido descubierto por los electores obrando por su propia iniciativa.

Pero cualquiera que sea la interpretación que pueda darse, tanto a la iniciativa del electorado como a la aceptación de uno de los candidatos en competencia, su alcance está, a su vez, muy restringido por la existencia de los partidos. Un partido no es, como nos haría creer la teoría clásica (o Edmund Burke), un grupo de hombres que intentan fomentar el bienestar público "a base de un principio sobre el que se han puesto de acuerdo". Esta racionalización es peligrosa porque es seductora. Pues todos los partidos se equipan, por supuesto, en una época dada, con un arsenal de principios o puntos programáticos, los cuales pueden ser tan característicos del partido que los adopta y tan importantes para su éxito como lo son para un gran almacén las marcas de las mercancías que vende. Pero ni un almacén puede ser definido por sus marcas ni un partido puede definirse por sus principios. Un partido es un grupo cuyos miembros se proponen actuar de consuno en la lucha de la competencia por el poder político. Si esto no fuera así sería imposible a partidos diferentes

adoptar el mismo programa exactamente o casi exactamente. No obstante, esto sucede, como todo el mundo sabe. Los partidos y los agentes electorales de partido son simplemente la respuesta al hecho de que la masa electoral es incapaz de otra acción que la estampida y representan un intento de regular la competencia política de una manera exactamente similar a las prácticas correspondientes de los asociados, de comerciantes... La psicotecnia de la dirección de un partido y la propaganda de partido, las consignas y las marchas musicales no son simples accesorios. Son elementos esenciales de la política. También lo es el "boss" (cacique) político.

23

CONCLUSION

I. Algunas implicaciones del análisis precedente

La teoría del caudillaje competitivo nos ha proporcionado una interpretación satisfactoria de los hechos que acaecen en el curso del proceso democrático. La utilizaremos, por tanto en nuestro intento de desentrañar la relación entre la democracia y un orden de cosas socialista. Como se ha expuesto anteriormente, los socialistas no se limitan a afirmar su compatibilidad; pretenden igualmente que la democracia implica el socialismo y que no puede haber democracia verdadera, excepto en el socialismo. De otra parte, el lector no puede dejar de estar familiarizado con algunos planfletos, al menos, de los muchos que se han publicado en los Estados Unidos durante los últimos años, destinados a demostrar que una economía planificada, por no hablar del socialismo plenamente desarrollado, es completamente incompatible con la democracia. Ambos puntos de vista son, por supuesto, fáciles de comprender si se tiene en cuenta la base psicológica de esta controversia y del deseo natural de ambas partes de asegurarse el apoyo de un pueblo cuya gran mayoría cree fervientemente en la democracia. Pero suponed que nos preguntamos: ¿Dónde está la verdad?

Nuestro análisis, en ésta y en las partes precedentes de este libro, nos da fácilmente la respuesta. Entre el socialismo, tal como lo hemos definido, y la democracia, tal como la hemos definido, no hay una relación necesaria: el uno puede existir sin la otra. Al mismo tiempo tampoco hay incompatibilidad: en situaciones apropiadas del medio social el sistema socialista puede funcionar según los principios democráticos.

Pero es de observar que estos simples enunciados dependen de la noción que tengamos de lo que son el socialismo y la democracia. Por tanto, no solamente tienen un alcance menor de lo que una y otra parte de la contienda tienen en la imaginación, sino también un sentido algo diferente. Por esta razón, y también porque detrás de la cuestión de la mera compatibilidad surge inevitablemente otra cuestión esto es, la de si el método democrático funcionará de una manera más o menos eficiente en un régimen socialista en compara-

ción con un régimen capitalista, nos queda todavía mucho por explicar. En particular, tenemos que tratar de formular las condiciones bajo las cuales puede esperarse que resulte satisfactorio el método democrático. Esto se hará en la segunda sección de este capítulo. Ahora vamos a considerar algunas de las implicaciones de nuestro análisis del proceso democrático.

Ante todo, con arreglo al criterio que hemos adoptado, la democracia no significa ni puede significar que el pueblo gobierna efectivamente, en ninguno de los sentidos evidentes de las expresiones "pueblo" y "gobernar". La democracia significa tan sólo que el pueblo tiene la oportunidad de aceptar o rechazar los hombres que han de gobernarle. Pero como el pueblo puede decidir esto también por medios no democráticos en absoluto, hemos tenido que estrechar nuestra definición añadiendo otro criterio identificador del método democrático, a saber: la libre competencia entre los pretendientes al caudillaje por el voto del electorado. Ahora puede expresarse un aspecto de este criterio diciendo que la democracia es el gobierno del político. Es de la mayor importancia comprender lo que esto implica.

Muchos expositores de la teoría democrática se han esforzado por despojar a la actividad política de toda connotación profesional. Han sostenido con vigor, a veces apasionadamente, que la política no debería constituir una profesión y que la democracia degenera siempre que la política se convierte en profesión. Pero esto es pura ideología. Es cierto que pueden ser elegidos para servir en el parlamento, por jemplo, hombres de negocios o abogados, e incluso pueden aceptar ocasionalmente el poder y seguir siendo ante todo hombres de negocios y abogados. Es también cierto que muchos que se hacen primordialmente políticos continúan dependiendo de otras actividades para su sustento.[1] Pero, normalmente, el éxito personal en la política, más que un ascenso ocasional al cargo ministerial especialmente, implica una concentración de índole profesional y relega las demás actividades de un hombre al rango de ocupaciones accesorias o de ocupaciones privadas necesarias. Si queremos enfrentarnos abiertamente con los hechos tenemos que reconocer que, en las democracias de tipo distinto del de la suiza, la política se convierte inevitablemente en una carrera. Esto significa, a su vez, reconocimiento de un interés

[1] Los ejemplos de esto abundan, por supuesto. Una clase especialmente instructiva de estos políticos la constituyen los juristas que tienen asiento en la *Chambre* y en el *Sénat* franceses. Algunos de los dirigentes políticos destacados han sido también grandes *abogados:* piénsese, por ejemplo, en Waldek-Rousseau y en Poincaré. Pero, por regla general (y si decidimos pasar por alto los casos en que los bufetes de abogados marchan milagrosamente por sí mismos cuando uno de los abogados asociados es un dirigente político y es llamado a menudo a cargos ministeriales), el éxito en los tribunales y el éxito en la política no van juntos.

profesional claramente determinado en el político individual y de un interés de grupo claramente determinado propio de la profesión política como tal. Es esencial insertar este factor en nuestra teoría. Tan pronto como tengamos en cuenta esto se resuelven muchos enigmas.[2] Entre otras cosas, dejamos inmediatamente de maravillarnos porque los políticos no sirvan con tanta frecuencia los intereses de su clase o de los grupos a los que están ligados personalmente. Políticamente hablando, el joven diputado es aún un párvulo que no ha digerido, de manera que lo olvide nunca, el dicho atribuido a uno de los políticos más afortunados que han existido: "Lo que los hombres de negocios no comprenden es que yo opero con los votos exactamente igual que ellos operan con el aceite."[3]

Observemos que no hay razón para creer que el comportamiento de los políticos haya de ser mejor ni peor en una organización socialista de la sociedad. El médico o el ingeniero que quieran colmar la copa de sus ambiciones por medio del éxito como médico o como ingeniero seguirán siendo un tipo especial de hombre y sus intereses tendrán una pauta especial; el médico o el ingeniero que quieran hacer funcionar o reformar las instituciones de su país seguirán siendo otro tipo y sus intereses tendrán otra pauta distinta.

En segundo lugar, los estudiosos de la organización política han sentido siempre dudas acerca de la eficiencia administrativa de la democracia en las sociedades grandes o complejas. En particular se ha indicado que, en comparación con otros sistemas, la eficiencia del gobierno democrático se queda atrás inevitablemente a causa de la tremenda pérdida de energía que impone a los dirigentes la incesante batalla que han de librar en el parlamento y fuera del parlamento. Por la misma razón queda aún más atrás por la necesidad de acomodar la política a las exigencias de la marcha de la guerra política. Ni una ni otra de estas proposiciones puede ponerse en duda. Ambas son simplemente corolarios de nuestro teorema anterior según el cual

[2] Debe observarse lo bien que engrana este argumento con nuestro análisis de la posición y el comportamiento de los intelectuales en el capítulo XIII, sección II.

[3] Tal criterio es desaprobado a veces por frívolo o cínico. Yo creo, por el contrario, que lo frívolo o cínico es fingir en público creer en consignas para las que en privado no tenemos más que una sonrisa agorera. Pero también es justo señalar que esta opinión no es tan detractoria para el político como pudiera parecer. No excluye los ideales ni un sentido del deber. La analogía con el hombre de negocios ayudará una vez más a aclarar esto. Como ya he dicho en otro lugar ningún economista que conozca algo de la realidad de la vida económica sostendrá tan sólo un momento que el sentido del deber y los ideales del servicio y la eficiencia no juegan ningún papel en la configuración del comportamiento del hombre de negocios. No obstante, el mismo economista está en su derecho si basa su explicación de este comportamiento en un esquema que descansa en el móvil del lucro.

el método democrático elabora la legislación y la administración como subproducto de la lucha por la conquista del poder.

Imaginemos, por ejemplo, la situación de un Primer Ministro. Cuando los gobiernos son tan inestables como lo han sido en Francia desde 1871 hasta el derrumbamiento de 1940, su atención tiene que estar casi monopolizada por una tarea que es similar a la de tratar de construir una pirámide con bolas de billar. Solamente los hombres de vigor completamente extraordinario pueden haber tenido en tales condiciones alguna energía que reservar para la labor administrativa corriente, para los proyectos de ley, etc., y solamente tales hombres excepcionales pueden haber adquirido alguna autoridad sobre los funcionarios subordinados que, como todos los demás, sabían que su jefe sería relevado dentro de poco. Esto no es, por supuesto, tan malo en el caso inglés. Las combinaciones gubernamentales inestables son excepciones y normalmente un gobierno puede contar con una vida de cinco a seis años, aproximadamente. Los ministros pueden imponerse en sus cargos y, en el parlamento, no es tan fácil derribarlos de la silla. Pero esto no quiere decir que estén exentos de la necesidad de luchar. Hay siempre una contienda corriente, y, si los gobiernos no están constantemente dispuestos a luchar por su vida, es tan sólo porque, por lo general, tienen aptitud para sofocar los ataques corrientes antes que se hagan peligrosos. El Primer Ministro tiene que vigilar a sus adversarios todo el tiempo, que conducir incesantemente a su propia grey, que estar preparado para acudir a las brechas que puedan abrirse en cualquier momento, que estar al corriente de las medidas que se debaten, que fiscalizar al gabinete; todo lo cual se resume diciendo que, cuando el parlamento está en sesión, está de suerte si le quedan libres un par de horas por la mañana para meditar sobre las cosas y para trabajar de verdad. No es raro que los fracasos individuales y las derrotas de un gobierno en su conjunto se hayan producido a causa del agotamiento físico del jefe o jefes.[4]

¿Cómo podría, pues, un primer ministro (sería posible preguntar) emprender la labor de guiar y supervisar un organismo administrativo que tiene que abarcar todos los problemas de la vida económica?

[4] Para poner un ejemplo típico: ningún estudioso de los orígenes de la Guerra Mundial de 1914-1918 puede dejar de sorprenderse por la pasividad del gobierno inglés desde el asesinato del archiduque hasta las declaraciones de guerra. No es que no se hiciesen esfuerzos para evitar la conflagración. Pero fueron singularmente ineficaces y quedaron muy cortos con relación a lo que podrían haber sido. Por supuesto, es posible explicar esto basándose en la teoría de que el gobierno Asquith no quiso realmente evitar la guerra. Pero si esta teoría se considerara insatisfactoria, como creo que debe considerarse, entonces se nos impone aceptar otra: es perfectamente posible que los caballeros del banco azul estuvieran tan absortos en su juego político que no percibieron los peligros de la situación internacional hasta que fue demasiado tarde.

Pero este desgaste de energía del gobierno no es todo. La incesante lucha de la competencia para lograr el poder o para permanecer en él imprime a toda consideración de las medidas políticas y administrativas el sesgo tan admirablemente expresado por la frase "operar con votos". El hecho es que, en una democracia, el gobierno tiene que atender primordialmente a los valores políticos de un programa o de un proyecto de ley o de un decreto administrativo —es decir, el propio hecho que impone el principio democrático de la subordinación del gobierno a los votos del parlamento y del electorado— desfigurará, probablemente, todos los pros y los contras. En especial, esta circunstancia impone a los hombres que están en el timón o cerca de él una visión de corto alcance y les hace sumamente difícil servir a los intereses a largo plazo de la nación que puedan requerir un trabajo continuado para fines remotos; la política exterior, por ejemplo, corre el peligro de degenerar en política interna. Y hace no menos difícil dosificar racionalmente las medidas. La dosificación que hace un gobierno con un ojo puesto en sus oportunidades políticas no es necesariamente la dosificación que producirá los resultados más satisfactorios a la nación.

Así, pues, el Primer Ministro de una democracia podría ser comparado a un jinete que está tan completamente absorto en tratar de mantenerse en la silla que no puede hacer ningún plan para su cabalgada, o a un general tan plenamente ocupado en asegurarse que su ejército ha de acatar sus órdenes, que tiene que dejar la estrategia abandonada a sí misma. Y esto sigue siendo verdad (y en el caso de algunos países, como Francia e Italia, tiene que ser reconocido abiertamente como una de las fuentes de donde mana el sentimiento antidemocrático), a pesar de los hechos que pueden invocarse como atenuantes.

Hay, en primer lugar, el hecho de que los ejemplos en que se muestran esas consecuencias hasta un grado que puede considerarse como insoportable pueden ser explicados con frecuencia por la razón de que el sistema social no es adecuado para el funcionamiento de las instituciones democráticas. Como ponen de manifiesto los ejemplos de Francia e Italia esto puede suceder en países mucho más civilizados que otros que tienen éxito en esta labor. No obstante, el peso de la crítica se reduce por ello a la afirmación de que el funcionamiento satisfactorio del método democrático depende del cumplimiento de ciertas condiciones, cuestión que será tratada dentro de poco.

Después está la cuestión de la alternativa. Estas flaquezas indicadas existen también de una manera notoria en los sistemas no de-

mocráticos. Abrirse camino hasta una posición rectora, por ejemplo, en una corte, puede absorber tanta energía y tergiversar tantas opiniones propias acerca de las cuestiones de actualidad como en la lucha democrática, aunque este desgaste o tergiversación no se manifieste tan abiertamente. Esto equivale a decir que los intentos de apreciación comparativa de los sistemas de gobierno deben tener en cuenta muchos otros factores, además de los principios institucionales implicados.

Además, alguno de nosotros responderá a los críticos que lo que queremos exactamente es un nivel inferior de eficiencia en el gobierno. No queremos, ciertamente, ser objeto de la eficiencia dictatorial, simples peones de un gran juego. Una cosa como el *Gosplan* puede ser ahora imposible en los Estados Unidos. ¿Pero no prueba esto precisamente que su *analogon* hipotético en los Estados Unidos violaría, como el *Gosplan* ruso, tanto el espíritu como la estructura orgánica de la federación americana?

Finalmente, puede hacerse algo para reducir la presión sobre los hombres que ejercen el caudillaje mediante fórmulas institucionales apropiadas. El sistema americano, por ejemplo, se muestra ventajoso en este punto. El "primer ministro" americano tiene, indudablemente, que tener puestos los ojos en su tablero de ajedrez político. Pero no necesita sentirse responsable por cada medida singular. Y, al no tener asiento en el Congreso, está exento, al menos, de la fatiga física que esto supondría. Tiene todas las oportunidades que necesita para cuidar su vigor.

En tercer lugar, nuestro análisis del capítulo precedente pone de relieve el problema de la calidad de los hombres que el método democrático selecciona para los puestos de caudillaje. Apenas necesita recordarse el conocido argumento que se invoca en este orden de ideas contra la democracia, a saber: el método democrático crea políticos profesionales, a los que convierte después en administradores y "hombres de Estado" aficionados. Como les faltan todos los conocimientos necesarios para la solución de los problemas con que se enfrentan les llaman "jueces sin saber derecho y diplomáticos sin francés", para usar la frase de Lord Macaulay, que arruinan la burocracia y desalientan a sus mejores elementos. Hay otro punto, peor aún, aparte de todas las cuestiones de competencia y experiencia en la especialidad: las cualidades de inteligencia y carácter que hacen un buen candidato no son necesariamente las que hacen un buen administrador y una selección organizada por medio del éxito en las urnas puede eliminar a hombres que tendrían éxito en la dirección de los negocios del país. Y aun cuando los productos de esta selección resultaran un éxito en el poder estos éxitos personales podrían ser muy

bien fracasos para la nación. El político que es buen táctico puede sobrevivir con éxito a cualquier número de fracasos administrativos.

El reconocimiento de los elementos de verdad inherentes a estas críticas tiene que atemperarse de nuevo por el reconocimiento de circunstancias atenuantes. En especial la causa de la democracia no puede sino ganar en una consideración de las alternativas; cualquiera que sea el ambiente social no hay sistema de selección —con la posible excepción del capitalismo de competencia— que se base exclusivamente en la capacidad de prestación ni que elija a nadie de la manera que elige un entrenador el caballo que ha de correr en el *Derby crack*. Aunque en grados distintos, todos los sistemas premian también a otras cualidades, cualidades que son a menudo hostiles a la prestación. Pero tal vez podemos ir más allá de esto. No es completamente cierto que, en el caso medio, el éxito político no signifique nada para un hombre, así que el político sea más que un aficionado. Hay una cosa muy importante que conoce profesionalmente, a saber: el trato de los hombres. Y, por regla general, al menos, la capacidad para ganar una posición de caudillaje político está asociada a cierto grado de energía personal y también a otras aptitudes que pueden prestar buenos servicios en el taller de un primer ministro. Hay, después de todo, muchas rocas, en la corriente que lleva a los políticos a la magistratura nacional, que no son completamente ineficaces para obstaculizar el acceso al poder al "engreído" o al "charlatán".

En tales condiciones no podemos esperar que una argumentación general, en una u otra dirección, conduzca a una conclusión precisa. Es mucho más curioso y significativo comprobar que las pruebas experimentales no son en modo alguno más concluyentes, al menos a primera vista. No hay nada más fácil que compilar una lista impresionante de fracasos del método democrático, especialmente si incluimos no sólo los casos en que hubo un derrumbamiento efectivo o un desconcierto nacional, sino también aquellos en que la nación llevó una vida saludable y próspera, la prestación realizada en el sector político ha sido claramente inferior a la normal en comparación con la prestación de los demás sectores. Pero tan fácil como esto es presentar en favor del político una prueba tal vez no menos impresionante. Para citar un ejemplo destacado: es cierto que en la antigüedad las guerras no eran tan técnicas como han llegado a ser más tarde. No obstante, podría pensarse que la aptitud para conseguir un éxito en la guerra tenía incluso entonces muy poco que ver con la aptitud para hacerse elegir para un cargo político. Todos los generales romanos de la era republicana fueron, sin embargo, políticos, y todos ellos obtuvieron su mando militar directamente por los cargos electivos que tenían o que habían tenido anteriormente. Algunos de los

peores desastres se debieron a esto. Pero, en conjunto, estos soldados políticos se comportaron notablemente bien.

¿Por qué es esto así? Solamente puede haber una respuesta a esta pregunta.

II. Condiciones para el éxito del método democrático

Si un físico observa que el mismo mecanismo funciona de un modo diferente en épocas distintas y en lugares distintos concluye que su funcionamiento depende de condiciones extrañas al mismo. Nosotros no podemos sino llegar a la misma conclusión por lo que se refiere al sistema democrático, y tan fácil es ver cuáles son estas condiciones como lo era el ver cuáles eran las condiciones bajo las que la teoría clásica de la democracia era de esperar que se adaptase a la realidad en un grado aceptable.

Esta conclusión acusa claramente el criterio estrictamente relativista a que nos hemos atenido todo el tiempo. Del mismo modo que no hay ninguna razón en pro o en contra del socialismo válida para todos los tiempos y todos los lugares, tampoco hay ninguna razón general en pro o en contra del método democrático que sea absolutamente válida. Y, lo mismo que en el caso del socialismo, esta circunstancia hace difícil argumentar mediante una cláusula *ceteris paribus,* porque lo demás no puede ser igual a la vez en las situaciones en que la democracia es una ordenación capaz de funcionar, o la única capaz de funcionar, que en las situaciones en que no lo es. La democracia prospera en sistemas sociales que muestran ciertas características, y muy bien podría dudarse si tiene o no sentido el preguntarse cómo le iría en otros sistemas que no tienen esas características o cómo le iría con ella a la gente en esos otros sistemas. Las condiciones que, en mi opinión, deben cumplirse para que el método democrático funcione con éxito [5] —en las sociedades en que es posible que funcione— las clasificaré en cuatro grupos; por otra parte, me limitaré a los países de gran industria del tipo moderno.

La primera condición consiste en que el material humano de la política —los hombres que componen los organismos del partido, que son elegidos para servir en el parlamento, que ascienden a los cargos de gabinete— deben ser de una calidad suficientemente elevada. Ahora bien: no basta para esto con que los individuos de aptitud y carácter moral adecuados existan en número suficiente. Como se ha señalado anteriormente, el método democrático no selecciona los políticos entre toda la población, sino únicamente entre aquellos elementos de la población que tienen vocación política, o, de un modo más preciso, que se ofrecen para la elección. Todos ellos pueden, por tanto, alcanzar en la selección un nivel de prestación más o menos elevado que el nivel medio nacional, según el grado en que una vocación dada atraiga el talento y el carácter. Pero, de una parte, la lucha de la competencia por los puestos de responsabilidad despilfarra personal y energía. De otra parte, el proceso democrático puede crear fácilmente condiciones en el sector político que, una vez establecidas, rechazarán a la mayoría de los hombres que pueden lograr un éxito en otra profesión. Por estas dos razones la idoneidad del material humano es especialmente importante para el éxito del gobierno democrático. No es cierto que en una democracia tienen siempre los hombres la especie y la calidad de gobierno que desean o merecen.

[5] Por "éxito" no entiendo más que el caso en que el proceso democrático se reproduce constantemente sin crear situaciones que obliguen a recurrir a métodos no democráticos y que acometa los problemas corrientes de una manera que, a la larga, se considere aceptable por todos los intereses que cuentan políticamente. No quiero decir que todo observador tenga que aprobar sus resultados desde su punto de vista.

Puede haber muchas maneras de asegurarse políticos de calidad suficientemente buena. Hasta ahora, sin embargo, la experiencia parece sugerir que la única garantía efectiva, en este respecto, está en la existencia de un estrato social que sea él mismo producto de la política como cosa natural. Si un estrato tal no es demasiado accesible para los de fuera, y si es suficientemente fuerte para asimilar la mayoría de los elementos que corrientemente absorbe, entonces no sólo aportará la carrera política una abundancia de productos que hayan sufrido con éxito muchas pruebas en otros terrenos —que hayan sufrido, por así decirlo, un aprendizaje en los negocios privados—, sino que aumentará también su identidad inculcándoles las tradiciones que incorpora la experiencia y dotándolos de un código profesional y de un fondo común de opiniones.

No es una mera coincidencia que Inglaterra, que es el único país que cumple por completo nuestra condición, es también el único país que tiene una sociedad política en este sentido. Todavía más instructivo es el caso de Alemania en el período de la República de Weimar (1918-1933). Como espero demostrar en la parte V, en los políticos alemanes de ese período no podría descubrirse nada de lo que habitualmente se consideraba como un defecto deslumbrador. El miembro medio del parlamento y el primer ministro y el ministro de gabinete medios eran honestos, razonables y conscientes. Esto es aplicable a todos los partidos. Sin embargo, debe añadirse, con el debido respeto para los destellos de talento que se manifestaron esporádicamente, aunque raramente en una posición de alto mando o próxima al mismo, que la mayoría de estos políticos estaban clara-

mente por debajo del nivel medio, en algunos casos lastimosamente por debajo. Evidentemente, esto no puede haberse debido a falta de capacidad y de energía de la nación en su conjunto. Pero los hombres de valía y de carácter desdeñaban la carrera política. Y no había clase ni grupo cuyos miembros considerasen la política como su vocación predestinada. A aquel sistema político le falló el tiro por muchas razones. Pero el hecho de que al final sufriese una aplastante derrota a manos de un *leader* antidemócrata es, sin embargo, indicio de falta de un equipo dirigente de demócratas inspirados.

La segunda condición para el éxito de la democracia consiste en que el dominio efectivo de la decisión política no debe ser demasiado dilatado. Hasta dónde pueda dilatarse depende no sólo de las limitaciones generales del método democrático que se deducen del análisis presentado en la sección anterior, sino también de las circunstancias particulares de cada caso individual. Para expresarlo de un modo más concreto: el alcance razonable de la actividad política no sólo depende, por ejemplo, de la naturaleza y de la abundancia de las cuestiones que pueden ser afrontadas con éxito por un gobierno sometido a la tensión de una lucha incesante por su vida política; depende también, en todo tiempo y lugar dados, de la calidad de los hombres que forman el gobierno y del tipo de máquina política y de la índole de la opinión pública con que tengan que actuar. Desde el punto de vista de nuestra teoría de la democracia no es necesario exigir, como lo sería desde el punto de vista de la teoría clásica, que sólo se tratasen por el aparato político aquellas cuestiones que la mayoría del pueblo pueda comprender y tener de ellas una opinión seria. Pero se impone todavía un requisito menos riguroso de la misma naturaleza, que exige un comentario adicional.

Es evidente que no puede haber límites legales que impidan a un parlamento, dirigido por el primer ministro, plantear para su decisión una cuestión cualquiera, en caso necesario por medio de una reforma constitucional. Pero para que funcione de una manera adecuada este parlamento todopoderoso tiene que imponerse límites, a sí mismo, como ya argumentaba Edmund Burke al discutir el comportamiento del gobierno y del parlamento ingleses con relación a las colonias americanas. De un modo semejante podemos argumentar nosotros que, incluso dentro de la categoría de cuestiones que deben ser sometidas al voto parlamentario, el gobierno y el parlamento se ven frecuentemente obligados a aprobar medidas sobre las cuales su decisión es puramente formal, o, a lo más, que responden exclusivamente a fines de supervisión. De otro modo el método democrático podría engendrar monstruos legislativos. Tomemos, por ejemplo, el caso de un texto tan voluminoso y tan técnico como un código penal. El método democrático se aplicará a la cuestión de determinar si un país debe proceder o no a tal codificación. Se aplicará igualmente a ciertas "cuestiones" que el gobierno seleccione para hacerlas objeto de una decisión política de fondo, como, por ejemplo, la de si ciertas prácticas de las asociaciones obreras y patronales deben ser consideradas o no como delictivas. Pero, por lo demás, el gobierno y el parlamento tendrán que aceptar el dictamen de los especialistas, cualquiera que sea su sentimiento propio. Porque un crimen es un fenómeno complejo. La expresión abarca, en efecto, muchos fenómenos que tienen muy poco de común. Los tópicos populares acerca del mismo expresan casi invariablemente prejuicios erróneos. Y un tratamiento racional del crimen requiere que la legislación sobre esta materia esté protegida tanto de los arrebatos de cólera vindicativa como de los arrebatos de sentimentalismo, arrebatos a los que tienden a entregarse alternativamente los parlamentarios y los ministros profanos en la materia. He aquí lo que yo quería expresar al subrayar las limitaciones del dominio *efectivo* de las decisiones políticas, esto es, de la esfera dentro de la cual deciden los políticos tanto sobre el fondo como sobre la forma.

Nuevamente puede cumplirse, efectivamente, la condición en cuestión, gracias a una limitación correspondiente de las actividades del Estado. Pero sería un grave error que el lector pensase que tal limitación se impone necesariamente. La democracia no exige que todas las funciones del Estado estén sometidas a su método político. Por ejemplo, en la mayoría de los países democráticos se concede a los jueces un alto grado de independencia respecto de los organismos políticos. Otro ejemplo lo constituye la posición mantenida por el Banco de Inglaterra hasta 1914. Algunas de sus funciones eran, de hecho, de naturaleza pública. Sin embargo, estas funciones estaban encomendadas a un organismo que, legalmente, no era más que una sociedad mercantil lo suficientemente independiente del sector político para tener una política propia. Ciertos organismos federales de los Estados Unidos son otros casos en este punto. La *Interstate Commerce Commission* representa un intento de extender la esfera de la autoridad pública sin extender la esfera de la decisión política. O, para presentar todavía otro ejemplo, ciertos Estados de la Federación norteamericana financian universidades estatales "sin ataduras", es decir, sin interferir en su autonomía, que, en algunos casos, es prácticamente total.

Así, pues, es concebible que puedan hacerse entrar en la esfera del Estado casi todas las especies de actividad humana sin que se conviertan en parte del material que entra en la lucha de la competencia por el caudillaje político más allá de las disposiciones a adoptar, a

fin de conceder los poderes necesarios y de instituir el organismo al que se encomiendan estos poderes y más allá de los contactos implicados en el papel de supervisor general que corresponde al gobierno. Es cierto, por supuesto, que esta supervisión puede degenerar en una influencia perniciosa. El poder del político para designar el personal de los organismos públicos no políticos, si se emplea de una manera descarada en favor de sus parciales, bastará a menudo por sí mismo para corromperlo. Pero esto no afecta al principio en cuestión.

Como tercera condición el gobierno democrático, en la sociedad industrial moderna, debe poder disponer para todos los objetivos incluidos en la esfera de actividad pública —independientemente de que sean importantes o menudos— de los servicios de una burocracia bien capacitada que goce de buena reputación y se apoye en una sólida tradición, dotada de un fuerte sentido del deber y de un *esprit de corps* no menos fuerte. La existencia de tal burocracia es la mejor respuesta que se puede dar a la objeción del poder ejercido por aficionados. Potencialmente es la única respuesta válida a la pregunta que con tanta frecuencia se oye en los Estados Unidos, a saber: si la política democrática se ha mostrado incapaz de producir gobiernos municipales decentes, ¿cómo podemos esperar que le vaya a la nación si todas sus actividades, comprendiendo en éstas la totalidad del proceso de producción, han de quedar a merced de la política? Finalmente, es también la respuesta principal a la pregunta acerca de cómo puede cumplirse nuestra segunda condición [6] relativa a la extensión de la esfera de atribuciones del Estado cuando el dominio de la intervención pública es muy amplio.

No basta que la burocracia sea eficiente en la administración corriente y competente para emitir dictámenes. Debe ser también bastante fuerte para guiar, y, si es necesario, para instruir a los políticos que se pongan a la cabeza de los ministerios. Para poder hacer esto tiene que estar en situación de desarrollar sus propios principios y ser lo bastante independiente para mantenerlos. Debe constituir un poder por derecho propio. Esto equivale a decir que, de hecho si no formalmente, el nombramiento, permanencia y ascenso tienen que depender en gran medida —dentro de los reglamentos de la burocracia que los políticos vacilan en violar— de sus propias concepciones corporativas, a pesar de todo el clamor que se levantará con seguridad siempre que

[6] Una referencia a algunos comentarios sobre el tema de la burocracia en el capítulo XVIII convencerá al lector de que, desde los tres puntos de vista, la solución ofrecida por la burocracia no puede considerarse como ideal en ningún sentido. Por otra parte, los lectores no deben dejarse influenciar indebidamente por las asociaciones que lleva consigo esta expresión en el lenguaje popular. En todo caso esta solución es la única realista.

los políticos o el público se encuentren obstaculizados por estas concepciones, lo cual ha de ser un caso frecuente.

Nuevamente, como en el caso del personal político, la cuestión del material humano disponible es de importancia decisiva. La capacitación, aunque esencial, para esto es completamente secundaria. Y de nuevo, cuando es más fácil asegurar tanto el material humano preciso como el código de tradiciones necesario para el funcionamiento de una clase oficial de esta especie, es cuando hay un estrato social de calidad adecuada y que goce del correspondiente prestigio, dentro del cual puede reclutar el Estado sus agentes, esto es, una clase que no sea demasiado rica, ni demasiado pobre, ni demasiado exclusiva, ni demasiado accesible. Las burocracias de Europa, a pesar del hecho de haber suscitado una crítica lo bastante hostil para empañar su reputación, ejemplifican muy bien lo que yo trato de expresar. Estas democracias son producto de una larga evolución que se inició con los *ministeriales* de los magnates medievales (originariamente, siervos elegidos para desempeñar funciones administrativas y militares que adquirieron de este modo el *status* de nobleza inferior) y continuó a través de siglos hasta la aparición de la poderosa máquina que hoy contemplamos. Una máquina tal no puede crearse apresuradamente. No puede ser "alquilada" con dinero. Pero se desarrolla en todas partes, cualquiera que sea el método político que una nación adopte. Su expansión es lo único cierto de nuestro futuro.

El cuarto grupo de condiciones puede compendiarse en la frase "autodisciplina democrática". Todo el mundo estará de acuerdo, por supuesto, en que el método democrático no puede funcionar sin fricción, a no ser que todos los grupos que cuentan en una nación quieran aceptar todas las medidas legislativas durante todo el tiempo que estén en vigor y todas las medidas ejecutivas ordenadas por las autoridades legalmente competentes. Pero la autodisciplina democrática implica mucho más que esto.

Por encima de todo los electorados y los parlamentos tienen que tener un nivel intelectual y moral lo bastante elevado para estar a prueba contra los ofrecimientos de los fulleros y farsantes o de otros hombres que, sin ser ni una cosa ni otra, se conducirán de la misma manera que ambos. Además, los fracasos que desacreditan la democracia y minan la adhesión a la misma pueden también tener lugar aun cuando se aprueben medidas que no tengan en cuenta los derechos de ciertas categorías de ciudadanos o la situación nacional. Los proponentes de reformas legislativas o de medidas administrativas específicas tienen que contentarse, por así decirlo, con guardar un turno ordenado, sin tratar de tomar por asalto la tienda. Recordando lo que se ha dicho en el capítulo anterior acerca del *modus operandi* del mé-

todo democrático comprenderá el lector que esto implica bastante subordinación voluntaria.

En especial los políticos en el parlamento tienen que resistir la tentación de derribar o poner en un apuro al gobierno cada vez que tengan ocasión de ello. No es posible que haya una política eficaz si obran de tal suerte. Esto significa que los que apoyan al gobierno tienen que aceptar su caudillaje y permitirle elaborar un programa y actuar con arreglo al mismo y que la oposición debe aceptar el caudillaje del "gabinete potencial" colocado a su cabeza y permitirle conducir la lucha política con arreglo a ciertas reglas. El cumplimiento de estos requisitos, cuya violación habitual significa el comienzo del fin de una democracia, exigen, como se verá, una dosis precisa de tradicionalismo, ni demasiado grande ni demasiado pequeña. Proteger este tradicionalismo es, en efecto, una de las razones de la existencia de las reglas de procedimiento y de etiqueta parlamentarias.

Los electores situados fuera del parlamento tienen que respetar la división del trabajo entre ellos mismos y los políticos que eligen. No deben retirar su confianza con demasiada facilidad en el intervalo entre las elecciones y deben comprender que, una vez que han elegido a un individuo, la acción política le corresponde a él y no a los electores. Esto significa que tienen que abstenerse de darle instrucciones acerca de lo que tiene que hacer, principio que, en efecto, ha sido reconocido universalmente por las constituciones y la teoría política desde la época de Edmund Burke. Pero sus consecuencias son generalmente mal comprendidas. De una parte, pocas personas se dan cuenta de que este principio choca con la teoría clásica de la democracia y, en realidad, equivale a su abandono. Porque, si el pueblo tiene que gobernar en el sentido de decidir controversias específicas, ¿qué puede ser más natural para el mismo que dar instrucciones a sus representantes, como hacían los electores de los Estados Generales franceses en 1789 y antes de esta fecha? De otra parte, se reconoce aún menos que, si se acepta el principio de no ingerencia de los electores en la actividad de sus representantes, deberían ser igualmente proscritas tanto las instrucciones formales, como las de los *cahiers* franceses, cuanto los intentos menos formales de restringir la libertad de acción de los miembros del parlamento, de los que son un ejemplo la práctica de bombardearlos con cartas y telegramas.

No podemos entrar en los diversos problemas delicados que esto plantea con relación a la verdadera naturaleza de la democracia, tal como la hemos definido. Lo único que interesa aquí es que el éxito de la práctica democrática en las sociedades grandes y complicadas ha sido invariablemente incompatible con la práctica de gobernar des-

de la barrera política —hasta el punto de recurrir a la diplomacia secreta y al disimulo de las intenciones y los compromisos—, y que para abstenerse de ello el ciudadano necesita una buena dosis de autodisciplina.

Finalmente, la competencia efectiva por el caudillaje exige un alto grado de tolerancia para las diferencias de opinión. Ya se ha señalado anteriormente que esta tolerancia no es ni puede ser nunca absoluta. Pero a todo candidato para el caudillaje que no esté legalmente excluido tiene que serle posible defender su causa sin producir desorden. Y esto puede implicar o bien que la gente debe escuchar pacientemente mientras alguien esté atacando a sus intereses más vitales u ofendiendo a sus ideales más queridos o bien, como alternativa, que el candidato para el caudillaje que sustente tales opiniones tiene que reprimirse al sostener sus opiniones. Tampoco es posible subordinarse a sus propias opiniones sin un auténtico respeto por las opiniones de los conciudadanos, mantenido de buena voluntad.

Todo sistema puede soportar una práctica extraviadora hasta un cierto grado. Pero, aun reducida al mínimo indispensable, la autodisciplina democrática requiere, evidentemente, un carácter nacional y unos hábitos nacionales de un cierto tipo que no en todas partes han tenido oportunidad de desarrollarse, sin que pueda confiarse en que los cree el mismo método democrático. Y en ninguna parte soportará esa autodisciplina pruebas que sobrepasen un grado variable de rigor. El lector sólo necesita, en efecto, pasar revista a nuestras condiciones para convencerse de que el gobierno democrático tan sólo funcionará con plena ventaja si todos los intereses de importancia son prácticamente unánimes no sólo en su fidelidad al país, sino también en su fidelidad a los principios estructurales de la sociedad existente. Cuando estos principios sean puestos en tela de juicio y surjan problemas que dividan a la nación en dos campos hostiles la democracia funcionará con desventaja. Y puede dejar de funcionar por completo tan pronto como entren en juego intereses respecto de los cuales rehusen los hombres llegar a un compromiso.

Esta observación puede generalizarse diciendo que el método democrático estará en desventaja en las épocas de perturbación. En efecto: las democracias de todos los tipos reconocen prácticamente con unanimidad que hay situaciones en las que es razonable abandonar el caudillaje de competencia y adoptar el caudillaje monopolista. En la antigua Roma establecía la constitución un cargo no electivo que confería tal monopolio de caudillaje en casos de emergencia. El titular de este cargo se llamaba *magister populi* o *dictator*. Cláusulas semejantes se conocen prácticamente en todas las constituciones incluyendo la de los Estados Unidos; el Presidente de los Estados Unidos adquiere, en ciertas even-

tualidades, un poder que le hace para todos los efectos un dictador en el sentido romano, no obstante las grandes diferencias que existen, tanto en la construcción jurídica como en los detalles prácticos. Si el monopolio se limita efectivamente bien a un período determinado (como era originariamente en Roma) o bien a la duración de un caso de emergencia temporal claramente determinado, la aplicación del principio democrático del caudillaje de competencia queda simplemente suspendida. Si el monopolio no se limita temporalmente ni jurídicamente ni de hecho —y si no se limita en el tiempo tenderá, por supuesto, a hacerse ilimitado en todo lo demás—, el principio democrático queda derogado, y tenemos el caso de la dictadura en el sentido en que se entiende en nuestros días.[7]

III. La democracia en el orden socialista

1. Al exponer nuestras conclusiones es preferible comenzar con la relación existente entre la democracia y el orden capitalista.

La ideología de la democracia, tal como se refleja en la teoría clásica, se basa en una concepción racionalista de la acción humana y de los valores de la vida. Como se desprende de un argumento anterior (capítulo XI), este hecho bastaría por sí mismo para sugerir que esta ideología es de origen burgués. La Historia confirma claramente esta sugerencia: históricamente, la democracia moderna nació al mismo tiempo que el capitalismo y en conexión causal con él. Pero lo mismo es aplicable a la práctica democrática: la democracia en el sentido de nuestra teoría del caudillaje de competencia ha presidido el proceso de transformación política e institucional mediante el cual la burguesía reconfiguró la estructura social y política que precedió a su elevación y la racionalizó desde su propio punto de vista, siendo el método democrático el instrumento político utilizado para esa reconstrucción. Ya hemos visto que el método democrático funciona igualmente (y especialmente bien) en ciertas sociedades extracapitalistas y precapitalistas. Pero la democracia moderna es un producto del proceso capitalista.

[7] En la antigua Roma, con relación a la cual solemos emplear abusivamente la palabra dictadura, se desarrolló una autocracia que mostró, por espacio de varios siglos, ciertos rasgos no desemejantes de los de las dictaduras modernas, si bien la analogía no debe llevarse demasiado lejos. Pero aquella autocracia no hizo uso de la magistratura republicana de dictador, excepto en un caso, el de Caius Julius Caesar. La dictadura de Sila fue simplemente una magistratura temporal, creada para un fin determinado (la reforma constitucional). Y ya no pueden citarse otros casos que no sean completamente "regulares".

Si la democracia es o no uno de estos productos del capitalismo que están llamados a perecer con él constituye, por supuesto, otra cuestión. Y todavía es otra cuestión la de si la sociedad capitalista está bien o mal dotada para la tarea de funcionar conforme al método democrático desarrollado por ella.

En cuanto a esta última cuestión resulta claro que la sociedad capitalista está bien dotada en un aspecto. La burguesía aporta una solución que le es peculiar al problema de cómo puede reducirse la esfera de las decisiones políticas a aquellas proporciones que no sobrepasan los límites más allá de los cuales el método de la competencia por el caudillaje deja de ser aplicable. El sistema burgués limita la esfera de la política, limitando la esfera de la autoridad pública; su solución consiste en el ideal de un Estado sobrio que existe primordialmente para garantizar la legalidad burguesa y proporcionar un marco firme para el esfuerzo individual autónomo en todos los campos. Si, además, se tienen en cuenta las tendencias pacifistas —en todo caso antimilitaristas— y librecambistas inherentes a la sociedad burguesa, se verá que la importancia del papel que desempeña la decisión política en el Estado burgués puede aminorarse —al menos, en principio— hasta casi cualquier grado que puedan requerir las imperfecciones del sector político.

Ahora bien: esta especie de Estado ha dejado, indudablemente, de atraernos. La democracia burguesa es, ciertamente, un caso histórico muy especial y las pretensiones que puedan formularse en su nombre implican, evidentemente, la aceptación de normas que ya no son nuestras. Pero sería absurdo negar que esta solución que nos desagrada es una solución y que la democracia burguesa es una democracia. Por el contrario, a medida que sus colores se desvanecen es más importante reconocer el rico colorido que tenía en la época de su vitalidad, las oportunidades tan amplias *e iguales* que ofrecía a las familias (si no a los individuos), la libertad personal tan grande que concedía a los que salían airosos de sus pruebas (o a sus hijos). También es importante reconocer lo bien que resistió, durante algunos decenios al menos, la presión de condiciones desfavorables y lo bien que funcionó cuando se enfrentó con reivindicaciones extrañas y hostiles a los intereses burgueses.

También, en otro aspecto, la sociedad capitalista, en su estado de madurez, está bien calificada para la tarea de hacer de la democracia un éxito. Es más fácil practicar la autolimitación democrática por una clase cuyos intereses quedan mejor servidos por una política de no intervención que por las clases que tienden, por su naturaleza, a vivir del Estado. El burgués que está absorbido primordialmente por sus asuntos privados es, por lo general, mucho más probable que mues-

tre tolerancia para las diferencias políticas y respete las opiniones que no comparte —en tanto que sus asuntos no se vean seriamente amenazados— en mayor grado que cualquier otro tipo de ser humano. Además, en tanto que en una sociedad dominen las normas burguesas, esta actitud tenderá a extenderse también a las demás clases. Los intereses latifundistas ingleses aceptaron la derrota de 1845 con relativa buena conformidad; el obrero inglés luchó por la supresión de incapacidades, pero hasta el comienzo del siglo actual fue lento en exigir privilegios. Es verdad que en otros países era mucho menos evidente tal autolimitación. Estas desviaciones del principio de la tolerancia no siempre fueron graves ni estuvieron asociadas exclusivamente a intereses capitalistas. Pero en algunos casos la vida política se redujo casi por completo a una lucha de grupos de presión y en muchos casos han llegado a adquirir importancia suficiente para desfigurar el *modus operandi* del método democrático ciertas prácticas incompatibles con su espíritu. Sin embargo, sería una exageración evidente afirmar que en el orden capitalista "no puede" haber verdadera democracia.[8]

En ambos aspectos, sin embargo, va perdiendo rápidamente el capitalismo las ventajas que tenía en otro tiempo. La democracia burguesa, que está vinculada a ese ideal del Estado, ha estado funcionando durante algún tiempo con fricción creciente. En parte, esto era debido al hecho de que, como ya hemos visto anteriormente, el método democrático no funciona nunca del modo más favorable cuando las naciones están muy divididas por los problemas fundamentales de estructura social. Y esta dificultad se muestra, a su vez, especialmente grave porque la sociedad burguesa ha dejado señaladamente de cumplir otra condición para posibilitar el funcionamiento correcto del método democrático. La burguesía ha producido individuos que han alcanzado un éxito en el caudillaje político, haciéndoles entrar en una clase de políticos de origen no burgués; pero no ha creado un estrato político propio eficiente, si bien habría que pensar que las terceras generaciones de las familias industriales tuvieron todas las oportunidades para formar un estrato tal. En la parte II se ha explicado detalladamente por qué fue esto así. Todos estos hechos, tomados en conjunto, parecen sugerir una prognosis pesimista para este tipo de

[8] Lo que debe decirse es que hay algunas desviaciones del principio de la democracia que están vinculadas a la existencia de intereses capitalistas organizados. Pero, así corregida, la afirmación es verdadera, tanto desde el punto de vista de la teoría clásica como desde el punto de vista de nuestra teoría de la democracia. Desde el primer punto de vista el resultado significa que los medios de acción de que disponen los intereses privados se emplean a menudo para frustrar la voluntad del pueblo. Desde el segundo punto de vista el resultado significa que se emplean a menudo recursos privados para interferir el funcionamiento del mecanismo de la competencia por el caudillaje.

democracia. También sugieren una explicación de la aparente facilidad con que en algunos casos la democracia burguesa ha capitulado frente a la dictadura.

2. La ideología del socialismo clásico es la descendiente de la ideología burguesa. En especial, comparte plenamente la fase racionalista y utilitaria de la última y muchas de las ideas e ideales que formaban parte de la teoría clásica de la democracia. En este orden de ideas los socialistas no han experimentado, de hecho, dificiultad de ninguna especie en apropiarse esta parte de la herencia burguesa ni en crear una base para la tesis de aquellos elementos de la teoría clásica que el socialismo es incapaz de absorber —la acentuada protección de la propiedad privada, por ejemplo— y están en contradicción con los principios fundamentales de la democracia. Creencias de esta especie podrían sobrevivir incluso en formas de socialismo totalmente antidemocráticas y podemos confiar en que los escribas y fariseos puedan tender un puente de fórmulas adecuadas sobre cualquier abismo que pueda abrirse entre la teoría y la práctica. Pero lo que nos interesa a nosotros es la práctica, el destino de la práctica democrática, tal como se ha interpretado por la teoría del caudillaje competitivo. Y como ya hemos visto que es perfectamente posible un socialismo no democrático, la cuestión real es nuevamente la de saber en qué medida está el socialismo bien o mal calificado para la labor de hacer funcionar el método democrático, suponiendo que intente hacerlo funcionar.

El punto esencial que hay que comprender es éste. Ninguna persona responsable puede contemplar con serenidad las consecuencias de una extensión del método democrático, es decir, la esfera de la "política", a todas las cuestiones económicas. Si cree que el socialismo democrático significa, precisamente, dicha extensión, tal persona concluirá, naturalmente, que el socialismo democrático tiene que fracasar. Pero esto no se sigue de una manera necesaria. Como ya se ha señalado anteriormente la extensión del dominio de la gestión pública no implica una extensión correlativa del dominio de la gestión política. Es concebible que el primero pueda extenderse hasta absorber todas las cuestiones económicas de una nación, mientras que el segundo permanezca todavía dentro de las fronteras delineadas por las limitaciones del método democrático.

Se sigue, sin embargo, que, en una sociedad socialista, estas limitaciones plantearán un problema mucho más grave. Pues la sociedad socialista carece de las restricciones automáticas, impuestas a la esfera política por el sistema burgués. Además, en una sociedad socialista no será ya posible hallar consuelo en pensar que las ineficiencias del procedimiento político son, después de todo, una garantía

para la libertad. La falta de una gestión eficiente se traducirá en falta de pan. Sin embargo, los organismos que han de manejar la máquina económica —la Oficina Central que encontramos en la parte III, así como los organismos subordinados a los que se confía la dirección de industrias o *concerns* singulares— pueden estar organizados y dotados de personal de tal forma que en el cumplimiento de sus obligaciones corrientes estén suficientemente libres de la interferencia de los políticos, o, lo que viene a ser lo mismo, de comités de ciudadanos entrometidos o de sus obreros. Es decir, pueden estar lo suficientemente apartados de la lucha política para no estar expuestos a más causas de ineficiencias que las que van asociadas a la expresión "burocracia". E incluso éstas *pueden* reducirse mucho mediante una concentración apropiada de la responsabilidad en los individuos y mediante un sistema de estímulos y sanciones bien escogidos, cuya parte más importante la constituirían los métodos de nombramiento y ascenso.

Los socialistas serios, cuando no están en una arenga electoral y se encuentran en una disposición de ánimo de conciencia de su responsabilidad, han prestado siempre a este problema la atención que merece y comprendido el hecho de que la "democracia" no es una solución para el mismo. Un ejemplo interesante lo constituyen las deliberaciones de la Comisión Alemana de Socialización *(Sozialisierungs-Kommission)*. En 1919, cuando el Partido Socialdemócrata alemán había hecho frente decididamente al bolchevismo, los más radicales de sus miembros creían todavía que era inminente alguna medida de socialización como cuestión de necesidad práctica, y, en consecuencia, fue nombrada una comisión para definir los fines y recomendar los métodos. Esta comisión no constaba exclusivamente de socialistas, pero la influencia socialista era la dominante. La presidió Karl Kautsky. Solamente se hicieron recomendaciones definidas acerca del carbón, e incluso éstas, adoptadas bajo las amenazadoras nubes de una oposición antisocialista, no son muy interesantes. Mucho más interesantes son las opiniones que se esgrimieron en la discusión cuando todavía prevalecían esperanzas más ambiciosas. La idea de que los gerentes de fábricas fuesen elegidos por los obreros de las mismas fábricas fue condenada de una manera abierta y unánime. Los consejos de obreros que se habían formado durante los meses de derrumbamiento universal fueron objeto de desagrado y de sospecha. La comisión, al tratar de apartarse todo lo posible de las ideas populares acerca de la "democracia industrial",[9] hizo cuanto pudo por hacer a estos comités inofensivos y se preocupó de reforzar la autoridad y asegurar la independencia del personal directivo. Se empleó mucho esfuerzo intelectual en la cuestión de descubrir los medios para evitar que los gerentes de industrias perdieran su vitalidad capitalista y se deslizaran por los carriles burocráticos. Efectivamente —si es posible hablar de resultados de discusiones que pronto perdieron su importancia práctica—, estos gerentes socialistas no habrían diferido mucho de sus antecesores capitalistas, y, en muchos casos, habrían vuelto a ser designados los mismos individuos. De esta forma llegamos, por un camino diferente, a la conclusión a que ya llegamos en la parte III.

Pero ahora estamos en situación de poner en conexión esta conclusión con una respuesta al problema de la democracia en el socialismo. Por supuesto, las formas y órganos actuales del procedimiento democrático son, en cierto sentido, tan producto de la estructura y de los problemas del mundo burgués como el principio fundamental de la democracia misma. Pero esto no es una razón para que hayan de desaparecer con el capitalismo. Las elecciones generales, los partidos, los parlamentos, los gabinetes y los primeros ministros pueden demostrar todavía que son los instrumentos más convenientes para tratar las cuestiones que el orden socialista puede reservar para una decisión política. La lista de estas cuestiones será exonerada de todas aquellas partidas que surgen en la actualidad del conflicto de intereses privados y de la necesidad de regularlos. En lugar de éstas habrá otras nuevas. Habrá que decidir cuestiones tales como la de cuál ha de ser el volumen de inversión o la de cómo deben reformarse las reglas existentes para la distribución del producto social, etc. Los debates generales acerca de la eficiencia y las comisiones de investigación del tipo de las Comisiones Reales Inglesas *(English Royal Commissions)* continuarían desempeñando sus funciones actuales.

Así, pues, los políticos del gabinete y, en particular, los políticos colocados a la cabeza del Ministerio de Producción, afirmarían, sin duda, la influencia del elemento político, tanto con sus medidas legislativas relativas a los principios generales de funcionamiento de la máquina económica como con su poder para hacer nombramientos, el cual no podría faltar en absoluto ni ser enteramente formal. Pero no necesitan intervenir en una medida que sea incompatible con la

[9] Democracia industrial o democracia económica es una frase que figura en tantas cuasi utopías, que ha conservado un significado muy poco preciso. Fundamentalmente, yo creo que significa dos cosas: primero, el dominio de los sindicatos sobre las relaciones industriales; segundo, la democratización del sistema monárquico de gestión de la fábrica mediante la representación de los obreros en las juntas directivas o mediante otras fórmulas ideadas para asegurar a los obreros una influencia en la introducción de mejoras técnicas, en la política de la empresa en general y, por supuesto, en la disciplina de la fábrica en particular, incluyendo los métodos de admisión y despido. La participación en los beneficios es una panacea de un subgrupo de planes. Puede decirse con seguridad que gran parte de esta democracia económica se volatilizaría en un régimen socialista. Esto tampoco es tan grave como parece. Pues muchos de los intereses que esta democracia intenta salvaguardar habrían dejado entonces de existir.

eficiencia. Y el ministro de Producción no necesita interferir el funcionamiento interno de las industrias singulares más de lo que los ministros ingleses de Sanidad o de la Guerra interfieren el funcionamiento interno de sus respectivos departamentos.

3. No hay que decir que el poner en funcionamiento una democracia socialista de la manera indicada sería una tarea perfectamente desesperada, excepto en el caso de una sociedad que cumpla todos los requisitos de "madurez" enumerados en la parte III, incluyendo especialmente la capacidad para establecer el orden socialista de una manera democrática y la existencia de una burocracia de un prestigio y una experiencia adecuados. Pero una sociedad que cumpla estos requisitos —no me ocupo de ninguna otra— dispondría ante todo de una ventaja de importancia posiblemente decisiva.

He subrayado que no puede esperarse que la democracia funcione satisfactoriamente, a menos que la gran mayoría de la población de todas las clases esté dispuesta a atenerse a las reglas del juego democrático, y que esto implica, a su vez, que estos ciudadanos han de estar sustancialmente de acuerdo sobre los fundamentos de su estructura institucional. En la actualidad no se cumple la última condición. Son tantos los que han renunciado a su adhesión a las normas de la sociedad capitalista, y tantos más los que van a renunciar a ella, que sólo por este motivo la democracia está abocada a funcionar con fricción creciente. En la etapa vislumbrada, sin embargo, el socialismo puede tapar la hendidura. Puede restablecer la armonía en lo relativo a los principios arquitectónicos del edificio social. Si lo restablece entonces los antagonismos que quedan serán exactamente de la especie de los que puede resolver perfectamente el método democrático.

También se ha señalado en la parte III que esos antagonismos restantes irán disminuyendo en número e importancia con la eliminación de los intereses capitalistas antagónicos. Las relaciones entre la agricultura y la industria, entre la pequeña y la gran industria, entre las industrias productoras de acero y las industrias consumidoras de acero, entre las industrias protegidas y de exportación dejarán (o pueden dejar) de ser cuestiones políticas a resolver por la importancia relativa de los grupos presionantes y se convertirán en problemas técnicos a los que los técnicos podrán dar respuestas desapasionadas e inequívocas. Aunque puede ser utópico esperar que no hubiese intereses económicos distintos ni conflictos entre ellos, y todavía más utópico esperar que no habría controversias extraeconómicas en las que estar en desacuerdo, puede sustentarse perfectamente la esperanza de que la suma total de cuestiones en controversia disminuiría, incluso en comparación con la que había en los tiempos del capitalismo intacto. No habría, por ejemplo, defensores de la moneda de plata ("hombres de plata"). La vida política se purificaría.

A primera vista, el socialismo no tiene una solución notoria que ofrecer para el problema resuelto en otras formas de sociedad por la existencia de una clase política nutrida de tradiciones estables. Ya he dicho anteriormente que en el socialismo habrá el político profesional. Puede desarrollarse una casta política acerca de cuya calidad sería ocioso especular. Hasta aquí es superior el socialismo. Podría argumentarse que estos elementos en su favor pueden contrarrestarse fácilmente con la importancia y la probabilidad de desviaciones posibles. Hasta cierto punto nos hemos adelantado a esto insistiendo en el factor de la inmadurez económica, que implica, entre otras cosas, que no se necesitan grandes sacrificios de una generación para beneficiar a otra generación posterior. Pero aun cuando no hubiese necesidad de extenuar al pueblo por medio de un *Gosplan,* la tarea de mantener la orientación democrática puede mostrarse, en la experiencia, sumamente ardua. Las circunstancias en que los individuos que manejan el timón tendrían éxito normalmente en resolverla quizá no sean más fáciles de imaginar que las circunstancias en que, enfrentados con un espectáculo de parálisis que se extiende desde el sector político a toda la economía de la nación, podrían tomar un rumbo de acción que siempre tiene que tener alguna tentación para los hombres conscientes del tremendo poder sobre el pueblo inherente a la organización socialista. Después de todo la gestión efectiva de la economía socialista significa dictadura en la fábrica, no *del* proletariado, sino *sobre* el proletariado. Los hombres que allí se mantienen tan estrictamente disciplinados serían, en verdad, soberanos en unas elecciones. Pero, del mismo modo que ellos pueden utilizar esta soberanía para relajar la disciplina en la fábrica, pueden también los gobiernos —precisamente los gobiernos que tienen en el corazón el futuro de la nación— aprovecharse de esta disciplina para restringir esta soberanía. Por razones de necesidad práctica la democracia socialista puede resultar, en definitiva, un engaño mayor que el que ha sido hasta ahora la democracia capitalista.

En todo caso esa democracia no significará mayor grado de libertad personal. Y, repito una vez más, no significará una mayor aproximación a los ideales profesados por la teoría clásica.

PARTE QUINTA

BOSQUEJO HISTORICO DE LOS PARTIDOS SOCIALISTAS

PRELIMINAR

No es apropiado para mí escribir una historia de los partidos socialistas. Las situaciones históricas en que surgieron y se hundieron y los modos como lucharon con sus problemas exigen un lienzo mayor y un pincel más vigoroso que los míos. Tampoco ha llegado el tiempo de intentarlo; aunque los últimos veinte años han producido muchas monografías valiosas que arrojan cuanta luz necesitamos sobre situaciones o fases particulares, queda aún por hacer una enorme cantidad de investigación antes que pueda escribirse una historia del socialismo moderno en acción que satisfaga las exigencias científicas. Pero es necesario describir ciertos hechos a fin de complementar o poner en la perspectiva adecuada mucho de lo que se ha dicho en las partes anteriores de este libro. También deseo presentar algunos otros puntos que me han suscitado ya el estudio ya la observación personal [1] y que parecen ser interesantes por sí mismos. Con este doble propósito he reunido los fragmentos que van a continuación con la esperanza de que, aun siendo fragmentos, puedan indicar los contornos del conjunto.

No todo lector —ni siquiera todo lector socialista— aprobará la posición central en que este fragmento coloca a Marx y al marxismo. Estoy dispuesto a reconocer una preferencia personal en esta cuestión. Para mí lo fascinador de la política socialista —lo que hace que llame la atención y le confiera una dignidad propia, tanto intelectual como moral— es su relación clara y estrecha con una base doctrinal. En principio, al menos, es teoría, complementada mediante la acción o inacción en torno de la percepción verdadera o falsa, de una necesidad histórica (véase parte I). Incluso las consideraciones de conveniencia y de mera táctica llevan ese *character indelebilis* y se han discutido siempre a la luz de ese principio. Pero todo esto es verdad tan sólo en cuanto a la línea marxista; no más verdad, por supuesto, de lo que es, dentro del conglomerado burgués, en lo que se refiere a los radicales partidarios de Bentham, los radicales "filósofos", como significativamente se llamaban. Todos los grupos socialistas no marxistas son, sobre poco más o menos, lo mismo que los demás grupos y partidos; solamente los marxistas de pura convicción han marchado firmemente a la luz de una teoría que, para ellos,

[1] Uno de estos puntos ha sido ya tratado en otro lugar. Véase capítulo XX.

contenía todas las respuestas para todas las preguntas. Como veremos, yo no admiro esta actitud de una manera incondicional. Puede muy bien llamarse estrecha e incluso ingenua. Pero los doctrinarios de todos los tipos, cualesquiera que sean sus incapacidades prácticas, tienen ciertas cualidades estéticas que los elevan por encima del nivel común de los profesionales de la política. También disponen de fuentes de energía que los meros profesionales de la política no serán nunca capaces de comprender.

24

LA MINORIA DE EDAD

Las doctrinas socialistas, en algunas de sus raíces, tan antiguas, presumiblemente, como el pensamiento articulado, han sido sueños, bellos o aborrecibles —anhelos impotentes sin contacto con la realidad social—, mientras han carecido de medios para convencer a alguien de que el proceso social trabajaba por la realización del socialismo. El esfuerzo socialista equivalió a una predicación en el desierto mientras no hubo establecido contacto con una fuente de poder social, existente o potencial, a una predicación a la manera platónica acerca de aquello por lo que ningún político necesita preocuparse y que ningún observador de los procesos sociales necesita catalogar entre los factores operantes.

Esta es la esencia de la crítica de Marx a la mayoría de los socialistas que le precedieron o que ofrecían en sus días enseñanzas en competencia con las suyas y la razón por la que él los llamaba utópicos. Lo importante no era tanto que muchos de sus sistemas eran notoriamente extravagancias o tenían por otro motivo un nivel intelectual inferior al normal, sino que esos sistemas carecían esencialmente de medios de llevarse a la práctica y era imposible dotarlos de ellos. Unos pocos ejemplos ilustrarán esto y harán el papel de una ojeada a un gran cuerpo de literatura. También bastarán para mostrar hasta dónde era erróneo el criterio de Marx.

La *Utopía*, de Tomás Moro (1478-1535), leída, admirada e incluso copiada fielmente en el siglo XIX —testimonio de ello son los éxitos de Cabet y de Bellamy—, presenta el cuadro de una sociedad frugal, moral e igualitaria, que era la opuesta exactamente a la sociedad inglesa de la época de Moro. Este ideal puede no ser sino la forma literaria de una crítica social. Tal vez no necesitemos admitir esto para una presentación de la opinión de Moro acerca de los fines de la planificación social práctica. Sin embargo, si había de entenderse en este último sentido —y así lo fue—, la dificultad que presenta no radica en su impracticabilidad. En algunos aspectos es menos impracticable que ciertas formas contemporáneas de socialismo idílico. Por ejemplo, se enfrenta con la cuestión de la autoridad y acepta abiertamente la perspectiva —exaltada, indudablemente,

a virtud— de un nivel de vida modesto. El inconveniente auténtico es que no intenta mostrar cómo ha de evolucionar la sociedad hacia ese Estado ideal (excepto, posiblemente, por conversión) ni qué factores reales podrían actuar para implantarlo. El ideal puede gustarnos o disgustarnos. Pero no podemos hacer mucho por él. Para poner prácticamente los puntos sobre las íes no hay nada en él en que fundar un partido ni establecer un programa.

Otro tipo puede estar representado por el socialismo de Roberto Owen (1771-1858). Fabricante y reformador práctico, no se contentaba con concebir —o adoptar— la idea de pequeñas comunidades autárquicas que produjesen y consumiesen sus medios de subsistencia con arreglo a los principios comunistas, en la acepción más atrevida de la palabra. Él intentó, efectivamente, realizarla. En primer lugar, confiaba en la acción del gobierno, y después, intentó el efecto de dar un ejemplo. Así podría parecer que el plan era más practicable que el de Moro; no era un ideal tan sólo, sino también un puente que conducía a él. En realidad, sin embargo, esta especie de puente sirve solamente para ilustrar de un modo más preciso la naturaleza del utopismo. Pues tanto la acción del gobierno como los esfuerzos individuales encaminados a este fin son introducidos como *dei ex machina,* ya que la introducción de estos factores habría tenido que realizarse porque algún agente pensase que merecía la pena hacerlo. No se indicaba, ni podría haberse indicado, ninguna fuerza social que marchase hacia la meta. No se proporcionaba ninguna tierra para los rosales; se les dejaba que se alimentasen sólo de belleza.[1]

Lo mismo puede decirse del anarquismo de Proudhon (1809-1865), excepto que, en su caso, el error claramente económico resulta mucho más evidente que en la mayoría de los demás clásicos del anarquismo, quienes despreciaban la argumentación económica y, si subrayaban el ideal de la cooperación libre y aestatal de los individuos o la labor de destrucción que había que realizar para abrirle paso, evitaban los errores de razonamiento a base, principalmente,

[1] Esto mismo puede decirse del plan similar de Carlos Fourier (1772-1837), que, sin embargo, no todo el mundo lo llamará socialista, ya que la mano de obra solamente había de percibir los 5/12 del producto social, yendo el resto al capital y a la dirección. Aunque de por sí era un intento meritorio el tener en cuenta realidades, es divertido observar que a la mano de obra le iría en este Estado ideal peor de lo que le va, en realidad, en la sociedad capitalista. En la Inglaterra de la anteguerra, por ejemplo (véase A. Bowley: *The Division of the Product of Industry*, 1921, pág. 37), los sueldos y salarios por debajo de 160 libras absorbían, en las fábricas y las minas, el 62 por 100 del valor de la producción neta, o bien el 68 por 100, si contamos los salarios superiores a 160 libras. Por supuesto, los ideales de Fourier no eran primordialmente económicos; pero en tanto que lo eran ilustran muy bien el elemento tan grande de ignorancia acerca de los hechos capitalistas que entran en los credos reformistas.

de evitar razonar. Como "poetas, lunáticos y amantes de la imaginación, todo junto", eran incapaces, por su propia constitución, de hacer nada, excepto desbaratar los planes socialistas e introducir la confusión en las situaciones de excitación revolucionaria. No es difícil simpatizar con la aversión de Marx, que a veces no estaba exenta de desesperación, frente a la conducta de M. Bakunin.

Pero el anarquismo era un utopismo con venganza. Esta especie patológica ha sido mencionada tan sólo para dejar completamente claro que tales resurgimientos de la mentalidad del siglo XIV no deben ser confundidos con el socialismo utópico de cuño auténtico que ostentan con mejor título los escritos de St. Simon (1760-1825). En ellos encontramos sentido y responsabilidad vinculados a una potencia analítica considerable. La meta que tienen ante sí no es absurda ni visionaria. Lo que le falta es el camino; aquí también el único método sugerido era la acción del gobierno, acción a emprender por gobiernos que en esa época eran esencialmente burgueses.

Si se acepta este criterio, la gran brecha que puso fin a la minoría de edad del socialismo tiene que asociarse, efectivamente, al nombre y a la obra de Karl Marx. Podemos, pues, ponerle la fecha, hasta donde es posible hacerlo en tales cuestiones, de la aparición del *Manifiesto del Partido Comunista* (1848) o de la fundación de la Primera Internacional (1864); en ese período es en el que se reunieron criterios doctrinales y políticos de seriedad. Pero, de una parte, esta realización solamente compendia los desarrollos de los siglos de minoría de edad, y, de otra parte, los formulaba de una manera particular, que tal vez era la única posible prácticamente, aunque no lógicamente, desde luego. Por lo tanto, la sentencia pronunciada por el socialismo ortodoxo sobre los hombres de la minoría de edad tiene que ser revisada en cierto grado.

Primeramente, si bien los sistemas socialistas de esos siglos eran sueños, la mayoría de ellos eran sueños racionalizados. Y lo que los pensadores individuales lograron racionalizar de una manera más o menos perfecta no fueron simplemente sus sueños individuales, sino los sueños de las clases no dirigentes. Así, pues, aquellos pensadores no vivían por completo en las nubes; ayudaron también a traer a la superficie lo que dormitaba por debajo de ella, pero estaba pronto a despertar. En este respecto, incluso los anarquistas, remontándonos hasta sus predecesores medievales que florecieron en más de un convento y más aún en los grupos terceros de la Orden Franciscana, adquieren una significación que los marxistas no les conceden usualmente. Por despreciables que puedan parecer sus creencias a los socialistas ortodoxos, mucha de la fuerza propulsora del socialismo pro-

viene, incluso en nuestros días, de aquellos anhelos irracionales del *alma* (no del vientre) hambrienta que ellos proclamaban.[2]

En segundo lugar, los pensadores socialistas de la minoría de edad proporcionaron muchos ladrillos y muchas herramientas que fueron después de gran utilidad. Después de todo la misma idea de una sociedad socialista era creación suya y a sus esfuerzos se debió el que Marx y sus contemporáneos pudiesen discutirla como una cosa familiar para todo el mundo. Pero muchos de los utopistas fueron mucho más allá que eso. Elaboraron detalles del plan socialista o de ciertas variantes del mismo, formulando así problemas —aunque inadecuadamente— y despejando mucho terreno. Ni siquiera su contribución al análisis puramente económico puede ser pasada por alto. Proporcionó una levadura muy necesaria para un *pudding* que de otra forma resultaría penosamente amazacotado. Por lo demás, gran parte del utopismo era simplemente trabajo profesional que mejoró la teoría existente y, entre otras cosas, sirvió de mucho a Marx. Los socialistas y cuasi socialistas ingleses que elaboraron la teoría del valor del trabajo —tales como William Thompson— proporcionan el mejor ejemplo de esto.

En tercer lugar, no todos aquellos a quienes los marxistas incluyen entre los utopistas carecieron de contacto con los movimientos de las masas. Tuvieron cierto contacto como consecuencia del hecho de que las condiciones sociales y económicas que pusieron en movimiento la pluma de los intelectuales pusieron también en movimiento a algún grupo o clase del pueblo: labradores, o artesanos, o trabajadores del campo, o simplemente los vagabundos y la chusma. Pero muchos de los utopistas establecieron un contacto mucho más íntimo. Las demandas de los labradores durante las revoluciones del siglo XVI fueron formuladas ya por intelectuales, y esta coordinación y cooperación se hizo cada vez más estrecha a medida que transcurrían los siglos. *Graco* Babeuf, el espíritu conductor del único movimiento puramente socialista dentro de la Revolución francesa, fue considerado de suficiente importancia por el gobierno para dispensarle el cumplimiento de ejecutarlo en 1797. Nuevamente es Inglaterra el país que ilustra mejor este desarrollo. No tenemos más que comparar, desde este punto de vista, la historia del movimiento de Leveller, en el siglo XVII, con el movimiento cartista del siglo XIX. En el primer caso

[2] He ahí por qué los esfuerzos de los socialistas capacitados para eliminar del credo del creyente no cultivado lo que ellos mismos admiten que carece de sentido o es visionario no pueden nunca tener un éxito completo. La apelación popular del socialismo *no* se debe a lo que puede haber de racional en él, sino precisamente a aquellas herejías místicas que los economistas burgueses y socialistas convienen en condenar. Al tratar de desviarse de ellas los socialistas no sólo se muestran desagradecidos a la ola que los lleva a él, sino que también corren el peligro de que sus fuerzas puedan enrolarse en otro servicio.

Winstanley se unió al movimiento y tuvo en él un papel directivo individualmente; en el segundo caso, reaccionaron grupos de intelectuales en bloque, y, aunque su cooperación desembocó en el socialismo cristiano, no fue meramente un asunto exclusivo de los estudiantes enteramente divorciado de un movimiento de masas contemporáneo. En Francia, el mejor ejemplo lo ofrecen las actividades de Louis Blanc en 1848. Por consiguiente, en éste y en otros respectos el socialismo utópico difería del socialismo "científico" en grado más bien que en calidad; la relación de los socialistas de la época de la minoría de edad con los movimientos de clase era ocasional y, por regla general, no era una cuestión de principio fundamental, mientras que con Marx y con el socialismo posmarxista se hizo precisamente cuestión de principio fundamental y similar a la relación de un gobierno con su ejército permanente.

Queda todavía por señalar un punto muy importante que espero que no resulte una piedra donde tropezar. Ya he dicho que la teoría que predica la existencia de una tendencia hacia el socialismo[3] y el contacto permanente con una fuente efectiva o potencial de poder social —los dos requisitos del socialismo como un factor político serio— fueron establecidos definitivamente alrededor de mediados del siglo XIX de una manera que, lógicamente, no era la única posible. Marx y la mayoría de sus contemporáneos dieron una orientación especial a su teoría al sostener que la clase obrera era la única que estaba asociada activamente a esta tendencia hacia el socialismo, y que, por ello, era la única fuente de poder que habían de encauzar los socialistas. Para ellos el socialismo significaba primordialmente liberación de la mano de obra de la explotación y sostenían que la "emancipación de los obreros tiene que ser obra de la clase obrera misma".

Ahora es fácil comprender por qué la conquista del interés del obrero, como proposición práctica, había de atraer la atención a Marx más que ningún otro rumbo de acción y por qué su doctrina había sido configurada en concordancia con ello. Pero la idea ha enraizado tan firmemente, incluso en algunas mentes no socialistas, como para borrar de la imaginación algunos hechos que bien merece la pena explicar, a saber: que el movimiento obrero, aunque con frecuencia aliado con el socialismo, ha permanecido distinto a él hasta nuestros días, y que no resultó en modo alguno tan fácil a los socialistas esta-

[3] Para el significado preciso de esta frase el lector debe volver a nuestras discusiones de las partes I y II. Aquí significa dos cosas: primera, que las fuerzas sociales reales, independientemente de su deseabilidad o indeseabilidad, trabajan por el socialismo, el cual adquirirá cada vez más el carácter de una proposición práctica; segunda, que, siendo esto así, hay espacio efectivo para las actividades de partido en las líneas socialistas. Este último punto será discutido en el capítulo XXV.

blecer esferas de influencia en el mundo de los trabajadores en las que su credo se aceptase como cosa natural. De cualquier modo que interpretemos estos hechos debe quedar claro que el movimiento obrero no es esencialmente socialista, del mismo modo qué el socialismo no es necesariamente laborista o proletario. Tampoco es esto sorprendente. Pues ya hemos visto en la parte II que, como el proceso capitalista socializa lentamente la vida económica y mucho más, dicha socialización significa una transformación de la *totalidad* del organismo social, cuyas partes resultan *todas* igualmente afectadas. La renta real y la importancia social de la clase obrera aumentan en este proceso y la sociedad capitalista se hace cada vez más incapaz de hacer frente a los conflictos obreros. Pero esto es un pobre sustitutivo del cuadro del trabajo de Marx, que es incitado a la gran revolución por el sufrimiento, cada vez más intolerable. Si descartamos este cuadro y comprobamos que lo que aumenta efectivamente es la situación de azar del obrero en el sistema capitalista pensaremos inevitablemente menos en el llamamiento particular dirigido a la clase obrera por la lógica de la evolución. Todavía menos convincente es el papel que el marxismo asigna al proletariado en la catástrofe del drama social. Si la transformación es gradual, el proletariado tiene poco que hacer. Y si hubiese una gran revolución el proletariado sería simplemente objeto de persuasión y amedrentamiento para consentir. La punta de lanza estará formada por intelectuales asistidos por la chusma semicriminal. Y las ideas de Marx sobre la materia no son sino "ideología", exactamente igual de utópica que las creencias de los utopistas.

Así, pues, mientras sigue siendo sustancialmente verdad que, a diferencia de la mayoría de sus predecesores, Marx intentó racionalizar un movimiento existente y no un sueño, así como también que él y sus sucesores adquirieron efectivamente un poder de dirección parcial sobre ese movimiento, la diferencia es menor de lo que nos harían creer los marxistas. Como hemos visto, había más realismo en el pensamiento de los utopistas y más sueño irreal en el pensamiento de Marx de lo que él admite.

A la luz de este hecho pensaremos mejor de los socialistas de la época de la minoría de edad, *porque* ellos no subrayan de un modo exclusivo el aspecto proletario. En particular, su apelación a los gobiernos o a clases distintas del proletariado nos parecerá menos visionaria y más realista de lo que le parecía a Marx. Pues el Estado, su burocracia y los grupos que manejan el organismo político constituyen unas perspectivas muy prometedoras para el socialista que busca su fuente de poder social. Como tiene ahora que resultar evidente, es probable que se muevan en la dirección deseada con una necesidad no menos "dialéctica" que las masas. Y esa excrecencia del

estrato burgués que llamaremos *(a posteriori)* Socialismo Fabiano [4] es también sugestiva. La elección de Marx de fuerza social propulsora produjo así un caso especial que, aunque prácticamente sea el más importante, lógicamente está, sin embargo, en un pie de igualdad con otros que son fraudes y herejías para los ortodoxos.

---

[4] Véase capítulo XXVI. Los marxistas responderán, naturalmente, que esos fenómenos son meros derivados del fenómeno genuino, meros efectos de la marcha hacia adelante del proletariado. Esto es verdad si significa que el último es uno de los factores de la situación que ha producido y produce el primero. Pero, tomada en este sentido, esta proposición no constituye una objeción. Si significa que hay una relación de dirección única o puramente de causa a efecto entre el proletariado y el socialismo de Estado, entonces constituye una objeción, pero errónea. El proceso psicosociológico descrito en la parte II producirá, sin ninguna presión de abajo, un socialismo de Estado y fabiano que *incluso ayudará a producir esa presión*. Como hemos de ver pronto es correcto preguntarnos dónde estaría el socialismo sin su compañero de viaje. Es cierto que el socialismo (como cosa distinta del movimiento obrero del tipo sindicalista) no estaría en ninguna parte sin el *leader* intelectual de origen burgués.

25

LA SITUACION CON QUE MARX SE ENFRENTO

1. Según Engels, Marx adoptó en 1847 la expresión "comunista" con preferencia a la expresión "socialista" porque el socialismo había adquirido por entonces un sabor de respetabilidad burguesa. Por mucho que fuese su sabor burgués, y no obstante estar decididos a explicar este hecho, sí es que fue un hecho (más de una vez hemos visto una buena razón para interpretar el socialismo como un producto de la mentalidad burguesa), tampoco puede haber ninguna duda de que los mismos Marx y Engels eran intelectuales burgueses típicos. Eran exilados, de origen y tradiciones burguesas, fórmula que explica mucho tanto el pensamiento de Marx como de las medidas y tácticas políticas que recomendaba. Lo asombroso es la medida en que prevalecieron sus ideas.

En primer lugar, el intelectual desarraigado que era Marx, con la experiencia formativa de 1848 impresa para siempre en toda su alma, abandonó su propia clase y fue abandonado por ella. Del mismo modo los intelectuales desarraigados y, en cierto grado, las masas proletarias serían en lo sucesivo lo único accesible para él y lo único que tenía en que poner su confianza. Esto explica la teoría que, como hemos visto en el capítulo anterior, tiene necesidad de explicación, esto es, la de que los obreros "habrán de emanciparse por sí mismos".

En segundo lugar, el mismo intelectual desarraigado se hace naturalmente internacionalista de *sentimiento*. Esto significaba algo más que el no sentirse afectado por los problemas y vicisitudes de cualquier país particular —incluso de proletariados nacionales singulares—, los cuales no traspasaban nunca la periferia de sus intereses. Significaba que de esta forma le era mucho más fácil crear la religión socialista hipernacional y concebir un proletariado internacional cuyos componentes, al menos en principio, estaban vinculados unos con otros mucho más estrechamente de lo que estaba cada uno de ellos con sus propios connacionales de una clase diferente. En el terreno de la pura lógica cualquiera podría haber ideado esta concepción manifiestamente irrealista y todo lo que dicha concepción implica para la interpretación de la historia pasada y de los criterios de los partidos marxistas sobre política exterior. Pero quien tal hiciese habría tenido

que contender entonces con todas las influencias efectivas ejercidas por los ambientes nacionales, por lo que la concepción internacionalista no podría haber sido abrazada nunca apasionadamente por un hombre ligado a un país por innumerables lazos. Ahora bien: para Marx no existían tales lazos y, al no tener él mismo ningún país, se convencía fácilmente de que el proletariado no tenía tampoco ninguno.

Pronto veremos por qué —y hasta dónde— esta teoría sobrevivió y lo que llegó a significar en las distintas circunstancias. El mismo Marx aceptó, sin duda, sus implicaciones no intervencionistas y pacifistas. Ciertamente, creía no sólo que las "guerras capitalistas" no interesaban al proletariado, sino también que eran los medios de subyugarlo aún más por completo. La concesión que tal vez se hubiese decidido a hacer, a saber: que la participación en la defensa del propio país contra una agresión no es incompatible con los deberes de la fe, no era, evidentemente, más que un recurso táctico muy necesario.

En tercer lugar, cualquiera que pueda haber sido su teoría,[1] el burgués desarraigado llevaba la democracia en su sangre. Es decir, la fe en aquella parte del esquema burgués de valores que se centra en la democracia no era para él únicamente cuestión de la percepción racional de las condiciones peculiares del sistema social de su tiempo o de otra época cualquiera. Tampoco era simplemente cuestión de táctica. Es verdad que las actividades socialistas (y su obra personal) no podrían haber sido desarrolladas, con alguna comodidad, en todo caso, en ningún ambiente que profesase principios distintos de los democráticos, tal como entonces se entendían. Salvo en casos muy excepcionales todas las oposiciones tienen que propugnar la libertad —que para ellas significaba democracia— y lanzarse a merced del "pueblo". Por supuesto, este elemento era, y en algunos países lo es incluso hoy, muy importante. He ahí precisamente, como ya he señalado, por qué las confesiones democráticas de los partidos socialistas no significan mucho hasta que su poder político se hace lo bastante grande para darles la oportunidad de una alternativa y por qué no los beneficiaba particularmente establecer ninguna relación fundamental entre la lógica del socialismo y la lógica de la democracia. Sin embargo, puede decirse con seguridad que para Marx la democracia estaba por encima de toda discusión y que todos los demás sistemas políticos estaban por debajo de ella. Esto hay que reconocérselo al revolucionario del tipo de 1848.[2] Por supuesto, él no se

[1] Véanse capítulos XX y XXIII.

[2] La actitud emotiva adoptada en 1848 hizo también completamente imposible para él comprender y hacer justicia al régimen no democrático que lo exiló. Un análisis desapasionado no podía haber dejado de revelar sus realizaciones y sus posibilidades. Pero tal análisis estaba en este caso fuera de su alcance.

planteó el problema de aceptar un artículo de fe burguesa tan importante como éste. Ello habría dejado al descubierto una extensión de terreno común demasiado grande. Pero ya hemos visto en la parte anterior que él sabía cómo obviar esta dificultad, pretendiendo temerariamente que únicamente la democracia socialista era verdadera democracia y que la democracia burguesa no era democracia en absoluto.

2. Tal era, pues, el *a priori* político de Marx.[3] No es preciso subrayar que era totalmente diferente de los *a prioris* del socialismo inglés medio no sólo de su tiempo, sino de todas las épocas, tan diferentes como para hacer casi imposible la simpatía mutua e incluso una comprensión mutua completa, independientemente en absoluto del hegelianismo y demás barreras doctrinales. La misma diferencia resaltará aún mejor si comparamos a Marx con otro intelectual alemán de formación muy similar, Ferdinand Lassalle (1825-1864). Vástago de la misma raza, producto del mismo estrato, moldeado por una tradición cultural muy semejante, condicionado de una manera similar por la experiencia de 1848 y por la ideología de la democracia burguesa, Lassalle difiere, no obstante, de Marx de una manera que no puede ser explicada totalmente por la comparación personal. Mucho más vital que esto era el hecho de que Marx era un exilado y Lassalle no lo era. Lassalle no se desvinculó nunca de su país ni de las clases distintas al proletariado. Nunca fue internacionalista, como Marx. Por proletariado entendía ante todo el proletariado alemán. No objetaba la cooperación con el Estado existente. No ponía objeción al contacto personal con Bismarck ni con el rey de Baviera. Tales cosas son importantes, más importantes tal vez que las diferencias doctrinales más profundas; tenían importancia suficiente para producir especies de socialismo diferentes y antagonismos irreconciliables.

Adoptemos ahora nuestra posición respecto al *a priori* de Marx y pasemos revista a los datos políticos con que se enfrentó.

Primeramente, las enormes masas industriales de las que Marx escribía y en las que pensaba no existían más que en Inglaterra. Incluso allí, como en la época en que él había establecido relaciones, se había desvanecido el movimiento cartista, la clase obrera se estaba haciendo cada vez más realista y conservadora. Desilusionados por el fracaso de las actividades radicales anteriores, los hombres se apartaban de los programas deslumbrantes y de sus cantos sobre su derecho al producto total. Se embarcaron prudentemente en un intento de aumentar su participación en el mismo. Los dirigentes trataban prudentemente de establecer, afianzar y aumentar el *status* legal y el

[3] Ningún idioma que yo conozca admite oficialmente esta palabra como nombre. Sin embargo, es un solecismo muy conveniente el hacerlo.

poder económico de los sindicatos dentro del marco político de la sociedad burguesa. Por principio, así como también por consideraciones tácticas notorias, tenían que mirar las ideas o actividades revolucionarias como un estorbo y como un sabotaje estúpido o frívolo a la labor seria de los obreros. También estaban interesados por el estrato superior de la clase obrera; respecto del inferior, albergaban sentimientos que eran afines al desprecio.

En todo caso, sin embargo, Marx y Engels, en las circunstancias en que se encontraban y siendo quienes eran, no podrían nunca haber pensado en ir más allá para organizar el proletariado industrial o algún grupo particular del mismo, de acuerdo con sus propias ideas. Lo único que podrían esperar era ponerse en contacto con los dirigentes y con la burocracia sindical. Al contemplar, de una parte, la actitud del obrero "respetable", y, de otra parte, la actitud de la chusma inorganizable (entonces) de las grandes ciudades, con la que apenas querían actuar,[4] se enfrentaban con un dilema desagradable. No podían dejar de reconocer la importancia del movimiento tradeunionista, que estaba realizando paulatinamente la tarea gigantesca de organizar las masas en algo semejante a un clase articulada, es decir, a resolver el problema que ellos mismos consideraban como el más importante de todos. Pero por estar completamente apartados de ella y darse cuenta del peligro de que esta clase podía adquirir una base burguesa y adoptar una actitud burguesa, tenían que disgustarles las "trade-unions" y que desconfiar de ellas tanto como a las "trade-unions" les disgustaban ellos y desconfiaban de ellos, en la medida en que tenían noticias de su existencia. De esta manera quedaban relegados a la posición que ha llegado a ser característica del socialismo clásico, y que, aunque muy reducida en su importancia, expresa hasta hoy el antagonismo fundamental entre los intelectuales socialistas y los obreros (que en casos de importancia puede equipararse, *grosso modo,* al antagonismo entre los partidos socialistas y los sindicatos). Para los intelectuales el movimiento tradeunionista era algo que había que convertir a la doctrina de la guerra de clases; como medio para tal conversión resultaba apropiada para el creyente una cooperación ocasional con dicho movimiento, ya que las inquietudes obreras radicalizaban a las masas y abrumaban o excitaban suficientemente a los funcionarios de las "trade-unions" para inducirlos a escuchar el evangelio.

Pero en tanto que la conversión no fuese completa, y especialmente en tanto que la opinión de las "trade-unions" permaneciese adversa por principio a la acción revolucionaria o simplemente política, el movimiento no estaba en estado de gracia, sino, por el contrario, en

[4] Debe recordarse que los marxistas propenden a hablar de una chusma proletaria *(Lumpenproletariat).*

estado de error, teniendo un falso concepto de sus fines verdaderos y dejándose engañar con trivialidades que eran peores que inútiles; de ahí que, a no ser para el fin de perturbar desde dentro, el creyente tenía que mantenerse apartado.

Esta situación cambió ya durante la vida de Marx y más aún durante la de Engels. El crecimiento del proletariado industrial, que llegó a hacer de él también una potencia en el Continente, y el paro inherente a las depresiones de aquel período hicieron que aumentase su influencia con los dirigentes obreros, si bien no adquirieron nunca una influencia directa sobre las masas. Al final, sin embargo, eran los intelectuales los que les solicitaban materia de trabajo. Pero aunque su éxito en este terreno fue considerable, los intelectuales les ocasionaban más perturbaciones que la indiferencia (que a veces llegaba a la hostilidad) de los obreros. Había una serie de intelectuales socialistas que no tenían inconveniente en identificarse bien con las "trade-unions" bien con la reforma social de tipo burgués radical o, incluso, conservador. Y éstos difundían, por supuesto, un socialismo muy diferente que, al ofrecer la promesa de un beneficio inmediato, era un competidor peligroso. Había, además, intelectuales, entre los que se encontraba en primer lugar Lassalle, que habían conquistado posiciones entre las masas, los cuales eran competidores aún más directos. Y, finalmente, había intelectuales que iban bastante lejos en cuanto a ardor revolucionario, pero a los que Marx y Engels consideraban, con toda razón, como los peores enemigos del socialismo serio; éstos eran los "putschistas", como Blanqui, los soñadores, los anarquistas, etc. Consideraciones doctrinales y tácticas imponían combatir a todos estos grupos con un No inflexible.

3. Esta base doctrinal y esta situación táctica hicieron sumamente difícil para Marx encontrar respuesta para dos cuestiones vitales que con toda seguridad se plantearía todo seguidor o posible seguidor: la cuestión de la actitud hacia las medidas políticas de los partidos burgueses y la del programa inmediato.

En cuanto a la primera, no podría aconsejarse a los partidos socialistas vigilar en silencio las medidas políticas burguesas. Su labor evidente era criticar la sociedad capitalista, exponer la mascarada de los intereses de clase, señalar cuánto mejor sería todo en el paraíso socialista y batir el tambor para el reclutamiento, esto es, criticar y organizar. Sin embargo, una actitud completamente negativa, por muy satisfactoria que fuese en principio, le habría sido imposible mantenerla a todo partido que contase con cierta influencia política. Habría chocado inevitablemente con la mayoría de los deseos auténticos de los obreros organizados y, si persistía durante algún tiempo, habría reducido los seguidores a un pequeño grupo de ascetas políticos. Considerando la influencia que ejercieron las doctrinas de Marx hasta el mismo año 1914 sobre el gran partido alemán y sobre muchos grupos menores, es interesante ver cómo hizo frente a esta dificultad.

Hasta donde creyó posible hacerlo adoptó la única posición que era lógicamente irrecusable. Los socialistas tienen que rehusar el participar en las mejoras ficticias con las que la burguesía trataba de engañar al proletariado. Tal participación —que más tarde recibió la denominación de Reformismo— significaba un error de fe, una traición a los verdaderos fines, un atentado insidioso para apuntalar lo que debe ser destruido. Los discípulos como Bebel, que hacían peregrinación a la cripta después de haberse desviado de esta manera de la senda verdadera, eran profundamente apreciados. Es verdad que los mismos Marx y Engels habían meditado la cooperación con el ala izquierda de los grupos burgueses en la época de su partido comunista de 1847. El *Manifiesto Comunista* reconoce también la necesidad de compromisos y alianzas ocasionales, del mismo modo que concedía que las tácticas tenían que ser diferentes, según las circunstancias de tiempo y lugar. Todo esto iba implicado en la máxima prescrita al creyente de utilizar todos los antagonismos entre los grupos burgueses dentro de cada país, ya que esto apenas puede hacerse sin una medida de cooperación con algunos de ellos. Pero todo eso no era más que limitar un principio a fin de mantenerlo de una manera más efectiva. En cada caso la excepción tenía que ser severamente escrutada, habiendo siempre una presunción en su contra. Además, la cooperación que se consideraba era una cooperación en ciertas emergencias determinadas, preferentemente en las revoluciones, más bien que una alianza más duradera que implicase entendimientos en el transcurso ordinario de la vida política, que podría poner en peligro la pureza del credo.

La manera cómo habrían de comportarse los marxistas cuando se enfrentasen con una política particular del enemigo burgués que beneficiase claramente al proletariado, podemos inferirla del ejemplo puesto por el maestro mismo en un caso muy importante. El libre cambio era uno de los principales puntos del programa del liberalismo inglés; Marx era demasiado buen economista para no ver el beneficio que, en las circunstancias de aquella época, confería a la clase obrera. Podría quitarse importancia al beneficio, podrían vilipendiarse los móviles de los librecambistas burgueses. Pero eso no resolvería el problema, pues seguramente los socialistas tendrían que apoyar el libre cambio, especialmente de los artículos alimenticios. Pues bien: así lo harían, pero desde luego no porque considerasen una dádiva el pan más barato —¡eso no!—, sino porque el libre cambio aceleraría el ritmo de la evolución social, y, por tanto, el advenimiento de la revo-

lución social. El ardid táctico es admirable. El argumento es, además, completamente verdadero y permite su aplicación a muchos casos. El oráculo no dice, sin embargo, lo que los socialistas tienen que hacer con las medidas políticas que, aunque beneficien también al proletariado, no fomentan la evolución capitalista —como ocurre con la mayoría de las medidas de mejoramiento social, seguros sociales y similares— o que, aunque fomenten la evolución capitalista, no benefician directamente al proletariado. Pero si el campo burgués había de hendirse por tales cuestiones se despejaba el camino de la evolución en virtud del precepto de utilizar las disensiones capitalistas. Marx habría tratado también, desde este punto de vista, las reformas propugnadas; en oposición a la burguesía, por elementos extraburgueses tales como la aristocracia terrateniente y la *gentry,* si bien en su esquema no había lugar reservado para este fenómeno.

La segunda cuestión no era menos espinosa. Ningún partido puede vivir sin un programa que mantenga la promesa de beneficios inmediatos. Pero, en lógica estricta, el marxismo no tenía tal programa que ofrecer. Toda realización positiva hecha o por hacer en la atmósfera viciada del capitalismo era inficionada *ipso facto.* Marx y Engels estaban, efectivamente, abrumados con esto y siempre desalentaban los programas que llevaban inherente una política constructiva dentro del orden capitalista y sabían inevitablemente a radicalismo burgués. Sin embargo, cuando ellos mismos se enfrentaron con el problema en 1847 decidieron cortar el nudo gordiano. El *Manifiesto Comunista,* de una manera completamente ilógica, recoge una serie de objetivos inmediatos de la política socialista, dejando simplemente la gabarra socialista al costado del vapor liberal.

La educación libre, el sufragio universal, la supresión del trabajo infantil, un impuesto progresivo sobre la renta, la nacionalización de la tierra, la banca y el transporte, la expansión de la empresa estatal, el cultivo de los campos yermos, el *servicio industrial obligatorio para todos,* la difusión de los centros industriales por todo el país; todas estas medidas propugnadas por ellos muestran, claramente, el grado en que Marx y Engels se permitían (en aquella época) ser oportunistas, aunque se inclinaban a negar el privilegio a los demás socialistas. Pero lo sorprendente de este programa es la ausencia de todo punto que habría que reconocer como típicamente o exclusivamente socialista; de encontrarnos en otro ambiente cada uno de sus puntos podría figurar en un programa no socialista —incluso la nacionalización de la tierra ha sido propugnada, sobre bases especiales, por escritores que en lo demás son burgueses—, y la mayoría de ellos están tomados simplemente del fondo radical. Esto era, por supuesto, lo único sensato. Pero también era un simple recurso, intentado, evidentemente, sin otro propósito que el ocultar una debilidad práctica perturbadora. Si a Marx le hubiesen interesado aquellos puntos por sí mismos no habría tenido otra alternativa que unirse al ala radical del liberalismo burgués. La realidad es que le importaban poco y no se sentía obligado a hacer ningún sacrificio por su causa; si los burgueses radicales los hubiesen mantenido todos esto habría sido, probablemente, para Marx una sorpresa desagradable.

4. Los mismos principios, las mismas tácticas y datos políticos similares dieron lugar a la Alocución Inaugural a la Asociación Internacional de Trabajadores (la "Primera Internacional") en 1864. La fundación de esta última significó, en realidad, un gran paso más allá de la *Arbeiterbildungsverein* alemana de 1847 o del pequeño grupo internacional del mismo año. No era, por supuesto, una organización de los partidos socialistas —aunque, por ejemplo, se reunieron los dos partidos alemanes y la *Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein* de Lassalle cedió rápidamente—, y todavía menos una organización internacional del proletariado. Pero estaban efectivamente representados grupos obreros de muchos países y de muchos tipos, e incluso las "trade-unions" inglesas mostraban bastante interés por conllevar durante algún tiempo una alianza en cierto modo incompatible, con el ánimo más bien lleno de reservas y con vistas a ventajas inmediatas. Entre sus fundadores figuró George Odger.[5] Las grandes pretensiones planteadas por la Asociación y algunos de sus historiadores, relativas a su papel en los momentos revolucionarios, y las grandes insurrecciones obreras de la época tienen que ser desestimadas. Pero si hizo poco y no condujo ni dominó nunca al menos ofrecía una fraseología unificadora. Y estableció contactos que al final podrían haberla elevado, con la amable asistencia de sus enemigos burgueses, que eran lo bastante tontos como para hacerle propaganda a una posición de verdadera importancia. Al principio todo fue bastante bien y los primeros cuatro "congresos" tuvieron un éxito evidente, pasando por alto los miembros ortodoxos, con mucho tacto, ciertas incidencias no socialistas, como el voto en defensa del principio de la herencia. La invasión de Bakunin (1869) y su expulsión (1872), sin embargo, le asestaron un golpe del que se mostró incapaz de recobrarse, aunque pudo seguir tirando hasta 1874.

Marx tuvo conciencia, desde el principio, de las posibilidades y de los peligros inherentes a aquel confuso conglomerado formado por

[5] Incluso actuó como presidente del Consejo de la Internacional. Esto significaba mucho, ya que había sido uno de los promotores más destacados de la Federación y fusión de las "Trade-Unions", organizador del *London Trade Council* y miembro directivo de la Liga Reformista para la Emancipación de los Obreros Urbanos.

intelectuales de dudosa posición juntamente con obreros resueltos notoriamente a utilizar la asociación o renegar de ella, según las circunstancias. Eran las posibilidades por las que siempre había combatido. La primera tarea era conservar la organización unida; la segunda, imprimirle el sesgo marxista, y ambas tenían que resolverse frente a los hechos de que sus partidarios personales estaban siempre en minoría y que su influencia sobre los demás miembros era mucho menor de lo que pudiera colegirse de la circunstancia de haber sido designados —o más bien consentidos— por la mayoría para redactar la proclama programática. En consecuencia, esta proclama contenía concesiones a opiniones no marxistas similares a las que el mismo Marx se había horrorizado de encontrar en el Programa de Gotha del Partido Socialdemócrata alemán (1875). De un modo semejante se hicieron después evidentes maniobras y compromisos prudentes, lo que una vez hizo a Marx decir con una desesperación semihumorística: "Je ne suis pas marxiste." Pero el significado del compromiso depende del hombre que lo hace y del espíritu con que se hace. El que sólo se preocupa de la tendencia puede tolerar muchas desviaciones. Evidentemente, Marx confiaba mantener su tendencia de un modo permanente y encontrar el camino que volviese hacia ella después de cada desviación. Pero hemos de comprender que sintiera recelos cuando vío a otros que hacían el mismo juego. Había así algo más que un mero egoísmo, tanto en sus evasivas tácticas como en sus ponzoñosas denuncias de las evasivas de otros.

Por supuesto, tanto la táctica como el principio de lo que hasta entonces había sido la política clásica del socialismo ortodoxo, son susceptibles de crítica. El ejemplo táctico puesto por Marx permite a sus seguidores justificar prácticamente todo rumbo de acción o inacción impulsada o dictada por el maestro. El principio ha sido debelado por señalar un camino que no conduce a ninguna parte. Lo más importante de todo es comprender su racionalidad. Marx creía en la revolución proletaria. También creía —aunque su propia doctrina debería haberle hecho dudar de ello— que el momento apropiado para ella no estaba lejos, del mismo modo que la mayoría de los cristianos primitivos creían que estaba próximo el día del juicio. Por consiguiente, su método político se fundaba, en realidad, en un error de diagnosis. Aquellos intelectuales que exaltaban su agudeza política [6] dejaron por completo de ver la cantidad de pensamiento anhelante que entraba en su juicio práctico. Pero dando por realizados los hechos dentro de su horizonte y por admitidas sus inferencias sacadas de los

[6] Véase, por ejemplo, Benedetto Croce: *Materialismo Storico ed Econamia Marxista.*

mismos, ese método va acompañado, lo mismo que sus opiniones sobre esta cuestión, de resultados inmediatos y en íntima camaradería con los reformadores burgueses. Fundar un partido homogéneo, basado en el proletariado organizado de todos los países, que marchase hacia la meta sin perder su fe revolucionaria ni mojar su pólvora en el camino, era en realidad, desde ese punto de vista, la tarea de importancia suprema, en comparación con la cual todo lo demás era una minucia.

26

DE 1875 A 1914

I. La evolución inglesa y el espíritu del fabianismo

Hay cierta significación simbólica en estas dos fechas. El año 1875 vio el nacimiento del primer partido puramente socialista con fuerza suficiente para contar como un factor en la política. A este trascendental acontecimiento sucedió la fusión de los dos grupos alemanes —el grupo de Lassalle y otro fundado por Bebel y Liebknecht en 1869— en el Partido Socialdemócrata que, aunque entonces (programa de Gotha) hizo grandes concesiones al credo de Lassalle,[1] terminó por abrazar el marxismo (programa de Erfurt, 1891) y luchó firmemente por su causa hasta la actitud de altivez que mantuvo en 1914 cuando, como todos los partidos socialistas, llegó al punto culminante que le reservó el destino.[2] Antes de comentar el sorprendente desarrollo a que dio lugar un partido marxista, sin ningún compromiso que implicase sacrificio de principio y sin salir del caudillaje parlamentario, vamos a echar una ojeada a la marcha de los acontecimientos en otros países y, en primer lugar, al socialismo inglés de ese período, que en apariencia ofrece un contraste tan sorprendente e instructivo con él.

Por debajo de la superficie hay, por supuesto, unos procesos sociales sustancialmente semejantes, y, como parte de los mismos, unos movimientos obreros igualmente semejantes. Las diferencias entre los casos inglés y alemán en cuanto a matiz, ideología y táctica se explican fácilmente. Desde que la *Owenite Grand National Consolidated Trade Union* se había derrumbado en 1834, o desde que había decaído el cartismo, el movimiento obrero inglés había dejado de suscitar una hostilidad determinada. Algunas de sus aspiraciones económicas fueron definidas por el partido liberal y otras por el conservador.[3] Las

[1] El punto principal del programa de Lassalle era la organización de los obreros en cooperativas de productores subvencionadas por el Estado, las cuales habían de competir con la industria privada y al final eliminarla. Esto suena tan notoriamente a utopismo que no es difícil comprender la aversión de Marx.

[2] Obtuvo entonces 110 de los 397 asientos en el Reichstag, y, a causa de la incapacidad de los grupos burgueses para organizar grandes partidos homogéneos, esto significaba aún más de lo que la cifra sugiere de por sí.

[3] El surgimiento de una actitud pro obrera en el campo conservador es

leyes de "trade-union" de 1871, 1875 y 1876, por ejemplo, fueron aprobadas sin nada que pudiese haber aguijoneado a los obreros a luchar por ellas. Además, la batalla por la emancipación se libraba por grupos no socialistas, sin que las masas tuvieran que hacer más que regocijarse y jalearlos. En todo esto se destaca bien la calidad superior de la masa trabajadora inglesa y también la calidad superior de la sociedad política inglesa; después de haber demostrado su capacidad para evitar un *analogon* a la Revolución Francesa y para eliminar los peligros que amenazaban a su caro sustento, continuó por saber desenvolverse en situaciones sociales de creciente dificultad y ceder con gracia; prueba de ello es la *Trades Disputes Act* de 1906.[4] En consecuencia, el proletariado inglés tardó más en adquirir "conciencia de clase" o llegar a la etapa en que Keir Hardie pudo organizar el Partido Laborista Independiente (1893). Pero el nacimiento *New Unionism*[5] anunció al fin un estado de cosas que, prescindiendo de la forma de expresión, no difería esencialmente del de Alemania.

La naturaleza y extensión de tal diferencia resaltará con mayor claridad si contemplamos por un momento el grupo cuyas aspira-

particularmente sorprendente. Por vía de ilustración pueden mencionarse, de una parte, el grupo dirigido por Lord Ashley, y de otra parte, el grupo de la Joven Inglaterra (la Democracia Tory de Disraeli).

[4] En la época actual es difícil percibir lo que esta medida tiene que haber sorprendido a la gente que aún creía en un Estado y en un sistema legal que se centraba en la institución de la propiedad privada. Pues al suavizar la aplicación de la ley represiva de la conspiración respecto al patrullaje pacífico de grupos huelguistas —lo que prácticamente significaba la legalización de una acción de la Trade-Union que implica la amenaza de fuerza—, y al exceptuar los fondos de las Trade-Unions de responsabilidad en acciones por daños *for torts* —lo que prácticamente significaba legislar que las Trade Unions no podían cometer injusticia—, esta medida resignaba de hecho en las Trade-Unions parte de la autoridad del Estado y le concedía una situación de privilegio que no puede aminorar la extensión formal de la exención a las uniones patronales. No obstante, el proyecto de ley fue resultado del informe de una Comisión Real nombrada en 1903 estando en el poder el Partido Conservador. Y el jefe conservador (Balfour), en un discurso en la tercera lectura, lo aceptó sin mostrar ninguna disconformidad. La situación política de 1906 contribuye, sin duda, a explicar esta actitud. Pero esto no invalida mi punto de vista.

[5] El nuevo unionismo significa la extensión de las organizaciones regulares y estables que hasta la mitad del noveno decenio del siglo pasado estaban sustancialmente limitadas a los oficios calificados y habían desarrollado actitudes de vanidad profesional y de respetabilidad burguesa (algunos dirigentes del octavo decenio, como Crowford, subrayaban con frecuencia el abismo que separaba a la gente respetable de las Trade-Unions de la masa proletaria) hasta en los estratos más o menos sin capacitar inferiores a ellos. Estos se sentían mucho menos seguros de su poder para obtener empleo y eran, por tanto, mucho más accesibles a la propaganda socialista y al argumento de que las huelgas solas eran armas inseguras y que debían ser complementadas mediante la acción política. Hay así un nexo importante entre aquella extensión del unionismo hacia abajo y el cambio de actitud de las Trade-Unions frente a la actividad política, de una parte, y hacia el socialismo, de otra. Fue entonces —unos pocos años después de la gran huelga portuaria de 1889— cuando los congresos de las Trade-Unions comenzaron a aprobar resoluciones socialistas.

ciones y métodos expresa perfectamente la Sociedad Fabiana. Los marxistas sonreirán despectivamente ante lo que a ellos debe parecerles una gran exageración de la importancia de un pequeño grupo de intelectuales que no deseó nunca ser otra cosa. En realidad, los fabianos en Inglaterra, o las actitudes que adoptaban, eran tan importantes como los marxistas en Alemania.

Los fabianos surgieron en 1883 y durante todo este período siguieron siendo un grupo pequeño de intelectuales burgueses.[6] Procedían del campo de Bentham y de Mill y conservaban su tradición. Abrigaban las mismas esperanzas generosas para la Humanidad que antes de ellos habían tenido los radicales filosóficos. Continuaron trabajando para la reconstrucción racional y el mejoramiento con el mismo espíritu de progresivismo práctico.

Eran celosos de sus hechos, que algunos de ellos se tomaron un sinfín de molestias por recopilar por medio de una intensa investigación, y escrupulosos en cuanto a argumentos y medidas. Pero no lo eran en absoluto en cuanto a los fundamentos, tanto culturales como económicos de sus aspiraciones. Estos los daban por admitidos, lo cual no es más que otra manera de decir que, como buenos ingleses, se daban ellos mismos por admitidos. Eran incapaces de ver la diferencia entre un suburbio y la Cámara de los Lores. ¿No es de sentido común que uno y otra eran notoriamente "cosas malas"? ¿Y quién podría dudar que una mayor igualdad económica o la autonomía de la India o los sindicatos o el libre cambio eran no menos notoriamente "cosas buenas"? Lo único en que había que pensar era en cómo depurar las cosas malas y en cómo asegurar las cosas buenas; todo lo demás era una futilidad irritante. En todo esto resultaba evidente un celo orientado exclusivamente hacia el servicio público, así como la intolerancia de otros criterios acerca de los valores individuales y nacionales —tan pronunciada a su manera como la de los marxistas— y un elemento de resentimiento pequeñoburgués contra todo lo aristocrático, incluyendo la belleza.

Al principio no había nada detrás de los fabianos. Habían emprendido la labor de persuadir a quien quisiera escucharlos. Daban conferencias a la clase trabajadora y a las multitudes burguesas. Difundían panfletos de una manera hábil y extensa. Recomendaban o combatían medidas políticas, planes y proyectos de ley particulares. Sin embargo, el más importante de todos sus medios para ejercer influencia era su contacto con "hombres clave" individuales, o, más bien, con individuos del cortejo de los dirigentes políticos, industriales y obreros. Su país y su propia posición social y política dentro de su país ofrecían una oportunidad única para establecer y explotar tales contactos.

[6] El grupo, que no contó nunca con más de 3 000 a 4 000 miembros, era, en realidad, todavía más reducido de lo que esta cifra indica. Pues el núcleo operante no llegaba a más del 10 ó el 20 por 100 de la misma. Este núcleo era burgués por su procedencia y por su tradición y también en otro aspecto: la mayoría de sus miembros eran económicamente independientes, al menos en el sentido de que vivían de una simple profesión.

La sociedad política inglesa no acepta siempre el consejo de los que no pertenecen a ella, pero está más dispuesta que ninguna otra a escucharlo. Y algunos de los fabianos no eran simplemente extraños. Algunos de ellos podían utilizar relaciones establecidas en las uniones de estudiantes y en las habitaciones comunes de Oxford o Cambridge. No vivían, moralmente hablando, en otro planeta. La mayoría de ellos no eran enemigos directos del orden establecido. Todos ellos se inclinaban de buena voluntad a la cooperación más bien que a la hostilidad. No trataban de fundar un partido y les disgustaban grandemente la fraseología de la guerra de clases y la revolución. Siempre que fuera posible preferían hacerse útiles a constituir un estorbo. Y tenían algo que ofrecer al parlamentario o al administrador, que a menudo acogían sugestiones relativas a lo que debía hacerse y a cómo debía hacerse.

Un ministro de gabinete moderno puede encontrar, por lo general, dentro de las paredes de su ministerio casi toda la información y sugestiones que necesita. Especialmente no puede nunca padecer por falta de estadísticas. Esto no era así en los decenios octavo y noveno del siglo pasado. Con raras excepciones los funcionarios civiles de todas las categorías sabían poco más, aparte de su rutina. Fuera de las líneas de las medidas políticas establecidas, el parlamentario en ejercicio, y todavía más el parlamentario sin ejercicio, ignoraban con frecuencia los hechos y las ideas, especialmente en el campo de los problemas sociales "nuevos". Un grupo que las tenía en abundancia y estaba siempre dispuesto a emplearlas, pulcramente concertadas y listas para el uso de la tesorería o cualquier otro departamento, estaba seguro de tener *entrée,* especialmente por la puerta falsa. La administración civil aceptaba esto. Y no sólo eso: teniendo simpatía hasta un grado considerable para las aspiraciones inmediatas, al menos, de los fabianos, se permitía ser educada por ellos. Los fabianos, a su vez, aceptaban también este papel de funcionarios públicos no oficiales. En realidad, este papel se acomodaba a ellos perfectamente. No eran personalmente ambiciosos. Les gustaba servir detrás del escenario. La acción a través de la burocracia, cuyo crecimiento en número y en poder preveían y aprobaban, se adaptaba muy bien al esquema general de su socialismo de Estado democrático.

¿Pero cómo —se habría preguntado Marx y se preguntó, efectivamente, el pequeño grupo de marxistas ingleses (la Federación De-

mocrática de Hyndman, creada en 1881)— podría esta especie de engendro llegar a algo, si, en realidad no llegó a la conspiración con los exponentes políticos de los intereses burgueses? ¿Cómo podría llamarse socialista, y, aun llamándoselo, no era esto otra edición del socialismo utópico (en el sentido marxista, definido más arriba)? Es fácil vislumbrar lo nauseabundos que tienen que haberse encontrado recíprocamente los fabianos y los marxistas y cuánto tenían que haber despreciado cada uno las ilusiones del otro, aunque era práctica de los fabianos evitar las discusiones de los principios fundamentales y las tácticas, que tanto complacían a los marxistas, y adoptar con ellos una actitud de descuidada simpatía protectora. No obstante, para el observador distanciado no hay dificultad en contestar a estas preguntas.

El esfuerzo socialista de tipo fabiano no habría significado nada en otra época cualquiera. Pero significó mucho durante las tres décadas que precedieron a 1914, porque las cosas y las almas estaban dispuestas para esa especie de mensaje y no para un mensaje ni más radical ni menos radical. La formulación y organización de la opinión existente era lo único que se necesitaba para convertir las posibilidades en una política articulada y los fabianos proporcionaron esta "formulación organizadora" de la manera más acabada. Eran reformadores y el espíritu de la época hizo de ellos socialistas. Fueron socialistas auténticos, porque aspiraban a ayudar a una reconstrucción fundamental de la sociedad que, en definitiva, consistía en hacer de la gestión económica un asunto público. Fueron socialistas de voluntad, y, por lo tanto, en cualquier etapa anterior habrían entrado dentro del concepto marxista de utopistas. Pero tal como eran, tenían sus apoyos, que esperaban de ellos que no les fuesen aplicables las implicaciones de ese concepto. Desde su punto de vista, habría sido una verdadera locura despertar en los medios burgueses la conciencia del peligro hablando de revoluciones y de luchas de clases. El despertar de la conciencia de clase era precisamente lo que querían evitar, al menos al principio, ya que habría hecho imposible la difusión pacífica, pero efectiva, de sus principios a través de los órganos políticos y administrativos de la sociedad burguesa. Cuando las cosas habían madurado suficientemente no vacilaron en ayudar a dar existencia al Partido Laborista Independiente, en cooperar con (y en) el Comité de Representación del Trabajo (Labour Representation Committee) de 1900, en iniciar a las "trade-unions" en su carrera política, en configurar la orientación del Partido Progresista en el Consejo del Condado de Londres, en predicar primero el socialismo municipal y después el socialismo general, y, finalmente, las virtudes del sistema soviético.

Indudablemente, hay en todo esto un aspecto que podría ser fácil objeto de un comentario adverso. Pero, después de todo, si no lanzaron nunca una resonante declaración de guerra *more Marxiano* ni dijeron nunca a la burguesía exactamente lo que iban a hacer, tampoco salieron en su defensa. Otra crítica que podría dirigirse a los fabianos, desde el punto de vista opuesto, a saber: la de que su *modus procedendi* corría el peligro de estrellarse en las defensas exteriores del sistema capitalista y que no podría conducir a la gran batalla campal, no tiene en cuenta su actitud peculiar. En su nombre puede responderse que, si, *par l'impossible,* tuviese éxito su ataque al sistema capitalista en reformarlo suficientemente sin matarlo, ello sería, ciertamente, motivo de congratulación. Y en cuanto a la batalla campal ellos respondieron por adelantado, a sus críticos revolucionarios, adoptando, con acierto singular, el nombre del general romano que con toda su circunspección hizo más que cualquiera de sus impetuosos predecesores para arrojar a Aníbal de Italia.

Así, pues, aunque podría decirse con verdad que, tanto en la cuestión de la guerra de clases como en las demás el fabianismo es precisamente lo opuesto al marxismo, también podría sostenerse que los fabianos fueron, en cierto sentido, más marxistas que el mismo Marx. Centrarse en los problemas que están dentro de la esfera de la política práctica, marchar al ritmo de la evolución de las cuestiones sociales y dejar la última meta al cuidado de sí misma, está realmente más de acuerdo con la teoría fundamental de Marx que la ideología revolucionaria que él mismo injertó. No hacerse ilusiones acerca de una catástrofe inminente del capitalismo, percibir que la socialización es un proceso lento que tiende a transformar la actitud de *todas* las clases de la sociedad, significa, incluso, una superioridad en cuanto a la teoría fundamental.

II. Suecia, de una parte, y Rusia, de otra

Cada país tiene su socialismo peculiar. Pero las cosas no difieren grandemente del paradigma inglés en aquellos países continentales cuyas contribuciones al fondo de los valores culturales de la Humanidad son tan sorprendentemente desproporcionados con su tamaño, especialmente en los Países Bajos y los países escandinavos. Tomemos a Suecia, por ejemplo. Al igual que su arte, su ciencia, su política, sus instituciones sociales, y, más aún, su socialismo y sus socialistas deben su peculiaridad no a rasgos peculiares de principio o intención, sino a la materia de que está hecha la nación sueca y a su estructura social, excepcionalmente bien equilibrada. He ahí por qué es tan absurdo para

las demás naciones tratar de copiar los ejemplos suecos; el único medio efectivo de hacerlo sería importar los suecos y encomendar a ellos esta labor.

Siendo los suecos quienes son, y siendo como es su estructura social, no tendremos dificultad para comprender las dos características principales de su socialismo. El partido socialista, conducido casi siempre de una manera hábil y consciente, creció lentamente respondiendo a un proceso social muy normal, sin ninguna tentativa encaminada a empujarlo para hacerle adelantarse al desarrollo normal ni a polemizar por el solo hecho de polemizar. De ahí que su subida al poder político no produjese convulsiones. El cargo de responsabilidad llegó de una manera natural a sus dirigentes, quienes podían enfrentarse con los dirigentes de los demás partidos en términos de igualdad y con holgura en un terreno común; hasta el día de hoy, aunque se ha desarrollado, por supuesto, un grupo comunista, las diferencias en la política corriente se reducen a cuestiones tales como la de si deben gastarse unos pocos millones de coronas más o menos en algún propósito social aceptado por todos. Y, dentro del partido, los antagonismos entre los intelectuales y los obreros sólo son perceptibles al microscopio, precisamente porque, a causa del nivel de unos y otros, no hay ningún grave abismo cultural entre ellos, y porque, al producir el organismo social sueco una oferta relativamente menor de intelectuales susceptibles de sufrir paro que otros organismos sociales, los intelectuales amargados e irritados no son tan numerosos como en otras partes. Esto se califica a veces de "influencia enervante" ejercida por los sindicatos sobre el movimiento socialista en general y sobre el partido socialista en particular. Para los observadores, impregnados de la fraseología del radicalismo vulgar, puede parecer esto así. Pero esta diagnosis no hace justicia en absoluto al medio social y racial que ha producido no sólo los obreros, sino también los intelectuales, y que impide a ambos exaltar su socialismo a una religión. Aunque en las teorías de Marx podría encontrarse espacio para tales patrones no puede, por supuesto, esperarse que el marxista medio mire con condescendencia a un partido socialista del tipo del sueco, ni siquiera que admita que encarna un caso genuino de esfuerzo socialista. Los socialistas suecos, a su vez, estaban muy ligeramente teñidos de marxismo, si bien empleaban frecuentemente un lenguaje que se adecuaba a lo que entonces se consideraba etiqueta socialista, especialmente en sus relaciones internacionales con los demás grupos socialistas.

En el otro extremo de la escala, o sea, en Rusia, encontramos un socialismo casi puramente marxista y que disfrutaba por ello plenamente de aquel favor; pero no es menos fácil de comprender a causa de su medio. La Rusia zarista era un país agrario, en gran medida

de índole precapitalista. El proletariado industrial, hasta donde era accesible al socialista profesional, no constituía más que una pequeña parte de la población total de alrededor de 150 millones.[7] La burguesía comercial e industrial, correlativamente débil en número, no era mucho más eficiente que cualquiera otra, aunque la evolución capitalista, alentada por el gobierno, iba tomando incremento rápidamente. Inserta en esta estructura había una *inteligentsia,* cuyas ideas eran tan extrañas al terreno como los vestidos de París de las mujeres de la sociedad rusa.

Para muchos de los intelectuales la forma de gobierno entonces imperante —un monarca absoluto (autócrata) a la cabeza de una enorme burocracia aliada a la aristocracia de la tierra y a la Iglesia— era, por supuesto, una abominación. Y la opinión pública de todo el mundo ha aceptado su interpretación de la Historia. Aun los escritores más hostiles al régimen que siguió al de los zares se apresuran invariablemente a asegurar a sus lectores que están justamente horrorizados de la monstruosidad del zarismo. De este modo la verdad sencilla se ha perdido por completo en un laberinto de frases de hipocresía. De hecho, aquella forma de gobierno no era menos apropiada al sistema social que la había producido que la monarquía parlamentaria en Inglaterra y la república democrática en los Estados Unidos. La prestación de la burocracia, considerando las condiciones en que tenía que trabajar, estaba por encima de lo que al mundo se ha hecho creer; sus reformas sociales, agrarias y de otra índole, y sus pasos desacompasados hacia un tipo desleído de constitucionalismo, eran lo único que podía haberse esperado en aquellas circunstancias. Lo que chocó con el espíritu de la nación fue el radicalismo importado y el interés de grupo de los intelectuales, pero no la monarquía zarista, que, por el contrario, tenía un fuerte apoyo en la gran mayoría de todas las clases.

De aquí se siguen dos conclusiones que a primera vista parecen paradójicas, aunque ningún estudioso serio de historia las considerará así. De una parte, era imposible cualquier movimiento grande o súbito en la dirección deseada por aquellos abogados, médicos, profesores y funcionarios liberales que componían el partido Kadet (el partido de los demócratas constitucionales), no tanto porque su programa era inaceptable para la monarquía cuanto porque eran demasiado débiles. Admitirlos en el poder habría significado admitir un elemento que no contaba con más apoyo, sino con menos apoyo entre las masas, y que no contaba con más simpatías, sino con menos simpatías en los sentimientos e intereses de las masas que los grupos que dirigían

[7] En 1905 el empleo en las fábricas ascendía a millón y medio de obreros, aproximadamente.

el zarismo. No había lugar para un régimen burgués y mucho menos para un régimen socialista. Tampoco había ninguna analogía entre la situación de Francia en 1789 y la situación de Rusia de 1905. La estructura social que se desmoronó en Francia en 1789 estaba anticuada, cerraba el paso a casi todo lo que tenía alguna vitalidad en la nación y era incapaz de enfrentarse con los problemas fiscales, económicos y sociales del momento. Esto no era así en la Rusia de 1905. Había habido una pérdida de prestigio a causa de la derrota sufrida a manos del Japón y, por consecuencia, había descontento y desorden. Pero el Estado demostró estar a la altura de su cometido no sólo en suprimir el desorden, sino también en acometer los problemas que había detrás del mismo. En Francia, el resultado fue Robespierre; en Rusia, fue Stolypin. Esto no habría sido posible si se hubiese extinguido la vida del zarismo como se extinguió el *ancien régime* francés. No hay razón para suponer que, a no ser por la presión a que la Guerra Mundial sometió la estructura social, la monarquía rusa habría dejado de transformarse pacíficamente y con éxito bajo la influencia del desarrollo económico del país y en concordancia con él.[8]

[8] Este análisis plantea, por supuesto, cuestiones de gran interés relativas a la naturaleza de lo que habituamos a llamar necesidad histórica, de una parte, y al papel que desempeña en el proceso histórico la cualidad del caudillaje individual, de otra. Creo que sería difícil sostener que Rusia fue a la guerra por una necesidad inexorable. Los intereses en riesgo en la contienda servia no eran de importancia vital, por no decir más. La situación interna en 1914 no era tal que obligase a una política de agresión militar como un último resorte. Los primeros estimulaban, sin duda, a los nacionalistas; la segunda a algunos (no a todos) de los reaccionarios extremistas, y ambos, a una serie de individuos y de grupos con fines interesados. Una pequeña cantidad de prudencia y firmeza comunes en el último de los zares podía, indudablemente, haber evitado la participación en la guerra. Habría sido más difícil, pero no puede decirse imposible, evitar la catástrofe más adelante, cuando la situación se había aclarado y cuando, después de la batalla de Gorlice, había desaparecido toda esperanza de un éxito militar. Incluso después de la caída de la monarquía no es cierto en modo alguno que el gobierno de Kerensky no pudo haber salvado la situación economizando cuidadosamente sus recursos y rehusando someterse a la importunación de los aliados en vez de ordenar aquel último ataque desesperado. Pero la sociedad zarista antes de la sublevación burguesa, y la sociedad burguesa después de ella, contemplaban la suerte que se les aproximaba en un estado de parálisis tan inequívoco como difícil de explicar. Ahora bien: la existencia de una incompetencia colectiva en un campo y la energía en el otro no puede atribuirse, por supuesto, al azar. Pero en este caso la incompetencia del antiguo régimen significaba meramente que no estaba a la altura que requería una situación de completa desorganización, pero que podía, indudablemente, haberse evitado.

El lector no esperará, seguramente, que mi análisis del socialismo ruso y de sus condiciones ambientales esté de acuerdo con el de Trotsky *(Historia de la Revolución Rusa)*.

Lo único más importante es el hecho de que ambos análisis no difieren *toto coelo*, y que, en particular, Trotsky consideraba la cuestión de lo que habría sucedido si el momento revolucionario hubiese tropezado con un "zar diferente". Es cierto que Trotsky descarta la inferencia notoria que se deriva de las consideraciones de aquel orden. Pero reconoce que la doctrina marxista no nos obliga

Por otra parte, era precisamente a causa de la estabilidad fundamental de la estructura social por lo que los intelectuales, que no podían esperar preponderar por nada parecido a métodos normales, derivaban a un radicalismo desesperado y a rumbos de violencia criminal. Su radicalismo era de una especie cuya intensidad está en proporción inversa a sus posibilidades prácticas, o sea, el radicalismo de la impotencia. Los asesinatos podrían ser inútiles y no producir más resultado que la represión, pero no había mucho más que hacer. La brutalidad de los métodos de represión daba lugar, a su vez, a represalias, y así, al despliegue de aquella tragedia de crueldad y de crimen, incrementando incesantemente la una al otro, que es lo único que el mundo veía y sentía y que diagnosticaba como era de esperar.

Ahora bien: Marx no fue un *putschista*. Para algunos de los antiguos revolucionarios rusos, especialmente para los del tipo de Bakunin, albergaba tanto odio como es compatible con el desprecio. Además, debería haber visto —tal vez vio— que la estructura social y económica de Rusia no cumplía cada una de las condiciones que, con arreglo a su propia doctrina, son esenciales para el éxito e incluso para el surgimiento de su tipo de socialismo. Pero si, por razones lógicas, esto debería haber impedido a los intelectuales rusos abrazar su doctrina, comprenderemos fácilmente por qué alcanzó, por el contrario, un éxito tremendo con ellos. Ellos eran revolucionarios —más o menos en serio— y no estaban organizados. Había un evangelio revolucionario de fuerza insuperable. Las frases ardientes y la profecía milenaria de Marx eran exactamente lo que necesitaban para salir del lúgubre desierto del nihilismo. Además, esta mescolanza de teoría económica, filosofía e historia, se adaptaba a la perfección al gusto ruso. Es indiferente que el evangelio fuese completamente inaplicable a su caso y que no se ofreciese ninguna promesa para ellos. El creyente oye siempre lo que quiere oir, sin importarle lo que el profeta diga efectivamente. Cuanto más alejada estaba la situación real del estado de madurez que Marx vislumbraba, más dispuestos estaban los intelectuales rusos —no solamente los intelectuales socialistas declarados— a poner en él sus esperanzas para una solución de sus problemas.

De este modo ya en 1883 surgió un grupo marxista que en 1898 cristalizó en el Partido Socialdemócrata. Los dirigentes y, en un principio, los miembros, eran primordialmente intelectuales, por supuesto, aunque a la actividad organizadora subterránea entre las "masas" acompañó un éxito suficiente para hacer posible a los observadores simpatizantes hablar de una fusión de los grupos obreros bajo el caudillaje marxista. Esto explica la ausencia de muchas de las dificultades

a descuidar el elemento de la personalidad, si bien no parece admitir toda su importancia para una diagnosis de la revolución rusa.

encontradas por otros grupos marxistas en países con vigorosas uniones obreras. En todo caso, al principio, los obreros que ingresaban en la organización aceptaban el caudillaje de los intelectuales con la máxima docilidad y apenas pretendían decidir nada por sí mismos. En consecuencia, la evolución de la teoría y la acción tuvo lugar en la línea estrictamente marxista y en un elevado nivel. Naturalmente, esto atrajo las bendiciones de los defensores alemanes de la fe, que, al contemplar esta virtud apaciguadora, sentían, evidentemente, que tenía que haber algunas excepciones a la tesis marxista, según la cual el socialismo serio solamente puede brotar del capitalismo en plena madurez. Sin embargo, Plejanov, fundador del grupo de 1883 y figura rectora de las dos primeras décadas, cuyas expertas y doctas contribuciones a la teoría marxista causaban respeto universal, aceptaba realmente esta tesis y, por los tanto, no podía haber tenido esperanzas de una realización prematura del socialismo. Aunque conducía valientemente la buena lucha contra el reformismo y todas las demás herejías contemporáneas que amenazaban la pureza de la fe, aunque mantenía la fe en la meta y en el método revolucionario, este verdadero marxista tenía que haber sentido pronto recelos al surgir dentro del partido un grupo que parecía resuelto a la acción en el futuro inmediato, aunque simpatizara con él y con su caudillo, Lenin.

El inevitable conflicto que escindió al partido en bolcheviques y mencheviques (1903) significó algo más serio que un mero desacuerdo respecto a la táctica, como sugieren los nombres de los dos grupos. En aquel momento ningún observador, por experimentado que fuese, podría haber vislumbrado plenamente la naturaleza de la escisión. Ahora la diagnosis debe ser evidente. La fraseología marxista que conservaban ambos grupos oscurecía el hecho de que uno de ellos se había separado irrevocablemente del marxismo clásico.

Lenin no se hacía, evidentemente, ilusiones respecto a la situación rusa. Estaba convencido de que el régimen zarista solamente podría ser atacado con éxito cuando se debilitase temporalmente por una derrota militar y de que, en la desorganización subsiguiente, un grupo resuelto y bien organizado podría derribar, mediante un terror despiadado, cualquier otro régimen que pudiera intentar sustituirlo. Para esta contingencia, cuya probabilidad parecía haber vislumbrado con mayor claridad que los demás, había resuelto preparar el instrumento apropiado. Lenin prescindió de la ideología semiburguesa de los campesinos —quienes constituían, por supuesto, en Rusia, el problema social relevante—, y en mayor grado aún de las teorías acerca de la necesidad de esperar que los obreros se levantasen por su propia iniciativa para realizar la gran revolución. Lo que él necesitaba era un cuerpo de guardia de genízaros revolucionarios bien capacitados, sordos a

cualquier argumento que no fuese el suyo, libres de todo escrúpulo, impermeables a las voces de la razón o de humanidad. Con estas condiciones y calidades tal tropa solamente podría ser reclutada en el estrato intelectual y el mejor material disponible había que encontrarlo dentro del partido. Su intento de ganar el dominio sobre este último significaba, por tanto, un intento de destruir su misma alma. La mayoría y su dirigente, L. Martov, tienen que haberlo percibido. Martov no criticó a Marx ni propugnó ninguna nueva desviación. Opuso resistencia a Lenin en nombre de Marx y sostuvo la teoría marxista de un partido de la masa proletaria. La nota de novedad fue dada por Lenin.

Desde tiempo inmemorial los herejes han pretendido invariablemente que no iban a destruir cualquier evangelio que se encontrasen en posesión, sino, por el contrario, que trataban de restaurar su pureza prístina. Lenin, al adoptar la práctica que ha resultado enaltecida con el tiempo, exaltó y ultramarxistificó al mismo Marx en lugar de renunciar a su adhesión. A lo sumo, se limitó a marcar esa pauta que va implícita en la frase, que se hizo tan popular con Trostky y Stalin, del "marxismo en la época del imperialismo". Y el lector verá fácilmente que, hasta cierta línea crucial, no era difícil para Lenin adoptar tanto la forma como la sustancia del marxismo inadulterado. Pero no es menos fácil ver que desde esta plaza fuerte iba a ocupar una posición esencialmente no marxista. No simplemente era no marxista la idea de la socialización mediante un *pronunciamiento* en una situación históricamente inmadura; aún lo era mucho menos la idea de que la "emancipación" no había de ser, como la del dogma marxista, obra del proletariado mismo, sino de una banda de intelectuales capitaneando a la chusma.[9] Esto significaba algo más que un criterio distinto acerca de la práctica de agitación y de los compromisos, algo más que un desacuerdo sobre puntos secundarios de la teoría marxista. Esto significaba una desviación de su significado más íntimo.[10]

[9] De hecho, se estableció contacto con elementos criminales, si bien no por el mismo Lenin, sino por sus lugartenientes locales. Esto condujo a la actividad de los "ex" (grupos de choque empleados para las "expropiaciones" prácticas, es decir, para los desvalijamientos) tanto en la Rusia propiamente dicha como en Polonia. Esto era puro gansterismo, aunque los intelectuales occidentales se tragaron una "teoría" apologética del mismo.

[10] Para nuestro propósito no es necesario seguir comentando los detalles de una historia bien conocida. Bastarán las siguientes observaciones: Lenin no consiguió subyugar al Partido Socialista Ruso, cuyos dirigentes, por el contrario, se apartaban de él a medida que transcurría el tiempo; la dificultad de su situación, que surgía de su deseo de mantener algo parecido a un frente unido sin echar por la borda sus principios, queda bien ilustrada por las vacilaciones de Plejanov. Pero Lenin sí tuvo éxito en mantener su grupo unido, en reducirlo a obediencia y en ajustar su rumbo de acción a los problemas planteados por la sublevación de 1905 y sus secuelas, incluyendo la presencia de un elemento leninista en la Duma. Al mismo tiempo consiguió mantener contacto con la

III. LOS GRUPOS SOCIALISTAS DE LOS ESTADOS UNIDOS

En los Estados Unidos un sistema social totalmente diferente resultó tan desfavorable como el de Rusia para el desarrollo de un movimiento de masas genuinamente socialista. De esta forma los dos casos presentan semejanzas que no son menos interesantes que las diferencias. Si el mundo agrario de Rusia, a pesar de la veta de comunismo inherente a la estructura de la aldea rusa, era prácticamente impermeable a la influencia del socialismo moderno, el mundo agrario de los Estados Unidos proporcionaba una fuerza antisocialista capaz de deshacer la obra de cualesquiera actividades de orientación marxista lo bastante importantes para ser advertidas por ella. Si el sector industrial de Rusia no logró producir un partido importante de masas socialista, por ser demasiado tardía la evolución capitalista, el sector industrial de los Estados Unidos no lo produjo porque la evolución capitalista se precipitó a un paso demasiado vertiginoso.[11]

La divergencia más importante era la que existía entre los grupos de intelectuales respectivos; a diferencia de Rusia, los Estados Unidos no produjeron hasta el final del siglo XIX un plantel de intelectuales infraempleados y fracasados. El esquema de valores que surgió de la

Segunda Internacional y permanecer dentro de ella (véase más abajo), asistiendo a tres congresos de la misma y representando durante algún tiempo al partido ruso en su *bureau*. Esto apenas habría sido posible si sus opiniones y actividades hubiesen permitido impresionar a los representantes de las demás naciones como impresionaban a la mayoría de los socialistas rusos. Siendo tal como era ese organismo, y la opinión socialista occidental en general le consideraba simplemente como la figura sobresaliente del ala izquierda de la ortodoxia y le conllevaba a él y a su extremismo inflexible, administrándole en algunos aspectos y no tomándolo demasiado en serio en otros. Así, pues, en su esfera de política desempeñó un doble papel al que no le faltaba analogía con el doble papel del régimen zarista, cuya actitud internacional (tal como se mostraba con su defensa del arbitraje y la seguridad internacionales) difería también considerablemente de su actitud en el interior.

Ni estas realizaciones ni sus contribuciones al pensamiento socialista —la mayoría de ellas francamente mediocres (como, dicho sea de paso, fueron las de Trotsky)— le habrían asegurado un puesto en las filas socialistas. Su grandeza vino después del derrumbamiento de Rusia en la Guerra Mundial y fue el resultado tanto de una combinación única de circunstancias que hicieron adecuadas sus armas como de su suprema pericia para manejarlas. En este respecto, aunque no en otros, la ligereza del profesor Laski en la *Encyclopaedia of the Social Sciences* (artículo Uyanov) es completamente comprensible, ya que aquellos intelectuales *tenían* que postrarse, por supuesto, ante los ídolos de su tiempo.

[11] La existencia de la "frontera" reducía grandemente, por supuesto, las posibilidades de fricción. La importancia de este elemento, por grande que sea, es probable, sin embargo, que haya sido sobreestimada. Ese ritmo de la evolución industrial creaba incesantemente nuevas fronteras industriales, y este hecho era mucho más importante que la oportunidad de hacerse el equipaje y marcharse al Oeste.

labor nacional de desarrollar las posibilidades económicas del país atrajo a casi todos los cerebros a los negocios e imprimió la actitud del hombre de negocios en el alma de la nación. Fuera de Nueva York los intelectuales, en nuestro sentido, no eran bastante numerosos para contar. La mayoría de ellos, además, aceptaban este esquema de valores. Si no lo aceptaban, Main Street rehusaba escucharles e instintivamente los miraba con desagrado, y esto era mucho más eficaz para disciplinarlos que los métodos de la Policía política rusa. Casi todo lo que había de energía "revolucionaria" era absorbido por la hostilidad de la clase media hacia los ferrocarriles, los adelantos y las grandes empresas en general.

El obrero medio competente y respetable era un hombre de negocios y se sentía como tal. Se dedicaba con éxito a explotar sus propias oportunidades individuales, a progresar o, en todo caso, a vender su trabajo lo más ventajosamente posible. Comprendía y compartía en gran medida el modo de pensar de su patrono. Cuando encontraba útil aliarse con sus compañeros dentro de la misma empresa lo hacía con el mismo espíritu. Aproximadamente, desde la mitad del siglo XIX esta práctica fue tomando incesantemente la forma de comités de empleados, precursores de las uniones de empresa de la posguerra, que adquirieron su plena significación económica y cultural en las ciudades de empresa *(company towns)*.[12]

Más allá de esto era frecuentemente un buen negocio para el obrero combinarse en una escala nacional con los demás miembros de su oficio, a fin, además, de mejorar su posición de contratación tanto directamente frente a los patronos como indirectamente frente a los demás oficios. Este interés, que configuró a muchos sindicatos típicamente americanos, explica, en gran medida, la adopción del principio de oficio, que es mucho más eficaz que ningún otro principio para mantener alejados a posibles nuevos afiliados, y producía, en realidad, *cartels* de obreros. Como es natural, estos *cartels* mostraban la falta

[12] El sentido común de esta ordenación y su adaptabilidad particular a las condiciones americanas son tan notorios como el hecho de que era una espina clavada en la carne de las Trade-Unions y también de los intelectuales radicales de un tipo posterior. Las consignas de nuestros días (que recientemente han recibido sanción oficial) han estigmatizado así a las uniones de empresas como producto de un intento diabólico de los patronos para desbaratar los esfuerzos encaminados hacia la representación efectiva de los intereses de los obreros. Aunque esta opinión es perfectamente comprensible desde un punto de vista según el cual la organización militante del proletariado tiene el carácter de un axioma moral —y desde el punto de vista del Estado corporativo que se desarrolla ante nuestra vista—, vicia su interpretación histórica. El hecho de que los patronos dieran facilidades para este tipo de organización, tomasen a menudo la iniciativa y tratasen de influir sobre ella de forma que pudiesen medrar con la misma, no excluye ni refuta el otro hecho de que las uniones de empresa y sus precursores desempeñasen una función muy necesaria y que, en los casos normales, sirviesen perfectamente a los intereses de sus hombres.

de radicalismo que lamentaban y lamentan elocuentemente los socialistas y compañeros de creencias afines, tanto del país como extranjeros. A ellos no les importaba nada, a excepción de los tipos de salarios y jornadas de trabajo, y se hallaban dispuestos a estudiar los deseos del público o, incluso, de los patronos en todo lo demás, especialmente en su fraseología. Esto lo ilustra a la perfección el tipo y comportamiento de los dirigentes, tanto de los sindicatos singulares como de la Federación Americana del Trabajo, que encarnaba ese espíritu, así como también los intentos de la burocracia de los sindicatos de entrar con los fondos de los sindicatos en la esfera de la empresa industrial y financiera, por la que tenían toda su simpatía.[13]

Por supuesto, el hecho de que los credos y tópicos —las ideologías— fueran tan poco revolucionarios y tan contrarios a la lucha de clases tiene de por sí una importancia limitada. Los sindicalistas americanos no eran muy dados a teorizar. Si lo hubieran sido, podrían haber dado a su práctica una interpretación marxista. Sin embargo, sigue siendo verdad que, aparte del forcejeo en la contratación, no se consideraban al otro lado de la estacada en todas las cosas y que esa cooperación —que aquellos de nosotros a quienes no nos gusta llamaremos colusión— con los patronos estaba de acuerdo no sólo con sus principios, sino también con la lógica de su situación. Más allá de una estrecha categoría de cuestiones la acción política era no sólo innecesaria, sino que, incluso, carecía de sentido para ellos. Y para la influencia que podía ejercer el intelectual radical lo mismo podría haber tratado de convertir a la junta del ferrocarril de Pennsylvania.

Pero hay otro mundo dentro del mundo obrero americano. Al lado de los elementos de calidad superionormal la inmigración incluyó desde un principio algunos elementos por debajo del nivel normal que aumentaron después de la guerra civil tanto en cifras relativas como absolutas. Estas cifras fueron engrosadas por individuos que, aunque no eran infranormales en aptitud física o en inteligencia o en energía, no obstante gravitaban sobre aquel grupo a causa de desgracias pasadas o de la persistencia de la influencia del medio desfvorable del que

[13] La figura de Warren Sanford Stone, de la Botherhood of Locomotive Engineers, proporciona un ejemplo excelente (aunque tardío) del aspecto últimamente mencionado, así como de los demás. Otros ejemplos de la época de Samuel Gompers vendrán tan fácilmente a la imaginación del lector que no hay necesidad de mencionarlos. Pero lo anterior no debe ser interpretado en el sentido de que las Trade-Unions, con sus elevados derechos de entrada y sus largas listas de aspirantes, que resultan tan sorprendentemente extraños, es, o era, la única especie de asociación obrera en los Estados Unidos. Por el contrario, los inmigrantes importaron todas las variedades europeas e, independientemente de éstas, se desarrollaron formas similares a las que se encuentran en Europa allí donde las condiciones fueron favorables, esto es, especialmente en los lugares y ramas de la industria relativamente antiguos y consolidados.

habían surgido, o a causa, simplemente, de desasosiego, temperamento inadaptable o propensiones criminales. Todos estos tipos eran una presa fácil para la explotación, la cual era facilitada por la ausencia de vínculos morales, y algunos de ellos reaccionaban con un odio ciego e impulsivo que cristalizaba fácilmente en el crimen. En muchas comunidades industriales nuevas y rápidamente crecientes, donde se juntaban gentes de los más diversos orígenes e inclinaciones y el derecho y el orden tenían que ser mantenidos, si es que lo eran, mediante una acción que estaba ella misma fuera de la ley, la gente ruda se hizo todavía más ruda por el trato que recibía; se enfrentaba con los patronos y los agentes de los patronos, que todavía no tenían desarrollado un sentido de responsabilidad, y derivaban a menudo por rumbos brutales por miedo no sólo de su propiedad, sino también de su vida.

Había —el observador socialista se inclina a decirlo— guerra de clases en el sentido más literal, pues, para ilustrar el concepto marxista, se disparaban pistolas de verdad. En realidad, no había nada de eso. Es difícil imaginar ningún conglomerado de condiciones menos favorables al desarrollo del laborismo político o de un socialismo serio, y, mientras duraron aquellas condiciones, fue muy poco lo que apareció de uno y otro.

La historia de los Caballeros del Trabajo (Knights of Labor), la única organización realmente importante y de ámbito nacional de todos los obreros asalariados sin consideración a su habilidad o a su oficio —y, de hecho, de todos los que se preocupaban de asociarse—, abarca alrededor de un decenio de poder y actividad de importancia (1878-1889). En 1886 el número de afiliados de la Noble Order era casi 700,000. La parte de ellos que consistía en obreros industriales —casi todos no calificados— participaba enérgicamente en las huelgas o boycots que acompañaron a la depresión de aquella época o incluso las iniciaban. Un escrutinio de programas y de pronunciamientos revela una mescolanza, en cierto modo incoherente, de todas las clases de ideas socialistas, cooperativistas y, ocasionalmente, anarquistas, cuyo origen podemos descubrir, si queremos, en una variedad de fuentes, entre las cuales podemos señalar a Owen, los socialistas agrarios ingleses, Marx y los fabianos. El punto de vista político era muy evidente y lo mismo la idea de la planificación general y de la reconstrucción social. Pero esta precisión de aspiraciones que podemos descubrir se debe, realmente, a que las interpretamos retrospectivamente, desde el punto de vista de nuestro propio tiempo. En realidad, no había aspiraciones definidas, y lo que atraía a tanta gente, incluso a agricultores y profesionales, era, precisamente, el carácter comprensivo de la ideología de la buena vida (Uriah S. Stephens, el fundador, se había preparado para el ministerio) y de la Constitución Ameri-

cana. La Orden era así una especie de intercambio para los planes de toda especie de reformadores. En este respecto desempeñó realmente una función, la cual tenían presente sus dirigentes cuando subrayaban el aspecto educativo de sus actividades. Pero una organización formada de barros tan diferentes era constitucionalmente incapaz para la acción. Cuando se insistió en una declaración claramente socialista, quebró. Otros movimientos similares (Populistas, de Henry George y otros) tienen la misma moraleja.

La conclusión obvia es que en el medio americano de aquella época no había ni podía haber el material necesario o la fuerza propulsora necesaria para un movimiento de masas socialista. Esto puede comprobarse siguiendo el hilo que conduce de los Caballeros (Knights) a los Trabajadores Industriales del Mundo (Industrial Workers of the World). Este hilo está encarnado en la carrera de un intelectual marxista, Daniel de León, y, por tanto, debe tener para el creyente un peso específico considerable.[14] Fue bajo su mando cuando en 1893 se levantaron los socialistas, dentro de la Orden de los Caballeros, contra el antiguo dirigente Powderly, dando con ello como resultado un golpe de muerte a la organización. La idea era crear un instrumento para la acción política, más o menos en la línea marxista. Un partido proletario tenía que propugnar la guerra de clases, la revolución, la destrucción del Estado capitalista y todo lo demás. Pero ni el Partido Obrero Socialista (Socialist Labor Party) (1890) ni la Alianza Mercantil y Obrera Socialista (Socialist Trade and Labor Alliance) de De León (1895) tuvieron ninguna vida. No sólo era escasa la masa obrera que los seguían —esto no habría sido decisivo por sí sólo—, sino que ni siquiera se alcanzó un éxito de la especie del ruso, es decir, la conquista de un núcleo dominante de intelectuales. El Partido Socialista Obrero se escindió primero y después perdió casi todo el terreno que le quedaba en beneficio del nuevo Partido Socialista.

Este último no estuvo más cerca de constituir un triunfo ortodoxo que cualquier grupo en los Estados Unidos. Para comenzar, su origen fue ortodoxo. Surgió de las luchas obreras durante 1892-1894, cuando las huelgas se rompían por el empleo de la fuerza, prestando el gobierno federal y la judicatura un apoyo decidido a los patronos.[15]

[14] Tanto más cuanto que el mismo Lenin se apartó de sus maneras para prestar homenaje, completamente inusitado para él, a la obra y el pensamiento de De León.

[15] Hay que observar que esto se hacía en la época en que la mayoría de los gobiernos europeos estaban adoptando rápidamente otra actitud. Sin embargo, esto no significaba simplemente que hubiese un "retraso" en esta parte del Atlántico. Es cierto que el prestigio social y político del interés mercantil era en los Estados Unidos mucho mayor que en ninguna otra parte y que la democracia americana adoptó, en consecuencia, un punto de vista mucho más estrecho de los problemas obreros que, por ejemplo, el gobierno Junker, de Prusia. Pero puede reconocerse esto, e incluso juzgarse con arreglo a la pauta moral o humanitaria propia, y al mismo tiempo reconocer también que, en parte a causa del poco desarrollo de la administración pública, en parte a causa de la existencia de elementos con los que no habría funcionado ningún método más suave, y en parte debido a la determinación de la nación a presionar hacia adelante en el camino del desarrollo económico, los problemas se presentan bajo un aspecto diferente, y se habrían presentado así incluso a un organismo de gobierno completamente exento de anteojeras burguesas.

Esto convirtió a muchos hombres que habían sido anteriormente "conservadores" en unionistas sobre la base del oficio. En todo caso convirtió a Eugenio V. Debs, primero, al sindicalismo industrial, y después al principio de la acción política. En segundo lugar, la actitud adoptada por el Partido Socialista era ortodoxa. Trató de trabajar con los sindicatos y de "molestar desde dentro" de los mismos. Se dio una organización política regular. En principio era revolucionario en el mismo sentido que lo eran los grandes partidos socialistas de Europa. Sin embargo, la doctrina no era completamente ortodoxa. De hecho, no acentuaba los aspectos doctrinales en ninguna gran extensión —ni bajo Debs ni después— y permitió una considerable amplitud a las actividades doctrinales dentro de sus filas. Pero aunque nunca consiguió absorber los pequeños partidos obreros locales que se mantenían delante en la recluta por todo el país, se desenvolvió bastante bien hasta el período de la posguerra, en que se afirmó la competencia comunista. La mayoría de los socialistas creo que habrían convenido en llamarle el único partido socialista auténtico de los Estados Unidos. Su fuerza en el sufragio, aunque engrosaba, como la de la mayoría de los partidos socialistas por los simpatizantes no socialistas, sirve de pauta para medir el campo que había para un esfuerzo socialista serio.

Sin embargo, De Leon tuvo otra oportunidad. Procedía de la Federación de Mineros del Oeste (Western Federation of Miners) —y desapareció con ella—, cuyo radicalismo, independiente por completo de toda base doctrinal, no era sino el producto de la gente ruda que reaccionaba en un medio rudo. Este sindicato proporcionó la piedra angular del edificio de la I. W. W. (1905). De Leon y sus asociados recogieron los restos de su naufragio y del de otras organizaciones desafortunadas, así como las astillas, en su mayoría de dudoso carácter —intelectual o proletario, o ambas cosas— de aquí y allá. Pero el caudillaje —y, en consecuencia, la fraseología— era vigoroso. Además de De Leon estaban Haywood, Trautmann, Foster y otros.

La táctica del golpe, que no conocía impedimentos, y el espíritu de la guerra inflexible explican una serie de éxitos aislados, y la ausencia de todo lo que no fueran frases y tácticas del golpe explica el fracaso final, que fue acelerado por las reyertas con los comunistas y por las defecciones hacia los mismos, así como por incesantes disensiones internas. Pero no necesito volver a contar una historia que

se ha contado tan a menudo desde todos los puntos de vista concebibles. Lo que nos importa es esto. La organización ha sido llamada sindicalista —incluso anarquista— y en adelante le fueron aplicadas las leyes penales contra el sindicalismo en varios Estados. El principio de la acción "directa" inmediata y la concesión doctrinal a la Federación de Mineros del Oeste, que asignaba a las uniones industriales un papel básico en la construcción de la sociedad socialista —contribución de De Leon al marxismo clásico o desviación del mismo—, sugieren indudablemente lo que era. Pero parece mas correcto hablar de la introducción de elementos sindicalistas en lo que sustancialmente era y seguía siendo un retoño del tallo marxista que basar la diagnosis enteramente en esos elementos.

Así, pues, ese gran sociólogo que es el hombre de la calle ha tenido razón una vez más. Decía que el socialismo y los socialistas eran extraamericanos. Si he captado el significado de esto quiere decir con mucho lo que de una manera menos sucinta he estado tratando de expresar. El desarrollo americano ha pasado prácticamente por alto la fase de socialismo que presenció la carrera del marxismo puro y de la Segunda Internacional. Sus problemas esenciales apenas fueron comprendidos. Las actitudes apropiadas hacia ellos existían tan sólo como importaciones esporádicas. Los problemas y las actitudes americanas tomaban prestados ocasionalmente estos artículos importados. Pero eso era todo. Y los acontecimientos de la fase siguiente rebotaron en unos intelectuales y en un proletariado que no había ido a la escuela marxista.

IV. El caso francés. Análisis del sindicalismo

Lo que es realmente el sindicalismo lo veremos mejor en el cuadro francés.[16] Antes de verlo haremos observar brevemente unas pocas cosas acerca del socialismo francés en general.

En primer lugar, su historia ideológica se remonta a más atrás y es tal vez más distinguida que la de cualquier otro. Pero ninguna variedad singular del mismo ha cristalizado nunca de una manera tan completa y ha impuesto una sumisión tan amplia como el socialismo del tipo fabiano, por ejemplo, de una parte, y del tipo marxista, de la otra. El socialismo fabiano necesitaba de la sociedad política inglesa y en Francia no se ha desarrollado nada parecido, ya que lo impidieron la gran revolución y el fracaso subsiguiente para fusionarse con los elementos aristocráticos y burgueses. El socialismo marxista requiere un movimiento obrero extenso y unificado, o, en cuanto credo revitalizador para los intelectuales, requiere tradiciones culturales totalmente incompatibles con la *limpidité* francesa. Pero todos los demás credos socialistas que han surgido hasta aquí atraen solamente mentalidades y situaciones sociales particulares y son sectarios por naturaleza.

[16] El sindicalismo italiano y español servirían casi lo mismo de bien. Únicamente que, en proporción al número de iletrados, el elemento anarquista es tan numeroso en estos países que desdibuja lo que yo creo que son los verdaderos rasgos del sindicalismo. Este elemento tiene su lugar. Pero no debe ser realzado con exceso.

En segundo lugar, Francia era típicamente el país del aldeano, del artesano, del empleado y del pequeño *rentier*. La evolución capitalista procedió a pasos mesurados y la industria en gran escala fue confinada a unos pocos centros. Cualesquiera que fuesen las disputas que dividían a estas clases eran al principio económicamente conservadoras —en ninguna otra parte se apoyó el conservadurismo en una base tan amplia—, y más tarde prestaron un apoyo creciente a grupos que propugnaban una reforma de la clase media, entre ellos a los *radicaux-socialistes,* partido que como mejor puede describirse es diciendo que no era ni radical ni socialista. Muchos obreros eran del mismo tipo ideológico y de la misma mentalidad. Muchos profesionales e intelectuales se adaptaban al mismo, lo cual explica el hecho de que la superproducción y el subempleo de los intelectuales, aunque existiese, no se afirmaba como sería de esperar en otro caso. Había inquietud. Pero entre los descontentos, los católicos, que desaprobaban las tendencias anticlericales a que dieron lugar diversas circunstancias en la Tercera República, eran más importantes que las personas que estaban a disgusto con el orden de cosas capitalista. Fue de los primeros y no de los segundos de donde surgió el peligro real para la república burguesa en la época del *affaire Dreyfus.*

En tercer lugar, se sigue que, de nuevo por razones diferentes, no había mucho más espacio para un socialismo serio en Francia del que había en Rusia o los Estados Unidos. De ahí que tuviera una variedad de socialismos y cuasisocialismos que no eran serios. El partido blanquista, cuya esperanza la constituía la acción de "unos pocos hombres resueltos", puede servir de ejemplo: una pequeña banda de intelectuales, con una inclinación por la conspiración, y los revolucionarios profesionales, junto con la chusma de París y dos o tres grandes ciudades, era todo lo que llegó a entrar dentro del horizonte de grupos como ése. Al final, sin embargo, fue fundado un *parti ouvrier* marxista por Guesde y Lafargue, con un programa de lucha de clases (1883) que había recibido la sanción del mismo Marx. Desarrolló una línea ortodoxa, combatiendo el putschismo del tipo de Hervé y el anarquismo, en un frente, y el reformismo de Jaurès, en el otro, lo mismo que hizo su contrapartida alemana. Pero no adquirió nunca

una importancia semejante y no significó nunca tanto ni para las masas ni para los intelectuales, a pesar de la fusión de los grupos socialistas en la *chambre*, que se realizó en 1893 (48 asientos en comparación con los 300 ocupados por los republicanos gubernamentales) y que, al final, condujo a la formación del Partido Socialista Unificado (1905).

En cuarto lugar, recogeré simplemente el hecho, sin intentar penetrar más allá de él, de que el sistema social contemplado anteriormente impidió el surgimiento de partidos grandes y disciplinados del tipo inglés. En lugar de ello, como todo el mundo sabe, la política parlamentaria se convirtió en un *cotillón* de grupos pequeños e inestables que se combinaban y se disolvían respondiendo a situaciones momentáneas y a intereses e intrigas individuales, poniendo y derribando gabinetes según los principios de un juego de palabras, como he apuntado antes. Una de las consecuencias de esto era la ineficacia gubernamental. Otra era que el cargo del gabinete quedó dentro del alcance de la vista de los grupos socialistas y cuasi socialistas antes que en los países cuyos partidos socialistas eran mucho más poderosos, pero cuya política discurría con arreglo a métodos en cierto modo más racionales. Hasta la emergencia nacional de 1914 Guesde y su grupo resultaron impenetrables a la tentación y rechazaron firmemente la cooperación con los partidos burgueses con el mejor estilo ortodoxo. Pero el grupo reformista, que se amoldaba bien al radicalismo burgués y cuyos principios —reforma sin revolución— no condenaban tal cooperación, no tenía en realidad ninguna razón para hacer otro tanto. Jaurès, por consiguiente, no sintió remordimiento en el tiempo de la crisis de Dreyfus (1898) al prestar apoyo a un gobierno burgués para defender la República. Así, un antiguo problema de principio y táctica socialista, que no era en modo alguno problema en Inglaterra o Suecia, pero sí un problema fundamental en cualquiera otra parte, irrumpió súbitamente en el mundo socialista en una forma más práctica. Adquirió su estímulo particular por una circunstancia adicional: apoyar un gobierno burgués era una cosa, aunque bastante mala desde el punto de vista de una ortodoxia rígida; pero compartir sus responsabilidades, ingresando efectivamente en él, era otra cosa completamente distinta. M. Millerand hizo precisamente esto. En 1899 entró en el gabinete Waldeck-Rousseau, juntamente con M. de Galliffet, un general conservador que era más conocido por el público por su vigorosa participación en la represión de la Commune de París en 1871.

Dos patriotas que sacrificaban sus criterios personales a fin de reunir fuerzas en un caso urgente de necesidad nacional; ¿qué era eso? Esto, supongo, expresará la reacción de la mayoría de mis lectores. Apenas necesito asegurarles que, personalmente, no tengo ningún deseo de sostener que los dos caballeros se deshonraron. Además, puede muy bien preguntarse si aun entonces M. Millerand debería haber sido llamado socialista en absoluto.[17] Finalmente, la clase obrera francesa tiene toda la razón al recordar con gratitud lo que hizo por ella, legislativa y administrativamente, mientras estuvo en el gabinete.

Al mismo tiempo hemos de tratar de comprender cómo el "millerandismo" estaba destinado a chocar con los guesdistas en Francia y con los socialistas ortodoxos de toda Europa. Para ellos significaba caída y pecado, traición a la meta, corrupción de la fe. Esto era muy natural y también lo fue el anatema lanzado sobre el mismo por el congreso internacional de Amsterdam (1904). Pero más allá y detrás del anatema doctrinal había un fragmento de sencillo sentido común. Si el proletariado no tenía que prestar su espalda a los políticos ambiciosos a fin de que la utilizasen para encaramarse al poder, toda desviación de la práctica aprobada tenía que ser vigilada con el mayor recelo. El ardid de hablar de emergencias nacionales siempre que acomoda a los que hacen carrera política para hacerse con el poder —después de todo, ¿ha habido alguna vez una situación en que los políticos *no* consideren una emergencia?— era demasiado conocido y estaba demasiado desacreditado para impresionar a nadie, especialmente al proletariado francés, que había aprendido a valorar las frases políticas en su verdadero valor. Había el peligro de que las masas pudieran apartarse con desprecio del socialismo político.[18]

De hecho, había algo más que un mero peligro. Se estaban desviando efectivamente de él. Al contemplar toda la nación, como contemplaba, el triste espectáculo de la ineficacia política, de la incompetencia y frivolidad, que eran producto del sistema sociológico imperfectamente bosquejado más arriba, no ponía ninguna confianza en el Estado, ni en el mundo político, ni en los escribas, y no sentía respeto por ninguno de ellos ni, en realidad, por nada ni por nadie, a excepción de la memoria de algunas grandes figuras del pasado. Parte del proletariado industrial había conservado su fe católica. El

[17] Es verdad que se había elevado a un lugar destacado entre los "izquierdistas" defendiendo a los dirigentes de huelgas, y cuando entró en el gabinete Waldeck-Rousseau era la figura principal de los sesenta miembros de la que se llamaba "izquierda socialista". Sin embargo, no había hecho nada que no pudiera haber hecho igualmente un radical burgués. Su actitud posterior como ministro de Obras Públicas (1909) y como ministro de la Guerra (1912) no significó, por tanto, una ruptura tan grande como creen sus enemigos. Su alianza subsiguiente con el *bloc national* y su conflicto con el *cartel des gauches* durante su desempeño del cargo de presidente después de 1920 fueron cuestiones diferentes, si bien admiten también justificaciones plausibles.

[18] Los socialistas italianos declinaron, efectivamente, la invitación de unirse al gabinete que les fue hecha tres veces por Giolitti (1903, 1906 y 1911).

resto era indiferente. Y, para aquellos que habían superado sus inclinaciones burguesas, el sindicalismo era mucho más atractivo que cualquiera de las especies a su alcance de socialismo directo, cuyos defensores prometían reproducir, en menor escala, el juego de los partidos burgueses. La tradición revolucionaria de tipo francés, de la que el sindicalismo fue el principal heredero, contribuía grandemente, por supuesto.

Pues el sindicalismo no es meramente un trade unionismo revolucionario. Este puede significar muchas cosas que tienen poco que ver con él. El sindicalismo es apolítico y antipolítico en el sentido de que desprecia la acción en o a través de los órganos de la política tradicional en general y de los parlamentos en particular. Es antiintelectual, tanto en el sentido de que desprecia los programas constructivos que se apoyan en teorías como en el sentido de que desprecia el caudillaje del intelectual. Apela *realmente* a los instintos del obrero —y no, como el marxismo, a la idea del intelectual de lo que deberían ser los instintos del obrero—, prometiéndole lo que él puede comprender, a saber: la conquista del taller en que trabaja, conquista por la violencia física, en última instancia, mediante la huelga general.

Ahora bien: al contrario que el marxismo o el fabianismo, al sindicalismo no puede adherirse nadie sobre quien haya quedado impresa alguna huella de capacitación económica o sociológica. Carece, en efecto, de una fundamentación racional. Los autores que, basándose en la hipótesis de que todo tiene que ser sometido a racionalización, tratan de construir una teoría para el mismo, lo mutilan inevitablemente. Algunos lo han vinculado al anarquismo que, en tanto que filosofía social, es completamente extraño a él en raíces, aspiraciones e ideología, por muy semejante que pueda parecernos el comportamiento de la clase obrera prosélita de Bakunin (1872-1876). Otros han intentado subsumirlo en el marxismo como un cosa especial del mismo caracterizado por una orientación táctica especial, lo cual implica descartar todo lo que hay de más esencial en ambos. Otros, todavía, han construido una nueva especie socialista que habría de funcionar conforme a la idea platónica del mismo —socialismo guildista—; pero, al hacerlo así, tenían que encomendar el movimiento a un esquema determinado de valores últimos, cuya ausencia es uno de los rasgos salientes del sindicalismo. Los hombres que organizaron y dirigieron la *Confédération Générale du Travail* durante su etapa sindicalista (1895-1914) eran en su mayoría proletarios auténticos, o funcionarios de sindicatos, o ambas cosas. Estaban saturados de resentimiento y de ganas de luchar. No les inquietaba lo que habrían de hacer con los restos del naufragio, en caso de éxito. ¿No es esto bastante? ¿Por qué hemos de negarnos a reconocer la verdad que la vida nos enseña cada día, esto es, la de que hay una cosa como la combatividad en abstracto que no necesita ni presta atención a ningún argumento y no se ocupa más que de la victoria en cuanto tal?

Pero ningún intelectual puede llenar el vacío que hay detrás de esa violencia brutal de una forma que se acomode a su gusto. Y la violencia misma, combinada con el antiintelectualismo y el sesgo antidemocrático, adquiere una connotación significativa si se contempla en el cuadro de una civilización desintegradora que tanta gente odia por toda clase de razones. Aquellos que albergaban estos sentimientos, pero no odiaban tanto el sistema económico de la sociedad capitalista como su racionalismo democrático, no estaban libres de recaer en un socialismo ortodoxo, que promete más racionalismo todavía. El antiintelectualismo sindicalista del puño puede muy bien haber apelado a su antiintelectualismo intelectual —ya sea nietzscheano o bergsoniano— puede muy bien haberse recurrido al antiintelectualismo sindicalista del puño como implemento —en el mundo de las masas— de su propio credo. De esta forma se vino efectivamente a establecer una alianza muy extraña y el sindicalismo encontró, al fin, su filósofo en Georges Sorel.

Por supuesto, todos los movimientos e ideologías revolucionarios que coexisten en cualquier tiempo tienen siempre mucho de común. Son producto del mismo proceso social y en muchos aspectos tienen que reaccionar de maneras semejantes frente a necesidades semejantes. Tampoco pueden evitar tomar algo unos de otros y salpicarse recíprocamente con sus colores en sus mismas disputas. Finalmente, tanto los individuos como los grupos ignoran, con frecuencia, adónde pertenecen, si es que pertenecen a algún sitio, y a veces por ignorancia y otras veces por una percepción correcta de una ventaja mezclan principios contradictorios en credos mezclados con el suyo propio. Todo esto confunde a los observadores y explica la extensa variedad de interpretaciones que se dan corrientemente. Es especialmente confuso el caso del sindicalismo, que floreció solamente un corto tiempo, y del que pronto desertaron sus expositores intelectuales. No obsante, por bien que apreciemos lo que el sindicalismo significaba para Sorel y lo que Sorel significaba para el sindicalismo, sus *Réfléxions sur la Violence* y sus *Illusions du Progrès* nos ayudan en esta diagnosis. Que su teoría económica y su sociología diferían por completo de las de Marx puede no significar mucho por sí solo. Pero, al plantearse como lo hace en medio del torrente antiintelectualista, la filosofía social de Sorel vierte un chorro de luz sobre la primera manifestación práctica de una fuerza social que era y es revolucionaria en un sentido en que Marx no lo era.

V. El partido y el revisionismo alemanes. Los socialistas austríacos

¿Por qué no prevalecieron en Alemania las tácticas y los métodos ingleses? ¿Por qué aquel éxito marxista que acentuó los antagonismos y dividió a la nación en dos campos hostiles? Esto sería fácil de comprender si no hubiese habido grupos extrasocialistas que trabajasen para la reconstrucción social o si el estrato dominante hubiese hecho oídos sordos a sus propuestas. Esto se convierte en un enigma tan pronto como comprobamos que la autoridad pública alemana era no ya menos, sino más asequible a las exigencias sociales de la época que la sociedad política inglesa, y que se efectuaba la misma obra de los fabianos de una forma más eficaz que en Inglaterra por un grupo muy semejante al inglés.

Alemania no estaba a la zaga en materias de "política social", sino que, hasta la aprobación de la legislación de seguridad inglesa, asociada ante todo al nombre de Lloyd George, estuvo a la cabeza en dicha política. Y lo que llevó a la legislación positiva aquellas medidas de mejoramiento fue la iniciativa del gobierno y no la presión de abajo, que se afirmaba por luchas exasperantes. Bismarck inició la legislación de seguros sociales. Los hombres que la desarrollaron y añadieron otras partidas de mejoramiento social fueron funcionarios civiles conservadores (Von Berlepsch, Conde Posadowsky), en cumplimiento de las instrucciones de Guillermo II. Las instituciones creadas fueron realizaciones verdaderamente admirables y así se consideraron en todo el mundo. Simultáneamente, se desencadenó una actividad trade-unionista y tuvo lugar un cambio significativo en la actitud de la autoridad pública hacia las huelgas.

El ropaje monárquico bajo el que todo esto aparecía constituye, sin duda, una diferencia frente al procedimiento inglés. Pero esta diferencia hizo mayor el éxito. La monarquía, después de haberse entregado durante algún tiempo al liberalismo económico ("Manchesterismo", como lo llamaban los críticos), volvió simplemente a su antigua tradición haciendo —*mutatis mutandi*— por los obreros lo que había hecho anteriormente por los campesinos. La administración civil, mucho más desarrollada y mucho más poderosa que en Inglaterra, suministró una maquinaria administrativa excelente, así como las ideas y la pericia delineadora para la legislación. Y esta administración civil era, cuando menos, tan asequible a las propuestas de reforma social como la inglesa. Compuesta, en gran parte, de Junkers sin fortuna —muchos de los cuales no tenían otros medios de subsistencia que sus sueldos verdaderamente espartanos—, consagrada por completo a su deber, bien educada e informada, elevadamente crítica en cuanto a la burguesía capitalista, emprendió esta labor como un pez que se echa en el agua.

Las ideas y las propuestas le venían normalmente a la burocracia de sus profesores en las universidades, esto es, de los "socialistas de cátedra". Sea lo que fuere lo que pensemos de las realizaciones científicas de los profesores que se organizaron en la *Verein für Sozialpolitik,*[19] y cuya labor carecía, a menudo, de refinamiento científico, estaban encendidos por un ardor auténtico por la reforma social y tuvieron un éxito completo en su difusión. Se enfrentaron resueltamente con el descontento burgués no solamente al idear medidas singulares de reforma práctica, sino también al proclamar el espíritu de la reforma. Lo mismo que los fabianos, estaban ante todo interesados por la labor que tenían entre manos y despreciaban la guerra de clases y la revolución. Pero así como los fabianos sabían adónde iban ellos también lo sabían y no creían que el socialismo apareciese al final de su camino. Por supuesto, el socialismo de Estado que ellos consideraban era nacional y conservador. Pero no era ni una superchería ni una utopía.

El mundo, en general, no ha comprendido nunca este sistema social y la naturaleza de la monarquía constitucional que produjo. En todo caso ha olvidado lo que en otro tiempo hubiese sabido. Pero en cuanto vislumbramos la verdad encontramos todavía más difícil de comprender cómo en aquel medio no plutocrático fue posible el desarrollo del mayor de todos los partidos socialistas con un programa puramente marxista y con una fraseología marxista de insuperada virulencia que pretendía combatir la cruel explotación, así como a un Estado que era esclavo de los conductores de esclavos. Con toda seguridad esto no puede explicarse por la "lógica de la situación social objetiva".

Ahora bien: supongo que tenemos que reconocer una vez más que a corto plazo —y cuarenta años es corto espacio en tales cuestiones— los métodos y errores, la *manque de savoir faire* individual y de grupo, pueden explicar mucho más que esa lógica. Todo lo demás que pudiera señalar es notoriamente insuficiente. Había, por supuesto, la lucha por la extensión de los derechos políticos en las legislaturas de los Estados singulares. Pero gran parte de lo que más importaba a las masas industriales estaba dentro de la competencia del parla-

[19] Deseo verdaderamente inducir cuanto pueda al lector a repasar la historia breve de aquella organización única, tan característica de lo que era en realidad la Alemania imperial, aunque no se ha traducido, probablemente, ni lo será nunca. Su autor fue durante decenios secretario de la *Verein* y su historia es tanto más impresionante cuanto que no es pretenciosa. (Franz Boese: *Geschichte des Vereins für Sozialpolitik*. Berlín, 1939.)

mento imperial (Reischtag) y para él había introducido Bismarck desde un principio el sufragio masculino universal. Más importante era la protección a la agricultura, el pan de cada día. Sin duda esto contribuyó mucho a envenenar la atmósfera, especialmente porque sus beneficiarios principales eran los grandes y medianos terratenientes de la Prusia Oriental y no los campesinos. Sin embargo, por lo que se refiere a la presión efectiva a que dio lugar; hay el hecho concluyente de que alrededor de 1900 cesa prácticamente la emigración. No; la explicación no puede estar por ese camino.

¡Pero qué *manque de savoir faire* más alemana! Podemos aclarar más las cosas mediante la manifiesta analogía con el comportamiento de Alemania en cuestión de relaciones internacionales. Antes de 1914 las ambiciones coloniales y otras ambiciones exteriores de Alemania eran notoriamente modestas (a esta distancia del tiempo parece justo decirlo así), especialmente si las comparamos con los móviles claros y efectivos por los que Inglaterra y Francia aumentaron en aquella época sus imperios. Nada de lo que Alemania hiciese efectivamente o indicase su intención de hacer puede ser comparado con la guerra de Tel-El-Kebir o con la guerra boer, o con la conquista de Túnez o de la Indochina francesa, por ejemplo. Lo menos modesto de todo y lo más agresivo, sin embargo, era el hablar a que se entregaban los alemanes y lo insoportablemente ofensivo era la actitud de fanfarronería con que se presentaban, incluso las más razonables pretensiones. Peor aún: no se estableció nunca una línea de conducta; las acometidas precipitadas hacia adelante, en direcciones siempre cambiantes, alternaban con retraimientos jactanciosos, propiciaciones faltas de dignidad con repulsas inmerecidas, hasta que todos los factores que forman la opinión mundial estuvieron hastiados y desazonados.[20] Las cosas no eran de otra forma en los negocios interiores.

El error fatal fue realmente de Bismarck. Consistió en el intento (explicable solamente sobre la hipótesis de que tenía un concepto completamente equivocado de la naturaleza del problema) de suprimir las actividades socialistas mediante la coerción, que culminó en la

[20] Quiero dejar completamente claro que con lo que digo más arriba no intento atribuir esta política, totalmente o de una manera primordial, a Guillermo II. Este no fue un gobernante insignificante. Además, tenía pleno derecho al comentario que hizo de él el Príncipe Bülow en la defensa más inusitada que se haya hecho jamás de un monarca en un parlamento: "Decid lo que queráis, no es un filisteo". Se riñó con el único hombre que podía haberle enseñado la técnica de su oficio; los críticos de su conducta respecto de Bismarck no deberían olvidar que la desavenencia fue principalmente por la persecución de los socialistas, que el emperador quería suspender, y por la implantación de un gran programa de legislación social. Si se prescinde del discurso y se trata simplemente de reconstruir sus intenciones siguiendo los actos del emperador año tras año, no puede dejar de llegarse a la conclusión de que estaba acertado a menudo en sus opiniones acerca de las grandes cuestiones de su tiempo.

aprobación de una ley especial *(Sozialistengesetz)* que efectuó en 1878 y que permaneció en vigor hasta 1890 (cuando Guillermo II insistió en su derogación), es decir, el tiempo suficiente para educar al partido y para someterlo durante el resto del período de la preguerra al caudillaje de hombres que habían conocido la prisión y el exilio y habían adquirido en gran medida la mentalidad del preso y del exiliado. Por una desafortunada combinación de circunstancias sucedió que esto vició todo el curso de los acontecimientos siguientes. Pues lo único que aquellos hombres con mentalidad de exiliados no podían tolerar era el militarismo y la ideología de la gloria militar. Lo único que la monarquía —por otro lado con simpatías hacia una gran parte de lo que los socialistas razonables consideraban como aspiraciones prácticas inmediatas— no podía tolerar eran las burlas al ejército y a las glorias de 1870. Más que ninguna otra cosa esto era para ambos lo que definía al enemigo como distinto del mero adversario. Añádase la fraseología marxista —por muy académica que fuese— a las convenciones del partido, de una parte, y la susodicha jactancia, de la otra, y se tendrá el cuadro. Por abundante y fecunda que fuese la legislación social, y por tolerante que fuese el comportamiento, nada de esto sirvió frente a los *nom possumus* recíprocos, esa barrera de cartón a través de la cual se injuriaban recíprocamente las dos huestes, se ponían las caras más terribles, se devoraban una a otra en principio; todo ello sin significar, en realidad, ningún serio peligro.

De este estado de cosas surgió una situación que tenía, sin duda, sus peligros —un poder grande sin responsabilidad es siempre peligroso—, pero no era en modo alguno tan perturbadora como pudiera parecer. Los gobiernos federal y de los Estados —o los funcionarios civiles antiguos ascendidos al rango ministerial que formaban aquellos gobiernos— se cuidaban ante todo de la administración eficiente y honesta, de la legislación y de los presupuestos del ejército y de la marina. Ninguna de estas materias quedaba seriamente comprometida por los votos adversos de los socialistas, y, en particular, la aprobación de los presupuestos del ejército y de la marina estaba asegurada casi siempre por el apoyo de una gran mayoría de la población civil. El partido socialdemócrata, a su vez, bien organizado y brillantemente dirigido por August Bebel, estaba absorto en la consolidación y expansión de su voto, que, efectivamente, aumentaba a saltos y brincos. Esta labor no estaba seriamente interferida por los gobiernos, observando la burocracia escrupulosamente la letra de la ley, que daba toda la libertad de acción realmente necesaria para la actividad partidista.[21] Y tanto la dirección de la burocracia como la del

[21] Sin duda, no faltaban los engorros administrativos, y los socialistas ha-

partido tenían razón al estarse agradecidas recíprocamente, especialmente mientras Bülow tuvo el poder, por proporcionar salidas para el exceso de capacidad oratoria de las que una y otra estaban necesitadas.

Así, el partido no sólo se desarrolló satisfactoriamente, sino que también se asentó. Se desarrolló una burocracia de partido, una prensa de partido, un estado mayor de estadistas experimentados, adecuadamente financiado todo, por lo general, seguro en sus posiciones y, en su conjunto, altamente respetable en todos los sentidos de la palabra, incluso en el sentido burgués. Se formó un núcleo de miembros de la clase obrera para quienes el pertenecer al partido no era ya una cuestión de elección, sino una cosa obligada. Cada vez era mayor el número educado en la aceptación incuestionable de su caudillaje y su catecismo, que significaba, por consiguiente, para algunos de ellos tanto o más que el catecismo religioso para el hombre o mujer medios de hoy. Todo esto estaba grandemente facilitado por la incapacidad de los partidos no socialistas para compartir eficazmente por el voto obrero. Había, sin embargo, una excepción a esta regla. El partido centrista (católico), de una parte, disponía de todo el talento necesario, porque tenía el apoyo de un clero de calidad excepcionalmente elevada, y de otra parte, estaba preparado para luchar por el voto de los obreros, llegando en la dirección de la reforma social hasta donde se sentía capaz de llegar sin provocar a su ala derecha y basándose en las doctrinas de las encíclicas *Inmortale Dei* (1885) y *Rerum Novarum* (1891).[22] Pero todos los demás partidos, aunque, por diferentes razones y distintos grados, se mantenían en un estado de desconfianza, si no de hostilidad, con el proletariado industrial, y nunca consiguieron, cuantas veces lo intentaron, adjudicarse un número importante de votos obreros. Estos, a menos que fuesen católicos activos, apenas tenían, por consiguiente, otro partido a que volverse, a no ser el partido socialdemócrata. Por increíble que parezca tal ineptitud a la luz de la experiencia inglesa y americana, es, sin embargo, un hecho que se permitió al ejército socialista, en medio

cían, por supuesto, todo lo posible para suprimir lo engorroso por todos los medios. Pero esto no llegó a tener un gran alcance, como, en realidad, prueba cumplidamente la historia de la actividad socialista desde 1890 hasta la primera Guerra Mundial. Además, las vejaciones de esta especie tienen realmente el carácter de un servicio al partido "perseguido".

[22] Observemos de pasada un fenómeno interesante (casi americano): tenemos aquí un partido político que comprende dentro de sí casi todos los matices de opinión sobre las cuestiones económicas y sociales que es posible tener, desde el conservadurismo más violento hasta el socialismo radical, no obstante lo cual era una organización política poderosísima. Hombres de los más diferentes tipos, orígenes y deseos, demócratas extremos y autoritarios extremos, cooperaron, con una placidez que podía haber despertado la envidia de los marxistas, únicamente por el vigor de su sumisión a la Iglesia Católica.

de todo el clamor acerca de los horribles peligros que amenazaban de su lado, penetrar en territorio desguarnecido políticamente.

Ahora estamos en situación de comprender lo que parece tan incomprensible, esto es, por qué los socialistas alemanes se adhirieron tan tenazmente al credo marxista. Pues un partido poderoso que podía permitirse un credo peculiar, no obstante estar completamente excluido no sólo de la responsabilidad política, sino de toda perspectiva inmediata de ella, era natural que conservase la pureza de la fe marxista una vez que la había abrazado. Esa actitud puramente negativa hacia la reforma no socialista y a todos los actos del Estado burgués —que, como hemos visto más arriba, era el principio táctico que Marx recomendaba para todos los casos, salvo los excepcionales— le era realmente impuesta. Sus dirigentes no eran irresponsables ni eran desesperados. Pero se daban cuenta de que en la situación dada no había mucho que hacer para el partido, excepto criticar y mantener desplegada su bandera. Cualquier sacrificio del principio revolucionario habría sido perfectamente gratuito. No habría hecho más que desorganizar a sus prosélitos, sin dar al proletariado mucho más de lo que conseguía de todas formas, no por iniciativa de los demás partidos, sino por la iniciativa de la burocracia monárquica. Los pequeños éxitos adicionales que podrían haberse alcanzado apenas cubrían el riesgo de la partida. De esta forma hombres serios, patriotas y cumplidores de la ley, continuaban repitiendo consignas irresponsables de revolución y traición —cuyas sanguinarias consecuencias se avenían tan extrañamente con el aspecto pacífico de quienes las lanzaban—, beatíficamente conscientes de la poca probabilidad de tener que actuar conforme a ellas.

Antes de mucho, sin embargo, comenzó a apuntar en unos pocos de ellos la sospecha de que un día u otro la charla revolucionaria podría tropezar con el arma más mortífera de la controversia política, esto es, con la sonrisa. Tal vez fue una aprensión de esta especie o simplemente la percepción de la discrepancia casi ridícula entre la fraseología marxista y la realidad social de aquellos tiempos, lo que incitó al fin a un personaje de la talla del viejo Engels a pronunciar *ex cathedra* —es decir, en un prólogo que escribió a una nueva edición de *La Lucha de Clases en Francia*, de Marx[23]— que la lucha de las calles presentaba, después de todo, ciertos inconvenientes, y que el creyente no precisaba sentirse entregado a ello por necesidad (1895).

[23] Se ha demostrado por Ryazanov que el editor de este libro se tomó libertades con el texto de Engels. Pero el argumento anterior no resulta afectado ni siquiera por la más elevada estimación posible de las talas de su lápiz. (Véase Ryazanov: *Karl Marx and Friedrich Engels*, traducción inglesa de Kunitz, 1927.)

Este arreglo temprano y modesto suscitó la ira de una pequeña minoría de atolondrados integrales, superándose, en particular, Rosa Luxemburgo en feroces debelaciones al viejo. Pero fue aplacada por el partido —posiblemente con un suspiro de alivio—, y en adelante tal vez podrían haberse dado prudentemente cautelosos pasos en la misma dirección. Sin embargo, cuando Eduard Bernstein procedió fríamente a "revisar" toda la estructura del credo del partido, hubo una trifulca mayor. Después de lo que he dicho acerca de la situación esto no debería sorprender.

Hasta el partido más mundano tiene conciencia de los peligros que implica la alteración de alguna de sus bases más importantes. En el caso de un partido cuyo programa y cuya existencia se basaban en un credo en el que cada detalle había sido elaborado con fervor teológico, una reforma en la raíz y en las ramas estaba abocada a causar un choque terrible. Ese credo era objeto de una reverencia casi religiosa. Había sido mantenido por espacio de un cuarto de siglo. Bajo su bandera había marchado el partido hacia el éxito. Era lo único que el partido tenía que mostrar. Y ahora la creída revolución —que para ellos era lo que la Segunda Venida del Señor para los primitivos cristianos— era dejada a un lado sin la menor ceremonia. No más lucha de clases. Nada de gritos de guerra conmovedores. En lugar de ello cooperación con los partidos burgueses. Todo esto procedente de un miembro de la vieja guardia, de un viejo exilado, y, como sucedía, ¡de uno de los miembros más queridos del partido!

Pero Bernstein [24] fue más allá todavía. Puso sus manos sacrílegas sobre los cimientos sagrados de la doctrina. Atacó su base hegeliana. La teoría del valor del trabajo y la teoría de la explotación fueron sometidas a crítica. Dudaba de la inevitabilidad del socialismo y lo reducía a una insustancial "deseabilidad". Miraba con desdén la interpretación económica de la Historia. Las crisis no matarían al dragón capitalista; por el contrario, con el tiempo el capitalismo ganaría en estabilidad. El aumento de la miseria era un absurdo, por supuesto. El liberalismo burgués había producido valores duraderos que merecía la pena tratar de conservar. Dijo, incluso, que el proletariado no lo era todo. ¡Piénsese en esto!

Esto, por supuesto, era más de lo que el partido podía soportar. Habría sido insoportable aun cuando Bernstein hubiese tenido indiscutiblemente razón en cada punto, pues los credos incorporados en una organización no pueden ser reformados mediante holocaustos. Y él no la tenía. Era un hombre excelente, pero no estaba al nivel intelectual de Marx. Hemos visto en la parte I que fue demasiado lejos en materia de la interpretación económica de la Historia, la cual apenas podía haberla comprendido plenamente. También fue demasiado lejos en su afirmación de que los desarrollos en el sector agrario refutan la teoría de la concentración del dominio económico de Marx. Y había otros puntos que invitaban a una réplica efectiva, por lo que el campeón de la ortodoxia, Karl Kautsky,[25] no encontró difícil mantener su terreno o parte del mismo. Tampoco está tan claro que hubiese significado ventaja para el partido el que hubiesen prevalecido las recomendaciones tácticas de Bernstein. Con toda seguridad se habría separado un ala. El prestigio del partido habría sufrido grandemente. Y, como ya se ha dicho antes, no se habría obtenido ningún beneficio inmediato. Había, por tanto, mucho que decir respecto del criterio "conservador".

[24] Los dos libros suyos más importantes para nuestro propósito son *Die Voraussetzungen des Sozialismus and die Aufgaben der Sozialdemokratie* (1899) y *Zur Geschichte und Theorie des Sozialismus* (1901).

En estas circunstancias el rumbo que tomó Bebel no era ni tan notoriamente necio ni tan notoriamente tiránico como lo entendieron en aquel tiempo ciertos camaradas y otros críticos. Denunció vigorosamente el Revisionismo, tan vigorasamente como para mantener su dominio sobre sus izquierdistas. Lo había anatematizado en los congresos de Hannóver (1899) y Dresden (1903). Pero estaba convencido de que las resoluciones que reafirmaban la lucha de clases y otros artículos de fe estaban concebidas de tal forma que era posible a los "revisionistas" darles su conformidad. Así lo hicieron, y no se tomaron ya medidas ulteriores contra ellos, aunque hubo, en mi opinión, algún restallido del látigo. Al mismo Bernstein se le permitió entrar en el Reichtag con el apoyo del partido. Von Vollmar permaneció en el redil.

Los dirigentes sindicales se encogieron de hombros y murmuraron acerca de este rumiado doctrinal. Habían sido revisionistas en todo momento. Pero en tanto que el partido no interfirió en sus incumbencias inmediatas, y en tanto que no los exhortó a hacer algo que realmente los disgustase, no se preocuparon mucho. Concedieron protección a algunos revisionistas y también a algunos de sus órganos literarios. Dejaron bien claro que, cualquiera que fuese la filosofía del partido, el negocio era el negocio. Pero eso fue todo.

Los revisionistas intelectuales, para quienes la doctrina no era una cosa indiferente, y los simpatizantes no socialistas, a algunos de los cuales

[25] A partir de aquella época Kautsky, el fundador y editor de *Neue Zeit* y autor de varios tratados sobre teoría marxista, sostuvo una posición que tan sólo puede definirse en términos eclesiásticos, defendiendo la doctrina "revolucionaria" contra el revisionismo, como más adelante defendió la ortodoxia contra los herejes bolcheviques. Era el más pedagogo de los hombres y mucho más atractivo que Bernstein. En conjunto, sin embargo, los dos sectores del partido tenían que congratularse del nivel moral e intelectual de sus campeones.

les habría gustado unirse a un partido socialista que no subrayaba la lucha de clases y la revolución, pensaban de una manera diferente, por supuesto. Eran ellos los que hablaban de una crisis del partido y movían la cabeza en relación con el futuro del partido. Tenían toda la razón para hacerlo así. Pues *su* futuro en el partido y en torno al partido estaba, en verdad, amenazado. De hecho, Bebel, que no era intelectual ni amigo de florituras de lenguaje, no perdió el tiempo en amonestarlos respecto de las premisas. La masa del partido estaba, sin embargo, muy poco preocupada por todo esto. Seguía a sus dirigentes y repetía sus consignas hasta que, sin ninguna constricción por lo que hubiese dicho acerca de esto Marx o Bebel, se precipitaron a las armas para defender su país

Sobre el desarrollo a que acabamos de pasar revista ha arrojado alguna luz interesante el desarrollo paralelo, pero diferente, en Austria.[26] Como era de esperar de un ritmo mucho más lento en su evolución capitalista, tardó veinte años más en convertirse en un factor político de importancia. Surgiendo lentamente de unos orígenes menudos y no muy apreciables acabó por establecerse en 1888 (Congreso de Hainfeld) bajo Víctor Adler, quien había triunfado en la labor casi desesperada de fundir a los socialistas de todas las nacionalidades que habitaban aquel país y que había de conducir con habilidad consumada por espacio de otros treinta años.

Pues bien: este partido era también oficialmente marxista. El reducido círculo de brillantes judíos que formaban su núcleo intelectual,[27] esto es, el círculo de los neo-marxistas, contribuyó incluso sustancialmente al desarrollo de la doctrina marxista, como hemos visto en la parte I, siguiendo la línea ortodoxa, alterándola, sin duda, en el proceso, pero combatiendo de una manera enconada y hábil a quien quiera que tratase de alterarla y manteniendo siempre la ideología revolucionaria en su forma más inflexible. Las relaciones con el partido alemán eran estrechas y cordiales. Al mismo tiempo, todo el mundo sabía que Adler no habría defendido ningún disparate. Teniendo, por razones culturales y raciales, mucho más autoridad sobre sus extremistas intelectuales que Bebel sobre los suyos, podía permitirles todo el marxismo que quisieran en sus cafés y utilizarlos siempre que lo consideraba oportuno sin dejarles interferir en lo que realmente le interesaba: la organización y la prensa del partido, el sufragio universal, la legislación progresiva y también el funcionamiento adecuado del Estado. Esta combinación de doctrina marxista y práctica reformista respondió admirablemente. Los gobiernos austríacos pronto descubrieron que había un factor, no menos importante que la Iglesia o el ejército, que por su propio interés estaba abocado a apoyar la autoridad central en su lucha perenne con las oposiciones nacionalistas obstruccionistas, especialmente la alemana y la checa. Estos gobiernos —en su mayoría gabinetes de funcionarios civiles, como en Alemania, aunque se hacían incensantemente intentos por la corona para introducir a los políticos, al menos como ministros sin cartera— procedieron, en consecuencia, a conceder favores al partido, a los que éste correspondía plenamente.[28] Y cuando un gobierno (un gabinete de funcionarios civiles presidido por el Barón Gautsch) hizo suya la causa del sufragio universal, Adler, sin encontrar ninguna oposición entre sus seguidores, pudo declarar públicamente que, por aquel momento, los socialistas eran un "partido gubernamental" *(Regierungspartei)*, si bien el cargo ministerial no les fue ofrecido ni habría sido aceptable para ellos.[29]

[26] Por Austria quiero decir aquí la mitad occidental y la monarquía austro-húngara, que desde 1866 tuvo un parlamento y un gobierno propios (que carecía, sin embargo, de los departamentos de Negocios Extranjeros y de Guerra), que estaban coordinados en un pie de igualdad con el parlamento y el gobierno de la mitad oriental, es decir, de Hungría, o, para emplear el lenguaje oficial, "los países de la Sagrada Corona de San Esteban". El Partido Socialdemócrata húngaro tomó su modelo del austríaco, pero nunca alcanzó su importancia cuantitativa.

[27] Trotsky, todavía bajo el nombre de Bronstein, se presentó ocasionalmente entre ellos y parece haber experimentado su influencia.

VI. LA SEGUNDA INTERNACIONAL

El principio internacionalista del programa de los partidos marxistas exigía una organización internacional como la extinguida Primera Internacional. Los demás grupos socialistas y laboristas no eran internacionalistas en el sentido del credo marxista. Pero, en parte por herencia del radicalismo burgués y en parte por aversión a los gobiernos de la clase dominante de sus naciones respectivas, todos ellos habían adquirido, en grados diferentes, opiniones y simpatías internacionales y pacifistas, de forma que la cooperación internacional los encontró bien dispuestos. La fundación de la Segunda Internacional (1889) encarnó

[28] Una estratagema que los socialistas utilizaron repetidamente para ayudar al gobierno fue ésta. Cuando los filibusteros nacionalistas paralizaban el parlamento y todos los asuntos entraban en una pausa, ellos propondrían la "urgencia" del presupuesto. La moción de urgencia, una vez que se hubiese aprobado en debida forma, significaba prácticamente que la medida así declarada urgente se llevaba a la práctica si contaba con una mayoría (que era siempre obtenible en el caso del presupuesto) independientemente de las reglas formales de procedimiento parlamentario que los filibusteros hacían imposible observar.

[29] La dificultad principal para ello estaba, en mi opinión, en la fuerte resistencia que el partido alemán había adoptado en esta cuestión. Los escrúpulos de los mismos socialistas austríacos eran de importancia secundaria. La aversión de la burocracia austríaca o del viejo emperador, si es que la había, no pasaba de ocupar el tercer lugar entre los factores que evitaron aquella consumación.

así un compromiso que, en realidad, intentaba reconciliar lo irreconciliable, pero funcionó hasta 1914. Unas pocas observaciones bastarán a este respecto.

Había el *bureau* internacional. Y había los congresos con sus debates en toda regla sobre cuestiones de tácticas y de principio. Medida por sus realizaciones tangibles, la importancia de la Segunda Internacional podría ser equiparada a cero. Y en cero ha sido valorada, en realidad, tanto por los activistas revolucionarios como por los laboristas. De hecho, sin embargo, no se pretendía una acción inmediata de ninguna especie; la acción, ya revolucionaria, ya reformista, sólo podía entonces haber sido nacional. Había que organizar contactos entre los partidos y los grupos afiliados, unificar criterios, coordinar líneas de avance, contener al irresponsable y estimular al perezoso, crear, hasta donde fuese posible, una opinión socialista internacional. Todo esto era, desde el punto de vista socialista, sumamente deseable e importante, aunque, por la naturaleza de las cosas, los resultados positivos habrían tardado muchas décadas en madurar.

En consecuencia, el jefe y los miembros del *bureau* no eran más que una junta directiva del socialismo internacional. No había ninguna política a la que tuvieran que amoldarse ni ningún programa que imponer, como había sido el caso de la Primera Internacional. Los partidos nacionales y los grupos laboristas habían permanecido perfectamente autónomos y en libertad para unirse a otras organizaciones internacionales que pudieran acomodarse a sus aspiraciones particulares. Las trade-unions —también las cooperativas y los organismos educativos— fueron bien acogidas e incluso agasajadas, pero no desempeñaron ningún papel directivo. Los partidos nacionales se mantenían, no obstante, en un terreno común que era bastante amplio para moverse en él Stauning y Branting, por una parte, y Lenin y Guesde, de la otra. Algunos de los miembros de esa institución internacional se burlaban, sin duda, de la cobarde cautela de los otros, y éstos últimos ponían objeciones al vehemente radicalismo de los primeros, Y algunas veces las cosas llegaban peligrosamente cerca de una ruptura violenta. En conjunto, sin embargo, todos ellos aprendieron unos de otros lecciones de diplomacia socialista. Como este *modus vivendi* —con plena libertad para disentir —era el único posible, era de por sí una gran realización.

Por extraño que pueda parecer fueron los alemanes los principales responsables del mismo, con el opoyo ruso y guesdista. Los alemanes constituían el único gran partido marxista y dotaron al terreno común de una capa de marxistas. Pero percibían con toda claridad que la mayoría de los hombres que representaban a las fuerzas socialistas de fuera de Alemania no eran marxistas. Para la mayoría de estos hombres la cuestión era firmar los treinta y nueve artículos, reservándose

al mismo tiempo una libertad ilimitada de interpretación. Como es muy natural, los creyentes más ardientes se sorprendían de esto y hablaban de que la fe se estaba degradando a una cuestión de forma desprovista de toda substancia. Los dirigentes alemanes, sin embargo, se resignaban a ello. Incluso toleraron la herejía directa que en su país habrían atacado furiosamente. Bebel sabía hasta dónde podía ir y que su tolerancia, en la unión tan estrecha en que se encontraba con la tolerancia inglesa, habría dado al final su recompensa, como, seguramente, habría sucedido sin la guerra. Así él maniobraba para aglutinar el frente proletario con vistas a vitalizarlo con el tiempo y, al hacer esto, mostraba una capacidad que, si la hubiese tenido la diplomacia de Alemania, podría haber evitado la Primera Guerra Mundial.

Algunos resultados maduraron. Las discusiones, en cierto modo indefinidas del primer decenio, estaban enfocadas en difinitiva hacia la política extranjera, y al final comenzó a surgir algo así como un criterio común. Era una carrera contra el tiempo. Esta carrera se perdió. Todos los periodistas que ahora hacen referencia a aquella época se sienten con derecho a condenar la Internacional por lo que califican de fracaso del socialismo internacional ante el estallido de la guerra. Pero éste es el punto de vista más superficial que puede adoptarse. El congreso extraordinario de Basilea (1912), y su llamamiento a los trabajadores de todas las naciones para que se esforzasen por la paz, era seguramente lo único que era posible hacer en aquellas circunstancias. Un llamamiento para una huelga general, dirigido a un proletariado internacional que no existe en ninguna parte más que en la imaginación de unos pocos intelectuales, no habría sido más eficaz, sino menos eficaz aún. Realizar lo posible no es fracasar, sino alcanzar un éxito, por inadecuado que pueda resultar en difinitiva ese éxito. Si hubo fracaso, fue en los frentes internos de los partidos nacionales singulares.

27

DE LA PRIMERA A LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

I. EL "GRAN RIFIUTO"

Como miembros de su organización internacional los partidos socialistas hicieron todo lo que pudieron por evitar la guerra. Pero cuando, no obstante, estalló, se adhirieron a sus causas nacionales con una facilidad que fue realmente asombrosa. Los marxistas alemanes vacilaron aún menos que los laboristas ingleses.[1] Por supuesto, hay que tener presente que cada nación beligerante estaba plenamente convencida de que hacía una guerra puramente defensiva (en realidad, toda guerra es defensiva, o al menos "preventiva", a los ojos de las naciones que la hacen).[2] Ahora bien: si tenemos en cuenta que los partidos socialistas tenían un derecho constitucional indudable a votar en contra de los presupuestos de guerra y que, dentro del esquema moral general de la democracia burguesa no hay obligación de identificarse con la política nacional —hombres muy alejados del antimilitarismo socialista desaprobaron, en efecto, la guerra en todos los países beligerantes—, parece que nos enfrentamos con un problema que no se resuelve mediante referencias dudosas a Marx o a declaraciones anteriores de Bebel y Von Vollmar de que defenderían su país si fuese atacado. No debería haber habido ninguna dificultad en recordar la verdadera doctrina de Marx sobre la materia. Además, defender el país propio significa solamente cumplir un deber propio con el ejército; no implica votar con el gobierno ni entrar en *unions sacrées*.[3] Guesde y Sembat, en Francia, y Vandervelde, en Bélgica, que aceptaron cargos en gabinetes de guerra, y los socialistas alemanes, que votaron los presupuestos de guerra, hicieron así algo más de lo que exigía la lealtad a sus naciones, tal como entonces se entendía comúnmente.[4]

[1] El Partido Laborista inglés fue, efectivamente, el único que adoptó una postura seria en pro de la paz en 1914, si bien se unió más tarde a la coalición de guerra.

[2] He aquí por qué el intento hecho por los vencedores para decidir la controversia moral por medio de una cláusula en un tratado de paz impuesto no solamente fue injusto, sino también necio.

[3] Tampoco es verdad que el dejar de hacerlo así hubiese debilitado la causa nacional. La admisión de Lord Morley no perjudicó abiertamente a Inglaterra.

[4] Muchos de nosotros pensaremos de una manera diferente en la actualidad. Pero esto muestra simplemente el camino que hemos recorrido desde las antiguas amarras de la democracia liberal. Exaltar la unidad nacional a precepto moral significa la aceptación de uno de los principios más importantes del fascismo.

No hay más que una solución para el enigma. Creyese o no la mayoría de los políticos socialistas en el internacionalismo marxista —tal vez esta creencia habría compartido entonces la suerte de la creencia afín en una revolución espectacular—, se daban cuenta, ciertamente, de que cualquier posición tomada sobre el evangelio les habría costado su adhesión. Las masas les habrían mirado de arriba abajo y después habrían declinado su obediencia, rechazando con ello *via facti* la doctrina marxista de que el proletariado no tiene patria y de que la guerra de clases es la única que le atañe. En este sentido, y con la salvedad de que las cosas podrían haber sido de otra manera si la guerra hubiese tropezado con un grado más adelantado de evolución dentro del marco burgués, en agosto de 1914 quebró un pilar vital de la estructura marxista.[5]

Esto se sintió, en efecto, ampliamente. Se sintió en el campo conservador: los conservadores alemanes comenzaron súbitamente a hablar del partido socialista en un lenguaje que era un modelo de cortesía. Se sintió en aquella parte del campo socialista que aún conservaba su antiguo ardor. Incluso en Inglaterra perdió MacDonald la jefatura del partido laborista y, finalmente, su escaño antes que unirse a la coalición de guerra. Kautsky y Haase se separaron de la mayoría (marzo 1916) y organizaron en 1917 el Partido Socialdemácrata Independiente, si bien la gran mayoría de sus miembros volvieron al redil en 1919.[6] Lenin declaró que la Segunda Internacional estaba muerta y que la causa del socialismo había sido traicionada.

Había en esto un elemento de verdad. En cuanto atañe a las mayorías de los partidos marxistas, el socialismo no soportó, en efecto, la prueba en las encrucijadas. No habían elegido el camino marxista. Los credos, las consignas, las metas últimas, las organizaciones, las burocracias, los dirigentes no habían cambiado. Siguieron siendo al día siguiente del *gran rifiuto* lo que habían sido la víspera. Lo único que cambió fue lo que significaban y representaban. Después de

[5] Esto debe atribuirse también, en cierto grado, al éxito de las reformas no socialistas.

[6] Merece la pena observar que los independientes no se reclutaban en modo alguno entre los marxistas incondicionales exclusivamente. Kautsky y Haase pertenecían a ese sector, pero muchos que se les unieron no pertenecían. Bernstein, por ejemplo, se unió a ellos, y lo mismo hicieron otros varios revisionistas, cuyo móvil no puede haber sido el respeto por la fe marxista. Pero no hay nada sorprendente en esto. El marxismo ortodoxo no era, por supuesto, la única razón que un socialista podía haber tenido para desaprobar el rumbo tomado por la mayoría. Estos revisionistas compartían simplemente la creencia de Ramsay MacDonald.

aquel *experimentum crucis* ni los socialistas ni los antisocialistas podían ya considerar a aquellos partidos a la misma luz que antes. Tampoco podían aquellos partidos continuar con sus travesuras antiguas. Para lo bueno y para lo malo habían salido de su torre de marfil. Habían demostrado el hecho de que el destino de sus países significaba para ellos más que la meta socialista.

El caso era diferente, sin embargo, para aquellos que, como los partidos socialdemócratas de los países escandinavos, no habían estado nunca en una torre de marfil. E incluso con relación a los otros, el caso *parecerá* diferente a los observadores que nunca tomaron en serio aquellas travesuras revolucionarias. Por lo que se refiere al partido alemán, en particular, puede estar más cerca de la verdad decir que los "socialtraidores" —como se les llamaba— se habían apeado simplemente de unas nubes irreales y que la emergencia nacional les enseñó a sostenerse sobre sus pies en vez de sostenerse sobre sus cabezas, lo cual —añadiremos algunos de nosotros— contaba todo en su favor y no había en ello ningún *rifiuto* en absoluto. Pero cualquiera que sea el criterio que adoptemos, no puede haber ninguna duda de que la nueva actitud de responsabilidad acortaba la larga distancia de cada partido: el cargo político. Estoy realmente lejos de atribuir a los socialdemócratas alemanes cualesquiera cálculos de esta especie o de dudar de la sinceridad de su decisión de no aceptar cargos en la sociedad burguesa. Pero es obvio que, como resultado de la posición que adoptaron al principio de la guerra, estaban —si me es permitido decirlo— "sentados bonitamente" en el extremo de la misma. Al contrario de los demás partidos, no se habían comprometido recorriendo todo el camino de un aplauso completo. Pero tampoco habían desertado de su nación en la hora del peligro.

II. Los efectos de la Primera Guerra Mundial sobre el destino de los partidos socialistas de Europa

1. Toda guerra de importancia que termina en una derrota conmoverá el edificio social y amenazará la posición del grupo dominante; la pérdida de prestigio resultante de una derrota militar es una de las cosas más difíciles a las que tiene que hacer frente un régimen para sobrevivir. No conozco ninguna excepción a esta regla. Pero la afirmación inversa no es tan cierta. A menos que el éxito sea rápido o, en todo caso, sorprendente y claramente asociado a la prestación del estrato dominante —como fue, por ejemplo, el éxito de Alemania en 1870—, el agotamiento económico, físico y psicológico puede muy bien producir, aun en el caso de una victoria sobre la posición relativa

de las clases, los grupos y partidos, unos efectos que no difieren esencialmente de los de la derrota.

La Primera Guerra Mundial ilustra esto. En los Estados Unidos el esfuerzo no había sido suficientemente prolongado ni agotador para mostrarlo. Pues bien: incluso aquí la administración que tuvo a su cargo la guerra sufrió una derrota aplastante en las urnas. Pero en todos los demás países victoriosos el prestigio de los estratos dominantes y su apoyo en el pueblo, lejos de acrecentarse, fue menoscabado. Para fortuna de los partidos socialistas alemán e inglés esto significó el advenimiento al poder o, en todo caso, a los cargos políticos. En Alemania le fue impuesto al partido el dominio sobre los órganos centrales de la sociedad; aunque, a fin de salvar la apariencia doctrinal, insistieron algunos de ellos, así como también algunos antisocialistas, en hablar de una revolución, el hecho era que fueron al gobierno requeridos para ello y en virtud de un requerimiento humilde. En Inglaterra el voto laborista, que había sido de poco más de medio millón en enero de 1910 y no llegó a los dos millones y cuarto en 1918,[7] llegó en 1922 a 4,236,733 y, en 1924, a 5,487,620 (en 1929, a 8,362,594). MacDonald reconquistó la jefatura, y en 1924 el partido obtuvo cargos políticos, si no realmente el poder. En Francia la estructura del mundo político evitó toda consumación de una hendidura tal; pero los contornos generales eran los mismos: hubo un resurgimiento sindicalista inmediatamente después de la guerra; pero la Confédération Générale du Travail, al apartarse de la recién fundada Confédération Générale du Travail Unitaire comunista, para absorber los elementos inadaptables, desanimó las orientaciones revolucionarias y se preparó lentamente para un papel político dominante.

Además, los partidos socialistas o cuasi socialistas que asumieron entonces la responsabilidad que cayó sobre ellos puede que sintieran que tenían casi un monopolio de muchas de las cualidades requeridas para triunfar en su aventura. Eran capaces de manejar mejor que ningún otro grupo las masas que estaban agitadas de descontento. Como pone de manifiesto el ejemplo alemán, estaban incluso en una posición mejor que nadie de entonces para tratar con firmeza los disturbios revolucionarios, incluso por la fuerza si fuese necesario. En todo caso eran el mismo pueblo para administrar la dosis debida de reforma social, para llevarla a cabo, de una parte, y para hacerla aceptar a las masas, de la otra. Lo más importante de todo es que estaban, desde su punto de vista, plenamente justificados al creer que eran también el pueblo para curar las heridas que había infligido la "guerra imperialista", para restablecer las relaciones internacionales

[7] El aumento de 1910 a 1918 se explica perfectamente por la concesión del voto a la mujer y la simplificación de la calificación electoral.

y para aclarar el desconcierto que, sin ninguna falta por su parte, habían hecho de la paz gobiernos puramente burgueses. En esto cometieron la misma especie de error que, desde un punto de vista diferente, fue cometido por sus competidores burgueses, que creían en la seguridad colectiva, la Liga de las Naciones, la reconstrucción de los patrones oro y la supresión de las barreras comerciales. Pero, una vez admitimos la premisa errónea, tenemos también que admitir que los socialistas tenían razón en esperar el triunfo, particularmente en el campo de la política extranjera.

2. Las realizaciones de los dos gobiernos MacDonald —la labor de MacDonald y de Henderson en el Foreign Office— son suficientes para ilustrar esto. Pero el caso alemán es todavía más significativo. En primer lugar, tan sólo los socialdemócratas estaban en situación moral de aceptar el tratado de paz y de mantener una política que tendiese al cumplimiento de sus estipulaciones. Lamentaban la catástrofe nacional, por supuesto, y las cargas que trajo consigo. Pero, dados los sentimientos que tenían acerca de la gloria militar, ni la misma derrota ni la paz significaban una humillación insoportable para ellos. Algunos casi suscribían la teoría anglofrancesa de la guerra. La mayoría de ellos se preocupaban poco del rearme. Mientras que los demás alemanes se entregaban a un disgusto sombrío los socialdemócratas trabajaban por un pacífico entendimiento con los vencedores con un espíritu que estaba completamente exento, si no de resentimiento, al menos de odio apasionado. En cuanto a lo que para los demás era una democracia impuesta, ellos lo veían incluso con los mismos ojos que las naciones occidentales: después de haber dado cuenta de las sublevaciones comunistas de 1918-1919, y habiendo adquirido, mediante un compromiso prudente, un papel dominante en la política interna, estaban en la más democrática disposición.

En segundo lugar, su apoyo en las masas era suficientemente fuerte para hacer políticamente eficaz esta actitud. Por el momento una gran parte de la población veía las cosas a la misma luz. Sus puntos de vista sobre la situación y el camino derecho para afrontarla temporalmente se convirtieron en criterio oficial, cualquiera que fuese la política del gobierno que estuviese en el poder. Proporcionaban el apoyo político para las coaliciones que negociaron el plan Dawes y el pacto de Locarno y que no podrían haberse formado nunca o, de formarse, no podrían haber adoptado nunca aquella dirección sin ellos. Stresemann no era socialista. No obstante, la política que se asocia a su nombre era la política del partido socialdemócrata, la política por la que habían de obtener todo el crédito durante una década y toda la penitencia en otra.

En tercer lugar, tenían una ventaja en sus relaciones con la opinión

política del exterior. El mundo sabía poco acerca de Alemania. Pero comprendía dos cosas: de una parte, se daba cuenta de que había un partido que estaba dispuesto a aceptar gran número de los conciertos de la posguerra y de hecho aprobaba plenamente algunos de ellos, un partido que era el enemigo de lo que Francia e Inglaterra se habían convencido a sí mismas que era *su* enemigo; de otra parte, se daba cuenta de que la socialdemocracia alemana no necesitaba ser temida por otros cargos: por muy conservador que fuese un gobierno, no tenía necesidad de poner objeciones al socialismo alemán lo mismo que las ponían al ruso. A la larga, esto era una debilidad. Tuvo mucho que ver con el trato dilatorio que se aplicó a los agravios alemanes, pues indujo a creer a los ministerios de Negocios Extranjeros de Inglaterra y Francia que Alemania seguiría siendo indefinidamente el sumiso peticionario al que podía hacerse feliz con seguridades de que algún día podría ser elevado a una posición de igualdad con las naciones superiores. A la corta, sin embargo, y especialmente durante los días oscuros de la invasión del Ruhr, fue una ventaja: el partido —o más bien los gobiernos que sabían que dependían del apoyo del partido— tuvieron una *entrée* que se habría denegado a los demás.

En cuarto lugar, había los antiguos contactos del partido socialdemócrata con los partidos correspondientes de los demás países que databan de la Segunda Internacional. Estos contactos no habían sido cortados por completo por la guerra. Después de todo la Segunda Internacional no había sido nunca disuelta oficialmente, y muchos individuos y grupos de su seno —en especial, pero en modo alguno exclusivamente, los de los países neutrales— habían mantenido intactas sus creencias internacionalistas. El secretario (C. Huysmans) había continuado actuando, y en 1917, a sugerencia de los socialistas escandinavos, incluso había realizado un intento de convocar un congreso, que fracasó tan sólo porque las potencias aliadas, dispuestas por entonces para aplastar a su adversario, se negaron a conceder los pasaportes.[8] Era, pues, natural que muchos socialistas hubiesen pensado resucitarla como una cosa obvia.

3. La Segunda Internacional fue resucitada, pero no sin dificultades. Las primeras conferencias que se celebraron a este respecto en 1919 y 1920 tuvieron tan sólo un éxito moderado. La Internacional Comunista (la Tercera Internacional), que había surgido entretanto (véase más abajo), ejercía una atracción que constituía un serio obstáculo para la unidad entre los partidos socialistas y laboristas del mun-

[8] Antes de éste había habido, efectivamente, dos congresos en Suiza —en Zimmervald (1915) y en Kienthal (1916)— que adquirieron, contrariamente a la intención original, creo yo, un color diferente a causa del hecho de que la asistencia no fue representativa de los partidos oficiales. Sobre esto volveré brevemente más adelante.

do. Y varios grupos importantes que no se inclinaban a compartir su suerte con los comunistas necesitaban algo más al día que la Segunda Internacional. Esta situación se resolvió afortunadamente mediante un recurso táctico inteligente. A iniciativa de los socialistas austríacos, a los que se habían unido los Independientes alemanes y el Partido Laborista Independiente inglés, se formó una nueva organización, la Unión Internacional Obrera de Partidos Socialistas (la llamada Internacional de Viena), a fin de radicalizar los grupos en la resucitada Segunda Internacional, de restringir los grupos que se inclinaban demasiado hacia el comunismo y de fijar a unos y otros una línea de conducta mediante juiciosas formulaciones de fines.[9]

El significado de la operación lo revela exactamente el apodo que los comunistas encontraron inmediatamente para ella: la "Internacional número dos y medio". He aquí precisamente por qué fue posible subvenir a las necesidades de la época. En el Congreso de Hamburgo (1923) la Segunda Internacional y la Internacional de Viena se unieron para formar la Internacional Laborista y Socialista, para estigmatizar la paz como "imperialista" y para pedir un frente único contra la reacción internacional —lo cual, en todo caso, sonaba bien—, la jornada de ocho horas y una legislación social internacional. La reducción de las reparaciones de Alemania a una cifra definida y razonable, la abolición de las deudas interaliadas y la evacuación del territorio alemán habían sido declaradas necesarias un año antes (Resoluciones de Frankfort, 1922). A la luz de los acontecimientos siguientes no podemás dejar de comprobar la gran aportación —y servicio— que constituyó.

III. El comunismo y el elemento ruso

1. Entretanto, los partidos comunistas se desarrollaban rápidamente. Esto constituye en sí mismo lo único que deberíamos haber esperado. Tampoco era peligroso. Todo partido que experimenta la influencia moderadora de la responsabilidad tendrá inevitablemente que dejar lugar para que se desarrollen grupos más a la izquierda (o a la derecha), y tal espacio no es probable que permanezca desocupado durante mucho tiempo. Con tal de poder mantener la defección dentro de ciertos límites esto no necesita ser más que una molestia, e

[9] Algunas de esas formulaciones habrían acreditado a un diplomático del siglo XVIII. El gran bloque donde se tropezaba era la lucha de clases. Los grupos continentales no podrían vivir sin ella, los ingleses no podrían vivir con ella. Así, pues, cuando se consumó la fusión en el Congreso de Hamburgo, la *Klassenkampf* y la *lutte des classes* se conservaron en los textos alemán y francés, pero en el texto inglés fueron reemplazadas por una circunlocución irreconocible.

incluso puede ser preferible mantener los elementos ingobernables dentro del redil. Los partidos socialistas habían sufrido siempre perturbación con alas hiperradicales.[10] Que tales grupos "izquierdistas" ganasen terreno en los revueltos días que siguieron a la guerra y que aprovechasen la oportunidad para adquirir el *status* de partidos diferentes no es más sorprendente que siguiesen la costumbre clásica y se llamasen "comunistas" o que mostrasen una inclinación internacionalista mucho más fuerte que los partidos oficiales de la época.

Téngase presente que todo esto es completamente independiente del aspecto ruso del caso. Habría habido partidos comunistas y una Internacional Comunista, aunque todavía reinasen los zares en Rusia. Pero como el elemento ruso se convirtió en factor de importancia decisiva en la configuración de las fortunas tanto del socialismo como del comunismo en todo el mundo —de hecho en la configuración de la historia social y política de nuestro tiempo—, es esencial reafirmar cómo se desarrolló y apreciar su naturaleza e importancia. A este objeto hemos dividido su desarrollo en tres etapas.

2. Al principio —es decir, hasta que los bolcheviques se apoderaron del poder en 1917—, no había nada especialmente ruso en el desarrollo de los grupos comunistas, excepto que el hombre más fuerte era un ruso y que en su esquema de pensamiento había una veta de despotismo mongol. Cuando se suspendió *via facti* la Segunda Internacional al estallar la guerra y cuando Lenin declaró que estaba muerta y que había sonado la hora para métodos más eficaces, era natural que se uniesen los que sentían como él. La oportunidad se presentó en los dos congresos que se celebraron en Suiza, en Zimmerwald (1915) y en Kienthal (1916). Como prácticamente estaban ausentes todos los que habían defendido las causas de sus naciones, los militantes asistentes encontraron poca dificultad para adherirse —más o menos— al programa de Lenin de convertir la guerra imperialista en una revolución internacional. Había en esto algo más que una mera profesión de fe en el marxismo prístino y en la promesa mesiánica. También había en algunos de ellos la clara percepción de la verdad, para la que los burgueses de todos los países estaban tan ciegos, de que el edificio de la sociedad burguesa es inadecuado para soportar

[10] Las escisiones que tuvieron lugar en Inglaterra y Alemania por causa de la guerra fueron, por supuesto, una cuestión diferente y tan sólo de importancia temporal. Incluso la Liga Spartacus alemana, fundada en 1916 por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, aunque fue mucho más allá en su oposición a la guerra de lo que aprobaban los independientes, tardó tiempo en desarrollar una actitud claramente hostil e incluso entonces no fue, oficialmente al menos, más allá de insistir en la letra del antiguo programa de Erfurt. Que yo sepa, ni Liebknecht ni la señora Luxemburgo cortaron por completo el contacto con el partido. La última fue una de las críticas más implacables de la práctica bolchevista.

las tensiones y violencias de una guerra "total" prolongada y que tendrían lugar derrumbamientos, al menos en algunos países. Más allá de esto, sin embargo, el caudillaje de Lenin no fue aceptado. La mayoría de los que estaban presentes pensaba en convencer, intimidar y utilizar a los partidos socialistas existentes más bien que en destruirlos. Además —y en esto estaba de acuerdo Lenin—, la revolución internacional había que llevarla a cabo mediante acciones singulares de los proletariados nacionales y primeramente en los países "adelantados".

La segunda etapa la fecho desde 1917 a 1927, es decir, desde la elevación de los bolcheviques al poder en Rusia hasta la expulsión de Trotsky del Comité Central del partido bolchevique (octubre de 1927). Esa década presentó el surgimiento de partidos comunistas y de una Internacional Comunista (la "Tercera"). También presenció la ruptura definitiva (por entonces) con los partidos socialistas y laboristas que, en el caso de Alemania, fue amargada sin remedio por las severas medidas represivas adoptadas por los socialdemócratas, entonces en el poder, durante el invierno de 1918 a 1919. Y finalmente presenció el forjamiento de la cadena rusa.

Pero durante toda esta década no produjo la cadena ni rozaduras ni contorsiones. Hay que recordar que la conquista bolchevique del poder en la más retrógrada de todas las grandes naciones no fue más que una casualidad.[11] Hasta cierto punto el mismo Lenin reconoció esto. Él repetía una y otra vez que la victoria final sería ganada solamente mediante la acción de las fuerzas revolucionarias en países más adelantados y que esta acción era la que tenía verdadera importancia. Por supuesto, Lenin ejerció al mando sobre los comunistas lo mismo que lo había ejercido antes e insistió en una organización estrictamente centralista de la Internacional Comunista —cuyo *bureau* asumió la facultad de prescribir cada uno de los móviles de los partidos singulares—, pero lo hizo así en su papel de caudillo comunista y no en su papel de déspota ruso. Ahí radicaba toda la diferencia. Los cuarteles generales de la Internacional estaban en Moscú, el caudillo efectivo era ruso, pero la política era dirigida con un espíritu plenamente internacionalista, sin ninguna referencia particular a los intereses nacionales rusos y basada en principios con los que los comunistas de todos los países estaban sustancialmente de acuerdo. Aunque la relación personal entre el *Bureau* de la Internacional y el *Bureau* Político de la potencia soviética[12] era entonces mucho más estrecha de lo que fue más adelante, los dos organismos eran, sin embargo, completamente distintos. Así, pues, la Internacional misma y los partidos singulares no se comportaban de modo diferente a como se habrían comportado en ausencia del vínculo con Rusia.

Durante aquella década, por tanto, la importancia de la conexión rusa, aunque grande, no llegó a más de esto. En primer lugar, había el hecho importante de que, por insignificante que fuese en cantidad y calidad el número de miembros de un grupo comunista y por pocas pretensiones que pudiese tener para ser tomado en serio, podría recibir de rechazo la gloria reflejada por aquel otro grupo que había conquistado un imperio, de lo cual podría obtener un estímulo. En segundo lugar, no obstante la realidad bolchevista —el terror, la miseria, la confesión de fracaso implicada en la adopción de la NEP (Nueva Política) tras la sublevación de Kronstadt—, fue posible en lo sucesivo señalar un sistema socialista que "funcionaba". Los bolcheviques se mostraron maestros en el arte de explotar el hecho de que la opinión pública de Inglaterra y los Estados Unidos creía a ciegas cualquier cosa, siempre que se le sirviese revestida con el ropaje de tópicos familiares. Esto redundó también, por supuesto, en ventaja de los demás partidos comunistas. En tercer lugar, en tanto que los comunistas de todos los países (incluyendo al mismo Lenin) creían en la inminencia de una revolución mundial, el ejército ruso significaba para ellos tanto como había significado el ejército del zar Nicolás I para los grupos reaccionarios durante el segundo cuarto del siglo XIX.[13] En 1919 tales esperanzas eran menos irracionales y estaban más cerca de cumplirse de lo que la gente está ahora dispuesta a creer. Es cierto que tan sólo se establecieron repúblicas comunistas en Baviera y Hungría.[14] Pero en Alemania, Austria e Italia la estructura social estaba peligrosamente cerca de su derrumbamiento, y no

[11] Por esta casualidad el bolchevique resultó posiblemente deudor del Estado Mayor General alemán, por cuyas órdenes fue transportado Lenin a Rusia. Si se estimase esto como una exageración de su participación personal en los acontecimientos de 1917, hay bastantes otros factores accidentales en la situación que nos enseñan lo caprichoso de este trozo de historia.

[12] En tiempos de Lenin la autoridad administrativa era ejercida por el *Bureau* Político, dirigido por el mismo Lenin; por el Consejo Militar, bajo el dominio de Trotsky, y por la Checa, dirigida entonces por Dzerjinsky. Los tres organismos eran desconocidos para la Constitución del Estado Soviético, que investía dicha autoridad en el "Soviet de los Comisarios del Pueblo". Tal vez deberían llamarse teóricamente órganos del partido. Pero el partido era el Estado.

[13] Debe observarse que los comunistas se habían desprendido del antimilitarismo y del antiintervencionismo con la misma facilidad que se habían desprendido de la democracia.

[14] El caso de Hungría (el gobierno de Bela Kun) es altamente instructivo. La parálisis de las clases superiores y la indiferencia del campesinado hicieron posible a un grupo de intelectuales adueñarse del poder sin encontrar una resistencia importante. Eran una turba extraña —algunos de ellos mostraban signos patológicos inequívocos (lo mismo ocurrió en el caso de Baviera)— que no estaban en absoluto a la altura de ésta ni de ninguna otra tarea seria. Pero tenían una confianza ilimitada en sí mismos y en su credo y no reparaban en métodos, por terroristas que fuesen. Y esto resultó completamente suficiente. Se les dejó representar su obra y podrían haber continuado durante un tiempo indefinido si los aliados no hubiesen permitido (u ordenado) al ejército rumano que los expulsara.

hay que decir lo que habría ocurrido en esos países, y posiblemente más al Oeste, si la máquina de guerra de Trotsky hubiese estado en disposición de actuar en esa época y no empeñada en las guerras civil y de Polonia.[15] No hay que olvidar que la Internacional Comunista fue fundada en aquella atmósfera de vida de amenaza y de lucha a muerte. Muchas cosas que adquirieron después un significado diferente —como ocurre con la dirección centralizada, que tiene un poder ilimitado sobre los partidos singulares y los priva de toda libertad de acción— podían entonces parecer razonables desde ese aspecto.

La tercera etapa la he fechado desde la expulsión de Trotsky (1927), porque éste es un mojón conveniente en la elevación de Stalin al poder absoluto. A partir de entonces toda decisión efectiva en cuestiones políticas parece haber sido suya, si bien encuentra todavía alguna oposición en el *Bureau* Político y en otras partes hasta el "juicio" de Kamenev y Zinoviev (1936) o incluso hasta el reinado del terror de Yeshov (1937). Para nuestro propósito esto significa que cada decisión fue de allí en adelante la decisión de un hombre de Estado ruso que actuaba en nombre de intereses nacionales rusos y tal como los veía desde el punto de vista de un despotismo incontenible. Y esto, a su vez, si es exacto, define lo que tiene que haber sido su actitud frente a la "Kommintern" (la Internacional Comunista) y a los partidos comunistas extranjeros. Estos se convirtieron en instrumentos de la política rusa, ocupando un lugar en el enorme arsenal de tales instrumentos y siendo valorados de un modo realista en relación con los demás, según las circunstancias. Hasta la guerra actual, que puede revivirla, la revolución mundial fue una cuenta congelada. Los veteranos supervivientes, así como los neófitos del comunismo internacionalista, pueden haber sido despreciables. Pero eran todavía de alguna utilidad. Podían predicar las glorias del régimen ruso. Podían servir de alfileres con los que pinchar a los gobiernos hostiles. Aumentaban el poder de negociación de Rusia. Valía, por tanto, la pena tomarse alguna molestia y realizar algún gasto a fin de mantenerlos sometidos, de vigilarlos por agentes de la Policía secreta y dotar al *bureau* de la Kommintern de siervos absolutamente serviles que obedeciesen temerosos y trémulos.

[15] Es, por tanto, dudoso que sea correcto decir que las potencias occidentales actuaron estúpida e ineficazmente al apoyar de una manera mezquina las diversas contrarrevoluciones que se intentaron en Rusia, especialmente las aventuras de Denikin y de Wrangel. En mi concepto, bien por una apreciación sagaz de la situación, bien por suerte, consiguieron exactamente lo que podían haber deseado, esto es, neutralizar la potencia soviética en un momento crucial y detener así el avance del bolchevismo. Menos de esto habría puesto en peligro sus propios sistemas sociales; más de esto habría llevado consigo esfuerzos prolongados, costosos y, tal vez, improductivos, que podrían haber hecho fracasar fácilmente sus propósitos.

3. En todo esto (y al apoyarse en ello) Stalin siguió la práctica establecida a través de los tiempos. La mayoría de los gobiernos nacionales han obrado lo mismo que él y es pura hipocresía declarar indignación específica en su caso. Los ejemplos más notorios los suministra la práctica de los gobiernos que abrazaban un credo religioso. En tanto que los credos respectivos tuvieron la vitalidad suficiente para impulsar a la acción, estos gobiernos utilizaron a menudo para sus propósitos grupos extranjeros del mismo credo. Pero, como la historia de los años de 1793 a 1815 basta para demostrar, la práctica es mucho más general de lo que estos ejemplos sugieren. No menos típica es la reacción —fraseológica y de otra índole— de los gobiernos afectados por ella: los políticos de todos los tipos y todas las clases son felices cuando hallan la oportunidad de llamar traidor a un adversario.

Pero para los partidos comunistas de fuera de Rusia era una cuestión grave recibir órdenes de un *caput mortuum* en manos de un zar modernizado. Su servilismo abyecto plantea dos cuestiones, una relativa a sus causas y otra relativa al alcance del carácter futuro y al destino del socialismo revolucionario.

La primera cuestión es tal vez menos difícil de contestar de lo que parece. Lo único que tenemos que hacer es ponernos en la cátedra del comunista y, teniendo en cuenta su manera de ser, mirar su situación con un espíritu práctico. Un comunista no pondría objeciones al régimen de Stalin por consideraciones humanitarias. Podría incluso exaltar la matanza; algunos degenerados neurasténicos la exaltan, y otros, los comunistas del fracaso y el resentimiento, experimentan satisfacción por los sufrimientos de una cierta clase de víctimas. Además, ¿por qué habría de sentirse agraviado por crueldades que no impiden a personas burguesas a fondo idolatrar al régimen? ¿Por qué habría de condenar al bolchevismo por tal motivo cuando el dean de Canterbury no lo condena? [16] ¿Por qué, pues?

Repetimos que los comunistas apenas tenían razón para poner objeciones por razón de Thermidorismo. Esta frase la emplearon primeramente los adversarios de la NEP; pero Trotsky la adoptó después para estigmatizar de "reaccionario" al régimen de Stalin, en el sentido en que lo era la acción de los hombres que derrocaron a Robespierre en 1794. Pero esto es absurdo. Después de todo, fue Stalin quien colectivizó la agricultura, quien "liquidó" a los *kulaks*,

[16] Los sentimientos expresados en su libro por este eclesiástico no pueden ser defendidos por la razón de que los principios del "experimento ruso" son una cosa y el modo de su ejecución es otra. Pues lo realmente terrible del régimen de Stalin no es lo que hizo con millones de víctimas, sino el hecho de que *tenía que hacerlo si quería sobrevivir*. En otras palabras: aquellos principios y aquella práctica son inseparables.

quien revocó la NEP. En realidad, como buen táctico, suprimió la oposición y realizó en lo sustancial el programa de la oposición.

Finalmente, lo que la potencia protectora hace dentro de sus fronteras no es de importancia primordial para el comunista de otro país en tanto que dicha potencia juegue limpio con él. Y aun cuando no juegue limpio con él, ¿qué ha de hacer? La cadena apretaba y hacía llagas. Pero también afianzaba. Los partidos socialistas no habrían aceptado a Stalin. Los obreros de mentalidad normalmente sana se apartaban de él con un lamento. Le habrían considerado tan fuera de orden como a Trostky. Stalin no estaba en situación de hacer nada sin la cadena,[17] y, al aceptar su esclavitud, los comunistas podían haber esperado —puede que esperen aún— que surgiesen coyunturas en que pudieran prosperar..., después de la actual Guerra Mundial, tal vez.

El último punto recorre algún camino hacia la respuesta de la segunda cuestión. Ciertamente, hay una posibilidad de que el despotismo ruso se extienda sobre las ruinas de la civilización europea —o incluso más allá de ellas— y de que, en este caso, los partidos comunistas de todo el mundo se reintegren a las guarniciones rusas. Pero hay otras muchas posibilidades. Y una de ellas es la de que el régimen ruso se derrumbe en el proceso o la de que, al extenderse sobre los demás países, adquiera rasgos más afines con los países nacionales singulares. Un caso especial de esta especie sería el de que al final el elemento ruso no cambiaría en nada el carácter futuro del socialismo revolucionario. Hacer cálculos sobre esto es, sin duda, arriesgado. Pero no es tan insensato como esperar que nuestra civilización surgirá indemne de la actual conflagración, a no ser, por supuesto, que esta conflagración se apacigüe más rápidamente de lo que es razonable esperar.

IV. ¿ADMINISTRACIÓN DEL CAPITALISMO?

1. Hasta aquí, pues, no hemos visto ninguna razón convincente por la que los experimentos en la responsabilidad política que los partidos socialistas hicieron después de 1918 no debieran haber tenido un pleno éxito. Repetimos: en algunos países —en Suecia, por ejemplo—, los socialistas no hicieron más que continuar consolidando un poder que habían adquirido antes; en otros, el poder había venido a ellos de una manera natural, sin que hubiesen tenido que conquistarlo mediante una acción revolucionaria; en todos los países los socialistas parecían estar en mucho mejor situación de enfrentarse con los grandes problemas de la época que cualquier otro partido. Como he señalado antes, casi parecían monopolizar las condiciones esenciales para el éxito. Además, aunque la mayoría de ellos no habían tenido ninguna experiencia anterior en el poder, habían adquirido bastante experiencia de la índole más útil en la organización, negociación y administración. En efecto: debería afirmarse inmediatamente que difícilmente hicieron nunca algo categóricamente insensato. Finalmente, ni el surgimiento inevitable de un nuevo partido a la izquierda de los socialistas ni la conexión de dicho partido con Moscú era tan grave para ellos como sus adversarios trataban de hacer creer.

Pero, a pesar de todo esto, la situación de los socialistas era en todas partes precaria. Para el verdadero creyente podría muy bien haber parecido imposible. Pues todas aquellas ventajas tácticas ocultaban una dificultad fundamental que eran impotentes para superar. La guerra y el cataclismo causado por la guerra habían llevado al poder a los socialistas; pero, por debajo de los jirones de la vieja vestidura, el organismo social y, en particular, el proceso económico, seguían siendo lo que habían sido antes. Es decir, los socialistas tuvieron que gobernar en un mundo esencialmente capitalista.

Marx había vislumbrado la conquista del poder político como requisito previo de la socialización, a la que había que poner mano inmediatamente. Esto implicaba, sin embargo, como de hecho implicaba toda la argumentación de Marx, que la oportunidad para dicha conquista habría tenido lugar cuando el capitalismo estuviese al final de su evolución o, para emplear nuevamente nuestra propia frase, cuando las cosas y las almas estuvieran maduras. El derrumbamiento en que pensaba tenía que ser un derrumbamiento del organismo económico o del capitalismo debido a causas internas.[18] El derrumbamiento político del mundo burgués tenía que ser una mera concomitancia de esto. Pero ahora había tenido lugar el derrumbamiento político —algo afín a él— y había surgido la oportunidad, mientras que el proceso económico no estaba en ninguna parte próximo todavía a la madurez.

[17] Esto es aplicable especialmente, por supuesto, al grupo o grupos comunistas de los Estados Unidos. Las condiciones políticas americanas no son favorables para el desarrollo de un partido comunista oficial, pues contar con unas pocas tesorerías de condado no sirve para mucho desde el punto de vista del reclutamiento. Pero la importancia del elemento comunista no debe ser medida por el número de miembros del partido oficial. Aquellos intelectuales que son o comunistas directos o compañeros de viaje no tienen realmente motivo para afiliarse a él. Tienen todos los motivos para permanecer fuera del mismo, pues pueden servirlo mucho mejor sin ostentar la insignia: conquistan posiciones en los comités formadores de la opinión o en los organismos administrativos, etc., quedando en libertad para negar, con toda la verdad, que sean comunistas en el sentido de pertenecer al partido. Tales grupos invisibles son incapaces de una acción concertada, a no ser por la dirección de Moscú.

[18] Esto explica, en parte, el favor de que disfrutan en los Estados Unidos las teorías que tienden a demostrar que el capitalismo se está derrumbando de hecho por causas internas. (Véase cap. X.)

La "superestructura" se había movido más rápidamente que el mecanismo propulsor. Era una situación de lo más marxista.

El que estudia dentro de su gabinete puede especular acerca del curso que habrían tomado las cosas si los partidos socialistas, reconociendo el rumbo de los acontecimientos, hubiesen rehusado el caballo de Troya del poder, permaneciendo en la oposición, y hubiesen dejado a la burguesía entenderse con los restos del naufragio dejados por la guerra y por la paz. Tal vez habría sido mejor para ellos, para el socialismo y para el mundo; ¿quién sabe? Pero para los hombres que por entonces habían aprendido a identificarse con sus naciones y a adoptar el punto de vista de la responsabilidad no había elección. Se enfrentaron resueltamente con lo que fundamentalmente era un problema insoluble.

Había un sistema social y económico que no funcionaría, a no ser sobre las líneas capitalistas. Los socialistas podrían dirigirlo, regularlo conforme a los intereses del trabajo, exprimirlo hasta el punto de perjudicar su eficiencia; pero eran incapaces de hacer nada específicamente socialista. Si hubieran tenido que manejarlo lo habrían hecho conforme a su lógica. Habrían tenido que "administrar el capitalismo". Y esto es lo que hicieron. Trataron de revestir sus medidas con frases socialistas y fue aplicado el cristal de aumento, con cierto éxito, a todas las diferencias entre su política y la que se suponía que habría seguido en cada caso la alternativa burguesa. En sustancia, sin embargo, tuvieron que hacer lo que habrían hecho también los liberales o los conservadores en las mismas circunstancias. Pero, aunque era el único camino posible,[19] para los partidos socialistas éste era un camino peligrosísimo de seguir.

No es que lo que hicieron fuese enteramente desesperado o totalmente incapaz de defensa, desde el punto de vista de la fe socialista. Al comienzo del segundo decenio de este siglo los socialistas de Europa podían muy bien haber esperado que, con suerte y dirección cautelosa, se habrían establecido en o cerca de los centros del poder político, a fin de poder conjurar cualquier peligro de "reacción" y afianzar la posición del proletariado hasta el día en que fuese posible socializar la sociedad sin ninguna ruptura violenta; presidirían la eutanasia de la sociedad burguesa y al mismo tiempo asegurarían que el proceso de su muerte marcharía perfectamente y que la víctima no experimentaría un retroceso. A no ser por la presencia de factores distintos de los que entran en el cuadro de la sociedad del socialista o del obrero, esta esperanza podría haberse realizado.

[19] No me propongo discutir, como otra posibilidad, un intento de reconstrucción fundamental sobre la línea rusa. Pues considero demasiado notorio que todo intento semejante habría terminado rápidamente en caos y contrarrevolución.

La defensa desde el punto de vista de la fe podría haberse basado en la afirmación hecha más arriba, a saber: la de que la situación era una situación nueva y no había sido prevista por Marx. La víctima burguesa, volviéndose hacia los socialistas en busca de protección; tal caso no estaba, evidentemente, previsto en su esquema. Podría haberse argumentado que, en tales circunstancias, incluso la mera administración del capitalismo *(administering capitalism)* era un gran paso hacia adelante. Tampoco era una cuestión de administrar el capitalismo en interés capitalista, sino de realizar una labor honesta en el campo de la reforma social y de construir un Estado que girase en torno de los intereses obreros. En todo caso era lo único a hacer si había de elegirse la senda democrática, pues la inmadurez de la situación se afirmaba precisamente por el hecho de que no había mayorías que apreciar para la alternativa socialista. ¡No es de extrañar que los partidos socialistas, que habían resuelto aceptar el poder en tales circunstancias, proclamasen en voz alta su adhesión a la democracia!

Así, pues, la apetencia política del obrero por el poder era susceptible de justificación por las más elevadas razones doctrinales y de interés proletario. El lector no tendrá dificultad en percibir cómo tiene que haber impresionado a los críticos radicales tan consoladora concordancia. Pero como los últimos acontecimientos han inducido a tanta gente a hablar del fracaso de aquella política y a aleccionar a los dirigentes de aquella época sobre lo que deberían haber hecho, quiero subrayar tanto el fundamento racional de sus puntos de vista como el carácter forzado del sistema a que tenían que amoldarse. Si hubo fracaso, sus causas hay que buscarlas en cualquier otra parte que no sea la estupidez y la traición. Para convencernos de esto sólo necesitamos dirigir una ojeada a los casos inglés y alemán.

2. Tan pronto como se apaciguó la orgía de sentimientos nacionalistas que acompañó al final de la guerra, se desarrolló en Inglaterra una situación genuinamente revolucionaria, afirmándose el mal humor de las masas mediante huelgas políticas, por ejemplo. Los socialistas y los laboristas responsables se vieron conducidos tan al unísono por estos acontecimientos —y por el temor de que la nación fuese impulsada de un modo verdaderamente reaccionario—, que de allí en adelante aceptaron una jefatura común, al menos hasta donde resultaba afectada la maniobra parlamentaria. La parte del león del peso combinado correspondió al interés obrero y, dentro del interés obrero, a la burocracia de unos pocos grandes sindicatos, por lo que se desarrolló casi inmediatamente una oposición de intelectuales disgustados. Estos intelectuales ponían objeciones al carácter laborista de la alianza y se declaraban incapaces de ver nada socialista en ella. El oportunismo ideológico de los laboristas presta algún color a este

punto de vista; pero, cargando el acento sobre los hechos de la situación más bien que sobre las consignas, tendremos, sin embargo, que equiparar el conjunto de las fuerzas políticas obreras, en tanto que aceptaban la jefatura de MacDonald, con el Partido Socialdemócrata de Alemania.

Habiendo salido con bien de aquella situación revolucionaria el partido mejoró constantemente su posición hasta que MacDonald llegó al poder en 1924. El y sus hombres hicieron una demostración tan loable que incluso los intelectuales descontentos se sometieron temporalmente. En cuestiones de política extranjera y colonial este gobierno fue capaz de tocar una nota propia, especialmente con respecto a Rusia. En los negocios internos esto era menos fácil de hacer, principalmente porque el radicalismo fiscal había sido mantenido (y continuaba siéndolo) hasta donde era posible en aquellas circunstancias, por gobiernos conservadores que dependían, en parte, del voto obrero. Pero, mientras que en la legislación el gobierno laborista no fue más allá de detalles relativos, se mostró calificado para administrar los negocios de la nación. La excelente realización de Snowden en el cargo de ministro de Hacienda (Chanceller of the Exchequer) habría bastado para mostrar a la nación y al mundo que el laborismo era apto para gobernar. Y esto constituyó por sí un servicio a la causa del socialismo.[20]

Por supuesto que *ese* éxito fue grandemente facilitado, a la vez que toda otra especie de éxito se hizo más difícil o incluso imposible, por el hecho de que el gobierno laborista estaba en minoría y tenía que confiar no sólo en la cooperación de los liberales —con los que tenía mucho de común, como, por ejemplo, sus opiniones librecambistas—, sino también, hasta cierto grado, en la tolerancia de los conservadores. Estaban en una situación muy parecida a la de los conservadores durante sus breves estancias en el poder en los decenios de 1850 y 1860. No habría sido tan fácil para ellos adoptar una actitud de responsabilidad si hubiesen tenido una mayoría. Pero, como se decía más arriba, el mismo hecho de que no la tuvieran debería haber demostrado, incluso a un tribunal marxista, que todavía no había llegado la época para un rumbo de acción más violento, y estaban, en todo caso, en un plano que respondería a los requisitos democráticos.

La masa no apreciaba, sin embargo, todo esto. Todavía menos percibían las masas que debían al partido laborista no sólo lo que el partido mismo cumplía, sino también parte de lo que hacía por ellas su competidor conservador por el voto obrero. Echaban de menos propuestas espectaculares de reconstrucción y promesas de beneficios inmediatos y no sabían lo injustos que eran cuando preguntaban ingenuamente: "¿Por qué no hacen los socialistas algo por nosotros ahora que están en el poder?" Los intelectuales, a quienes no gustaba quedar apartados, se aprovecharon, naturalmente, de la oportunidad que les proporcionaba este estado de humor para atacar el predominio de los laboristas sobre los socialistas verdaderos y para presentar agravios corrientes como terribles errores insensiblemente descuidados por los tiránicos burócratas de las Trade-Unions. Bajo su influencia, el Partido Laborista Independiente se inquietó cada vez más durante los años siguientes de oposición, especialmente cuando Mac Donald se mostró insensible a sus argumentos en pro de un programa más radical.[21] Así, pues, para mucha gente el éxito se parecía mucho a un fracaso y la responsabilidad se parecía mucho a una cobardía.

Esto era inevitable, sin embargo. Las dificultades y peligros inherentes a una política de los partidos socialistas que supone la aceptación del poder en condiciones de "inmadurez" se ilustran todavía mejor por la historia del segundo ministerio de MacDonald.[22] Los historiadores han aprendido a hacer justicia a la calidad política de Sir Robert Peel.[23] Confío en que aprenderán a hacer justicia a la

[20] Además, desde el punto de vista de la técnica de partido, dificultó la situación de los conservadores mucho más de lo que la habría dificultado un radicalismo testarudo.

[21] Ese programa está concebido primordialmente en términos de socialización de la banca y de ciertas industrias clave, y, por tanto, no estaba realmente en la línea del socialismo ortodoxo. Pero en aquellas circunstancias se proclama como lo genuino, mientras que el de MacDonald era tachado de "reformista", término que, con arreglo a su empleo clásico, es igualmente aplicable al programa del Partido Laborista Independiente.

[22] Los lectores pueden echar de menos un comentario sobre la huelga general de 1926. Aunque los dos partidos contendientes tenían interés en reducir al mínimo su importancia sintomática, y aunque las teorías oficiales de la misma habían sido configuradas con arreglo a este interés, fue mucho más que una serie de errores tácticos que se sucedieron en una situación en que el congreso de las Trade-Unions tenía que "fanfarronear" y el gobierno conservador tenía que invocar la fanfarronada *(call the bluff)*. No tenemos más que preguntarnos cuáles habrían sido las consecuencias de un éxito, respecto a la autoridad del gobierno y la democracia, para darnos cuenta de que la huelga fue un acontecimiento histórico de una importancia de primer orden. Si esa arma hubiese resultado eficaz, las Trade-Unions se habrían hecho las dueñas absolutas de Inglaterra y ningún poder político, judicial ni económico habría continuado existiendo al lado de ellas, a no ser que contase con su tolerancia. Y en esta situación no habrían podido seguir siendo lo que eran. Aunque con repugnancia, los dirigentes habrían tenido que utilizar el poder absoluto que se les imponía.

Para nuestro propósito solamente necesitan ser destacados dos puntos. En primer lugar, la situación descrita más arriba, especialmente el descontento que se extendió entre la masa y que fue asiduamente alentado por muchos elementos irresponsables, tuvo mucho que ver con la motivación de la huelga. En segundo lugar, la huelga no perjudicó el poder del partido, como podría haberlo perjudicado. Por el contrario, la derrota parece haber producido una radicalización de las masas, lo cual explica, en parte, el triunfo del partido en 1929.

[23] La analogía se extiende desde ciertos rasgos de la situación política y

de MacDonald. Este tuvo la desgracia singular de llegar en el preciso comienzo de la depresión mundial que, además, fue la causa inmediata del derrumbamiento del sistema internacional encarnado en la Liga de las Naciones.

Los menos podían haber pensado —como fue en realidad— que había llegado una oportunidad para una reconstrucción fundamental. Esto habría dividido la nación en dos, y no puede haber ninguna duda acerca del resultado a que habría dado lugar. Sin embargo, a falta de una reconstrucción fundamental, se recomendaba ampliamente una política de expansión monetaria combinada con una reforma social menos que fundamental —por ejemplo, medidas aisladas de nacionalización y una legislación adicional de seguridad— y acudir a medidas de política mercantilista en el campo de las relaciones internacionales. Pero parte de este programa habría intensificado, indudablemente, la depresión, y el resto del mismo —el abandono de la paridad oro de la libra y el mercantilismo— significaba una ruptura tan radical con la tradición nacional y con la tradición del Partido Laborista mismo que los socialistas difícilmente podrían haberlo llevado a cabo y menos aún hacer de ello un éxito; para llevarlo a cabo de una manera segura y eficaz tenía que ser realizado mediante el consentimiento, es decir, por una coalición.

En tanto que la coalición no fue posible MacDonald y sus hombres se aplicaron a la labor de hacer funcionar el sistema tal como lo encontraron. En tales condiciones era ésta la más difícil de todas las tareas que podían haber emprendido. Mientras todo el mundo clamaba que había que hacer "algo" inmediatamente; mientras los irresponsables de todos los tipos tenían el terreno para ellos; mientras las masas murmuraban, los hombres de negocios desesperaban y los intelectuales hablaban con lenguaje retumbante, ellos defendían con firmeza cada palmo de su terreno. En el interior, mantuvieron el orden en la hacienda, sostuvieron la libra y contuvieron la aceleración de la máquina legislativa. En el exterior, se esforzaron con energía desesperada —y con éxito considerable— por hacer funcionar el sistema de Ginebra y por reducir los peligros y tensiones en todas partes. Cuando había llegado el tiempo, y el interés nacional parecía cubrir el riesgo del partido, se lanzaron y ayudaron a dar existencia al gobierno nacional.

Es un reflejo de melancolía el que, en muchos e importantes casos, una política está abocada a ser tanto más impopular con el público

---

económica con que se enfrentaban ambos hombres (aunque Peel tenía la ventaja de haber entrado en el gobierno *después* de la crisis de 1836-1839) hasta las cuestiones de detalle político. En ambos casos hubo una escisión de partido, temerariamente aventurada y al final temerariamente aceptada; en ambos casos los dirigentes fueron considerados como "traidores".

y con la crítica intelectual cuanto más sensata es. Este es un caso característico. Para el crítico radical que no vincula esta política con la suavidad relativa de la depresión en Inglaterra y con la firmeza de la recuperación subsiguiente no había en ella más que debilidad, incompetencia, tradicionalismo oscurantista, si no abandono traidor de la causa socialista. Lo que, probablemente, fue una de las mejores realizaciones de la historia de la política democrática y uno de los mejores ejemplos de acción decidida con responsabilidad, o de una percepción correcta de una situación económica y social, el crítico lo mira con "bochorno" y disgusto. En el mejor de los casos consideraba a MacDonald simplemente como un mal jockey que había hecho ponerse al caballo de rodillas. Pero la hipótesis que más le atraía era la de que el gobierno de MacDonald se doblegaba a los susurros diabólicos (o peores que diabólicos) de los banqueros ingleses o a la presión de sus sostenedores americanos.

Desgraciadamente, tal dislate es un factor de importancia real y tiene que ser tenido en cuenta en todo intento de prognosis. Puede afectar seriamente a la aptitud de los partidos socialistas para servir la causa de la civilización en la era de transición en que vivimos. Pero si descartamos este elemento, así como también la perogrullada de que todo partido que hace un sacrificio en interés de la nación ha de padecer por él a corto plazo, tendremos poca dificultad en reconocer que a la larga la influencia laborista puede muy bien resultar haber sido vigorizada por la segunda detentación del poder por MacDonald. Nuevamente la analogía con el segundo ministerio de Sir Robert Peel ayudará a ilustrar esto. La mayoría conservadora de Peel se hendió en la disputa surgida con motivo de la derogación de las leyes de granos. El ala peelista, aunque mucho más numerosa e importante que los secuaces personales de MacDonald, se desintegró rápidamente. El partido conservador fue mutilado y se mostró incapaz de subir al poder —aunque figuró en el gobierno tres veces— hasta la gran victoria de Disraeli en 1873. Pero después de ella, y hasta la victoria de Sir Henry Campbell-Bannerman en 1905, ocupó el poder por espacio de unos dos tercios de ese tiempo. Más importante que esto, políticamente hablando, la aristocracia y la *gentry* inglesas mantuvieron el suyo *todo* el tiempo mucho mejor de lo que lo habrían hecho si no se hubiese borrado el estigma del pan de cada día.

De hecho el Partido Laborista recuperó y consolidó rápidamente su posición en el país durante los años que siguieron a la escisión. Puede decirse con seguridad que, incluso en el curso normal de las cosas —esto es, independientemente de la guerra—, los socialistas habrían vuelto al poder antes de mucho, con más poder y mejores probabilidades de éxito, y que habrían podido adoptar una línea más

vigorosa que la que habían adoptado antes. Pero con la misma seguridad puede decirse que, tanto por lo que se refiere a su programa como por lo referente a su capacidad para llevarlo a efecto, su política habría diferido tan sólo en grado de la política de MacDonald, principalmente en algunas medidas singulares de socialización.

3. La carrera de la posguerra del Partido Socialdemócrata alemán difiere, por supuesto, de la del Partido Laborista inglés en muchos aspectos. Pero en cuanto los socialistas alemanes que militaban en el Partido Socialdemócrata hubieron aceptado el gobierno y se dispusieron a combatir al comunismo, se encomendaron a "administrar el capitalismo" igual que sus colegas ingleses. Si aceptamos estas premisas y tenemos en cuenta el hecho de que no tenían (ni puede esperarse que la tengan en el futuro previsible) una mayoría ya en el Parlamento Federal, o en la Dieta Prusiana, o en la población, todo lo demás se sigue con lógica inexorable. En 1925 la población total era de unos 62 millones. El proletariado (los obreros y sus familias, incluyo a los sirvientes domésticos) no llegaba a la cifra de los 28 millones y parte del voto de esta clase fue a otros partidos. La población "independiente" no era mucho menos numerosa —alrededor de los 24 millones— y en gran medida impenetrable a la persuasión socialista. Aun cuando excluyamos un estrato superior —pongamos un millón— y nos limitemos a los grupos que cuentan en las elecciones —campesinos, artesanos, comerciantes al por menor—, no había mucho que conquistar allí no sólo por el momento, sino aun para el futuro próximo. Entre estos dos grupos estaban los empleados de cuello y corbata, no menos de 10 millones, incluyendo a sus familias. El Partido Socialdemócrata se daba cuenta, por supuesto, de que esta clase mantenía la posición clave y hacía grandes esfuerzos por conquistarla. Pero, a pesar de un considerable éxito, estos esfuerzos sólo sirvieron para mostrar que el cuello blanco es una barrera más seria de lo que debiera ser con arreglo a la teoría marxista de las clases sociales.[24]

Así, pues, aun cuando los comunistas hubiesen sido aliados de los socialdemócratas en lugar de ser sus más enconados enemigos, el partido habría estado aún en minoría. Es verdad que la mayoría no socialista no les era activamente hostil en todas sus acciones: los liberales del ala izquierda (el Partido Democrático del Pueblo), más fuertes en talento que en número, estuvieron siempre dispuestos a la cooperación (hasta cierto punto). Es también cierto que esta mayoría estaba dividida en muchos grupos que eran completamente incapaces de actuar al unísono y cuyos miembros y sostenedores no eran ni con mucho tan disciplinados como los mismos socialdemócratas. Pero la gente sensata, que no podía ni quería embarcarse en aventuras peligrosas, sentiría, sin embargo, que no había para ellos más que una línea que adoptar —la línea de la democracia— y que esta línea exigía una coalición. El partido mejor calificado para el papel de aliado era el partido católico (el centro). Era poderoso. Antes del advenimiento de Hitler parecía que nada podría hacer vacilar la lealtad de sus sostenedores. Su organización era excelente. Con tal que los intereses de la Iglesia estuviesen salvaguardados estaba dispuesto a ir casi tan lejos en la reforma social de índole inmediatamente práctica como los socialistas mismos y, en algunos aspectos, incluso más allá. No albergando tampoco ningún sentimiento especialmente ferviente por las dinastías desplazadas, apoyaba honradamente la Constitución de Weimar. Al fin y al cabo, acogió bien los conciertos para compartir los empleos que habían de garantizar sus reservas. Este entendimiento sobrevino con lo que al observador extraño podría parecer una facilidad sorprendente. Los socialistas trataron a la Iglesia Católica con suma deferencia y tacto. No pusieron dificultades a un concordato con el Papa que dio al clero más de lo que había tenido nunca con los heréticos Hohenzollern. En cuanto a la política, apenas hubo disensiones en absoluto.

[24] Cuando se enfrentan con este hecho los socialistas se consuelan, por lo general, con los argumentos de que los empleados no socialistas no son más que ovejas descarriadas que todavía no han encontrado su verdadero lugar político, pero que están seguros de que terminarán por encontrarlo, o de que se les impide unirse al partido por la implacable presión ejercida por sus patronos. El primer argumento no convence a nadie fuera de la grey marxista; ya hemos visto que la teoría de las clases sociales es uno de los eslabones más endebles de la cadena marxista. El segundo argumento es falso de una manera notoria. Por mucha verdad que pudiera haber tenido en otros tiempos los patronos alemanes del segundo decenio de nuestro siglo no estaban, salvo excepciones sin importancia cuantitativa, en situación de influenciar el voto de sus empleados.

Pero aunque esta alianza era fundamental ningún partido de los que profesaban su adhesión a la Constitución de Weimar estaba excluido de los cargos políticos. Los demócratas, los liberales nacionales, los nacionales (conservadores), eran todos admitidos, incluso a los puestos de alto mando. Coalición como principio universal significaba compromiso como principio universal. De hecho se hicieron con facilidad las concesiones necesarias respecto a las medidas políticas. Al ejército se le dejó tranquilo, prácticamente bajo la dirección de su propia elección, y se le proveyó adecuadamente de medios. La Prusia Oriental fue subvencionada y la agricultura en general fue objeto de una solícita atención. Algunas consecuencias de esto, que no concordaban por completo con las declaraciones socialistas, se hicieron más aceptables para el proletariado, que pagaba la cuenta, llamando a esto planificación; tal vez el lector sienta que no hay nada nuevo bajo el sol.

En su actitud hacia las masas industriales y hacia su propio programa el Partido Socialdemócrata se laborizó él mismo. Al principio se hizo un pago en prenda mediante la aprobación de un proyecto de ley muy moderado, cuyo rasgo más radical consistía en la palabra socialización que se insertaba en su título (1919). Pero los socialistas dejaron pronto a un lado todo esto para dedicarse a la legislación laboral de la especie que se hizo familiar a los americanos con el New Deal. Esto satisfizo a los sindicatos, cuya burocracia se permitió cada vez más formar la sección operante del organismo de formación de la política del partido.

Esto podría pensarse que debería haber sido difícil para un partido con una tradición marxista que seguía predominando en las escuelas del partido. Pero no lo fue. A excepción de una cierta cantidad de defección comunista, los intelectuales, cuya oposición dentro del partido podía haberse esperado que surgiera, fueron mantenidos bien entre manos. A diferencia del partido inglés, el alemán se había asentado en el aparato administrativo del Reich, de los Estados y de las municipalidades. Además, en su prensa y en otras partes tenía muchos empleos propios que ofrecer. Este patronazgo fue activamente utilizado. La obediencia significaba ascenso en la Administración, en la carrera académica, en las numerosas empresas públicas, etc. Estos medios eran eficaces para poner el freno a los radicales.

El firme dominio que adquirieron los socialdemócratas sobre todas las partes de la maquinaria de la administración pública no sólo dio como resultado una disciplina más estricta, sino que también ayudó a aumentar el número de sus miembros, y, más allá de esto, el voto con que el partido podía contar. Por supuesto, también aumentó su poder por otros derroteros. Por ejemplo, los socialistas se aseguraron el poder dominante en el Estado Libre de Prusia. Esto les dio el dominio de la fuerza de Policía, y tuvieron mucho cuidado de elegir miembros del partido o miembros que tenían una carrera de confianza para presidentes de la Policía (jefes de Policía) de las grandes ciudades. De esta forma afianzaron su campo hasta que su posición parecía inexpugnable conforme a todas las normas ordinarias. Y, también de acuerdo con todas las reglas ordinarias del análisis político, incluso un marxista ortodoxo podría haberse consolado argumentando que podrían vivir con todo confort en aquellas trincheras hasta que las cosas mismas, en su curso secular, trocasen en mayoría la minoría y descorriesen las cortinas que encubrían por entonces la última meta. Cita del *Manifiesto Comunista*...

Independientemente del funcionamiento interno del partido, su posición política, así como la situación social general, parecían eminentemente estables. Aún más: aunque puedan criticarse muchas de las medidas legislativas y administrativas, en conjunto, la política de la coalición laboró en pro y no en contra de la estabilidad. Mucho de lo que se hizo exige nuestro respeto sincero. Nada de lo ocurrido puede justificar otra situación más grave que la del natural descontento a que da lugar todo régimen al que falta autoridad y prestigio. La única excepción posible a esto radica en la esfera financiera. Parte de las realizaciones culturales y políticas de este sistema de gobierno estaba asociada a un gasto público grande y rápidamente creciente. Además, este gasto estaba financiado por métodos que —aunque entre ellos figuraba con gran éxito el impuesto sobre las ventas— agotaban las fuentes de acumulación. En tanto que continuaba la afluencia de capital extranjero todo iba relativamente bien, aunque las dificultades presupuestarias e incluso de numerario comenzaron a aparecer desde más de un año antes de que cesara. Cuando cesó esta afluencia surgió aquella situación bien conocida que habría minado la posición del más magnetizante de los caudillos. En conjunto, sin embargo, los críticos socialistas del partido y de su conducta durante este período de ejercicio del poder tendrán derecho a jactarse de una aportación nada mezquina si, en el caso de que se instalen alguna vez en el poder, lo hacen igualmente bien.

V. LA GUERRA ACTUAL Y EL FUTURO DE LOS PARTIDOS SOCIALISTAS

En qué medida afectará la guerra actual al destino de los grupos socialistas existentes depende, por supuesto, de su duración y de su resultado. Para nuestro propósito no encuentro ninguna finalidad a especular sobre esto. Vamos a considerar, sin embargo, por vía de ejemplo, dos casos de entre un gran número de casos posibles.

Incluso ahora (julio de 1942) muchos observadores parecen esperar que Rusia surgirá de la guerra con un gran aumento de poder y prestigio en caso de que Stalin resulte como el verdadero vencedor. Si esto fuese así, no se sigue necesariamente que haya de traer como consecuencia una revolución mundial comunista, ni siquiera que haya una "rusificación" de la Europa continental acompañada de un exterminio de los estratos superiores y un saldo de cuentas con los grupos socialistas no comunistas (y trostkistas). Pues aun prescindiendo de una posible resistencia angloamericana a la expansión del poder ruso, no es cierto que el autointerés de la autocracia rusa descanse en esa dirección. Pero es cierto que las probabilidades para tal consumación —realización plena del programa de Lenin— aumentarían inconmensurablemente. Por mucho que esta revolución mundial pudiera diferir de la idea marxista dejaría, indudablemente, de ser una

quimera para aquellos que quieran aceptarla como un sustitutivo. Y no sólo con relación a Europa.

En este caso estaría sellado el destino del socialismo ortodoxo y de todos sus soportes. Y lo mismo sería, en el continente europeo, en el caso de que saliesen triunfantes las potencias fascistas. Sin embargo, si suponemos de nuevo la completa victoria de la alianza angloamericanarrusa —es decir, una victoria que obligue a una rendición incondicional, pero con todos los honores, impuesta por Inglaterra y los Estados Unidos—, entonces vemos fácilmente que el socialismo ortodoxo del tipo socialdemócrata alemán o de un tipo aún más laborista tiene mucha más probabilidad de sobrevivir en el continente europeo en todo caso durante algún tiempo. Una razón para creer esto es que la gente, si encuentra cerradas las rutas tanto bolchevistas como fascistas, puede muy bien volver a la república socialdemócrata como la más clara de las elecciones que le restan. Pero hay una razón mucho más importante: el socialismo laborista gozará del favor de los vencedores. La consecuencia de una victoria tan completa como la que estamos considerando será la dirección angloamericana de los negocios del mundo, una especie de gobierno angloamericano que, por las ideas que vemos tomar forma ante nuestros ojos, podría denominarse Imperialismo Etico. Una ordenación mundial de esta especie, en la que los intereses y ambiciones de las demás naciones tan sólo contarían hasta donde fuesen comprendidos y aprobados por Inglaterra y los Estados Unidos, solamente puede establecerse mediante la fuerza militar y mantenerse mediante la disposición permanente para emplear la fuerza militar. Es tal vez innecesario explicar por qué, en las condiciones políticas y económicas de nuestro tiempo, esto significaría para estos dos países una organización que como mejor se califica es de socialismo militarista. Pero es claro que la tarea de dirigir y fiscalizar el mundo se facilitaría mucho, de una parte, mediante el resurgimiento y nueva creación de Estados pequeños o ineficientes en Europa, y, de otra parte, instalando gobiernos de tipo laborista y socialdemócrata. Especialmente en Alemania e Italia las ruinas de los partidos socialdemócratas constituirían el único material político con el que construir gobiernos que podrían aceptar esta ordenación mundial por espacio de más tiempo que un período de postración y cooperar con los organismos del protectorado mundial sin reservas mentales. Sea como fuere, ésta es la oportunidad del socialismo liberal.

Desde el punto de vista de este libro, sin embargo (si bien desde ningún otro), todo esto es de importancia secundaria. Cualquiera que sea el destino de los *grupos* socialistas particulares no puede haber ninguna duda de que la actual conflagración significará —inevitablemente en todas partes e independientemente del resultado de la guerra— otro gran paso hacia el *orden* socialista. Para establecer esta prognosis basta con una apelación a la experiencia de los efectos de la primera guerra mundial sobre la estructura social de Europa. Esta vez, sin embargo, el paso será dado también en los Estados Unidos.

Pero esa experiencia, aunque sea una guía valiosa, es una guía inadecuada. Ha transcurrido un cuarto de siglo. Esto no es un lapso despreciable ni siquiera con relación a las fuerzas seculares que laboran por el socialismo en el sentido explicado en la parte II. Independientemente de todo lo demás, al final de esta guerra nos enfrentaremos con una situación económica, con una atmósfera social, con una distribución del poder político sustancialmente diferentes de las de 1918. Mucho ha sucedido, sin embargo, durante estos veinticinco años que no podría haberse vaticinado tan sólo por las tendencias seculares. Entre otras cosas había la gran depresión que, al chocar con una situación delicada, sacudió los edificios sociales hasta sus cimientos, y en ninguna parte más que en los Estados Unidos. Todavía más eficaz en el socavamiento de estos edificios fueron las medidas políticas con las que se trató aquella depresión. Y esto tiene que ser atribuido en gran medida a configuraciones políticas que eran en parte accidentales. Las consecuencias son obvias. En particular, se han desarrollado enormes burocracias que ahora son lo suficientemente poderosas para mantener su terreno y para servir de instrumento a políticas de reconstrucción fundamental.

En ningún país se reducirá el impuesto de guerra sobre los negocios y la clase mercantil en la proporción en que se redujo después de 1919. Esto puede bastar por sí mismo para paralizar los motores del capitalismo de una manera definitiva y proporcionar así otro argumento para la dirección del gobierno. La inflación, aun cuando no vaya más allá de lo que es inevitable, por ejemplo, en los Estados Unidos, en el sistema político actual, puede hacer el resto, tanto directamente como indirectamente, a través de la radicalización de los accionistas expropiados y de las políticas de seguros. Además, en ninguna parte se liquidarán las intervenciones de guerra en la extensión en que pudiera hacernos creer la experiencia de los años que siguieron a 1918. Se emplearán para otros usos. En los Estados Unidos ya se están dando pasos para preparar a la opinión pública para la dirección gubernamental de los ajustes de la posguerra y para alejar a la alternativa burguesa. Finalmente, no hay razón para creer que los gobiernos aflojen nunca la presa que han ganado en el mercado de capitales y en el proceso de inversión. Por supuesto, esto no compendia el socialismo. Pero el socialismo puede imponerse, en tales condiciones, como la única alternativa practicable para los puntos muertos y la fricción incesante.

Los detalles y las frases diferirán, por supuesto, en los distintos países. Lo mismo ocurrirá con las tácticas políticas y los resultados económicos. La evolución inglesa es relativamente fácil de prever. Los laboristas han entrado en el gobierno de Churchill en respuesta a la llamada de emergencia. Pero, como se ha señalado anteriormente, estaban ya bastante adelantados en el camino hacia el ministerio y el poder independientemente de toda emergencia. Por lo tanto, estarán muy naturalmente en situación de dirigir la reconstrucción de la posguerra solos —lo que puede resultar el método más eficaz— o en una coalición que dominasen ellos. La economía de guerra habrá realizado alguno de sus fines inmediatos. Hasta un grado considerable solamente tendrán que mantener lo que ya han conseguido. Un mayor avance hacia la meta socialista puede esperarse que sea relativamente fácil en unas condiciones en que a los capitalistas no les queda mucho por qué combatir. Y puede resultar que dejen éstos el paso franco y se lleve a cabo la socialización de una manera serena, ordenada y en gran medida mediante el consentimiento. Por muchas razones, pero principalmente a causa de la debilidad del partido socialista oficial, la prognosis es menos fácil en el caso de los Estados Unidos. Pero los resultados últimos no han de ser, probablemente, diferentes, aunque las consignas es casi seguro que lo serán, así como los costos, tanto del bienestar como de los valores culturales.

Repetimos una vez más: lo único que puede predecirse es el socialismo en el sentido definido en este libro. Ninguna otra cosa puede predecirse. En particular, hay poca razón para creer que este socialismo significará el advenimiento de la civilización con que sueñan los socialistas ortodoxos. Es mucho más probable que presente rasgos fascistas. Esa sería una extraña respuesta a la predicación de Marx. Pero la Historia consiente, a veces, bromas de gusto dudoso.

28

LAS CONSECUENCIAS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Mundus regitus parva sapientia

Ahora (julio 1946) puede añadirse un poco más a lo que se ha dicho en la última sección acerca de los efectos de la guerra en la estructura social de nuestra época y de la situación y perspectivas de los grupos socialistas ortodoxos (esto es, no comunistas). En julio de 1942 era obvio que, cualquiera que fuese la suerte de los *grupos* socialistas particulares, se daría otro gran paso hacia el *orden* socialista y que esta vez el paso se daría también en los Estados Unidos. Estaba también claro que el destino de los grupos socialistas existentes dependería de la duración y del resultado de la guerra. Se sugería, finalmente, que, en el caso de una victoria completa (que implicase una rendición incondicional del enemigo) de la alianza angloamericanarrusa, los resultados para el socialismo ortodoxo diferirían según que Stalin surgiese como el verdadero vencedor o que todos los honores los ganasen Inglaterra y los Estados Unidos. En la última eventualidad el socialismo ortodoxo del tipo de la socialdemocracia alemana o el laborismo del tipo inglés tendrían una buena oportunidad para mejorar su posición en el continente europeo.

Stalin ha surgido como el amo de la Europa oriental. Inglaterra y los Estados Unidos luchan por mantener alguna influencia en la Europa central y occidental. El destino de los partidos socialistas y comunistas refleja estas condiciones. Pero hay otro elemento que puede afectar sustancialmente a la situación social de todo el mundo, a saber: el desenvolvimiento económico de los Estados Unidos, que puede pronunciarse posiblemente en favor del orden capitalista. Este capítulo tratará, por tanto, en primer lugar, de la situación del socialismo ortodoxo y del laborismo y, en particular, de la situación de Inglaterra; en segundo lugar, de los posibles efectos de un notable éxito industrial en los Estados Unidos; en tercer lugar, de los posibles efectos de un éxito político de Rusia. Nuestra argumentación se divide así, naturalmente, en tres partes, a saber:

I. Inglaterra y el socialismo ortodoxo.
II. Posibilidades económicas de los Estados Unidos.
III. Imperialismo y comunismo rusos.

I. Inglaterra y el socialismo ortodoxo

Muchos hechos vienen a mostrar que, si prescindimos de la participación rusa en la victoria, los efectos de la segunda Guerra Mundial sobre la situación social de Europa habrían sido similares a los de la primera Guerra Mundial, sólo que más vigorosos. Es decir, habríamos presenciado una aceleración de la tendencia existente hacia una organización socialista de la producción *en el sentido definido en este libro.*

El más importante de esos hechos es el triunfo del Partido Laborista inglés. Como se ha señalado en el capítulo anterior, este triunfo había que esperarlo y no debe haber sorprendido a nadie. Tampoco fue más completo de lo que habíamos esperado. A causa del sistema electoral inglés, la redistribución efectiva de los escaños puede darnos un cuadro exagerado. Hubo unos doce millones de votos laboristas contra unos diez millones de votos conservadores. Los días del liberalismo ya han pasado, por supuesto; pero aun la docena que sobrevive de miembros liberales representa más votos que setenta y dos miembros laboristas tomados al azar. En otras palabras: en un sistema de representación proporcional el Partido Laborista no habría obtenido una mayoría parlamentaria sobre los conservadores y los liberales combinados, si bien una coalición laboristaliberal habría disfrutado de un margen confortable. Precisamente el fundamento racional del sistema electoral inglés es producir gobiernos fuertes y evitar los puntos muertos. Esto es lo que ha sucedido en este caso. Pero la situación nacional, como situación distinta de la parlamentaria, no es, sin embargo, indiferente para una estimación de lo que es y de lo que no es políticamente posible. La inferencia manifiesta del caso se ha fortalecido por el hecho de que los grupos que se encuentran a la izquierda del Partido Laborista oficial dejaron visiblemente de mejorar su posición parlamentaria: el Partido Laborista Independiente conservó exactamente sus tres escaños y los partidos de la Commonwealth, más el comunista, perdieron uno de los cuatro que tenían anteriormente. En consideración a las muchas razones que había para esperar una "radicalización", esto es verdaderamente notable y una prueba sorprendente de la madurez política de Inglaterra.

Esta situación está abocada a afirmarse. De hecho se ha afirmado ya, tanto en la índole del gabinete como en las medidas adoptadas o prefiguradas. Se ruega al lector que vuelva a leer lo que se ha escrito en este libro bajo la rúbrica de "La política socialista antes de la promulgación del socialismo" (capítulo XIX, sección IV). Observará, en primer lugar, que todo lo que el gobierno laborista hace o se propone hacer está de acuerdo con el espíritu y los principios del programa allí bosquejado, y, en segundo lugar, que la práctica efectiva no llega casi a tal punto. La nacionalización del Banco de Inglaterra, en particular, es un símbolo altamente significativo y puede, por tanto, mantenerse como un jalón histórico. Pero su importancia práctica puede muy bien considerarse nula: el Banco ha sido prácticamente un departamento de la Tesorería desde 1914 y en las condiciones moderadas ningún banco central puede ser otra cosa. Y medidas tales como las tomadas acerca del carbón o la legislación de empleo total apenas encuentran polémicas, al menos en Inglaterra. Dada la manera como el gobierno laborista las trata o se propone tratarlas imperará un consentimiento casi universal. Los torneos sobre cuestiones fundamentales de principio alentarán el trabajo serio, pero no porque estas cuestiones o las diferencias sobre ellas sean de tanta importancia, sino porque los gobiernos y los parlamentos no pueden vivir sin ellas. Todo esto es como debiera ser. Indudablemente, es una vez más un caso de administración del capitalismo; pero, tanto a causa de la guerra como del transcurso del tiempo, esto se hará con un propósito más claro y con una mano más firme que antes y teniendo más claramente a la vista una liquidación definitiva de la empresa privada. Tres puntos merecen, sin embargo, una atención particular.

En primer lugar, es precisamente esta conformidad casi ideal de la acción política con los datos de la situación social y económica lo que es tan importante y, desde el punto de vista de la sociedad basada en la propiedad privada, tan peligrosa. Sea lo que fuere lo que digan los extremistas intelectuales —y, por supuesto, la actitud del gobierno laborista constituye un quehacer para ellos—, el paso hacia una Inglaterra socialista será tanto más sustancial porque hay muy poco disparatado en él. Pasos tan responsablemente dados no tendrán que ser desandados. Impidiendo los desórdenes, puede ser evitado con éxito el desastre social, político y económico. Si el gobierno consigue mantenerse en su línea cumplirá exactamente la tarea que figura entre las tareas de los gobiernos laboristas sin poder (como era el de MacDonald; véase más arriba, cap. XXVII, sección IV) y las tareas de los gobiernos laboristas del futuro, cuya mayoría parlamentaria tendrán un paralelo en una mayoría del electorado. Esta es la única esperanza para el socialismo democrático. Tal esperanza, conforme existía en el continente europeo, está, por supuesto, vigorizada en cierto modo por el paradigma inglés.

En segundo lugar, hemos observado en el capítulo anterior que los primitivos pensadores socialistas no previeron nunca, ni podían haber esperado prever, una situación en la que el poder político fuese impuesto a los trabajadores y en la que la víctima burguesa se vol-

viese hacia ellos en demanda de protección. También hemos observado otra cosa que no previeron ni podían prever, a saber: la extensión en que resultaría posible expropiar la estructura burguesa sin destruir *formalmente* el marco legal del orden capitalista y por métodos tan poco revolucionarios como la imposición de tributos y las medidas de política de salarios. La tributación de guerra y las intervenciones de guerra no pueden ser, ciertamente, mantenidas en su plenitud. Pero apartarse de ellas puede llevar a un alto en una línea en que algunos de los puntos más populares del programa socialista se cumplen automáticamente. La igualación de rentas por los impuestos se ha llevado ya tan lejos como para perjudicar la eficiencia de los "especialistas" —para emplear la frase rusa—, tales como los médicos o ingenieros. Esto se hace realmente por medio de un aparato tosco y costoso, y puede suceder antes de mucho para la gente que sea mejor limitar las rentas a lo que los impuestos directos habrían de dejar de ellas en lugar de entregar también lo que tendría que recobrarse. En todo caso, sin embargo, la naranja a exprimir, y con ella mucha retórica radical, puede secarse.

En tercer lugar, supongamos que en la próxima elección mejora el laborismo su posición actual y gana el apoyo de una mayoría sustancial del electorado. ¿Qué ha de hacer el gobierno? Puede ir un poco más allá en la dirección de igualar las rentas; puede mejorar los servicios sociales, sobre el Plan Beveridge y sobre otras líneas, un poco más allá de lo que los mejoraría cualquier gobierno; iría considerablemente más allá en la socialización de las industrias. Pero nada de esto sería fácil. Ya hemos visto que, en las condiciones de la Inglaterra actual, hay poca objeción puramente económica a una gran medida de socialización. Tampoco es probable que la resistencia burguesa resulte un obstáculo serio: Inglaterra depende del trabajo de sus industriales mucho más que Rusia en 1917; pero, a menos que se antagonicen innecesariamente, puede asegurarse su cooperación. Finalmente, tampoco necesitamos conceder mucha importancia al argumento, que tanto llama la atención de los más ardientes partidarios de la socialización, a saber: de que el sistema de gabinete no es adecuado para la labor de llevar a cabo la socialización; los intelectuales que se deleitan en la visión de los métodos dictatoriales pueden dudar, en verdad, de su eficacia, pero es el único sistema utilizable para llevar a cabo la socialización democráticamente; la administración efectiva de las industrias socializadas requerirá, por supuesto, órganos semiautónomos con los que tendrán que cooperar los gabinetes, como lo hacen, por ejemplo, con el Estado Mayor general de sus ejércitos. Pero el problema real es el de la mano de obra. A no ser que la socialización haya de significar un derrumbamiento económico, un gobierno socializador no puede tolerar la práctica actual de las trade-unions. El más irresponsable de los políticos tendría que enfrentarse, en el caso considerado, con el problema básico de la sociedad moderna que solamente ha resuelto Rusia, esto es, el problema de la disciplina industrial. Un gobierno que se propone socializar en una gran extensión tendrá que socializar las trade-unions. Y, siendo las cosas como son efectivamente, es lo más difícil de todo de socializar. No es que el problema sea insoluble. En Inglaterra las oportunidades para una solución afortunada mediante el método político de la democracia son mayores que en ninguna otra parte. Pero el camino de la solución puede ser tortuoso y largo.

Excepto para el elemento ruso la situación política en el continente europeo es esencialmente similar. Allí donde hay una libertad de elección observamos una fuerte tendencia de las masas a mantener o a restituir su adhesión bien a los partidos socialdemócratas o a los partidos católicos. Los ejemplos más notorios son los de los países escandinavos. Pero incluso en Alemania puede descubrirse una tendencia similar, y puede afirmarse con seguridad que, si fuera libre y no estuviese colocada bajo la influencia de los vencedores, de toda la miseria actual surgiría algo muy parecido a la República de Weimar. Aunque la prueba a este efecto está en parte invalidada por el favor mostrado a los socialdemócratas por las autoridades inglesas y americanas, se encuentra vigorizada por el hecho de que las autoridades rusas han permitido también la reconstrucción de una organización socialdemócrata en su zona. Las condiciones políticas y económicas imposibles, impuestas de una manera irracional al pueblo alemán, desacreditarán, por supuesto, a los gobiernos laboristas, y, tal como son, aniquilarán sus oportunidades de restablecerse. Pero todavía, si por hacer un experimento mental decidimos pasar por alto el elemento ruso del caso, y si, además, decidimos postular que los Estados Unidos e Inglaterra actúan con relación a Alemania de una manera dictada a la vez por la decencia común y por el sentido común, éstas serán la diagnosis y prognosis generales a adoptar. Una prognosis similar se sugiere para otros países, si bien con diversas limitaciones, tales como la que suponen regímenes laboristas —en los países católicos— con grupos comunistas no demasiado importantes en su interior, a la izquierda de ellos, y una política más avanzada que la del segundo decenio de este siglo, pero todavía en la misma dirección, con todo lo que esto implica, económica, política y culturalmente. El pequeño ejemplo de Austria es instructivo. Los Socialistas Cristianos (partido católico que contiene los elementos conservadores) salieron bien, los comunistas mal y los socialdemócratas volvieron a ganar casi su antigua posición, con la mayoría de sus antiguos dirigentes supervivientes

bien atrincherados en el alto mando del partido. Ni siquiera los programas han cambiado grandemente en lo que atañe a los principios generales. El reciente paso hacia la socialización no ha sido dado al azar. Los casos de los demás países pequeños, en tanto que sean independientes de Rusia, entran dentro del mismo tipo, y así ocurre con el de Italia. El caso francés difiere de este tipo por la fuerza que tienen los comunistas (véase más abajo, sección III). Y solamente nuestra incapacidad para comprender cualquier sistema que no sea el nuestro nos impide darnos cuenta de que el caso español es relativamente el más problemático de todos.[1]

II. LAS POSIBILIDADES ECONÓMICAS DE LOS ESTADOS UNIDOS

1. Redistribución de la renta mediante la imposición.
2. La gran posibilidad.
3. Condiciones para su realización.
4. Problemas de la transición.
5. La tesis del estancamiento.
6. Conclusión.

1. Al discutir el caso inglés, hemos observado que en las condiciones modernas —en una extensión no soñada por los socialistas del siglo XIX— es posible extraer del estratum burgués, por medio de la imposición y de la política de salarios, la gran masa de lo que en la terminología marxista se llama Plus Valía.[2] La observación es aplicable a los Estados Unidos. En una extensión que generalmente no es apreciada el New Deal fue capaz de gravar la renta de los grandes contribuyentes incluso antes de plantearse la situación de guerra. Bastará una indicación que muestra tan sólo los efectos del aumento del impuesto de la Renta (personal) y la sobretasa *hasta 1936:* en 1929, cuando la renta total percibida se estimaba en 80,600 millones de dólares, los perceptores de más de 50,000 dólares (renta imponi-

[1] El régimen de Franco reproduce simplemente un sistema institucional que, por necesidades que deben comprenderse fácilmente, se ha asentado bien en la España decimonónica. Franco ha hecho y hace lo que hicieron antes que él Narváez, O'Donnell, Espartero y Serrano. El hecho de que la desdichada España se haya convertido en la actualidad en la pelota de futbol del juego de la política internacional de poder, en el que nada tiene que ganar, es causa de una propaganda que oscurece un estado de cosas muy simple.

[2] El lector observará, por supuesto, que esta proposición no afirma nada acerca de los efectos de tal política sobre el volumen —y tipo de aumento a largo plazo— de la renta nacional. En particular no excluye la posibilidad de que la mano de obra pudiera percibir menos renta real (en cantidd total y en largo plazo), si se igualasen por completo las rentas de la que percibiría si el total de la plus valía marxista acreciese el estato "capitalista".

ble) retenían una cantidad líquida de 5,200 millones después de pagar el impuesto sobre la renta y la sobretasa; en 1936, en que la renta local percibida es estimada en 64,200 millones de dólares y la cantidad líquida retenida no llegaba a los 1,200 millones completos[3] la renta imponible que excedía de los 100,000 dólares era *incluso entonces* totalmente absorbida si se tienen en cuenta los impuestos de los Estados. Desde el punto de vista del radicalismo ingenuo lo único malo de estas y otras medidas subsiguientes de confiscación es que no iban bastante lejos. Pero esto no altera el hecho que nos interesa por el momento, a saber: que independientemente de la guerra se ha efectuado, en realidad, una enorme transferencia de riqueza, transferencia que cualitativamente es comparable a la efectuada por Lenin. La distribución actual de las rentas disponibles puede compararse perfectamente con la distribución que prevalece actualmente en Rusia, especialmente en consideración al hecho posterior de que, a causa de la mayor importancia que en los presupuestos de la gente adinerada tienen las prestaciones personales y las mercancías, que llevan incorporado relativamente mucho trabajo, el poder adquisitivo del dólar del mayor contribuyente ha bajado mucho más en los Estados Unidos que el dólar del menor contribuyente.[4] Además, podemos repetir tam-

[3] Véase el artículo altamente instructivo de I. de Vegh: *Saving, investment and Consumption* (Ahorros, inversión y consumo), en la *American Economic Review* (Papers and Proceedings of the 53d Annual Meeting, febrero, 1941, págs. 237 y sigs.). Como allí se explica, los datos por los que fueron calculadas las sumas retenidas excluyen de la renta los valores del Estado, exentos totalmente de impuestos, e incluyen las ganancias de capital. Además, estas sumas no son comparables rigurosamente, por supuesto, a las cifras de renta total percibida (cómputos comerciales), las cuales pueden considerarse, sin embargo, como índices de las cifras comparables. La razón por la que no he tomado simplemente las últimas (de las *Statistic of Income)* es obvia; pero la elección de los años de comparación necesita una explicación: 1929 fue el año en el que las rentas superiores a 50,000 dólares, después de pagados el impuesto y la sobretasa sobre la renta, llegaron a un máximo absoluto; 1936 ha sido elegido porque fue el último año que no fue afectado por el retroceso de 1937-1938, en primer lugar, y que estuvo completamente exento de las influencias de guerra que se afirmaron a partir de 1939, en segundo lugar.

[4] Una comparación entre los diferentes países es, por supuesto, difícil, y tal vez no sea nunca convincente. Pero la ley de Rusia de 4 de abril de 1940, relativa al impuesto sobre la renta revela que las rentas inferiores a 1,812 rublos anuales estaban sujetas al mismo. Revela también la existencia de rentas superiores a los 300,000 rublos, las cuales tributaban entonces al tipo del 50 por 100. Prescindamos ahora por completo del impuesto sobre las rentas más bajas y supongamos que la renta tipo del grupo de los 1,812-2,400 rublos es la de 2,000 rublos; supongamos, además, que la renta líquida *retenida* tipo del grupo más elevado no es superior a 150,000 rublos (aunque los 300,000 rublos antes de pagar el impuesto eran un límite inferior). Entonces descubrimos que el tipo superior era 75 veces mayor que el inferior. Aun cuando supongamos que el equivalente americano para 1940 (no en poder adquisitivo, por supuesto, sino en el sentido de posición equivalente en la escala de renta) del tipo inferior es tan bajo como 1,000 dólares, no encontraremos, evidentemente, mucha base en la distribución de las rentas líquidas *retenidas* de los

bién otra observación hecha anteriormente relativa a Inglaterra. La presión sobre los grandes contribuyentes no está, por supuesto, limitada a "50,000 dólares en adelante". Se extiende en un grado decreciente hasta las rentas de 5,000 dólares. Y no puede haber ninguna duda, especialmente en el caso de los médicos que se encuentran en las categorías medias del éxito profesional, que esto da a veces como resultado una pérdida de una eficiencia muy necesaria.

Hasta aquí, pues, el efecto causado sobre la estructura social por la guerra y las perturbaciones obreras que eran su consecuencia natural se parecería mucho al de Inglaterra. El hecho de que en los Estados Unidos no hay un partido laborista nacional bien organizado podría hacernos especular acerca de la posibilidad de una evolución sobre la línea del socialismo guildista en lugar de una evolución hacia un socialismo centralista. Por lo demás, este hecho por sí solo vigoriza la defensa de la prognosis que ha sido elaborada en este libro, pues los grupos que presionan son tan poderosos como los partidos y mucho menos responsables, y, por lo tanto, arietes de demolición más eficaces.

2. Pero hay otro hecho relativo a la situación social de los Estados Unidos que no tiene análogo en ninguna otra parte del mundo y es concebible que pueda afectar a nuestra diagnosis relativa a las probabilidades del sistema de empresa privada, al menos durante un corto plazo de cincuenta años o así, a saber: el colosal éxito industrial que estamos presenciando. Algunos observadores parecen pensar que este éxito, que ha ganado la guerra y que, además, ha protegido a la mano de obra americana de la privación, dominará también la situación de la posguerra en una extensión que puede aniquilar toda la defensa del socialismo en tanto se trata de un socialismo de una

Estados Unidos (incluso prescindiendo de las reducciones motivadas específicamente por las exigencias de la financiación de la guerra) para sostener, a la luz del paradigma ruso, las frases corrientes acerca de las atroces desigualdades, de la "concentración de poder", en el grado en que puede medirse por la concentración de la renta, y otras por el estilo. La prueba presentada en el célebre libro de Bienstock, Schwarz y Yugov sobre la *Dirección Industrial* de Rusia tiende a apoyar este criterio. Otros muchos detalles apuntan en la misma dirección; por ejemplo, el hecho de que aquellas categorías de profesiones que en los Estados Unidos podían antes sostener servidores domésticos, pero ahora no pueden sostenerlos, en Rusia sí disfrutan este privilegio (que vale tanto como una tonelada de enseres domésticos eléctricos). Todo esto deja todavía de tener en cuenta ventajas que no se reflejan en los cálculos de la renta. El poder y la posición social —que es una de las razones principales para valorar como elevada una renta— del director industrial, especialmente si es dirigente de la unidad local del partido bolchevique, está muy por encima del de un industrial americano.

¡Interesante fenómeno, este rezagamiento de ideas! Mucha gente bien intencionada de los Estados Unidos declara *ahora* horror o indignación ante las desigualdades sociales que existían hace cincuenta años, pero no pasa de ahí. Las cosas cambian, pero los tópicos permanecen.

naturaleza puramente económica. Expongamos este argumento en su forma optimista.

Prescindiendo por el momento del complejo de problemas de transición y fijando 1950 como el primer año "normal" —práctica muy común en los pronosticadores—, calcularemos hipotéticamente el Producto Nacional Bruto —valor de todos los bienes y servicios producidos antes de la deducción por depreciación y agotamiento—, evaluado por medio del índice del nivel de precios del B. L. S. para 1928, en doscientos mil millones. Esto no es, por supuesto, una predicción del volumen efectivo de producción a esperar en ese año. No es siquiera una estimación de lo que será la producción potencial, siempre que se cumplan ciertas condiciones que se mencionarán dentro de poco. Tal estimación resulta elevada, pero no inusitada —cifras más elevadas se han mencionado— ni fuera de razón. Se conforma a la experiencia pasada de la realización media a largo plazo del sistema: si aplicamos nuestro "tipo normal de crecimiento del 3,7 por 100 por año" (véase más arriba capítulo V) a la cifra del producto nacional bruto de 1928, que fue de unos noventa mil millones, obtendremos poco menos de los doscientos mil millones para 1950. No debe concederse a esto una importancia indebida. Repetiré, no obstante, que una objeción al efecto de que esta extrapolación carece de sentido, *porque* la producción dejó de aumentar a ese ritmo en el tercer decenio de este siglo, erraría el blanco y probaría tan sólo la incapacidad del objetante para comprenderla. Sin embargo, por lo que se refiere a la producción potencial, las indicaciones proporcionadas por la realización efectiva del sistema durante la guerra son, ciertamente, más convincentes: si las estadísticas de guerra son algo que debe ser tenido en cuenta, el producto nacional bruto, reducido al nivel de precios de 1928, era en 1943 bastante mayor de lo que tendría que haber sido para llegar a la meta de los doscientos mil millones de dólares en 1950.

Supongamos ahora que esta posibilidad se realiza efectivamente.[5] Y hagamos, para reposición y nueva "inversión" (incluyendo casas),

[5] Se supone que la realización de esta posibilidad implica una semana de cuarenta horas, más las horas extraordinarias en los embotellamientos. Pero no se supone el empleo total. Las definiciones de empleo total y las estimaciones de la cantidad de empleo que satisfacen a una definición dada varían ampliamente e implican no sólo controversias estadísticas, sino también controversias teóricas más bien delicadas. Tengo que contentarme con afirmar que, en las condiciones del mercado de trabajo de los Estados Unidos, y suponiendo que la fuerza de trabajo total sea algo así como sesenta y un millones en 1950 (contando con dos o tres millones en las fuerzas armadas), no veo que el número de mujeres y hombres parados *estadísticamente* pueda ser en ese año inferior a cinco o seis millones, cifra que incluye, además del paro genuinamente involuntario (es decir, paro involuntario que fuese tal con arreglo a *alguna* definición), una gran asignación para el paro semivoluntario y para el

la amplia deducción de cuarenta mil millones (20 por 100, igual al promedio por décadas del profesor Kuznets para 1879-1929).[6] La significación de los ciento sesenta mil millones restantes para nuestro objeto descansa en dos hechos. Primero, de no haber un tremendo desbarajuste, la enorme masa de mercancías y servicios disponibles que representa esta cifra (que no incluye todavía las casas nuevas) promete un nivel de satisfacción de necesidades económicas que llegará hasta los miembros más pobres de la sociedad, incluyendo los ancianos, parados y enfermos, y que eliminaría (con una semana de cuarenta horas) todo lo que pudiera calificarse de sufrimiento o necesidad. Se ha destacado en este libro que la defensa del socialismo no es en modo alguno totalmente económica, y también que el aumento de la renta real ha fracasado por completo hasta aquí en contentar a las masas o a sus aliados intelectuales. Pero, en este ejemplo, la promesa no es sólo espectacular, sino inmediata: en su cumplimiento no va implicado mucho más que el que las capacidades y recursos que han demostrado su potencia durante la guerra vuelvan de la producción para fines de guerra, incluyendo las exportaciones de los artículos de consumo a los países aliados, a la producción para fines del consumo interior; después de 1950 el argumento sería aplicable *a fortiori*. Segundo —también de no haber un tremendo desbarajuste—, todo esto puede realizarse sin violar las condiciones orgánicas de una economía capitalista, incluyendo premios elevados por el éxito industrial y todas las demás desigualdades de renta que pueden requerirse para hacer funcionar a satisfacción la máquina capitalista. *Tan sólo en los Estados Unidos no es necesario acechar, detrás de los programas modernos de mejoramiento social, ese dilema fundamental que en todas las demás partes paraliza la voluntad de todo hombre responsable, esto es, el dilema entre el progreso económico y el aumento inmediato de la renta real de las masas.*

paro meramente estadístico. Dicha cifra no incluye el paro "oculto". Creo que ha de ser compatible con la meta de los doscientos mil millones para ese año. Tiene poco que ver con los vicios específicos del sistema capitalista, pero mucho con la libertad que la sociedad capitalista otorga a la mano de obra. Incluso en el libro de Sir William Beveridge sobre el empleo total hay alusiones púdicamente veladas a la regulación y la coacción. Hay que añadir, sin embargo, que yo vislumbro 1950 como un año de prosperidad cíclica. Si no lo es debe entenderse que nuestra tesis se refiere al primer año próspero siguiente al mismo. En un promedio de años buenos y malos el paro (estadístico) debe de ser más elevado de cinco o seis millones, tal vez siete u ocho. Esto no es nada que horrorice, porque, como se explicará, puede hacerse una provisión adecuada para los parados. Pero las fluctuaciones cíclicas de la economía capitalista son fundamentalmente la causa de todo exceso por encima del paro "normal".

[6] Una asignación de depreciación del 10 al 12 por ciento no es indebidamente elevada para un sistema que funciona a un nivel de producción tan elevado. Un ocho a diez por ciento para la inversión "nueva" es, ciertamente, amplio y, según la mayoría de los pronosticadores, demasiado. Véase *infra*, subsección 5.

Además, con un producto nacional bruto de 200 mil millones no hay dificultad para recaudar un ingreso por cuantía de 40 mil millones sin perjuicio para la máquina económica. Una suma de 30 mil millones es suficiente, a los precios de 1928, para financiar todas las funciones desempeñadas efectivamente por los gobiernos federal, de los Estados y locales en 1939, más una institución militar grandemente ampliada, más el servicio de la deuda y otras obligaciones permanentes que desde entonces se han contraído.[7] Esto dejará, aproximadamente, 10 mil millones —a los precios de 1928, o una cantidad más elevada en relación a cualquier nivel de precios más elevado que pueda prevalecer[8]— en 1950, y mucho más de esto en otro decenio, para la financiación de nuevos servicios sociales o de mejora de los ya existentes.

3. Pero es aquí, esto es, en la esfera de la hacienda y de la administración públicas, donde se nos presenta de una manera más vívida el significado de nuestra reserva —"de no haber un tremendo desbarajuste"—. Pues en esta esfera tenemos, efectivamente, un desbarajuste de los recursos nacionales que es verdaderamente tremendo. Con los principios actuales y la práctica actual *no* es cierto que puedan ser reunidos 40 mil millones, en un nivel de producto nacional bruto de 200 mil millones, sin perjudicar la máquina económica. Y *no* es verdad que los 30 mil millones —o lo que quiera que corresponda a ellos en niveles de precios distintos del de 1928— cumplan los requisitos mencionados. Esto es solamente cierto si se racionaliza la totalidad de la administración pública con vistas a eliminar las actividades de doble y triple vía —tal como las tenemos en el caso de los impuestos sobre la renta, para no mencionar más que un ejemplo—, que se sobreponen tanto por parte de los organismos federales como de los federales y de los Estados y locales —falta de coordinación efectiva y de responsabilidad individual bien definida—, lo que, en el caso federal, se debe principalmente a la no existencia de "ministerios" bien trabados y a la existencia de un gran número de "autoridades" o "juntas" semiindependientes y a muchas otras cosas que son fuente de despilfarro y obstáculos a la eficiencia, pero, sobre

[7] Para nuestro propósito no es necesario distinguir entre gasto público en bienes y servicios y "transferencias". Pero se supone que, *grosso modo*, los treinta mil millones se dividirían en veinticinco mil millones para el primero y cinco mil millones para el segundo. Hay que observar que esto no tiene en cuenta (para 1950) las pensiones ni otros beneficios de los veteranos, problema que debe ser tratado aparte.

[8] En general, la renta no puede suponerse que cambia en proporción al nivel de precios. Sin embargo, para nuestro propósito, que es meramente adquirir una idea aproximada, podemos adoptar esta hipótesis simplificadora.

todo, al espíritu de despilfarro que se complace en gastar 1,000 millones donde habría bastado con 100 millones. El estado actual de cosas no presagia más que males para la gestión pública de la hacienda y la industria, y de hecho es de por sí una razón buena y suficiente que oponer a muchos que no son sino "realistas económicos".

Tampoco es esto todo. La *economía* —¡qué impopular se ha hecho esta palabra!— puede ser en cierto sentido menos necesaria en un país rico que en uno pobre, precisamente en el sentido de que el despilfarro amenaza con la miseria en el segundo y no en el primero. Pero, en otro sentido, la economía —esto es, la economía auténtica y no la falsa economía de la burocracia y del Congreso, que están siempre dispuestos a ahorrar peniques mientras dilapidan miles de millones— es tan necesaria en un país rico, para hacer un uso eficaz de su riqueza, como en un país pobre, para asegurar la mera subsistencia.[9] Y esto es aplicable no sólo al costo de la administración pública, sino también al uso de los fondos que han de ser pagados en concepto de beneficios diversos. El ejemplo clásico es, por supuesto, la provisión para el paro en tanto que consista en pagos a los individuos. A menos que el comportamiento de los obreros, empleados y parados esté estrictamente bajo la intervención pública, como en Rusia, un uso económico de los fondos disponibles para el sostenimiento de los parados significa inevitablemente que el beneficio tiene que estar sustancialmente por debajo de los salarios que puedan esperar ganar los parados. Como sugieren las estadísticas del movimiento del trabajo de los Estados Unidos, hay normalmente en el país un gran margen de paro, mitad voluntario y mitad involuntario, cuya carga está abocada a aumentar por una administración descuidada de los beneficios en concepto de paro o por tipos de éstos que son elevados con relación a los salarios, de manera que destruirá la posibilidad de alcanzar la meta de los doscientos mil millones.

Hay todavía otra condición que tendría que cumplirse para justificar esta posibilidad: "los políticos y la burocracia no deben impedir que la alcancemos". No debe haber nada más obvio que el que el organismo económico no puede funcionar a satisfacción cuando sus "parámetros de acción" más importantes —salarios, precios, interés— son transferidos a la esfera política y tratados allí con arreglo a las exigencias del juego político, o, lo que algunas veces es todavía más grave, con arreglo a las ideas de algunos planificadores. Tres ejemplos han de bastar para ilustrar esto. Primero: la situación efectiva de la mano de obra, si persiste, es de por sí suficiente para obstaculizar el progreso hacia la meta de un producto nacional bruto de doscientos

[9] La teoría que sostiene exactamente lo opuesto a eso será discutida *infra*, subsección 5.

mil millones y, en mayor medida aún, el progreso hacia una producción superior. Los tipos de salario resultantes son tan sólo una razón para esto: la dislocación de la planificación de la empresa y la desorganización de los trabajadores, aun cuando estén empleados, son igualmente importantes. Además de impedir una expansión de la producción, que de otra forma sería posible, estas condiciones reducen también el empleo por debajo del nivel que sería posible en otro caso, otorgando un premio anormal a todo aquel que emplee tan poca mano de obra como sea posible e induciendo a una especie de "fuga de la mano de obra".[10]

Segundo: sean las que fueren las virtudes que el lector le atribuya, la intervención de los precios, tal como se ha practicado hasta aquí, es otro obstáculo a la expansión de la producción. Yo he oído decir que el régimen stalinista estimula la crítica de su burocracia. Evidentemente, esto no es así entre nosotros. Me atendré a la etiqueta predominante, admitiendo abiertamente que muchos hombres capaces han prestado excelentes servicios en la O. P. A.; que muchos otros, no tan capaces, han hecho también todo lo que han podido, y eliminaré toda duda que pueda existir en mi mente relativa a sus realizaciones hasta el momento presente, especialmente porque sus fracasos más visibles están vinculados a circunstancias que estaban fuera de su alcance. Pero debe admitirse, en realidad, al menos en

[10] Se observará que aumento de la producción y aumento de empleo no son tratados como sinónimos. De hecho es posible, dentro de ciertos límites, que disminuya el empleo sin disminuir la producción o que aumente ésta sin aumentar el empleo. La razón por la que, en la literatura corriente, se hacen a menudo variar proporcionalmente la producción y el empleo hay que encontrarla en uno de los rasgos fundamentales del sistema de Keynes. Este sistema se limita a tratar de las cadenas causales a muy corto plazo mediante el supuesto de que la cantidad y calidad del equipo industrial permanece constante, por lo que la combinación de factores de producción no puede cambiar significativamente. Si esto fuera así (y en un plazo cortísimo es así, aproximadamente), variarían juntos, por supuesto, aunque, por lo general, no proporcionalmente.

También se observará que nuestro argumento implica que las variaciones de los tipos de salario monetario pueden causar variaciones de signo contrario en el empleo. Creo, efectivamente, que el alto nivel de los tipos de salario monetario de América ha sido siempre, pero especialmente en el tercer decenio de este siglo, una causa importante del paro americano, y que en el futuro son de esperar consecuencias similares si se continúa la política de salarios elevados. Esta afirmación contradice la teoría de la ortodoxia keynesiana, así como la de algunos otros economistas, y no puede ser sostenida aquí. Es, por tanto, afortunado el que, para nuestro presente propósito, y por lo que se refiere a 1950 y no a ningún otro desenvolvimiento posterior, una proposición más débil ha de hacer lo que habría contado con el asentimiento del fallecido Lord Keynes: en las condiciones que es probable que prevalezcan en los Estados Unidos durante los próximos cuatro años, y a menos que se compensen por aumentos adicionales en los precios, los tipos de salario más elevados afectarán de una manera adversa tanto a la producción como al empleo y al último más que a la primera.

cuanto al presente y al futuro, que la política de estimular los aumentos del tipo de salario, combinada con la intervención de los precios, a menos que *intente* forzar el abandono de la empresa privada, es irracional y enemiga de una rápida expansión de la producción; que la subversión del sistema de precios relativos resultante del hecho de que el organismo regulador puede "sostener la tapadera" sobre algunos precios —los precios de los productores con poca influencia política— de una manera mucho más efectiva que sobre otros —los precios de los productores con mucha influencia política—, reduce el grado de eficiencia económica del sistema; que la fijación de precios *per se* no define toda la extensión del daño hecho; igualmente importante es el premio a la ineficiencia que otorga la práctica de "subvencionar" a los productores de costo elevado y "exprimir" a los de bajo costo.[11]

La hostilidad persistente de la burocracia, vigorosamente apoyada como está por la opinión pública, hacia la autonomía industrial —la autoorganización, autoregulación y cooperación—, es un tercer obstáculo para progresar ordenadamente e, incidentalmente, para un desenvolvimiento que podría resolver muchos problemas de la transición a un régimen socialista. Los portavoces de la burocracia niegan invariablemente que haya ningún fundamento para este punto de vista, porque la acción conjunta de los hombres de negocios tan sólo se hace ilegal y susceptible de persecución si implica una "restricción colusoria". Pero, aun cuando pudiera ser aceptada esta interpretación legalista de la práctica predominante —y aun cuando pudieran ser también aceptadas las teorías oficiales acerca de lo que constituye restricción colusoria o, en general, una práctica antisocial[12]—, todavía

[11] No pretendo saber lo que al final saldrá del embrollo ocasionado por el veto presidencial a la primera Ley de Intervención de los Precios (Price Control Act) y la aprobación de una ley un mes más tarde disponiendo el rápido levantamiento de la intervención. Como, no obstante, estoy preparado para argumentar que la O. P. A., tal como funciona efectivamente, está abocada a obstaculizar el camino hacia una economía de paz eficiente, y como las posibles consecuencias de ese embrollo es seguro que representen una prueba positiva de la necesidad de conservar la intervención de los precios, tengo que pedir al lector que considere dos cosas. Primero, que un argumento en favor de la derogación de la intervención de los precios no es argumento en favor de dejarla caducar, sin preparación o sustitución transitoria, cuando nadie la espera ni parece estar preparado para ella. Segundo, si, en respuesta a su derrota, la Administración yerra vengativamente los blancos elegidos a causa de su impopularidad más bien que por alguna razón defendible, pueden seguirse consecuencias que están completamente desligadas de la caducidad de la intervención de precios *per se*. En cuanto al problema de la inflación, véase más abajo subsección 4.

[12] De hecho, sin embargo, estas teorías no pueden ser aceptadas. Abarcan, en realidad, una serie de prácticas que todo el mundo convendrá en que tienen que ser proscritas por todo sistema legal. Pero más allá de éstas hay otra serie de prácticas respecto a las cuales el espíritu de la ley adopta simplemente la actitud dictada por los prejuicios populares. Una fuente importante de ejemplos es la discriminación. Incluso los economistas más competentes experimentarán considerables dificultades en analizar *todos* los efectos a largo plazo de un caso dado. Si la justicia no se administra más que sobre tópicos generales legales o populares y por "móviles" de demostración, el elemento de sentido sano contenido en la actitud de antidiscriminación puede desaparecer por completo. Y el bienintencionado método de prosecución selectiva que se intenta permitir para los casos en que una discriminación formalmente ilegal beneficia a *todas* las partes interesadas —todo el que haya tenido una orientación elemental en economía conoce, o debe conocer, tales casos— sólo puede servir entonces para añadir una arbitrariedad de lo más irritante. Los métodos para remediar este estado de cosas solamente podemos indicarlos en una observación de pasada.

seguiría siendo cierto: *a)*, que el concepto de "restricción" incluye la gran masa de tentativas de cooperación industrial por lo que se refiere a la política de precios y de producción incluso allí donde tal cooperación desempeña una función muy necesaria; *b)*, que los casos que bordean la línea y los casos en que el elemento de restricción entra sin constituir el punto principal de un acuerdo no es seguro que sean considerados con imparcialidad por un personal que cuenta con muchos hombres insuficientemente familiarizados con la naturaleza de los problemas económicos y de los que hay algunos que se oponen violentamente al sistema que tienen que regular o, al menos, al sector de "gran empresa" del mismo, y *c)*, que la amenaza siempre presente de la persecución como faltas de lo que no siempre es fácil de distinguir de la práctica económica inocente puede tener efectos sobre la conducción de los negocios que nadie piensa que tenga.

El último punto ilustra un aspecto de las perturbaciones obreras, de las perturbaciones de la O. P. A. y de las perturbaciones "antitrust" que nunca recibe la atención que merece, a saber: el agotamiento consiguiente de la energía del espíritu de empresa y de gestión. Al hombre de negocios que es incesantemente lanzado fuera de su paso no sólo por tener que hacer frente a datos institucionales siempre nuevos, sino también por tener que comparecer personalmente ante esta o la otra junta, no le queda energía para ocuparse de sus problemas técnicos y comerciales. Es altamente revelador de la actitud mecánica de los economistas y de su alejamiento de la "vida real" que no haya uno de cada diez que no reconozca este "elemento humano particular" de lo que es, después de todo, un organismo humano, aunque ningún hombre sensato puede dejar, por ejemplo, de vincular la muestra relativamente pobre indicada por el índice del volumen físico de la producción industrial de 1945 con este elemento como *una* de sus causas principales. Tampoco es esto todo. El éxito en la dirección de una empresa económica depende en las condiciones existentes mucho más de la capacidad para tratar con los dirigentes obreros, políticos y funcionarios públicos que de la capacidad para los negocios en el propio sentido de la palabra. De ahí que, excepto en

los mayores *concerns*, que pueden tener empleados a especialistas de todas las clases, los puestos directivos tienden a ser desempeñados por "sobornadores" y resolutores de perturbaciones más bien que por "hombres de producción".

Puede parecer al lector que no hay ni que pensar en una política sobre las líneas indicadas por todo esto, que tal política está destinada a derrumbarse en una tormenta de justa indignación o a zozobrar sobre las rocas del sabotaje y otras formas de resistencia y que, por lo tanto, la meta misma de los doscientos mil millones es poco menos que una quimera. Pero esto no es enteramente así. De una parte, la organización económica de los Estados Unidos es lo suficientemente fuerte para soportar *algún* despilfarro e irracionalidad, incluyendo, como sabemos que incluyo, algún desempleo evitable, precio de la libertad individual. Por otra parte, los políticos y el público han demostrado últimamente algunos síntomas de "volver en sí". Y no hemos de olvidar la maleabilidad de la naturaleza humana, que tanto se ha subrayado en este libro (véase especialmente el capítulo XVIII, sección II). El experimento del New Deal y los períodos de guerra pueden ser inconcluyentes, porque la burguesía industrial no esperó nunca que durasen aquellas condiciones. Pero, probablemente, se ha efectuado alguna "educación". Así, puede que lo único que se necesite sean ajustes relativamente pequeños de la tributación existente, si no para una eficiencia máxima, al menos para un grado suficiente de ella.[13] En otra dirección, un aumento relativamente pequeño

[13] Por ejemplo —esto no aspira a ser más que un ejemplo de un conjunto de métodos posibles— podrían ser sustancialmente suficientes las siguientes medidas: *a)* Eliminación de la doble imposición de aquella parte de los rendimientos de la industria de sociedades anónimas que se pagan en dividendos; para la práctica británica, esto apenas justificaría una "tormenta de justa indignación"; nuestra práctica es la alemana y la argumentación puramente formal en su favor se debe al economista alemán Adolf Wagner (1835-1917). *b)* Autorización para deducir de la renta imponible aquella parte de renta individual que es invertida. Personalmente, estoy de acuerdo con la opinión del profesor Irving Fisher de que la parte *ahorrada* debe ser deducida (especialmente en vista del peligro de inflación). Para evitar susceptibilidades keynesianas, me limito a la parte invertida. Las dificultades técnicas no son graves, o, al menos, no son insuperables. *c)* Adopción de uno de los diversos métodos que pueden utilizarse para permitir la total deducción de pérdidas por tiempo. *d)* Nacionalización, sistematización y desarrollo de los impuestos sobre las ventas o transferencias. Esto debería atraer a los admiradores de Rusia en lugar de ponerlos en el paroxismo de la rabia. De hecho, a tipos como los rusos (esto es, treinta y un céntimos por libra de la mejor calidad de harina de trigo en Moscú y para 1940, o, como la traducción de las cantidades de rublos a las cantidades en dólares es una cosa dudosa, sesenta y dos por ciento del precio de venta al por menor de las patatas, sesenta y tres por ciento del del azúcar, ochenta por ciento del de la sal; véase P. Haensel. "La Hacienda Soviética", en *Openbare Financiën*, número 1, 1946), y en una población tan desesperadamente pobre como la rusa el impuesto sobre las ventas puede ser un azote realmente terrible; pero a tipos moderados, y en un país tan rico como los Estados Unidos, es un instrumento excelente y

de protección legal —a conceder tal vez mediante una codificación adecuada del derecho industrial— podría quitar el tormento o la amenaza de vejación arbitraria fuera de la jornada de trabajo del hombre de negocios, así como aumentar la experiencia de los organismos reguladores, y lo demás podría hacerlo una mejor capacitación de su personal.[14] Además, el país ha dado pruebas, no hace mucho tiempo, de su buena voluntad para aceptar una legislación como la de la N. R. A. Y en cuanto a la situación laboral, tal vez pueda derivarse alguna tranquilidad del hecho de que una política en la dirección indicada no sólo no necesita renunciar a un solo punto de lo que la mayoría de la gente considerará como las principales realizaciones en la reforma social del New Deal, sino que también suministraría la base económica para un avance ulterior. Debe observarse especialmente que el Salario Anual tan sólo es una amenaza para la probabilidad de

perfectamente innocuo de hacienda pública, especialmente útil para financiar fines que beneficien exclusivamente a los grupos de renta baja. Mediante él podrían allegarse cinco o seis mil millones sin que nadie sintiese la carga. Pero como los gobiernos de los Estados y los gobiernos locales tendrían que ser compensados por la pérdida de renta inherente a la nacionalización del impuesto —no es, por supuesto, rigurosamente correcto hablar de "introducción"—, y como, además, serían necesarios ciertos ajustes de los impuestos existentes sobre el consumo, la ganancia para la Hacienda Federal no puede ser estimada en más de unos dos o tres mil millones de dólares, de forma que el impuesto sobre las ventas, más los impuestos de consumo específico, podrían rendir en total algo así como nueve o diez mil millones. *e)* Nacionalización y drástica revisión descendente, en favor de las viudas y niños, de los impuestos de los Estados, siendo la razón de esto el que la legislación existente elimina, mediante la confiscación sobre la base de cifras muy moderadas, uno de los elementos esenciales del sistema capitalista. Quien apruebe esta confiscación por razones extraeconómicas tiene toda la razón, desde este punto de vista, en propugnar una reforma constitucional a este efecto; quien apruebe esta confiscación basándose en la argumentación económica que se encuentra en la página 373 de la *General Theory of Employment, Interest and Money*, del difunto Lord Keynes —o un derivado de ésta— está en un completo error.

No nos interesa la cuestión de qué es lo que satisfaría a los intereses afectados *políticamente*. De hecho, además, la mayoría de las propuestas de reforma tributaria, que hasta aquí han provenido de organizaciones de hombres de negocios, son manifestaciones modestas, lo cual si no es de importancia por otro concepto para nuestro argumento, parece mostrar cómo ha sido "educada" efectivamente la clase mercantil.

[14] Me refiero aquí a un punto que es importante para muchas más cuestiones que la que estamos tratando. Una buena burocracia es un producto de cultivo lento y no puede ser creada a voluntad. Los organismos burocráticos de los Estados Unidos muestran las dolencias de un rápido crecimiento en un grado que impone una política temporal para hacerlos entrar en vereda como cuestión no sólo de interés público, sino de interés propio de los mismos organismos. Entre otras cosas, la burocracia de Washington no ha descubierto todavía su lugar. Sucede una y otra vez que miembros individuales de la misma persiguen programas propios, se sienten reformadores y negocian con miembros del Congreso, senadores y miembros de otros organismos sobre las cabezas de sus jefes. Una idea puede adquirir súbitamente una fuerza propulsora cuyo origen nadie conoce. Este camino está expuesto al caos y al fracaso.

alcanzar nuestra meta, si se introduce, administra y financia de manera que cause el máximo de daño. En sí mismo es una proposición perfectamente posible.[15]

Aún así, hace falta bastante optimismo para esperar que se efectúen estos ajustes necesarios o incluso que las condiciones de la política del país puedan dar lugar a la voluntad de emprender una obra tan grave y autonegatoria, depredada por los tópicos, erizada de dificultades de detalle y eminentemente ingrata. A la masa del pueblo le gustaría la América que podría surgir de esta tarea, pero odiaría al hombre que la tomase entre manos.

4. No hemos mencionado todavía los Problemas de la Transición. En realidad, no son relevantes para nuestro tema, a no ser en este respecto: las dificultades de la transición pueden dar lugar a situaciones e inducir a medidas que es probable que impidan la expansión de la producción de una manera casi permanente e invaliden casi por completo nuestro "cálculo de las posibilidades". El ejemplo más notorio así como el más grave es el peligro de inflación. El índice de precios de venta al por mayor de 1920 era de unas 2,3 veces el de 1914. Esto sucedió como consecuencia de un esfuerzo de guerra que no sólo fue mucho menor y más breve que el reciente, en términos de bienes y servicios, sino también financiado de una manera más responsable por unidad de bienes y servicios. No hubo nada parecido al desbordamiento actual de demanda. Y los privilegios tributarios habían proporcionado un motivo suficiente a los inversores para conservar indefinidamente grandes paquetes de bonos de guerra. Tal como son las cuentas de Total de Depósitos Concertados (depósitos a término y a la vista, distintos de los depósitos interbancarios y del Gobierno de los Estados Unidos, menos las partidas en proceso de recogida) y la de Dinero Fuera de los Bancos, ascendían, en abril del año actual, a 174 mil millones (55,170 en junio de 1929 y 60,900 en junio de 1939), y no hay que decir que parte de las reservas de títulos de la deuda del Estado en manos del público se convertirían en numerario *para fines distintos del pago de la deuda.* Toda persona sensata

[15] Para ilustrar este punto permítasenos recordar un fragmento de historia reciente. Los New Dealers adoptaron, al principio del tercer decenio del siglo actual, la práctica de mofarse del tópico Reforma versus Recuperación. La burla prueba que tenían plena conciencia del elemento de verdad que hay en el mismo. En realidad, como sucede a los tópicos políticos, éste era perfectamente claro. Pero debe entenderse que se refiere a la manera chapucera e irresponsable con que se llevó a cabo la "reforma", no a ninguna de sus finalidades declaradas. Ahora estamos en una situación semejante y la desgracia es que para algunas personas el rasgo de la reforma que precisamente les agrada más es el menoscabo del proceso económico del capitalismo. Una reforma sin tal menoscabo casi no tendría atractivo para ellos. Y una reforma que corra pareja con una política que asegure el triunfo capitalista sería lo que menos les agradaría.

debería ser capaz de formar una opinión acerca de lo que esto significa en las circunstancias dadas, especialmente con relación al estímulo del gobierno, o al consentimiento del gobierno, de una demanda precipitada, pero universal, de tipos de salario monetario más elevados, pues la inflación viene a través de la nómina.[16] La misma persona sensata no debería encontrar difícil formar su opinión respecto a los escritores que predican que *no* hay peligro de inflación,[17] así como también respecto de los escritores que ven una inflación brutal a la vuelta de la esquina. A fin de señalar el único punto relevante para nuestro argumento, y frente a la imposibilidad de tratar aquí el problema de una manera satisfactoria, permítaseme expresar mi opinión personal meramente por causa de precisión. Me parece que es posible —*posible*— aspirar, para 1950, a un nivel de precios de un 50 por ciento por encima de la cifra de 1928 (que salta más allá de ella en el intervalo); me parece que es *racional* utilizar, hasta este grado, los movimientos del nivel de precios como instrumento de adaptación, y me parece que los terrores de tal aumento en los precios generales, así como los terrores de un descenso de ellos en los últimos años, están muy exagerados. Pero a fin de mantener el inevitable aumento de los precios dentro de aquel límite son necesarias una serie de medidas, todas ellas muy impopulares, y que para que produzcan su resultado se requieren una experiencia y una capacidad que yo no veo, y algunas de las cuales reducirán, en cierta medida, la velocidad de la expansión de la producción; nadie puede impedir la amenaza de la inflación sin interferir también en la producción. Ahora bien: si en lugar de esto no se hace nada más que establecer otra O. P. A. e imponer fuertes tributos precisamente sobre aquellas rentas de las que *no* proviene amenaza de inflación —incluso con arreglo a la teoría sustentada por nuestros radicales—, y si, además, los tipos de salario son empujados sin tener en cuenta las consecuencias, puede muy bien surgir una situación en la que Washington, desesperada, pueda recurrir a medidas toscas y brutales, tales como la devaluación, la "congelación" de depósitos, la arrogación de la "intervención directa", el castigo de los "logreros" y "monopolistas" o algunas otras víctimas propiciatorias, manteniéndose cuidadosamente desembarazado de los agricultores. Y

[16] El lector se servirá observar que esta afirmación particular es buen keynesianismo y debe, por tanto, obtener el asentimiento de los econmistas de Washington.

[17] Entre éstos tenemos que incluir a algunos de aquellos pronosticadores de la demanda de la posguerra que predijeron que, inmediatamente después de la cesación de una gran parte de la demanda de guerra del gobierno, era seguro que seguiría un hundimiento y paro extenso que exigirían gastos con déficit. Sobre estas predicciones (a corto plazo) véase el artículo de E. Schiff en un número próximo de la *Review of Economic Statistics.* Las predicciones correspondientes a largo plazo serán discutidas después, en la subsección 5.

esto puede desbaratar los planes en tal extensión como para llevarnos a la vecindad inmediata no de la meta de los doscientos mil millones, sino de un socialismo a medio desarrollar. *Puede ser*. Hay, por supuesto, otras posibilidades.

5. Queda por reseñar lo que para muchos economistas es *el* problema de la posguerra *par excellence:* el problema de cómo asegurar un consumo adecuado. Hasta aquí hemos visto, en realidad, muchas razones para dudar que la meta considerada —un producto nacional bruto de doscientos mil millones en dólares de 1928— sea alcanzada en 1950. Pero todas ellas estaban fundadas en la posibilidad o probabilidad de que se interpongan en el camino obstáculos *exteriores* al proceso económico. El poder del mismo proceso económico para producir ese resultado ha sido, sin embargo, puesto en duda por muchos economistas, la mayoría de los cuales, si bien no todos, están identificados con ciertos artículos de fe políticos y científicos. Vamos a designarlos mediante una expresión que se ha puesto en boga, a saber: Estancacionistas.[18]

El tipo relevante de teoría estancacionista ha sido desarrollado por el difunto Lord Keynes. El lector puede familiarizarse mejor con la aplicación al caso de que nos estamos ocupando estudiando uno o más de los cómputos de la demanda de la posguerra que se han realizado durante los últimos años.[19] Sus autores convienen con nosotros en estimar la producción *potencial* para 1950 en cifras que son del mismo orden de magnitud que las nuestras, por lo cual podemos continuar hablando, por razones de simplicidad, de un producto nacional bruto de doscientos mil millones. Son incluso más optimistas que nosotros, por lo que no insisten en la necesidad de condiciones ambientales favorables al desarrollo capitalista,[20] sino que razonan sobre el supuesto táctico de que persistan las prácticas actuales políticas, administrativas y laborales. Además, renunciaré a toda objeción que pueda tener contra sus cálculos del mínimo inevitable de paro, o contra la validez de sus métodos estadísticos, y aceptaré también las diversas hipótesis mediante las cuales llegan a las cifras de la Renta Nacional Neta y de la Renta Disponible (la suma total de rentas individuales después de efectuados los pagos de impuestos y los pagos obligatorios no tributarios). Para mayor claridad, supongamos que esta renta disponible alcanza la cifra de unos 150 mil millones y que

[18] Sobre algunos aspectos generales de la tesis estancacionista, véase más arriba. Capítulo X.

[19] Los más importantes de ellos han sido analizados críticamente por A. G. Hart en su artículo "Model Building and Fiscal Policy", en *American Economic Review*, septiembre 1945. No son necesarias, por tanto, otras referencias.

[20] Confieso que en ocasiones me he preguntado si tienen conciencia de la enorme lisonja que esto significa para la empresa privada.

los beneficios indivisos de las sociedades anónimas son unos 6 mil millones.[21]

La demanda de la posguerra, es decir, la suma total que se espera que gastarán las casas particulares en bienes de consumo (excepto en casas nuevas), se deriva, pues, calculando, con los datos del período anterior a la guerra, por ejemplo, de 1923-1940, la relación media entre el gasto *per capita* en estos bienes de consumo y la renta disponible *per capita,* uno y otra reducidos por el índice de costo de vida, y aplicando esta relación a la renta disponible de 150 mil millones.[22] Si este procedimiento arroja, por ejemplo, la suma de 130 mil millones, nos queda un residuo de una cuantía de 20 mil millones para el ahorro, o, si añadimos los beneficios indivisos de las sociedades anónimas, de 26 mil millones. La argumentación continúa usualmente pasando revista a las salidas disponibles para esta suma, a las oportunidades para la inversión (edificación de casas nuevas, adiciones a las existencias de géneros, instalación y equipo, inversión extranjera), y concluyendo o sugiriendo que éstas no pueden posiblemente absorber nada parecido a lo que la gente tendrá necesidad de ahorrar al nivel de empleo total de 1950 de la renta nacional, al menos sin la ayuda del Estado. De aquí la necesidad del gasto estatal en el interior o de la acción del Estado para forzar a la "inversión extranjera". De poco tiempo acá, sin embargo, ha tenido acogida otra recomendación. Como, en las condiciones actuales, todo el que defiende la financiación del gasto público con déficit está en notorio peligro de hacer el ridículo, los economistas de Washington han virado en redondo para recomendar presupuestos equilibrados, pero presupuestos equilibrados progresivos a fin de eliminar las rentas elevadas, de las que procede primordialmente la amenaza del ahorro. Esto concuerda con el tópico de que (a causa del ahorro efectuado por

[21] Estas cifras se aproximan a las de uno de los calculadores de la demanda de la posguerra. No son mías. Tampoco son compatibles con las cifras experimentales sobre las que hemos razonado en la sección II. Para el procedimiento, tal como se aplicó a los períodos anteriores —en los que las hipótesis son reemplazadas, por supuesto, por hechos—, véase por ejemplo, *Federal Reserve Bulletin*, abril, 1946, página 436. Debe observarse, sin embargo: primero, que estas cifras son de dólares corrientes, y segundo, que la enorme cantidad de "ahorros netos de los individuos" no prueban nada en cuanto a los porcentajes de ahorro de los tiempos "normales", y que incluso las cifras para 1937, 1938, 1939 y 1940 no deben aceptarse sin crítica y especialmente sin referencia a la definición de ahorro adoptada por el Departamento de Comercio.

[22] En realidad, el procedimiento es en cierto modo más complicado que eso. Las ecuaciones de regresión utilizadas contienen también un factor de inclinación que consiste en tener en cuenta cambios posibles de la relación en el tiempo. Además, hay que tener también en cuenta los efectos de la demanda diferida y de la acumulación de medios líquidos. Pero, a fin de concentrarnos en el punto predominante, no vamos a entrar en todo esto.

los que reciben rentas elevadas) "en las sociedades modernas la causa esencial del paro es la desigualdad de las rentas".

Así, pues, el alto nivel de renta nacional en el que hemos buscado la solución de muchos problemas económicos y sociales se ha convertido en el problema más grave de todos. Como renta elevada significa ahorro elevado, y, como estos ahorros no serán compensados por completo por el gasto de inversión, no será posible a la economía conservar un alto nivel de renta y empleo —a no ser que la política fiscal lo sostenga en dicho nivel— si, en realidad, este alto nivel no puede ser alcanzado de ningún modo. Debe observarse que, al menos en parte, esta teoría exige el apoyo de la opinión pública y, en particular, de las opiniones mercantiles. Nada hay más común que el criterio de que todo marchará perfectamente sólo con que podamos convencer a la gente de que "empleen totalmente sus rentas" o sólo con que podamos "conseguir una demanda suficiente de artículos de consumo". Es una cuestión de cierto interés la de por qué hombres inteligentes, a quienes no les va nada en ningún programa político que implique gasto estatal o igualación de la renta, se sienten, no obstante, afectados por este motivo. La mentalidad de tendero rural, unida a la experiencia de los veinte años anteriores a la guerra, es la única explicación que puedo ofrecer para el hecho sorprendente de que la teoría en cuestión no sea un simple motivo de burla.

A esos adversarios de esta teoría les falla el argumento que tratan de esgrimir, según el cual el producto nacional bruto, y, por tanto, la renta, será menor, y las oportunidades para la inversión volverán a ser mayores de lo que suponen los calculadores, tan optimistas cuando se trata de calcular el primero y tan pesimistas cuando se trata de calcular las últimas. Puede haber mucho de verdad en los argumentos en esta y otras direcciones similares. En particular puede destacarse que en 1830 nadie previó ni pudo haber previsto las exigencias de capital de la era de la electricidad. Pero el argumento decisivo es mucho más sencillo que todo eso. La teoría descansa sobre el postulado de que los individuos ahorran, conforme a una ley psicológica permanente,[23] independientemente de la existencia o ausencia de oportunidades para la inversión. Evidentemente, éste no es el caso normal. Normalmente, la gente ahorra con vistas a obtener algún rendimiento, en dinero o en servicios, de algún "bien de inversión". No es sólo que el volumen de ahorros individuales —y, por supuesto, prácticamente todos los ahorros de los negocios que a su vez constituyen la mayor parte del ahorro total— se hace con un propósito de inversión específica a la vista. La decisión de invertir precede, por regla general, y el acto de la inversión precede con mucha frecuencia a la decisión de ahorrar. Incluso en aquellos casos en que un hombre ahorra sin propósito de inversión específica todo retraso en llegar a una decisión de invertir está castigado con la pérdida de rendimiento en el intervalo. Parece ser, primero, que, a menos que la gente vea oportunidades para la inversión, no ahorrará normalmente, y que una situación de desvanecimiento de la oportunidad para la inversión es probable que sea también una situación de desvanecimiento de la oportunidad para el ahorro, y segundo, que siempre que observamos que la gente muestra una "preferencia por la liquidez", es decir, un deseo de ahorrar sin que vaya acompañado de un deseo de invertir —un deseo de atesorar—, esto debe explicarse por razones especiales y no apelando a ninguna ley psicológica postulada *ad hoc*.

Tales razones existen, sin embargo, y entre ellas hay una que es de importancia considerable en la sima de las depresiones cíclicas, en un amplio término medio, un año de cada diez. Cuando las cosas se ven negras y la gente no espera más que pérdidas de cualquier negocio que contemplen, entonces se negarán, por supuesto, a invertir sus ahorros corrientes (e incluso a reinvertir sumas que corrientemente revierten a ellos a causa de la terminación de negocios anteriores) o aplazarán la inversión para beneficiarse de ulteriores reducciones de precios. Al mismo tiempo, los ahorros no sólo no se reducirán, sino que aumentarán para todos aquellos que esperan pérdidas inminentes de renta en sus negocios o por el paro. Este es un elemento importante en el mecanismo de las depresiones y el gasto público con déficit es, en realidad, uno de los medios más notorios para romper tal "círculo vicioso". Sin embargo, no puede basarse en él ninguna defensa de una teoría del "superahorro", porque sólo tiene lugar a consecuencia de una depresión, la cual no puede ser, por tanto, explicada por el mismo. Pero da una explicación psicológica de la ley psicológica de Keynes. La gran depresión de 1929-1932 y la lenta recuperación de la misma están todavía en la mente de todos. Y la ley psi-

[23] Esta ley psicológica dice que el gasto de la *comunidad* en el consumo C (de ahí también la cantidad que desea ahorrar, S) dependen de la renta nacional, Y, de manera que cuando Y aumenta en ΔY, C aumenta en $\Delta C < \Delta Y$, o bien $\frac{\Delta C}{\Delta Y} < 1$. Esta es la hipótesis auténtica de Keynes acerca de lo que se conoce por Función del Consumo. Pero el mismo Keynes utilizó en ocasiones, y sus seguidores utilizan a menudo, el supuesto más forzado de que, a medida que aumenta la renta, aumenta el *porcentaje* del ahorro. A nosotros solamente nos interesa la hipótesis auténtica. Debe observarse, sin embargo, que es un uso erróneo de palabras llamarla ley psicológica. Las leyes psicológicas en economía son clientes dudosos en el mejor de los casos. Pero la proposición en cuestión no tiene tanto derecho a ser dignificada con el título de ley como, por ejemplo, la proposición de que nuestro deseo de una rebanada más de pan disminuye en intensidad a medida que vamos comiendo más y más rebanadas.

cológica y la teoría del atesoramiento que está basada en ella son simplemente generalizaciones de esa experiencia.[24]

El atesoramiento en la depresión no es, por tanto, una auténtica excepción a nuestra afirmación general de que las decisiones de ahorrar dependen de las decisiones de invertir y las presuponen, si bien la inversa no es cierta, porque es notoriamente posible financiar una inversión mediante un préstamo bancario, en cuyo caso no hay siquiera lugar a hablar de ahorro de nadie.[25] Hay excepciones auténticas, además de las aparentes. Pero ni unas ni otras tienen importancia. Ejemplos de excepciones auténticas son los atesoramientos con intención de acumular un tesoro, que, como todo el mundo sabe, se han hecho extensivamente en India, China y Egipto, y, temporalmente, el ahorrar por un hábito que, una vez adquirido, puede sobrevivir a su fundamento racional como cualquier otro hábito.[26] Ejemplos de excepciones aparentes, similares a nuestro caso del atesoramiento en la depresión, son las acumulaciones con el propósito de

[24] La adaptación del argumento anterior, juntamente con ciertos factores de tiempo de guerra, es de esperar que explicarán las acumulaciones de medios líquidos en tiempo de guerra sin recurrir a la hipótesis de su apetito insaciable por el atesoramiento inherente a la naturaleza humana.

[25] Nuestra proposición no es, sin embargo, tan sencilla como puede parecer a los lectores no familiarizados con la discusión que se ha llevado a cabo a partir de la publicación de la *General Theory*, de Lord Keynes (1936). Parece más bien que repite un antiguo teorema de la "teoría clásica" (Turgot, A. Smith, J. S. Mill), pero que no puede sostenerse mediante el razonamiento que satisfacía a los clásicos. Sería necesario un argumento largo y aburrido para asentarla plenamente, argumento que es tan desalentador tener que elaborar, porque no rinde más que unos pocos resultados nuevos e interesantes, y, aparte de esto, no hace más que destruir lo que se ha construido con tanto trabajo durante el tercer decenio. La falta de espacio nos impide, sin embargo, penetrar en él. Pero debe mencionarse un punto para evitar una mala comprensión que sería tan objetable como natural. Aunque nuestro argumento muestra que la tesis estancacionista no puede basarse en el elemento del ahorro *en este sentido*, esto no quiere decir que no haya problemas del ahorro *en otros sentidos*. Los hay. La mayoría de ellos se centran en el caso en que los ahorros individuales, mediante la adquisición de valores, se aplican al pago de las deudas bancarias contraídas por las empresas en el transcurso de la expansión de su instalación y equipo. Pero ésta es otra cuestión.

[26] La persistencia de los hábitos de ahorro que están arraigados profundamente en el sistema de vida burgués, especialmente en su variedad puritana, no puede parecer que carezca de importancia. Pero la desaparición de las oportunidades para la inversión, que haría irracionales esos hábitos, sería, en ausencia de factores externos, un proceso lento durante el cual la adaptación podría y tendría tiempo de hacer su obra. Los economistas de Washington que deseen afirmar, no obstante, que la persistencia de los hábitos de ahorro que se han hecho irracionales es un factor de la situación económica, se enfrentan, por tanto, con una alternativa inevitable: tendrían que admitir *o, bien* que la situación del tercer decenio era una siuación de depresión del atesoramiento —lo cual significa un abandono de la tesis estancacionista secular— *o bien* que el atractivo de la inversión se redujo con relativa precipitación por un factor externo que no podía ser otro que las medidas políticas que ellos mismos apoyaban. Si adoptan el último punto de vista no tengo, ciertamente, nada que objetar.

financiar un sector de inversión muy opresivo, caso que es posible, pero que, evidentemente, carece de importancia, o el "ahorro" que se emprende con el propósito de proveer para contingencias, vejez, etcétera, y que se emprendería aun cuando no hubiese oportunidades para obtener otro "rendimiento" que un sentimiento de seguridad.[27]

Así, pues, si los únicos pesares que nos amargasen fuesen los de los estancacionistas no deberíamos albergar ningún recelo por conseguir el producto nacional bruto de los doscientos mil millones. Y si se ha demostrado sobradamente que pueden ser nuevamente invertidos veinte mil millones a un tipo de rendimiento satisfactorio para el ahorrador marginal, es indudable que la gente sería demasiado feliz en consumir el exceso. No debemos preocuparnos ni por las medidas para hacerles "utilizar plenamente sus rentas" ni por las salidas para los ahorros sociales e individuales. En particular, no debemos considerar necesario forzar la inversión exterior, cuya defensa en las condiciones actuales no es más que un intento de hacer pasable para el paladar del país lo que, en realidad, significa imponerles una reparación de guerra.[28]

De otra parte, debemos estar de acuerdo con los defensores del gasto estatal con déficit hasta este punto; siempre que haya peligro, bien por causas inherentes al mecanismo cíclico de la economía

[27] La falta de importancia de esto se deduce principalmente de dos hechos: primero, que estas acumulaciones se agotan corrientemente (aunque, con una renta nacional cambiante y una distribución por edades de los aumentos y disminuciones de la población, no cuadrarán exactamente, por lo general), y segundo, que, mientras que haya algún ahorro motivado por rendimientos monetarios, la existencia en la "oferta" total de un elemento que no está motivado de esta suerte no prueba ninguna tendencia hacia un superahorro. Este caso no necesita ser corroborado. Pero puede ser efectivamente reforzado observando que, en las condiciones actuales, el seguro reduce grandemente las cantidades necesarias para conseguir los fines contingentes; antes, la provisión, por ejemplo, para la edad de la vejez y para las necesidades de las viudas y los niños, significaba normalmente la acumulación de una "fortuna" (aunque ésta no quedaba, por supuesto, sin invertir); ahora tal provisión se efectúa mediante "abstenciones de consumo" hasta la cantidad de la prima del seguro. El aumento de los seguros durante los últimos veinticinco años indica, por tanto, exactamente lo contrario a lo que se quiere indicar en los escritos estancacionistas.

[28] Está lejos de mi ánimo decir o implicar que, por razones morales o políticas, no pueden propugnarse grandes sacrificios por parte del pueblo americano. Pero esta defensa debería hacerse francamente por razones morales y políticas y no a base de una negación de la realidad de estos sacrificios, fundada en principios económicos dudosos. La sugerencia de que parte del exceso de ahorros podría conducirse útilmente por canales en que no hay, evidentemente, esperanza de volver a obtener el pago, y menos aún de beneficios, es de lo más insidiosa, porque la clase cuyo cometido podría ser oponerse a tal política la aceptará con presteza, y por debajo de esto un sistema de gobierno garantiza poco o nada los riesgos de los negociantes individuales. Y concede poca importancia, si es que concede alguna, a la pérdida nacional, especialmente si ha vislumbrado que esta pérdida, a causa del empleo que asegura, es realmente una ganancia nacional.

o por otras cualesquiera, de un "proceso acumulativo a la baja", es decir, siempre que amenace surgir una situación en que las restricciones de la producción de A induzcan a restringir a B, y así sucesivamente a través de toda la economía, en la que los precios bajan porque han bajado, en la que el paro se nutre a sí mismo, el gasto estatal con déficit detendrá este "círculo vicioso", y, por lo tanto, si optamos por pasar por alto todas las demás consideraciones, puede llamarse justamente un remedio eficaz.[20]. La verdadera objeción no es contra el gasto estatal creador de renta en situaciones de emergencia, una vez que han surgido, sino contra las medidas políticas que crean las emergencias en que se imponen tales gastos.

6. Desgraciadamente, sin embargo, si fuese una cuestión de predecir lo que ha de suceder efectivamente, nuestro resultado no diferiría tanto del de los estancacionistas como pudiera esperar el lector. Aunque no hay nada que temer de la inclinación de la gente al ahorro hay mucho que temer de otros factores. La inquietud laboral, la regulación de los precios, la administración vejatoria y la imposición irracional son muy suficientes para producir resultados para la renta y para el empleo que parecerán exactamente una verificación de la teoría estancacionista y pueden verdaderamente producir situaciones en que se imponga el gasto público con déficit. Podemos incluso presenciar lo que parecerá un superahorro, esto es, unas condiciones en que la gente estará reacia a llevar a efecto sus decisiones de invertir. Hemos discutido una posibilidad. Hemos hallado que no hay causas inherentes al mismo proceso económico que impidan que se realice. Hemos visto también que hay causas externas al proceso económico que pueden impedirlo. Aparte de esto, yo no pretendo saber cuál será el resultado efectivo. Cualquiera que sea será un factor dominante en la situación social no sólo de los Estados Unidos, sino del mundo. Pero solamente para el próximo medio siglo o así. La diagnosis de largo plazo elaborada en este libro no resultará afectada.

III. Imperialismo y comunismo rusos

El otro factor que es importante para nuestra diagnosis es la victoria de Rusia sobre sus aliados. Al contrario que el éxito económico de los Estados Unidos, esta victoria no es una posibilidad solamente, sino, por el momento, un hecho acaecido. Partiendo de una posición que no era demasiado fuerte —una posición en la que Rusia, de acuerdo con todas las reglas ordinarias del juego político, podría haber tenido que aceptar lo que quiera que sus aliados considerasen adecuado imponer y tomar un asiento trasero en el nuevo orden internacional—, se elevó a una posición de poder superior a la que jamás tuvo con los zares, a pesar de todo lo que puede suponerse que han deseado o combatido Inglaterra y los Estados Unidos. Y —¡suprema conquista!— los métodos peculiares a su sistema de gobierno la han capacitado para extender su poder más allá de sus conquistas oficiales y, al mismo tiempo, hacerlo aparecer mucho menor de lo que es, de forma que aquellas concesiones supuestas en puntos de peligro, que satisfacen a los evasionistas y conciliadores, no envuelven nunca ningún sacrificio real, aun cuando no signifiquen una ganancia efectiva, como es el caso algunas veces.[30] Si el lector recuerda los fines que movieron la política de los Estados Unidos desde 1939 —democracia, libertad del temor y de la miseria, pequeñas naciones, etc.—, tendrá que comprobar que lo que ha sucedido significa una rendición no mucho menos completa de lo que podría haberse esperado de una victoria militar de Rusia sobre sus dos aliadas principales.

Este resultado exige ante todo una explicación. Temo que a aquellos analistas de la historia que no reconocen más que factores impersonales —más, tal vez, un elemento de azar— no les irá muy bien en este cometido. Los factores impersonales u objetivos estaban todos en contra de Rusia. Incluso su enorme ejército no era simplemente el producto de una población numerosa y una economía rica, sino la obra de un hombre que era lo suficientemente fuerte para mantener aquella población en una pobreza y sumisión y para concentrar todas las fuerzas de un aparato industrial no desarrollado y defectuoso sobre un propósito militar. Pero esto no habría sido suficiente. Los que no comprenden nunca cómo se entrelazan la suerte y el genio señalarán, por supuesto, venturosos azares en aquella larga serie de acontecimientos que culminaron en aquel estupendo triunfo. Pero esta serie de acontecimientos contiene tantas o más situaciones desesperadas en las que el régimen bolchevista tuvo todas las probabilidades de perecer. El genio político consiste precisamente en la habilidad para explorar posibilidades favorables y neutralizar las desfavorables de una manera tan completa que, después del hecho, el

[20] He aquí por qué el proyecto Murray, en su forma original (no sólo en la forma en que ha sido convertido en ley), era irrecusable *en tanto que afectaba a consideraciones puramente económicas.* La condenación total del gasto estatal generador de renta en todas las circunstancias es comprensible y puede ser justificable para personas que creen que, una vez que se ha consentido el empleo de este instrumento, se abrirá la puerta de par en par para toda clase de irresponsabilidades legislativas y administrativas. Pero no puede sostenerse con razones puramente económicas.

[30] Por ejemplo, la concesión de un simulacro de independencia a países bajo su dominio completo, como Polonia, que persistimos en considerar entidades independientes, acrece los votos que hay a disposición de Rusia en los organismos internacionales y también las subvenciones y préstamos que el gobierno ruso puede obtener; Rusia sería más débil de lo que es si se hubiese anexionado abiertamente la totalidad de Polonia.

observdor superficial no ve nada más que lo favorable. Siguiendo los acontecimientos a partir del primer golpe maestro —el "entendimiento" con Alemania—, contemplamos una maniobra magistral. Es verdad que Stalin no tropezó nunca con un hombre de una habilidad comparable. Pero esto no hace más que reforzar la defensa de una filosofía de la historia que deja espacio suficiente para la calidad del personal dirigente y para el caso especial de ésta: la calidad del caudillo individual. La única concesión que un análisis realista puede hacer a la "teoría impersonal" es ésta: un autócrata no encuentra impedimentos, en cuestiones de política exterior, por parte de aquellas consideraciones que distraen la atención de un caudillo democrático.[31]

Pero, en segundo lugar, aunque comprendamos, atendiendo al detalle de los desenvolvimientos, cómo ha surgido esta increíble situación, esto no nos ayuda a comprender cómo el mundo lo tolera ahora, que está a la vista de todo el mundo. El problema se reduce a la actitud de los Estados Unidos. Pues los países de la Europa continental, exhaustos, hambrientos y expuestos como están a las represalias rusas, no pueden, ciertamente, contar para una resistencia importante. El único país continental realmente independiente de Rusia es España, hecho que la política de Rusia hacia ella nos ha descubierto a la mayoría de nosotros. Francia, que podría ser casi igualmente independiente, tiene la guarnición rusa más fuerte de todas en forma de su partido comunista.[32] Respecto a Inglaterra, hay muchos síntomas que muestran que, si hubiese predominado su criterio, todo el curso de los acontecimientos desde 1941 habría sido completamente distinto y que toda la Inglaterra que cuenta políticamente mira la situación actual con disgusto y aprensión. Si, a pesar de todo, no adopta una posición firme, ello se debe solamente al hecho de que, si la adoptase, sería corriendo un riesgo terrible, el riesgo de tener que luchar mano a mano con Rusia. Pues aunque es muy probable que los Estados Unidos se le unieran, *no hay certidumbre* de ello, ¿Por qué?

Para un observador de otro planeta no podría haber nada más obvio que el que, por todas las consideraciones de honor e interés, los Estados Unidos no pueden tolerar una situación en que una gran parte de la humanidad está privada de lo que consideramos como derechos humanos elementales, en que hay más crueldad y falta de orden de lo que la guerra se propuso abatir, en que un poder y un prestigio tremendos están concentrados en las manos de un gobierno que encarna la negación de los principios que significan algo para la gran mayoría del pueblo de los Estados Unidos. Seguramente no merecía la pena para este pueblo padecer sacrificios para sostener un conflicto en que se han inflingido horrores incalculables a millones de mujeres y niños inocentes si el principal resultado había de ser liberar al más poderoso de todos los dictadores de los dos ejércitos que lo rodean. Seguramente, es éste un caso en que una labor a medio hacer es peor que nada. Además, la otra mitad habría sido no sólo posible, sino relativamente fácil, porque, después de la rendición del Japón, las fuerzas militares y los técnicos de los Estados Unidos, por no hablar de su potencia económica para dar o negar, le aseguraban una superioridad irrecusable.

Pero si un observador de otro planeta argumentase sobre esta base tendríamos que replicarle que no entiende de sociología política. En la Rusia stalinista la política exterior es la política exterior tal como era bajo los zares. En los Estados Unidos la política exterior es po-

[31] Algunos lectores observarán que estamos rozando una antigua controversia entre los sociólogos de la historia y también entre los historiadores. Considero, por consiguiente, preciso hacer constar que no estoy predicando el culto al héroe o incurriendo en el tópico según el cual "la historia se hace por los hombres (individuos)". La metodología que va implicada en el argumento de nuestro texto no llega más que a esto. Al explicar un transcurso histórico de los acontecimientos, hacemos uso de un gran aparato de datos. Entre estos datos están el clima, la fertilidad, la extensión, etc., de los países, pero también las calidades, invariantes en corto plazo, de sus poblaciones. Y como la calidad de una población no es lo único que determina la calidad del personal político, y éste a su vez no es lo único que determina la calidad del caudillaje, estas dos cualidades deben catalogarse por separado. De otro modo: en una situación dada el cerebro y los nervios del hombre que maneja el timón son hechos tan objetivos como lo son el contenido del hierro de la mina del país y la presencia o ausencia de molibdeno y vanadio.

[32] Este hecho es sumamente interesante. Probablemente, había americanos que creían que el pueblo francés aclamaría su liberación en transportes de alegría y gratitud y que se pondría inmediatamente a la tarea de reconstruir una Francia democrática. En realidad, nos encontramos con lo que León Blum describía eufemísticamente como *convalecence fatiguée,* o, en claro castellano, una universal repugnancia hacia el funcionamiento del método democrático. Hay tres partidos de una fuerza numérica aproximadamente igual e igualmente incapaces de producir un gobierno efectivo sobre bases democráticas: el M. R. P. *(mouvement républicain populaire,* el partido católico y degaullista), los socialistas regulares y los comunistas. Para nosotros solamente son importantes tres puntos: primero, la ausencia prácticamente completa de grupos "liberales"; segundo, la ausencia de todo grupo con el que puedan cooperar de corazón los políticos de los Estados Unidos; tercero y más importante, la fuerza de los comunistas. Evidentemente, esta fuerza no puede ser explicada por una conversión a los principios comunistas de un número tan grande de franceses. Muchos de ellos no pueden ser comunistas en absoluto en el sentido doctrinal. Los que no lo son son comunistas *ad hoc,* es decir, comunistas en virtud de su concepción de la situación nacional. Pero esto significa que son simplemente prorrusos. Miran a Rusia como "el gran hecho de nuestros días", como la potencia que pesa realmente (aparte de los dólares de reconstrucción), la potencia a la que *il faut s'accrocher,* y con la que tiene que unirse Francia si quiere renacer, en contra de Inglaterra y de los Estados Unidos, en toda lucha futura, la cual, precisamente por ello, ha de convertirse en algo por el estilo de una revolución mundial. ¡Fascinador haz de problemas el que se descubre en este punto! Pero mi pesar por la imposibilidad de penetrar en ellos está mitigado en cierto modo por el convencimiento de que mis lectores rehusarían seguir mi argumentación.

lítica doméstica. Hay, ciertamente, una tradición que fluye del dictamen de Washington. Pero es esencialmente aislacionista. No hay tradición ni hay órganos para jugar el juego completo de cualquier otra política exterior. Cuando está violentamente excitado por la propaganda el país puede aceptar o entrar en un rumbo activista de intervención más allá de los mares. Pero pronto se cansa de ello y cansado está ahora —cansado de los horrores de la guerra moderna, de los sacrificios, de los impuestos, del servicio militar, de las reglamentaciones burocráticas, de las consignas de guerra, de los ideales de un gobierno mundial— y muy ansioso de volver a sus modos habituales de vida. Incitarlo a un esfuerzo más persistente —en ausencia de algún peligro inmediato de ataque— sería un mal negocio político para cualquier partido o grupo de presión que desease emprenderlo. Pero ningún deseo tal parece ser acariciado por ningún partido o grupo. Los que se han movido por un odio apasionado a Alemania o al régimen nacionalsocialista están satisfechos. Con los mismos argumentos que empleaban para estigmatizar de evasionistas en el caso de la Alemania hitleriana apoyan ahora la política hacia Rusia que con Alemania habrían calificado de apaciguamiento. Y, si recorremos la lista de los intereses que forman la pauta de la política americana, encontramos que todos ellos convienen, si bien por razones diferentes, en favorecer el apaciguamiento. Los agricultores no preocupan mucho. Los obreros organizados pueden estar o no estar influenciados de una manera significativa por un ala genuinamente prorrusa y puede ser o no verdad que los sindicatos o algunos de ellos obstruyesen activamente toda guerra contra Rusia. No necesitamos penetrar en esta cuestión —que usualmente se trata con negativas precipitadas o afirmaciones precipitadas—, porque lo único que interesa en cuanto a la situación, tal como se presenta por el momento al político, es el hecho de que nadie duda, es decir, que los obreros que en 1940 no eran partidarios de la guerra, ahora son decididamente contrarios a la guerra. La observación más interesante a hacer, sin embargo, es la de que lo mismo puede sostenerse respecto de la clase mercantil e industrial y que su actitud, aunque, por supuesto, no es prorrusa por sentimiento o por intención, de hecho es prorrusa. Los intelectuales radicales gustan de atribuir a la burguesía una intención de acogotar a la República Soviética. Describirían, ciertamente, una guerra con Rusia como una guerra hecha al socialismo por las grandes empresas. No puede haber nada más irreal. La clase de los negociantes, además, está cansada de consignas, de impuestos y de reglamentaciones de guerra. Una guerra con Rusia iría contra la corriente que por el momento hay en favor de los intereses de los negocios, y ello significaría todavía más reglamentación. Colocaría a

los obreros en una posición todavía más fuerte. Además, no sólo perturbaría los negocios interiores, sino que cortaría las expectativas de negocios de una especie halagüeña. La Rusia soviética puede convertirse en un cliente muy grande. Nunca ha dejado de pagar con prontitud. Y muchas convicciones antisocialistas de la burguesía están siendo minadas por este hecho. Esta es la manera como funciona la mentalidad burguesa y como seguirá funcionando incluso a la vista de la cuerda del verdugo. Pero no es difícil apartar de la imaginación esta visión desagradable. Engulla Rusia dos o tres países más. ¿Qué ocurrirá? Suminístresele bien todo lo que necesita y dejará de fruncir el ceño. Dentro de veinte años serán tan demócratas y pacíficos como nosotros y pensarán y sentirán lo mismo que nosotros. Además, Stalin habrá muerto para entonces.[33]

Repito una vez más: el propósito de este libro no es guiar a los lectores hacia unas conclusiones prácticas determinadas, sino presentar piezas de análisis que puedan serles útiles para sacar sus propias conclusiones prácticas. Además, en materias tan sujetas al azar y a la intromisión de factores nuevos o inesperados la predicción no puede ser más que profecía y, por lo tanto, no puede tener un apoyo científico. Confiando que esto sea comprendido por completo adoptaré, no obstante, a modo de resumen de esta parte de nuestro argumento, lo que parece ser una inferencia racional, pero sin más propósito que *pour fixer les idées*. De otro modo: lo que vamos a hacer

---

[33] Los últimos párrafos son todos citas. Son tan reveladores y tienen tanto valor precisamente porque no son respuestas a preguntas de *interviews* que la persona entrevistada reconoce como tales. Son proclamaciones espontáneas hechas con conciencia del hecho de que el que hablaba estaba revelando el proceso mental suyo o, de una manera más precisa, una actitud alógica y subconsciente suya que estaba tratando de racionalizar *para sí mismo*. Exceptuando la tercera, que era única por su ingenuidad, estas afirmaciones, u otras muy semejantes, han sido oídas más de una vez. En casi todos los casos la irracionalidad de la actitud del que habla (incluyendo su incompatibilidad con las actitudes de 1939-1941) le ha sido señalada. En ningún caso ha habido ninguna respuesta lógicamente presentable ni ninguna reacción, excepto: *a*), demostrar una especie de enojo bondadoso, o, *b*), un gesto de desesperación que parecía admitir la crítica pero con alguna reserva como la de "¿qué es lo bueno?"

En vista de una observación que se ha hecho antes en esta sección, tengo que añadir, sin embargo, que hay, en realidad, algo en la cuarta evasión de la realidad. Si es verdad, como yo mismo he sostenido, que capacidades como las del caudillo de Rusia tienen lugar rarísima vez en una población, parece, en realidad, que la acción de la naturaleza resolvería muchos problemas adecuadamente. Unicamente que, si se admite que hay *algo* en el argumento, debería también afirmarse que puede exagerarse demasiado. En algunos aspectos un enemigo de capacidad suprema es más fácil de tratar que uno menos capaz, lo cual no es realmente una paradoja. Además, aunque se necesita un genio de primer orden para construir, por ejemplo, el *concern* Standard Oil, no se requiere genio para dirigirlo una vez que ha sido construido. El siglo ruso, una vez iniciado, puede seguir su curso casi por sí mismo.

es exactamente lo que hemos hecho en todo este libro con referencia a la gran cuestión del socialismo en general: extrapolar tendencias observables.

Los hechos que hemos contemplado sugieren que, a menos que Stalin cometa el primer error de su vida, no habrá guerra en los próximos años y Rusia quedará en paz para desarrollar sus recursos, reconstruir su economía y construir la máquina de guerra más grande con mucho, absoluta y relativamente, que el mundo haya visto jamás. La reserva que hago y que restringe, pero no aniquila, en mi opinión, el valor práctico de esta inferencia, significa esto: Un acto *espectacular* de agresión —un acto de agresión tan espectacular que aun sus mismos aliados tendrían dificultad para explicarlo como una "defensa" perfectamente justificada— puede, indudablemente, precipitar la guerra en cualquier momento. Pero contra esta posibilidad deben sentarse los hechos: primero, que no hay nada tan sorprendente en la política exterior del régimen stalinista como su paciencia cautelosa; segundo, que este régimen tiene que ganar todo mediante esta paciencia; tercero, que al actuar desde la cumbre del éxito imperialista puede permitirse ser paciente y rendir las avanzadas siempre que haya un signo de peligro real o siempre que se enfrente con "un tono más firme" que aquel a que ha tenido que hacer frente últimamente.[34] La perspectiva cambiará sustancialmente, sin embargo, después de un período de reconstrucción de diez años, por ejemplo. La máquina de guerra estará dispuesta para su uso y se hará cada vez más difícil el no emplearla. Además, a menos que Inglaterra abrace el bolcheviquismo e *in addition* renuncie a toda su posición tradicional, la mera existencia de esa isla independiente puede resultar tan insufrible para la autocracia rusa como resultó serlo para la autocracia napoleónica, y viceversa. La percepción de este hecho es, por supuesto, la esencia de las amonestaciones de Churchill y el fundamento racional de la carrera de armamentos que ya se ha iniciado.

Pero, para apreciar todo esto, hay que tener presente otra cosa. En la paz y en una posible guerra futura, y más aún en estas situaciones intermedias que no son guerra, pero que están dominadas

[34] Hay que observar, para ilustrar la fuerza del argumento, que ninguno de estos tres hechos existían en el caso alemán en la situación en que se encontraba en 1939. Algunos lectores negarán esto respecto del tercer hecho, al menos en cuanto a la situación que prevaleció después de Munich. Pero esto es solamente porque nuestra actitud hacia las ambiciones alemanas es completamente distinta de la que adoptamos en la acualidad respecto de las ambiciones rusas. El punto decisivo, visto desde un ángulo político, es que Alemania no había recuperado entonces por completo su territorio nacional, mientras que el régimen staliniano solamente tiene que transigir, si es que transige, respecto a posiciones en territorios extranjeros, lo cual es mucho más fácil de hacer. Además, al tono más firme mencionado en el texto solamente se ha recurrido a fin de evitar mayores abusos.

por la amenaza de la guerra, los grupos y los partidos comunistas de todo el mundo son, naturalmente, de la mayor importancia para la política exterior rusa.[35] En consecuencia, no hay nada sorprendente en el hecho de que el stalinismo oficial haya vuelto últimamente a la práctica de anunciar que se aproxima una lucha entre el capitalismo y el socialismo —la inminente revolución mundial—, la imposibilidad de una paz permanente mientras sobreviva el capitalismo en alguna parte, etc. Lo más esencial de todo es percibir que tales tópicos, aunque sean útiles o necesarios desde el punto de vista ruso, desdibujan el problema real, que es el imperialismo ruso[36] y que no tiene nada que ver con el socialismo, aparte de consideraciones relativas a las quintas columnas. La inquietud que suscita Rusia no es que sea socialista, sino que es Rusia. De hecho el régimen stalinista es esencialmente una autocracia militarista que, como manda por medio de un partido único y rigurosamente disciplinado y no admite la libertad de prensa, participa de una de las características definidoras del fascismo[37] y explota a las masas en el sentido marxista.

[35] Para el propósito del argumento que ha de seguir no es necesario, afortunadamente, entrar en la cuestión de la fuerza efectiva que tiene en los Estados Unidos la quinta columna comunista. En todo caso es mucho más fuerte de lo que parece desprenderse de algunas estadísticas o de algunas declaraciones oficiales de portavoces de los grupos obreros, ciertamente no despreciable. Una discusión sobre este punto y sobre las consecuencias posibles de las actitudes prorrusas sobre la eficacia de un posible esfuerzo de guerra ha resultado, en mi opinión, casi infructuosa no sólo por el predominio de las sobreestimaciones o infraestimaciones interesadas, sino también por el fracaso de los participantes en definir claramente el problema. La actitud de unos puede ser efectivamente prorrusa, como hemos visto, sin serlo así por sentimiento o intención. Y puede ser comunista sin ser efectivamente prorrusa. Todas estas variantes —algunas de las cuales no son importantes para el comportamiento de un hombre si se declarase efectivamente la guerra— tienen que ser distinguidas cuidadosamente.

[36] Siendo la frase de las peor empleadas de todo el arsenal fraseológico de la teoría política popular, es necesario definir el significado que se intenta darle aquí. Para nuestro propósito limitado, sin embargo, no es necesario analizar el fenómeno, como intenté hacer en una monografía publicada hace unos treinta años, ni adoptar la definición apropiada para un análisis elaborado. En lugar de ello bastará con la siguiente definición, si bien la considero totalmente insuficiente (sin embargo, es compatible con el uso que hemos hecho de la expresión en capítulos IV y XI de este libro): política imperialista es una política que aspira a extender el dominio del Estado sobre grupos distintos de los connacionales en contra de su voluntad. He aquí lo que hizo Rusia, antes de la guerra, en los casos de la Mongolia Exterior y Finlandia, y, durante la guerra y después de ella, en todos los casos. La cuestión es que esta política no conoce ningún límite intrínseco. Las frases motivadoras son irrelevantes.

[37] Esta es otra frase que con su empleo defectuoso ha perdido todo significado definido. Su empleo en el lenguaje corriente de los Estados Unidos sugiere de hecho esta definición: es fascista toda política, grupo o país que no gusta a quien emplea la frase de palabra o por escrito. En nuestro texto, sin embargo, significa, de acuerdo con la teoría política presentada en este libro (capítulo XXII), el método político de caudillaje monopolista por oposición al

Podemos comprender, y compadecer, al intelectual americano que está tan absorto como para llamar a esto socialismo democrático —al menos, en perspectiva—, aunque nos ofenda el insulto a nuestra inteligencia que va implicado en esta esperanza de ser creído. Pero la visible tendencia de tal régimen a extender su predominio sobre toda Europa y Asia es evidente que no puede ser simplemente identificada con ninguna tendencia del socialismo hacia la expansión. Ni siquiera se sigue que la expansión del dominio ruso actuará en favor del socialismo en ninguno de los sentidos más usuales de la palabra. Quiera o no, depende enteramente de los intereses reales o putativos de la autocracia rusa (véase la sección última del capítulo anterior). Esto puede ilustrarse mediante el caso análogo de la política religiosa del stalinismo: mientras convino al autócrata, la religión era el opio del pueblo; tan pronto como percibió que la Iglesia Ortodoxa podría resultar en algunas partes del mundo un instrumento más útil de la política exterior que el Comunismo o la Federación Mundial de Sindicatos (1945), Rusia se declaró "nación amante de Cristo", y, en lugar del "procurador principal del Santo Sínodo" zarista, surgió, juntamente con un nuevo Patriarca —que inmediatamente se mostró un turista entusiasta de los países orientales— un presidente del "consejo para los asuntos de la Iglesia Ortodoxa". Es cierto que hay una razón poderosa para esperar la nacionalización de la industria en todos los países en que Rusia tiene libertad de obrar sin sentirse estorbada por consideraciones tácticas de política exterior; una industria nacionalizada es más fácil de manejar y de explotar para un conquistador y no puede convertirse en un centro de oposición. Pero no hay otra razón. Y es imposible decir si este motivo prevalecerá o no sobre los demás motivos posibles.[38] Es, incluso, concebible que un mayor avance de la potencia rusa puede terminar por resultar un impedimento para los desenvolvimientos en la dirección de lo que la mayoría de la gente cree y siente cuando emplea la palabra socialismo.

---

de competencia. Se observará que esto no quiere decir que, en algún o en todo otro respecto, el stalinismo es "la misma cosa" que el hitlerismo o el fascismo italiano.

[38] El lector se servirá observar que todas las afirmaciones de hecho, hechas o implicadas en el argumento de más arriba, son comprobables, si es que necesitan serlo, en fuentes oficiales rusas. En realidad, lo único que interesa para nuestro argumento, especialmente para nuestra diagnosis de la naturaleza del régimen ruso, puede mantenerse sin recurrir a ninguna afirmación de hecho, que podría ser discutida. Me he abstenido intencionadamente de mencionar nada, por valioso que pudiera haber parecido para ulteriores ilustraciones de la naturaleza del régimen, que pudiese plantear cuestiones de hecho, tal como el asesinato en los países conquistados o dominados, cadenas de presos en Georgia, campos de concentración. Nuestro argumento no resultaría afectado en lo más mínimo por faltarle algo que pudiera llamarse una atrocidad.

Confundir el problema ruso con el problema socialista —a menos que sea un ardid perpetrado al servicio de Rusia— es juzgar equivocadamente la situación social del mundo. El problema ruso pesa sobre el problema socialista tan sólo de dos maneras. Primeramente, en virtud de la lógica de su situación, la presencia de grupos comunistas y de alas procomunistas en los grupos no comunistas tenderá a radicalizar la política obrera. Esto no es siempre así; los comunistas franceses, por ejemplo, votaron contra dos medidas importantes de socialización. Pero en conjunto, y aunque sólo sea con el propósito de desorganizar a los países capitalistas, esa lógica de la situación podrá afirmarse. En segundo lugar, en el caso de una guerra, tendremos las consecuencias sociales y políticas que tiene toda guerra en las condiciones actuales; el hecho de que sea una guerra entre un país supuestamente socialista y un país supuestamente capitalista hará poca diferencia.

INDICE ALFABETICO

INDICE ALFABETICO DE AUTORES Y MATERIAS